

JANE
MACKENNA

Lady
Brianna

DOLCE
BOOKS

*Lady
Brianna*

**JANE
MACKENNA**

Índice

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Epílogo

Extra

Título: Lady Brianna

©Jane Mackenna

©Dolce Books

Primera edición: agosto, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Alexander Mackenzie estaba furioso, acababa de recibir una orden de su Rey, debía casarse y nada menos que con una inútil e indeseable inglesa, eso era el peor de los castigos.

¿Qué pasará con Isabella? Él, no estaba dispuesto a renunciar, no ahora que ella por fin era libre.

Isabella, solo de pensar en ella se le encendía la sangre, hacía unas horas que había vuelto al castillo y solo deseaba pasar una noche de pasión con ella pero en vez de eso, se encuentra con la maldita carta de su Rey informándole de su próximo matrimonio con Lady Brianna de Clarence.

¿Qué puede ofrecerle una fría inglesa? Ellas no tienen fuego en las venas como una buena escocesa, no, como su Isabella. Esperó años a que quedara viuda para poder casarse con ella y, ahora que estaba a punto de conseguirlo, llega una maldita inglesa a destrozarle la vida. Pero si tenía que perder su libertad para entrar a vivir en un infierno, se aseguraría que la *inglesita*, también lo sufriera.

Ella, no hallaría amor ni cariño de nadie en sus tierras, ya que todos la odiarían simplemente por ser lo que era. Él, no renunciaría a su amante y jamás, amaría a su futura esposa.

<<Lady Brianna, prepárate para entrar en el mismísimo infierno>>.

Mientras tanto en Inglaterra, Lady Brianna, también era informada de su inminente destino. Quedó horrorizada. Ella, que jamás había salido de casa y tampoco se había separado de su familia, debía abandonar todo para casarse con un bárbaro escocés e irse a vivir a esas tierras dejadas de la mano de Dios.

Sus padres tenían claro que era un castigo del Rey, para hacerles pagar por su traición años atrás. Locos de amor, se habían fugado y casado a escondidas en Gretna Green. Allí habían concebido a Brianna, de ahí su nombre escocés y ahora dieciocho años después, debían dejarla marchar para casarse con un hombre al que no conocían.

Su hija siempre tan valiente, había recibido la noticia con una increíble tranquilidad, aunque ellos la conocían y sabían perfectamente que estaba

asustada. Asustada porque debía abandonar todo lo que había conocido en su vida, para viajar a Escocia y dejarlo todo atrás.

Mientras sus padres se sentían culpables e impotentes por no poder ayudar a su amada hija, Brianna, ya se había resignado a su destino, ¿cómo luchar contra un mandato real?

Todos sabían que el Rey Enrique era inflexible y una orden real se cumplía quisieras o no, la pregunta era... ¿Sería lo suficientemente valiente para adentrarse en el mismísimo infierno?

Capítulo 9

Inglaterra 1462.

Lady Brianna, veía como los sirvientes cargaban sus pertenencias en el carruaje que la conduciría a su nuevo hogar. Después de dieciocho años, los cuales no había salido jamás de su querido país, debía dirigirse hacia las regiones más salvajes, las tierras Altas de Escocia, más concretamente a Ross—shire. No conocía nada de esos lares, solo que sus habitantes eran unos celtas paganos, salvajes y guerreros sanguinarios que desde hacía siglos, ingleses y escoceses, se profesaban un odio desmedido por todas las batallas que habían librado entre ellos; siempre ambicionando más tierras, más poder, más riquezas...

Del que iba a ser su esposo sabía aun menos, solo que era el Laird del clan Mackenzie. Por lo poco que había podido averiguar se decía de él, que era despiadado con sus enemigos y frío y distante incluso con las gentes de su clan, su reputación de guerrero le precedía, ¿que podía ella esperar de él?

Lo que más le asustaba, era no encajar allí. Eran tan distintos a lo que ella frecuentaba, si al menos conociera a su marido antes de partir... Pero el Rey Enrique ya se había asegurado que el castigo fuera infligido lo más dolorosamente posible, ¿y qué más doloroso que enviar a la primogénita de los Clarence, a un terrible destino?

Su madre desde que conoció la noticia, no hacía otra cosa que llorar, y su pobre padre había intentado por todos los medios impedir tal disparate, pero aunque era miembro de la casa de York, ya no tenía el mismo favor de los nobles que antaño.

Prefería ser ella la elegida y no alguna de sus hermanas menores, ella era más fuerte, más madura.

Había llegado el momento de partir y debía despedirse de su familia. Seguramente, jamás los volvería a ver y eso, llenó sus ojos de lágrimas, no volver a ver a su madre ni ver crecer a sus hermanas le dolía terriblemente. La despedida de su madre y hermanas fue horrible, llenas de lágrimas y promesas que ninguna de ellas sabía si podrían llegar a cumplir, y su pobre padre que había removido cielo y tierra para salvarla de tan horrible destino estaba devastado. Se llevaban a su pequeño girasol, siempre la llamaba así por su pelo dorado.

Subió al carruaje y entre lágrimas vio como poco a poco, todo lo que conocía iba quedando atrás, su familia, su hogar, su vida...

El viaje fue agotador, fueron casi cinco días de camino, ¿cuánto más podría faltar? Le preguntó a uno de los soldados que su futuro marido había enviado a por ella, si faltaba mucho y su seca respuesta fue negativa, así que tenía la esperanza de llegar pronto a su destino. Estar rodeada de guerreros que no disimulaban odio hacia su persona, la incomodaba y asustaba al mismo tiempo.

No podía mentir, el paisaje era hermoso, tan verde y lleno de color, no era tan diferente a su país.

Por fin, parecía que llegaban a un castillo. Ella pensó que sería algo más pequeño, pero le impresionó el tamaño, ¿ese era el hogar de su futuro marido?

Cuando cruzamos el portón, puedo ver mucha gente reunida en el patio. Parece que me estén esperando, pero no creo que sea para darme una cálida bienvenida. Por sus caras, adivino el odio y resentimiento que lleva separándonos durante siglos, pero lo que me asusta, es ver por fin al señor de estas tierras.

Cuando el carruaje se detiene, me apeo de él sin esperar que nadie me ayude. Estos barbaros no entienden de modales, pero me quedo paralizada al ver que se aproxima a mí un hombre enorme pero apuesto ¡Dios del cielo, en verdad era apuesto! De pelo negro como el carbón y unos ojos que parecían de otro mundo, son grises, pero los más hermosos que jamás vi. Su cuerpo parece

esculpido en piedra, no lleva camisa alguna solo su tartán que por lo poco que sé, cada clan tiene el suyo, su mirada es fría como el hielo y me mira sin ninguna emoción. Si soy sincera, este hombre me da miedo pero no sé lo demostraré.

—Muchacha te tardaste — me dice con voz ronca y con un acento muy cerrado que me cuesta entender.

— Laird — le saludo por educación cosa que parece que él, no tiene.

Me mira con furia y me agarra fuertemente por el brazo llevándome hacia las escaleras que hacía unos minutos había bajado él. Quedamos frente a toda la muchedumbre que hasta ahora, ha estado en silencio observando, pero él, no sé que les dice en su idioma y estallan en gritos que me asustan haciendo que dé un salto y él, se ría de mi. Lo miro furiosa y a él, no parece gustarle, aprieta más fuerte el agarre de mi brazo haciéndome daño y al darse cuenta de ello, sonrío, es una sonrisa malvada y hace que un escalofrío recorra mi cuerpo.

Me lleva dentro del castillo dónde están reunidos todos los sirvientes que a mi parecer son pocos, solo veo dos criadas un cocinero y la que supongo es el ama de llaves, todos me observan y puedo ver en sus caras un sentimiento distinto al de los demás habitantes de este lugar... lástima, ¿pero, por qué?.

Lo que me sorprende es ver a una mujer, mirarme con autentico odio. Es alta, morena, con ojos negros como la noche. Es hermosa, no lo voy a negar, ¿quién es ella? No parece ser del servicio por cómo va vestida, su traje puede competir en elegancia con el mío y se ve en su porte orgulloso y altanero, que es de noble cuna, ¿será la hermana del Laird?

No me atrevo a preguntar nada, solo me quedo quieta esperando que él me presente, y esta vez espero poder entenderle, el gaélico no es un idioma que domine muy bien, nunca pensé que tendría que hablarlo con fluidez, jamás imaginé que me condenarían a casarme con un maldito escocés.

— Está es Lady Brianna, mi futura esposa — no dijo nada más, este hombre es parco en palabras.

Los sirvientes asintieron y me saludaron inclinando la cabeza, yo les respondí del mismo modo intentando sonreír, cosa que no logré hacer muy bien. Uno a uno, se fueron retirando para seguir con sus tareas y solo quedamos en el

salón la mujer morena, el Laird y yo. Esperé que me la presentara, pero parecía que era yo la que estorbaba a la pareja. Mckenzie está al lado de la mujer diciéndole algo al oído a lo que ella responde ruborizándose y riendo bajito. Ese comportamiento, no me parece propio de hermanos o primos y una terrible sospecha empieza a pasar por mi mente, esta mujer parece su amante y la cólera empieza a hacer mella en mí ¿cómo se atreve a tan siquiera dejar que esta mujercita esté delante de mí?!

De acuerdo, si él no me da mi lugar en esta casa lo haré yo misma, no voy a dejar que me humille, puede que no lo amé y que jamás vaya a hacerlo, pero eso no significa que no vaya a respetarlo y por lo tanto espero recibir el mismo trato. Me acerco a ellos y al advertirlo, parece que a ninguno de los dos les agrada mi presencia.

— Laird Mackenzie, no me has presentado a tu invitada — digo intentando aparentar calma.

— Es Isabella — dice sin más.

— Encantada, Isabella — digo por cortesía.

— Lady Isabella — me corrige altanera.

— ¿Y a qué debemos el honor de su visita?— pregunto y me enfurezco más aun cuando ríe.

— Yo no estoy de visita milady — dice con sorna.

Yo miro a Mackenzie exigiéndole una explicación y él, parece no tener ganas de dármela.

— Isabella vive aquí cerca, pero pasa mucho tiempo en el castillo — y eso me confirma lo que ya sospechaba.

— ¿Y dígame, Laird, es costumbre de estas tierras tener bajo el mismo techo a la ramera y a la esposa? — pregunto ya sin fingir que no me doy cuenta.

Isabella suelta una exclamación furiosa y parece dispuesta a saltar sobre mí, pero Mackenzie, la sujeta y le dice algo en gaélico que parece calmarla.

Él se gira hacia mí y sin más, me da una bofetada que me arroja al suelo, levanto la vista nublada de lágrimas para ver a mi prometido mirarme con odio y a su golfa sonriendo triunfante. No llevo aquí ni un día y esto, ya es el mismísimo infierno.

— Respeto a Isabella, o te cortaré la lengua — me amenaza mientras me lleva casi a rastras por unas escaleras, sin andar mucho, llegamos a una habitación dónde me empuja y caigo al suelo. Él, no parece sentir lástima ni vergüenza por tratarme de este modo, me levanto y le hago frente. Este salvaje, jamás podrá conmigo.

— Eres un maldito salvaje tú y tu fulana, soy tal para cual — le digo con desprecio y cuando veo sus ojos, se que posiblemente he cavado mi propia tumba.

Se acerca rápidamente a mí, y vuelve a abofetearme. Está vez caigo sobre la cama y él, se posiciona encima de mí, yo intento apartarlo con todas mis fuerzas pero no logro moverlo ni un ápice.

— ¡Aquí, la única fulana eres tú maldita inglesa, no vuelvas siquiera a mirar a Isabella! ¡¿Me oyes?! — me increpa mientras me tira del cabello haciéndome gemir de dolor.

No le contesto, solo lo miro con todo el odio y rencor que me es posible y para mi sorpresa, su reacción es besarme ¡Sí, besarme!

Intento resistirme y apartarme, pero me es imposible, él me besa salvajemente haciéndome daño en los labios. Su lengua intenta entrar en mi boca pero se lo niego, y me gana que me muerda fuerte el labio haciéndolo sangrar, igual como empezó, se aparta de mí y yo me limpio con asco, la sangre y su sabor con el dorso de la mano.

— Jamás vuelvas a tocarme, maldito salvaje, para eso ya está Lady Isabella — le exijo con ironía.

— No cuentes con ello milady. Tú me darás herederos e Isabella, me dará todo el placer que una insípida inglesa, jamás me podría dar — dice con repugnancia.

— ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca compartiré tu lecho, mientras tengas a una amante en este hogar! — le digo muy segura.

—¡Eso lo veremos inglesa, aunque tenga que obligarte, lo harás! — me amenaza para después salir de la habitación dando un portazo y puedo escuchar cómo me encierra con llave, soy prisionera de este demonio.

No me han dejado salir desde que llegué y de eso hace casi una semana. No he vuelto a ver a Mckenzie, el muy cobarde no ha aparecido por mis

aposentos, estará demasiado ocupado con Isabella. Mis pensamientos son interrumpidos al oír la cerradura de mi puerta y me da un vuelco el corazón cuando veo de quién se trata, es..., el mismo diablo... Mckenzie. Sé que reconoce el terror en mi rostro porque sonrío triunfante mientras cierra la puerta tras de sí.

—Milady, veo que se encuentra bien – dice el muy cínico.

Yo no le contesto, solo lo miro con todo el desprecio que siento y eso parece causarle satisfacción.

— Vengo a informarte que dentro de dos días nos casaremos — está serio. Vuelvo a quedarme callada y eso, parece enfurecerlo.

Se acerca a mí y me coge fuertemente del mentón para que lo mire, está furioso, puedo verlo en sus ojos, mira mis labios y tengo un mal presentimiento. No me equivocaba...

Me besa bruscamente, yo intento oponerme pero es inútil, le muerdo provocando que su labio sangre el gime y se separa de mí, me mira y sé que viene a continuación, me golpea dos veces dejándome aturdida.

— ¡Voy a disfrutar destruyéndote pequeña zorra! — me dice cogiéndome del pelo hasta hacerme gemir.

— ¡Jamás me doblegarás, maldito salvaje! — le escupo en la cara y parece querer matarme, pero se controla.

— No puedes aparecer marcada el día de nuestra boda, pero voy a hacer que pagues esto — me amenaza y se marcha igual que ha llegado.

Capítulo 77

Ross—Shire, Escocia 1462.

Escuchar a mi Isabella gemir bajo mi cuerpo me vuelve completamente loco y con unas cuantas arremetidas más, los dos llegamos al éxtasis, me acuesto a su lado y ella me abraza satisfecha.

— Tu prometida no tardará en llegar Alex — parece preocupada, la miro y la beso.

— No debes preocuparte Isabella, ella, no será nadie aquí — le aseguro y ella sonrío feliz.

— ¿De verdad no vas a dejarme? — me pregunta.

— Por supuesto que no, ella será mi esposa pero no tendrá ningún derecho, esos, te corresponden a ti— intento tranquilizarla.

Ella sonrío satisfecha y nos quedamos un poco más en el lecho, pero el deber me llama y debo estar presente cuando llegue esa maldita inglesa. Me levanto y empiezo a vestirme con mi tartán mientras Isabella me observa. Finalmente ella, también empieza a vestirse, se que se ha puesto su mejor traje pero no le hace falta ningún tipo de adorno, ella es hermosa.

Salimos de mis aposentos y nos dirigimos al Patio de Armas dónde todo mi clan, ya está reunido, no sé sorprenden al verme con Isabella a mi lado, saben perfectamente que es mi amante y ninguno de ellos espera que la deje por una inglesa.

Veo como se abre el portón y entra un carruaje escoltado por dos de mis mejores hombres no hizo falta enviar a nadie más, ni un puñado de sucios

ingleses podrían con ellos. No me muevo de dónde estoy, no pienso ayudarla a bajar del carruaje como si pensará que es una gran dama, los días de lujo se han acabado para ella.

La puertecilla se abre y de el carruaje, baja... un ángel. Es lo más hermoso que he visto nunca, mi cuerpo reacciona a ella y me pongo nervioso. Isabella, nota mi reacción al ver a la inglesa y no parece alegrarse, la siento tensarse a mi lado cuando ve lo mismo que veo yo.

Un cuerpo menudo pero con curvas, su cabello rizado y de un rubio que compite con el mismísimo sol y que llega hasta su cintura, piel blanca como porcelana. Pero lo que me deja sin respiración, son esos ojos..., ojos de un verde, que jamás he visto. Es, preciosa...

Se nota que está asustada pero trata de ocultarlo y eso me hace sonreír, está rodeada de gente que gustosamente la mataría sin ninguna contemplación y ella, una pequeña inglesa, plantando cara a mi pueblo.

Decido ir a buscarla. Isabella entra al castillo echa una furia, no esperaba que la inglesita fuera tan hermosa y ella es una mujer muy celosa. Llego hasta mi prometida y le sujeto bruscamente del brazo, no me gusta los sentimientos que ha provocado en mí. Una vez arriba de las escalinatas, la presento a mi pueblo pero en gaélico así ella no entenderá nada, me causa risa el brinco que da por los gritos de mi clan.

La obligo a entrar dentro del castillo y tal como le había ordenado a mis criados, estaban esperando para conocer a mi prometida. Que se los presente servirá de poco, es Isabella la que controla a la servidumbre, y mi futura esposa, no tendrá voz ni voto en mi hogar.

La presento y la saludan con respeto, uno a uno, van volviendo a sus tareas, me acerco a Isabella para calmarla ya que está hecha una furia, con unas pocas palabras susurradas consigo calmarla un poco. Sé que la inglesa nos está mirando con fastidio, pero es mejor que empiece a darse cuenta del lugar que va a ocupar en esta casa.

Puedo ver que se acerca y exige que le presente a mi invitada ¿Invitada? ...Que equivocada está, lo hago conteniendo mi genio no me gusta que nadie me mande y menos una mujer.

Pero estallo al escuchar sus siguientes palabras....

— Y dígame Laird, ¿es costumbre en estas tierras, tener bajo el mismo techo a la ramera y a la esposa? — pregunta.

Isabella ante tal insulto, está dispuesta a matarla a golpes pero la detengo, soy yo el que de un golpe la tiro al suelo, es tan pequeña que si no controlo mi fuerza podría matarla.

— Respeta a Isabella o te cortaré la lengua — la amenazo.

Ella nos mira con odio y lágrimas en los ojos, tirada en el suelo y un sentimiento que desconozco, me recorre el cuerpo.

La arrastro hasta el que será su aposento y la arrojo al suelo, estoy furioso por su impertinencia, pero aun lo estoy más conmigo mismo por sentir una pizca de compasión por ella, creía que sería una tímida y asustadiza inglesa, pero tiene tanto coraje y valentía como una escocesa, vuelve a plantarme cara y no dudo en volver a golpearla. Está vez, cae encima de la cama y yo me sitúo encima de ella, inmediatamente siento el deseo recorrer mi cuerpo. Miro sus labios tan rojos que solo deseo saborearlos, morderlos y aunque ella se resiste, termino cediendo a mis impulsos, lucha contra mí y yo le muerdo haciendo que brote sangre de su labio inferior, verla limpiarse con asco me enfurece aun más porque para mí este beso ha sido magnífico.

— ¡Jamás vuelvas a tocarme maldito salvaje, para eso ya está Lady Isabella!
— me dice con asco.

No importa cuánto la amenace, su espíritu parece indomable, veremos cómo soporta el paso de los días aquí en mis tierras. Después de dejarle muy claro que será ella quién me de herederos aunque tenga que obligarla, salgo furioso y la encierro en sus aposentos. No saldrá de ahí hasta el día de nuestra boda.

Ha pasado una semana, una maldita semana en que no me quito de la cabeza a la maldita inglesa, no he ido a verla porque sé que no me podré controlar y acabaré haciéndola mía.

Isabella también lo ha notado, y cada noche intenta hacerme olvidar en mi lecho, y tanto que se esfuerza pero en el momento culminante siempre me viene a la cabeza mi prometida. Una noche pronuncié su nombre entre gemidos a lo que claramente Isabella, reaccionó enfurecida y se marchó en plena madrugada a su hogar, me sentí mal por ella y furioso con esa maldita,

por venir a descolocar mi ordenada vida.

Decido que ya es hora de hacerle una visita a la pequeña inglesa e informarle de que he adelantado la boda, será dentro de dos días, así la poseeré y desaparecerá esta obsesión que siento por esa bruja.

Cuando me ve entrar, puedo ver su miedo en su mirada y eso, me agrada.

— Vengo a informarte que dentro de dos días nos casaremos — espero una contestación de su parte pero me ignora, eso me hace perder la paciencia.

Me acerco a ella, la cojo de la barbilla para obligarla a mirarme y otra vez sucede lo que tanto temo, no puedo controlarme y la beso salvajemente pero esta vez el que sale lastimado soy yo. Ella me muerde y debo apartarme, me hace sangre y me controlo para no golpearla, aun se nota un poco la marca de mis anteriores golpes y no quiero que el día de la boda llegue llena de cardenales.

—¡Voy a hacer que pagues esto! — le juro antes de irme dando un portazo.

Llego al salón y me encuentro a Isabella, ahora mismo no estoy de humor y ella lo nota pero no le importa, se acerca a mí sinuosamente y al ver mi labio herido le cambia la cara, pero se recompone enseguida y empieza a besarme el cuello mientras sus manos recorren mi pecho. Estamos en el salón, alguien puede vernos y no me importa, la furia me recorre, necesito calmarme así que la cojo y la empotro contra la pared, le subo su falda de montar y sin ningún preámbulo la penetro salvajemente. A ella le encanta, los dos gemimos como locos, ella me araña la espalda y en pocos minutos llegamos los dos al orgasmo, hemos tenido suerte y nadie de mi clan a entrado. Algunos estarán entrenando y otros haciendo sus tareas, no es que me importe mucho si alguien me ve follando a Isabella.

—¿Me vas a decir qué te ha hecho esa bruja inglesa? — me pregunta.

— Nada, solo fui a informarle que dentro de dos días nos casaremos — intento evitar el tema.

—¿Qué?! — exclama ella — ¿Por qué el Rey ha adelantado la fecha?

— No ha sido el Rey, he sido yo — le respondo.

— ¿Quieres follártela verdad? ¡No me mientas! ¡Desde qué llegó estás raro!
— me grita, no dejes que nadie lo haga solo ella suele ser la excepción.

— ¡Basta Isabella! ¡Ante todo soy tu Laird, respétame! — le grito y ella queda horrorizada, nunca lo había hecho.

— Nunca me habías gritado — dice triste.— ¿Eso del labio, te lo ha hecho ella?

— Si — no tiene caso mentir.

— ¿La has castigado? — me pregunta seria.

— No, no quiero que el día de la boda llegue toda golpeada, tiene la piel muy pálida — le contesto.

— Hay otras formas de castigo Alex, mi esposo las utilizaba conmigo de vez en cuando — me explica — déjame encargarme.

La miro no muy convencido, pero la inglesita debe aprender quién manda aquí y yo estos días estaré ocupado así que es mejor que se encargue Isabella.

— De acuerdo pero nada de marcas, ¿entendido?— le advierto.

— Como digas Alex — escucho que me dice pero ya estoy saliendo al patio para ir a entrenar y no veo la sonrisa malvada que tiene dibujada en su rostro, y por dos días me olvido completamente de la inglesa.

Capítulo 777

Ross—shire, Escocia 1462.

Aun sigo encerrada entre estas cuatro paredes, temo que mi vida sea siempre así, Mackenzie se ha marchado hace rato hecho una furia y amenazándome y la verdad, estoy asustada no sé hasta qué punto puede llegar a ser cruel. Escucho la cerradura abrirse y veo entrar a Lady Isabella, me sorprende desde el día que llegué no la he vuelto a ver, cosa que me alegraba.

Nos miramos la una a la otra con el mutuo odio y desprecio que sentimos, no vale la pena disimular y mucho menos cuando estamos solas.

— Lady Brianna, parece que no eres una mujer nada inteligente, agredir a mi Laird se paga muy caro — dice mientras pasea por la habitación.

— Su Laird, no el mío, *señora* — recalco el señora para que se dé cuenta que la considero cualquier cosa menos una señora.

Ella me mira aun más furiosa, no me importa, no me da miedo, he conocido a muchas como ella en los bailes de la corte, simples cortesanas que se venden al mejor postor.

— ¡Alexander me envía a mí para que te enseñe un poco de respeto muchacha impertinente! — exclama furiosa.

Veo como llama a dos de los hombres de Mckenzie y entran también a la habitación cerrando la puerta, entonces, es cuando empiezo a asustarme de verdad.

— Sujétala — ordena a uno, yo intento huir, ¿pero a dónde?, el bárbaro me sujeta fuertemente y me hace arrodillarme.

Lucho pero es en vano, Isabella se acerca a mí y sin esperarlo, me desabrocha el vestido por detrás dejando mi espalda al descubierto.

— Bien, empieza — le ordena al otro hombre, yo intento mirar para saber que van a hacerme pero el primer latigazo llega haciéndome gritar de dolor.

— Esto es lo que pasa por desafiar a Alexander mocosa, espero que los veinte latigazos que vas a recibir, te enseñen algo — dice triunfante.

Puedo ver como ella disfruta de mis gritos, de mi dolor, de mi humillación, el bárbaro que tiene el látigo parece disfrutar aun más de poder causarme dolor. Cada latigazo es como si me arrancara la piel, pero he dejado de gritar, no voy a permitir que me vean derrotada aunque me maten, he perdido la cuenta de cuantos me han dado, pero parece que han llegado a los veinte que ha ordenado Alexander, ese maldito salvaje con el que estoy obligada a casarme.

De repente, el otro bárbaro que me tenía sujeta me suelta y caigo al suelo, no siento mi cuerpo solo dolor, ¿cómo voy a levantarme de aquí? Puedo ver que los dos salvajes se marchan por orden de Isabella, y solo quedamos ella y yo en la habitación.

— Espero que esto te sirva de lección. A partir de ahora, deberás obedecer a tu Laird, aunque tranquila, no creo que te moleste mucho, yo siempre lo dejo satisfecho cosa que tú no podrías conseguir jamás — me dice mientras me coge del pelo para que la mire.

—¡Por mí, os podéis ir los dos al infierno! — le escupo en la cara ganándome una bofetada.

— ¡Maldita zorra inglesa! — dice dejándome tirada en el frío suelo y volviéndome a encerrar en la que se ha convertido ya en una celda para mí.

Tengo frío, estoy casi desnuda y mi espalda me duele horribilmente, siento como poco a poco, voy cayendo en la inconsciencia.

Desperté porque unas manos intentaban levantarme y miré asustada a mi nuevo agresor, pero solo encontré a Marie, la criada que siempre me trae la comida y me prepara los baños, es una muchacha joven y parece que es la única en este castillo que no me odia, la veo preocupada y horrorizada de ver cómo me encuentro.

— Señora, ¿quién le hizo esto?— pregunta sin poder creer lo que ve.

— Mcakenzie — le respondo con toda la rabia que siento.

—¿Mi Laird? No, no puede ser, el es cruel pero jamás ordenaría tal castigo a su prometida — dice sin estar muy segura.

— Pues lo ha hecho, envió a su ramera para encargarse de que sus salvajes cumplieran sus órdenes — con su ayuda, logro llegar hasta la cama.

— Lady Isabella..., ahora lo entiendo todo, déjeme que avise a mí Señor. Él, no dejará esto así — dice dispuesta a marcharse.

— ¡No! — le grito — ¡No quiero verlo, ni quiero nada que venga de él! — digo con furia.

Marie se queda parada sin saber que hacer pero finalmente, obedece mis órdenes, es ella quién me cura mi maltrecha espalda y me deja acostada boca abajo ya que no puedo siquiera rozar mi piel con ningún tipo de tela sin sentir un dolor atroz.

Cada vez me encuentro peor, ahora, tiemblo de frio pero me siento arder como si las llamas del infierno me consumieran. Tengo una sed horrible, pero no hay nadie que pueda ayudarme. Marie, tardará horas en volver y siento que para ese entonces, ya estaré muerta y con esos pensamientos, vuelvo a perder la conciencia.

Me despiertan unas voces y puedo distinguir la de Marie, me siento aliviada, al menos ella podrá darme de beber. Hay alguien más en la habitación y cuando reconozco la voz, varios sentimientos se apoderan de mi, rabia, dolor, miedo... es Mckenzie ¿A venido a ver su obra?

— ¿Desde cuándo está así? ¡Maldita sea! ¡¿Por qué no sé me informó de esta barbaridad?! — grita furioso a la sirvienta.

Hipócrita, si fue el mismo quién ordenó a su amante que me castigará, ¿cómo se atreve a hacer como si no supiera nada?

— Señor, Lady Brianna no quiso que le avisara, hace unas horas cuando la cure no estaba tan mal, pero ahora, ha aparecido la fiebre — la escucho preocupada.

— ¡No importa lo que Lady Brianna quisiera, tenias que haberme avisado! ¡Esto es algo desproporcionado! — sigue gritando como loco.

— Laird, la señora dijo que usted envió a Lady Isabella para que la castigara

— dice temerosa la pobre Marie.

—¿Qué? — exclama — ¡Eso es mentira.....! — pero su voz, va perdiendo fuerza como si recordara algo...

No tengo fuerzas siquiera para abrir los ojos, si no, yo misma le diría lo que opino de su asquerosa persona, es un ser malvado y estás tierras las rige la barbarie.

Siento como alguien se acerca a mi lecho y me tenso esperando sentir dolor, pero no siento nada, solo una presencia sentada a mi lado que me acaricia el cabello.

— Esto no quedará así, lo juro — escucho — Cuídala, haz que le baje la fiebre y cuando pueda hablar avísame — ordena Mckenzie.

Al oírlo marchar me relajo, no lo quiero cerca de mí, Marie me refresca con agua tibia intentando que la fiebre que me abrasa desaparezca, vuelve a curarme los latigazos y al hacerlo, es como si me echará sal en las heridas pero me asegura que así se curarán más rápido. Me da de beber e intenta darme también algo de comer, pero mi estómago no consigue retener nada sólido así que finalmente agotada, le pido que me deje dormir teniendo la esperanza de que al despertar, todo esto sea una pesadilla.

Me despiertan los rayos del sol que entran por el ventanal, anoche Marie olvidó cerrar las cortinas, siento como si mi cuerpo estuviera entumecido pero creo que la fiebre a desaparecido, por lo menos está vez no han conseguido matarme. Debo escapar ahora mismo, las ordenes del Rey Enrique, me importan poco. Si alguien viera lo que estos salvajes han hecho conmigo...

— Has despertado — me asusta escuchar esa ronca voz.

No le contesto, no le pienso hablar en mi vida aunque me mande azotar, despellejar o hervir en aceite, este animal, jamás volverá a escuchar mi voz.

— Brianna se que estás despierta, quiero que sepas que no quería que esto pasara, yo no le dije a Isabella que te azotara — noto en su voz, ¿arrepentimiento? No, no lo creo.

El silencio vuelve a reinar en la habitación, se que espera una respuesta por mi parte que nunca le daré, no creo en sus palabras, ¿cómo hacerlo?, si desde que llegue aquí solo he obtenido de él, malos tratos y humillaciones.

—¿No vas a volver a hablarme? — puedo notar que su paciencia está llegando a su límite, no me importa.

Después de lo que parecen horas, escucho el portazo que da al salir furioso de mi recámara, pero lo que hace que me ponga en alerta es que no ha cerrado con llave, me cree tan débil que no teme que pueda escapar aunque, ¿a quién quiero engañar? Nunca podré escapar con tantos hombres rondando por el castillo.

No quiero estar aquí, pensé que me resignaría a vivir una vida sin amor, casada con un desconocido todo por salvar a mi familia, pero esto es mucho peor de lo que imaginaba y no sé si podré soportar todo esto.

Odio a Alexander Mckenzie, odio a Isabella, pero lo que más odio es que ellos puedan conmigo. Yo no me dejo vencer jamás, pero nunca me habían tratado de esta manera tan vil. Un caballero inglés, jamás me hubiera hecho esto. Sé que algunos maridos suelen dar alguna bofetada a sus mujeres, pero nunca he visto a mi padre golpear a mi madre, de ellos solo recuerdo el gran amor que se profesan, tanto, que desafiaron al mismísimo Rey y se casaron sin su consentimiento. Por desgracia, soy yo la que estoy pagando el precio.

Un precio en mi opinión, demasiado alto.....

Capítulo IV

(Alexander)

Llevo todo el día entrenando con mis hombres pero mi cabeza no está en el entrenamiento si no en una rubia inglesa que desde que llegó a mis tierras, ha descolocado mi vida.

No sé a qué se refería Isabella con los castigos que le infligió su marido, todos sabemos que fue un sádico y un loco, no sé en que estaba pensando cuando le di carta blanca para que se encargara de Brianna, pero tampoco quiero que piense que siento algo por la inglesa...

Mis hombres me miran raro, lo sé porque jamás he dejado que nada me afecte y me distraiga de mi deber para con mi gente, después de todo soy el Laird del clan Mckenzie desde que era casi un chiquillo, pero esperaba una muchacha insípida y temerosa como todas las inglesas, sin embargo el Rey me envía a una rubia orgullosa y altanera y eso me saca de mis casillas, no saber cómo actuar ni que decir.

Llevo todo el rato con una mala sensación, como cuando se aproxima una batalla y no entiendo que pueda ser, no he visto a Isabella ni siquiera sé si está en el castillo, voy a ir a buscarla y así acabar con todas las dudas. ¡Maldita sea! ¿Desde cuándo me preocupa a mí una maldita mujer? Y sobre todo inglesa.

Cuando llego a la sala no encuentro a nadie y me parece raro, me dirijo a mi habitación para refrescarme un poco, allí puede que encuentre a Isabella, pero al llegar tampoco está ¿aún estará con Brianna? No lo creo...

Dejo por un momento de pensar en esas dos mujeres y me refresco y cambio el tartán por uno limpio, ya no sé que mas hacer para tranquilizarme, porque cada vez tengo un peor presentimiento, ¿vamos a ser atacados? ¿Será esa la razón de mi desasosiego?

Salgo furioso conmigo mismo por ser tan estúpido y cuando me dirijo de nuevo a la sala, llega corriendo una de las sirvientas, ¿cómo se llama...? Marie, se llama Marie, la recuerdo porque es la única que no ha intentado acostarse conmigo, y no es fea la muchacha.

—¡Mi señor! — exclama sin aire al llegar a mi lado — Es Lady Brianna, ella, no está bien — dice horrorizada.

Me pregunto que puede ser tan grave como para que Marie este así de nerviosa.

—¿Qué ocurre chiquilla? ¿Por qué tanta prisa, se le ha roto una uña a milady? — pregunto.

— Laird, la señora está ardiendo en fiebre — exclama...

— ¿Fiebre? ¿Cómo es posible? Como sea algún truco de esa bruja... — empiezo a enfadarme.

— Laird es normal que tenga fiebre los latigazos que....

—¿¡Qué!?! — grito ahora realmente furioso haciendo que Marie se asuste — ¿cómo que latigazos?

— Señor los que usted ordenó dar a Lady Brianna — dice ahora asustada de mi reacción.

—¿Quién demonios ha dicho que yo ordene tal cosa? — le pregunto.

— Lady Isabella, Señor — la muchacha ya no sabe como huir de mi ira.

¿Isabella? ¿Pero esa mujer se volvió loca...?

Me dirijo deprisa a la habitación dónde tengo encerrada a mi prometida y al entrar puedo ver a Brianna echada en la cama de espaldas y ahora entiendo el por qué.

Su espalda está marcada por más de veinte latigazos, está herida gravemente, ¿cómo ha podido Isabella hacer tal barbaridad?

¡Por Dios! Yo soy despiadado con mis enemigos en la batalla pero en este

caso está barbarie es desproporcionada, Brianna es tan frágil, tan pequeña...

Me acerco a su lecho y puedo apreciar que Marie ya ha atendido sus heridas pero tiene razón, al tocarla puedo notar que está ardiendo, una fiebre así puede matarla y sin saber por qué, ese pensamiento me horroriza. Esto no sé puede quedar así, está vez Isabella a cruzado una línea que jamás debí permitir que cruzara.

— Cuídala — le pido a Marie, puedo ver que no la odia por ser inglesa, ahora mismo mi prometida necesita a alguien que la cuide sin sentir odio hacia su persona.

Voy al establo, subo a mi caballo y cabalgo veloz hasta llegar a casa de Isabella si ella no está en mi castillo es porque después de cometer semejante locura, se marchó tan tranquila. Sé que es una mujer de carácter pero nunca pensé que pudiera hacer nada parecido a esto, al llegar no espero siquiera a que un sirviente me atienda, solo quiero llegar hasta la mujer que casi mata a mi prometida.

Isabella al verme entrar sonrío como siempre, esa sonrisa que parece prometerte el cielo, pero al ver mi semblante veo como pierde hasta el color, hace bien en temerme.

— Querido.... — dice ronroneando, hoy ese truco no sirve conmigo.

—¿Cómo te has atrevido a azotar a Brianna?! — le grito mientras la zarandeo, si no me controlo puedo matarla.

— ¡Suéltame Alexander! — grita enfurecida, nunca la he tratado así.

— ¿Estás loca Isabella?! ¡Está ardiendo de fiebre y su espalda está en un estado lamentable!— sigo gritando pero ya la he soltado.

— ¡Tú me diste permiso! Además, no tengo la culpa que sea una florecilla inglesa querido, mi marido me mandó azotar muchas veces y nunca pasó nada — lo dice con una tranquilidad, que me asusta.

— ¡No pensé jamás qué harías algo así! — exclamo lleno de remordimientos, sé que soy igual o incluso más culpable que Isabella.

— ¿Te importa la inglesa verdad? — pregunta ahora furiosa.

— ¡Eso a ti no te importa! — le contesto.

— ¡Claro que me importa! ¡Aún no te has casado con ella, y ya te tiene

comiendo de su mano...! — Al oír sus palabras envenenadas, me enfurezco más.

— ¡A mí, ninguna mujer me tiene comiendo de su mano Isabella! — ella palidece aún más — ¡Ni siquiera tú!

Ella no dice nada solo me mira sin poder creer aún en mis palabras, siempre he estado obsesionado con ella pero ante todo soy un guerrero, un bárbaro como diría Brianna y no sé que es el amor, fui criado para ser Laird, para combatir y no tengo tiempo para estar jugando con una inglesa rebelde y una escocesa desquiciada.

— ¡No vuelvas a tocarla Isabella, o te arrepentirás! — le ordeno, ella puede ser mi amante pero nada más.

— Como ordenes Laird — me mira con odio puedo verlo.

Sé que ella, no está acostumbrada a que la traté así, nuestra relación siempre ha sido pasional, nunca he tenido que ordenarle nada.

Salgo de su casa, ahora mismo no quiero hablar más con ella porque los dos podemos decir más de la cuenta, quiero llegar al castillo y ver como sigue Brianna, si Marie no ha conseguido bajar la fiebre, mandaré a alguno de mis hombres a buscar a la curandera. Sé que todo esto es culpa mía, y por primera vez, siento remordimiento por una decisión que he tomado, siempre he sido frío y sin sentimientos, solo Isabella lograba despertar algo en mí desde que era un chiquillo. Ahora eso ha cambiado, mi Rey, me envió a una mujer hermosa que saca lo mejor y peor de mí.

Cuando llego a la habitación de Brianna, puedo ver que ya no tiene fiebre y quiere hacerme creer que está dormida pero sé que no es así. Quiero que sepa que yo no tuve nada que ver con su castigo, se que la amenacé la última vez que la visité en está su prisión, pero por muy furioso que pudiera estar, jamás llegaría a lastimarla de ese modo.

—Brianna sé que estás despierta, solo quiero que sepas que no quería que esto pasara, yo no le dije a Isabella que te azotara — digo lleno de culpa.

Ella sigue sin hablarme, sin mirarme y eso me..., ¿duele?

Solo hacerme dudar ya me enfurece, ¿por qué tiene que importarme que no me hable? ¿Por qué me importa lo que pueda pensar de mí?

— ¿No vas a volver a hablarme? — mi paciencia tiene un límite, puede que sienta lo que ha hecho Isabella con mi consentimiento, pero no pienso arrastrarme.

Espero una señal, un gesto pero no llega y me juro a mí mismo, que esta inglesa no podrá conmigo, salgo dando un portazo y no me detengo ni a cerrar con llave, ¿dónde va a ir, si no puede tenerse en pie?, además, mis hombres nunca le permitirían salir de mis tierras.

Aquí parado delante de esta puerta, juro por mis antepasados que Brianna no va a manejarme, puede que la desee, pero no la amo y no lo haré nunca. Lo más cercano que conozco al amor es lo que siento por Isabella y no creo que se trate de ese sentimiento que buscan las mujeres, es deseo, pasión y en cierto grado, obsesión lo reconozco. Cuando ella me dejó siendo un chiquillo para casarse con su marido por ambición, la llegué a odiar por mucho tiempo, pero seguí siendo su amante y ahora por ironías de la vida ahora, será ella mi amante.

Si Brianna no quiere volver a hablarme por mi perfecto, para que ella lleve a mi hijo en su vientre no hace falta que hable...

¿A quién quiero engañar? Lady Brianna volverá a hablarme aunque tenga que obligarla a ello, ella ya piensa que soy un bárbaro, me odia más de lo que yo la odio a ella, así que no tengo nada que perder, conseguiré domar a esta fierecilla y llegará el día que respetará a su Laird.

Capítulo IV

Ross—Shire, Escocia 1462.

Hoy es el día de mi boda, hoy es el día que dejaré de ser completamente libre, para quedar prisionera para toda la vida en estas tierras salvajes.

Alexander no ha vuelto a molestarme. Según Marie, Lady Isabella no ha vuelto al castillo desde que Mckenzie la enfrentó por mi castigo, si cree que eso me hará cambiar de parecer respecto al él, está muy equivocado.

Jamás le perdonaré todo el maltrato y humillaciones que he recibido desde que llegué a este lugar, lo único que ha hecho es hacerme sufrir dolor y vergüenza, ni siquiera tengo el sitio que me corresponde en esta casa, Isabella es la que ordena, no yo.

Solo de pensar que está noche él me poseerá, me dan ganas de vomitar. Ningún hombre me ha tocado nunca y que sea ese miserable que me tiene aquí cautiva, me produce aún más asco. Sé que aunque luche con todas mis fuerzas él, es más fuerte que yo y conociéndolo, no le importará tomarme a la fuerza, así que he decidido ser una roca, no me negaré pero no obtendrá de mí ninguna reacción, poseerá mi cuerpo nada más.

Le daré el heredero que espera de mí pero después de eso, me encargaré de que nunca más, me vuelva a poner una mano encima. Así que rezo para quedar encinta pronto, que sea varón y Mckenzie me deje tranquila, aunque teniendo a Isabella, no creo que sea ningún problema.

Muchas mujeres se llevarían las manos a la cabeza al tener que compartir su marido con una amante pero a mí no me importa, solo sufre mi orgullo por la

humillación de que todos en el clan saben que mi futuro marido, no ha sido capaz de deshacerse de su amante antes de casarse, ¿pero, por qué hacerlo? Ni él me ama a mí ni yo a él, esto lo hacemos por obligación.

Estoy sentada dónde paso la mayor parte del tiempo, y desde hace unas horas tengo frente a mí el vestido de mi boda. Un vestido que mi madre hizo con todo su amor, blanco como manda la tradición ya que soy virgen, bordado a mano, no hay palabras para describirlo, que pena que nadie aquí sabrá apreciarlo. Temo que hasta lo tomarán como una ofensa pero ya que me han arrebatado todo, yo decido con que traje me caso.

Aquí, la única persona que puedo considerar amiga es Marie. Ella, no me ha juzgado sin conocerme y es algo que le agradezco, me siento tan sola... Nadie sabe todo lo que lloro por las noches, echo de menos a mi familia, mi hogar, pensar que jamás volveré a verlos me parte el corazón. No veré a mis hermanas Bianca y Adrienne casarse, no conoceré a sus hijos, ni podré ver una última vez a mis padres antes de que mueran, sin darme cuenta estoy llorando otra vez y ya no me importa que alguien me vea, el dolor que siento es más fuerte que yo.

—Mí Señora, ¿se encuentra bien? — Marie ha entrado a mi cuarto y ni me da cuenta.

— No Marie, no estoy bien, ¿cómo estarlo? Estoy obligada a casarme con un hombre que detesto, y además, jamás volveré a ver a las personas que amo y que me aman — no puedo evitar seguir llorando.

— Mí Señora, el Laird no es tan malo como él quiere hacer creer — me intenta consolar.

Pero no hay palabras que logren que cambie de opinión respecto a ese hombre, solo yo sé cómo me ha despreciado desde el primer momento, solo yo sé el dolor que he sentido cada vez que me ha puesto una mano encima y lo peor fue enviar a su amante para darme latigazos.

—Señora debo ayudarla a vestirse, el sacerdote ya está aquí y mí Laird, la está esperando — dice con cautela la sirvienta.

Siento un nudo en mi garganta y aunque nunca lo reconoceré delante de estos salvajes, estoy asustada, ha llegado la hora y por desgracia, nadie puede salvarme.

— Adelante entonces — digo decidida, si ya no hay escapatoria, enfrentaré mi destino.

La tina ya está llena de agua humeante le pido a Marie que eche unas cuantas gotas de mi aceite de lavanda, me encanta su fragancia. Después del baño la doncella me ayuda a secarme, ponerme las enaguas y el corsé y acto seguido el traje de boda, es pesado pero hermoso.

Marie tiene un don, y es que sus manos hacen magia con el cabello me ha hecho un precioso recogido, me siento hermosa y elegante, que pena que me he arreglado tanto para un hombre que no sé lo merece y que siquiera sabrá apreciarlo.

— Parece la mismísima reina de Escocia, Señora — dice asombrada.

— Gracias a tus manos Marie — le sonrío sinceramente.

Ella me la devuelve sonrojada por mi halago, no quiero salir de esta habitación que ha sido mi cárcel y mi refugio desde que llegué a este lugar pero ya no puedo retrasar por más tiempo esta boda, lo que me parece extraño es que Mckenzie, no esté aporreando la puerta como un maldito animal.

— Llego mi hora Marie, deséame suerte, la voy a necesitar — le digo mientras me dirijo hacia la puerta.

— Ya verá mí Señora, todo cambiará, yo tengo fe — me intenta animar.

— Pues ten fe por las dos Marie, porque yo ya la perdí hace tiempo — le doy una sonrisa triste y salgo hacia el gran salón ya que supongo que es allí donde se celebrará la boda.

Y no me equivoco, allí están todos incluso esa bruja de Isabella, ¿pero, de qué me sorprende? ¿Pensaba qué él iba a dejarla por lo que me hizo? Que ingenua...

Lady Isabella me mira con un odio desmedido, si las miradas mataran, yo estaría bajo tierra ahora mismo. Las gentes del clan que han querido presenciar este enlace están presentes y como el primer día que llegué siento su rencor. El párroco me sonrío como intentando darme un valor que poco a poco, he ido perdiendo. Mckenzie, me mira de una forma extraña que no sé cómo interpretar pero no me importa, entro en el gran salón con la cabeza bien alta y una espléndida sonrisa, ninguno de estos bárbaros sabrá jamás como me siento.

Camino hasta ponerme al lado de mi futuro esposo sin siquiera mirarlo, puedo notar que él si lo hace, pero no voy a darle el gusto de dirigirle una mirada que no sé merece. No sé merece nada de mi parte, y nada es lo que obtendrá.

— Queridos hermanos estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Alexander Mckenzie y Lady Brianna — empieza a decir el cura, y yo comienzo a temblar.

Lo siguiente lo dice en gaélico así que entiendo muy poco, aunque estudié un poco el idioma para poder entenderlo necesito que hablen más despacio, ya que es una lengua muy cerrada y difícil de entender.

—¿Alexander Mckenzie, deseas tomar por esposa a Brianna de Clarence? — pregunta, y yo solo deseo que ocurra un milagro y conteste que no.

—Sí, deseo — dice alto y claro y yo cierro los ojos, estoy acabada.

— Lady Brianna de Clarence, ¿deseas tomar a Alexander Mckenzie cómo esposo?— y por un momento me quedo callada, preguntándome que ocurriría si dijera que no...

— Sí, deseo — Me parece escuchar un leve suspiro por parte del Laird.

— Por el poder que me ha otorgado la iglesia, os declaro desposados, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Puedes besar a tú esposa — dice sonriendo, ¿besarme? ¡Ni hablar!

Mckenzie se acerca, no puedo creer que espere que deje siquiera que respire cerca de mí, no me importa dejarlo en ridículo delante de todo su clan, después de todo es su gente, no la mía.

— Si no quiere quedar en evidencia delante de todo su clan Laird, le aconsejo que no sé acerque más — le digo cuando está lo suficientemente cerca para oírme.

Él, se queda helado mirándome esperando que no hable en serio, pero lo hago. Él, se da cuenta y se aparta enfadado, no me importa.

Puedo ver que Isabella sonríe complacida al ver que no me ha besado, seguramente piensa que ha sido su amante quién me ha rechazado, ¡que equivocada está! De repente, siento unas ganas terribles de demostrárselo, así que cambio de opinión y soy yo la que se acerca a Alexander, cogiéndolo del

cuello lo agacho lo suficiente para poder besarlo apasionadamente. Él, no tarda en corresponder sujetándome de la cintura y levantándome unos centímetros del suelo, debo reconocer que ese beso me ha encantado. Los vítores y aplausos me hacen reaccionar, me aparto de él avergonzada sin poder mirarlo a la cara, pero sí busco a Isabella y me alegra ver que está roja de ira, justo lo que quería conseguir, sonrío complacida.

Llega el momento del banquete, puedo ver que hay mucha comida y bebida y que toda esta gente está disfrutando de la celebración, todos menos yo, hasta Mckenzie, está sonriendo como si fuese el hombre más feliz del mundo.

La hora se acerca y cada vez siento más náuseas y miedo. No he podido probar bocado, solo he bebido algo de vino que por cierto, en estas tierras, lo hacen bastante más fuerte que en Inglaterra pero eso, no me ha impedido beberme dos vasos. Tal vez si llego ebria a mi noche de bodas, mañana no recuerde nada, eso sería un alivio.

— Deja de beber esposa, no quiero que llegues a mi lecho estando borracha — me dice Mckenzie, aunque dicho por él, parece una orden.

— Como vos ordenéis, Laird — le respondo y el frunce el ceño, no le gusta mi respuesta.

— Debemos abrir el primer baile esposa, es la tradición — me informa ahora, más serio.

— Vaya, no sabía que entre salvajes, también hay tradiciones — digo irónica.

— ¿Estás tratando de enfurecerme esposa? Porque no lo vas a conseguir — me advierte.

— ¿Yo? No esposo, no quiero acabar otra vez con la espalda en carne viva — le respondo mordaz. Él, palidece, parece que le afectan mis palabras.

— ¡Vamos! — me ordena, llevándome al centro del gran salón para comenzar en baile.

Lo que no esperaba es que mi esposo, fuese una buena pareja de baile, pero me equivoqué, solo quiero acabar con esta pantomima y poder retirarme a mis aposentos. Con un poco de suerte Mckenzie, pasará la noche con su fulana.

Llega la hora en que debo marcharme y prepararme para mi esposo, lo que

nadie sabe es que eso es lo último que voy a hacer, si debo entregarme a él no voy a arreglarme como si fuera un cerdo para el matadero. Me despido y me dirijo hacia mis habitaciones, allí me espera Marie, me ayuda a quitarme el pesado vestido y solo me pongo un tenue camisón, me cepilla el cabello hasta dejarlo suave y brillante, me acuesto en la gran cama y Marie se despide de mi deseándome suerte con la mirada y me quedo allí casi sin respirar esperando oír cualquier ruido que me indique que Mckenzie no va a venir por mí.

Pero mi Dios, no ha escuchado mis plegarias ya que la puerta se abre y aparece mi esposo mirándome intensamente y un escalofrío recorre mi espalda, creí que me libraría de semejante locura pero veo que no, solo rezo para que todo acabe pronto. No temo al dolor pero me hubiera gustado entregar mi virtud a alguien a quién amaré, pero eso no va a poder ser y es lo que me apena.

— Veo que me honra con su presencia Laird Mckenzie — le digo intentando ocultar mi temor.

— Puedes llamarme Alexander, Brianna, ya somos marido y mujer— dice mientras empieza a desvestirse.

— Jamás te llamaré por tu nombre Laird — le juro obstinada.

— Eso lo veremos Brianna, puede que te haga gritarlo — dice riendo el maldito infeliz, está disfrutando de esto, mientras yo lo voy a sufrir hasta el final.

(Alexander Mckenzie)

Hoy es el día de mi boda, no estoy nervioso ni nada parecido, solo me gustaría que mi futura esposa no me odiara como lo hace ahora.

No he vuelto a molestarla, tampoco sé nada de Isabella y por extraño que parezca, no la echo de menos, ¿puede ser que mi obsesión por ella esté desapareciendo? Tantos años atado a ella y ahora casi ni la recuerdo ¿qué

demonios me ocurre?

Está noche por fin, podré poseer a Brianna y dejar atrás este deseo que siento por la inglesa, sé que no sé entregará a mí de buena gana, pero puedo hacer que cambie de opinión soy un gran amante y me encargaré de que grite mi nombre.

El sacerdote ya ha llegado y le ofrezco un buen vino para beber mientras esperamos a la novia, van llegando gentes de mi clan pero lo que más me sorprende, es ver entrar a Isabella. ¿Cómo tiene la poca vergüenza de aparecer después de la última vez que nos vimos?

Me acerco a ella a grandes zancadas, no quiero que arruine mi boda, no tendría que importarme, pero lo hace.

—¿Qué haces aquí Isabella? — le pregunto cuando llego a su lado.

— ¿Ya no soy bien recibida aquí, cariño? — pregunta melosa.

— ¿Precisamente hoy? No, Isabella — le digo enfadado.

—¿Por qué? ¿Temes que tu futura esposa, se moleste? — pregunta irónica.

— Déjalo ya Isabella, no creo que vengas a desearnos felicidad, así que ahórratelo — le ordeno.

— No por supuesto que no Alexander, pero necesito hablar contigo es algo importante — me contesta, la noto nerviosa y eso es raro en ella.

— Hoy no Isabella, es el día de mi boda, mañana hablaremos — y sin dejarla contestar me marchó, no tengo paciencia para ella ahora mismo.

Estoy nervioso, ¿y si la inglesa no sé presenta? No puedo dejar que me humille ante mi clan, si así fuera, tendría que castigarla y sé que entonces me ganaría su odio eterno, si es que no lo he hecho ya. No la he vuelto a ver desde el día que Isabella la castigó, se que ella no me hablará y eso me saca de mis casillas, ninguna mujer me ha desafiado nunca y que Brianna lo haga después de todo lo que ha sufrido desde que llegó aquí, me demuestra que tiene el mismo coraje que una autentica escocesa.

De repente, el silencio que reina en la sala, me saca de mis cavilaciones. Al girarme, puedo ver por qué han callado todos. Ahí está, parece una reina, nunca he visto nada más hermoso.

En sus ojos puedo ver miedo, aunque intenta esconderlo, entra al gran salón

con la cabeza bien alta demostrando un gran orgullo y se posiciona a mi lado sin dirigirme una sola mirada.

—Queridos hermanos estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Alexander Mckenzie y Lady Brianna... — empieza a decir el sacerdote.

Mi futura esposa sigue sin mirarme, siento un deseo enorme de ver esos preciosos ojos y cuando por fin se cumple mi deseo, en sus ojos solo veo un enorme desprecio, siento algo extraño en mí que me enfada. Esta mujer me está volviendo un maldito idiota, que no me mire si no quiere eso no cambiará nada, será mi esposa quiera o no.

— Alexander Mckenzie, ¿deseas tomar como esposa a Lady Brianna de Clarence? — me pregunta el sacerdote, miro por un momento a Isabella, me doy cuenta que ella espera que yo diga que no en el último momento, pero ni puedo ni quiero hacerlo.

— Sí, quiero — Veo como Isabella sale del salón, mejor, espero que se marche.

Me doy cuenta que Brianna estaba conteniendo el aliento esperando mi negativa y al no escuchar lo que ella esperaba se tensa aún más a mi lado.

— Lady Brianna de Clarence, ¿deseas tomar como esposo a Alexander Mckenzie? — y ahora soy yo cuando dejo de respirar esperando que no se niegue.

Ella tarda tanto tiempo en responder, que estoy a punto de apretarle dolorosamente la mano para que sepa que no estoy dispuesto a que se niegue a este enlace.

— Sí, quiero — dice finalmente y yo, vuelvo a respirar.

— Puedes besar a tu esposa — dice el sacerdote y yo estoy dispuesto a obedecer, hace mucho que no saboreo los labios de la inglesa.

Me voy acercando poco a poco a ella, pero lo que me dice en voz baja, me deja inmóvil.

— Si no quiere quedar en evidencia delante de todo su clan Laird, le aconsejo que no se acerque más — me dice, y sé que habla muy en serio.

Pero casi al instante como si estuviera loca, se acerca a mí y me besa, yo respondo levantándola del suelo para acercarla más a mí, los gritos de la

gente nos sacan de nuestro trance y ella parece avergonzada, me encanta verla sonrojada.

Llega el momento del banquete y puedo apreciar que mi esposa apenas prueba bocado, pero sí ha bebido varios vasos de vino.

— Deja de beber esposa, no quiero que llegues a mi lecho borracha— le ordeno.

—Como vos ordenéis... Laird — me contesta sin ningún respeto, maldita...

Debemos inaugurar el primer baile y así se lo digo, sé que está intentando provocarme, pero no lo va a lograr.

— ¿Estás tratando de enfurecerme esposa? — sé bien cuál es su juego.

—¿Yo? No esposo, no quiero acabar otra vez con la espalda en carne viva — me responde mordaz y yo al recordar el aspecto que tenía después del castigo de Isabella, palidezco.

Ella solo sonríe. Se acabó, agotó mi paciencia...

— ¡Vamos! — le ordeno cogiéndola del brazo para llevarla al centro del salón y bailar.

Después de una hora, llega Marie para llevar a Brianna a nuestros aposentos y prepararla para mí, ella se va sin dirigirme la palabra y aunque intenta ocultarlo, sé que está muy asustada.

Espero un rato para estar seguro de que está lista y preparada para mí, mi deseo ha aumentado considerablemente durante estas horas y mi erección, es bastante dolorosa en estos momentos.

Recorro el pasillo para dirigirme al encuentro de mi esposa, no sé lo que me voy a encontrar pero de algo estoy seguro, Brianna no estará deseosa de compartir mi cama, pero la haré cambiar de opinión.

Al abrir la puerta, me impacta la visión de mi hermosa esposa preparada para mí. Sé que es virgen, nunca he estado con una virgen y eso, me pone nervioso.

— Veo que me honra con su presencia Laird Mckenzie —dice burlona—

— Puedes llamarme Alexander, Brianna, ya somos marido y mujer — le digo mientras empiezo a desvestirme.

—Jamás te llamaré por tu nombre Laird —dice ella muy segura.

— Eso lo veremos, Brianna, puede que te haga hasta gritarlo — digo riendo, disfrutaré domando a está inglesita.

Me acerco al lecho y veo como ella se aleja lo máximo posible, me meto en la cama y la acerco a mí, no pesa nada pero está tan tensa como la cuerda de mi arco, esto va a ser difícil...

— No voy a resistirme Laird, cumpliré con mis obligaciones de esposa nada más, rezo a Dios para daros un heredero varón lo más pronto posible, y así no soportar vuestra presencia — dice orgullosa mirándome a los ojos.

Esas palabras me encienden, ¿soportar mí presencia? ¿Le repugno? Nunca he tenido problemas con las mujeres. Desde que era un chiquillo ya me acostaba con alguna de las sirvientas, sé que soy apuesto, ¿por qué la inglesa no me desea?

— Estás muy equivocada Brianna, aunque me des un heredero, yo seguiré visitando tu lecho — le respondo serio.

—¿Por qué? ¿No tiene suficiente con Isabella? Como toda fulana que se precie, debe saber que hacer en su cama —responde.

— ¡No la insultes! —le ordeno— ¡Harás lo que yo te diga Brianna, yo no soy un estúpido inglés al que puedas manejar!

— No, por supuesto que jamás podrías ser como un hombre inglés, ellos respetan a sus mujeres.

—¿Respetan? No me hagas reír —le digo soltando una carcajada.

— ¡No todos pero si algunos...! —dice ahora no muy convencida.

—¡Basta de charla esposa, relájate sé que disfrutarás! —exclamo mientras empiezo a desvestirla.

Está rígida como una estatua, tiene cuerpo de diosa y yo siento que mi miembro crece cada vez más, pero esta noche seré paciente, no quiero causarle más daño del necesario.

La cojo en brazos y la deposito en mi lecho. No me mira, mantiene los ojos cerrados, empiezo besándole el cuello y voy descendiendo lentamente hasta llegar a sus perfectos pechos, sus pezones rosados me incitan a saborearlos, puedo notar como tiembla y me gusta saber que no es tan indiferente a mí.

Sigo bajando hasta su feminidad y ella intenta apartarme pero se lo impido, quiero probarla y cuando lo consigo, soy yo quién suelta un gemido, me vuelve loco como sabe. Mi testaruda esposa, está mordiéndose los labios para no dejarme oír sus gemidos, pero antes de que acabe la noche, haré que grite mi nombre.

Sigo lamiéndola, saboreándola, deleitándome con el jugo de su excitación y ahora Brianna, no puede dejar de gemir y estremecerse. Voy succionando lentamente su clítoris, aumentando el ritmo de mi lengua hasta que da un pequeño grito y queda laxa. Sigo pasando mi lengua despacio, bebiéndome su orgasmo. Llegó la hora de hacerla mía porque ya no puedo aguantarme más, separo sus piernas besando sus muslos y me sitúo en medio guiando mi miembro hacia su entrada, poco a poco, me voy adentrando en ella, está tan apretada y caliente, que necesito de todo mi autocontrol para no penetrarla de golpe. Ella, está arañándome la espalda, no sé si es de placer o dolor, pero como no quiero dañarla más, de una arremetida entro en ella. Grita y me clava sus uñas por el dolor, yo me quedo inmóvil esperando que se adapte a mi tamaño, quiero besarla pero vuelve la cara...

— No quería hacerte daño Brianna, lo siento... —le susurro en el oído mientras le voy lamiendo el lóbulo de la oreja.

No me contesta y yo empiezo a moverme a ritmo lento, dentro y fuera, dentro y fuera, solo cuando noto que mi mujer enrosca sus piernas en mis caderas, comienzo a aumentar el ritmo con arremetidas más profundas.

Es maravilloso estar dentro de ella, nunca he experimentado este placer con otra mujer, no sé qué me pasa con ella, pero no quiero dejar de hacerle el amor. Sé que no aguantaré mucho, es demasiado el placer que estoy sintiendo, pero antes de vaciarme dentro de ella, necesito oír mi nombre de su labios.

Puedo notar que le queda poco para llegar al éxtasis así que con mucho esfuerzo dejo de moverme, ella me mira mal y casi empiezo a reír si no fuera porque yo estoy sufriendo igual que ella.

— Si quieres que te lleve al límite, di mi nombre esposa mía —le digo.

— ¡Jamás! —grita ella.

Empiezo a moverme otra vez y ahora meto mi mano entre nuestros cuerpos,

acaricio con mis dedos su pequeño botón del placer y gime sin parar, cuando noto que está a punto de llegar, vuelvo a detenerme.

—¡Mckenzie! —vuelve a gritar.

— No esposa, ese no es mi nombre —digo mientras vuelvo a penetrarla lentamente, deleitándome con la imagen de sus dientes mordiendo sus labios, aguantando los gemidos.

Ruego a Dios porque está cabezota de su brazo a torcer porque no aguanto más, empiezo a bombear fuerte y rápido, ¡al infierno!, no lo soporto más. Gemimos los dos como locos, Brianna levanta las caderas y va a mi encuentro, para ser virgen y odiarme tanto, se entrega con mucha pasión.

— ¡Alexander! —grita al llegar a su orgasmo y solo con oír salir mi nombre de sus boca entre gemidos, me estremezco y vacío mi semilla dentro de ella, me dejo caer a su lado completamente saciado.

Quiero abrazarla pero se aparta de mí contacto, y aunque no quiera reconocerlo me duele.

— Ya he cumplido Laird, puede irse a su habitación —me ordena, ¿ella a mí? Ni hablar.

— ¡Yo decidiré cuando abandonar tu lecho Brianna! —contesto enfadado por su reacción.

Me da la espalda y yo me quedo sin saber qué hacer, no quiero irme y menos cuando ha sido ella la que me ha ordenado marcharme. Pienso dormir en esta habitación, puede que vuelva a hacerla mía esta noche, y con ese pensamiento, me duermo.

Despierto cuando el sol me da en el rostro y mi esposa no está a mi lado, veo sangre en la sábana, prueba de su virginidad, hasta anoche y eso me complace. Me levanto con una sonrisa, me lavo y salgo a buscar a esa inglesa testaruda, pero no encuentro lo que busco si no a Isabella con cara de pocos amigos.

— ¡Alexander, por fin despiertas!, ¿la inglesita te agotó anoche? —pregunta cruzándose de brazos.

— No sé te ocurra reclamarme nada Isabella — le advierto.

Ella me mira furiosa pero no dice nada más y yo me pregunto que hace aún

aquí.

— ¿Puedo hablar ya, contigo? Pregunta aún más enfadada.

— ¿Qué es tan importante que no puede esperar Isabella? —me extraña este repentino interés por hablar conmigo.

— No me voy a andar con rodeos Alexander, estoy embarazada —dice seria. Cuando escucho su confesión, me falta el aire. ¿Embarazada?, estoy tan sorprendido que no me doy cuenta que alguien más, ha oído nuestra conversación.

— ¿Embarazada? —pregunto a media voz, no puedo creérmelo.

¿Por qué justo ahora? ¿Qué le voy a decir a mi esposa...?

Ross—Shire, Escocia 1642.

No sé que me ha pasa, no entiendo cómo he podido reaccionar a sus caricias de ese modo. Jamás imaginé que se pudiera sentir tanto placer, que Mckenzie, el hombre al que odio, sea el que me lo haya proporcionado. Me avergüenza, pero aunque intento contenerme no lo consigo. Quiero detenerlo pero él, no me deja.

Cada roce, cada caricia o beso me vuelve loca, no ha dejado ni un rincón de mi cuerpo sin besar o acariciar. Gimo sin poderme controlar, no me importa que él me escuche, ahora soy esclava del placer que él me proporciona y necesito la liberación, pero no pienso suplicarle como él espera que haga.

Cuando al fin me penetra, grito de dolor e intento quitármelo de encima sin conseguirlo, a medida que mi cuerpo se va acostumbrando a su tamaño, el dolor disminuye y vuelvo a sentir placer, Mckenzie sabe lo que hace porque en poco tiempo, noto como estoy llegando a mi límite. Cuando casi siento tocar el cielo con mis dedos, mi esposo deja de moverse y yo gruño como protesta.

— Si quieres que te lleve al límite, di mi nombre esposa mía. —me pide.

—¡Jamás! —le digo.

Empieza a arremeter otra vez pero ahora acaricia mi clítoris haciéndome gritar de placer, sé que no me queda mucho y necesito la liberación pero el muy canalla vuelve a detenerse, siento que no puedo más, voy a explotar.

— ¡Mckenzie! — le grito furiosa.

— No esposa, ese no es mi nombre — me susurra, está torturándome.

Empieza otra vez a moverse dentro de mí, juro que si vuelve a detenerse, lo mataré.

Sus embestidas ahora son profundas y rápidas, sé que ahora él, también ha perdido el control, solo espero que no vuelva a torturarme de ese modo. Alzó mis caderas yendo a su encuentro porque necesito más de él. Solo se escucha en la habitación nuestros gemidos de placer y el chocar de nuestros cuerpos sudorosos y finalmente estallo, veo luces de colores detrás de mis ojos cerrados y no puedo evitar exclamar lo que tanto quería evitar.

— ¡Alexander! —grito su nombre y él, me sigue con su orgasmo, llenándome con su semilla.

Mckenzie se desploma a mi lado completamente saciado, parece que quiere abrazarme pero después de lo que acaba de pasar, necesito distancia entre nosotros. Siento que me he traicionado a mí misma, ¿cómo puedo entregarme con tanta pasión al hombre que odio?, me retiro de su contacto.

— Ya he cumplido Laird puede irse —le ordeno, quiero estar sola, lo necesito.

— Yo, decidiré cuando abandonar tu lecho, Brianna — me dice enfadado, sé que no le gusta que le ordenen y menos una mujer, su mujer.

Le doy la espalda haciéndole saber que no quiero nada de él, que haga lo que quiera, pero que me deje en paz, espero que no me moleste más por esta noche. Al poco rato me doy cuenta que el muy bastardo, está dormido plácidamente y yo sin poder pegar ojo. Porque aunque me cueste reconocerlo, mi cuerpo aún clama por el suyo. Después de dar muchas vueltas en el lecho, casi al alba, consigo caer rendida.

Cuando vuelvo a despertar, mi esposo sigue dormido y aprovecho para asearme e irme antes de que él despierte, no creo que sea capaz de mirarlo a

la cara, ahora que soy su mujer espero no seguir siendo una prisionera, así que me dirijo al salón para desayunar. Es Marie quién me atiende y me alegra ver que está todo desierto y silencioso, pero como todo no puede ser paz y tranquilidad en este lugar, escucho unos pasos y acto seguido entra como si fuera la dama del lugar la amante de mi marido, ¿aún sigue aquí? Ninguno de los dos tienen vergüenza ni moral, siento mi sangre hervir y no entiendo por qué, ella puede quedarse con Mckenzie y con mis bendiciones.

—¿Lady Brianna amanece radiante hoy!, el sexo con Alexander tiene ese efecto querida — dice sonriéndome falsamente y sentándose frente a mí.

No le respondo, no merece la pena, no me levanto porque no quiero que piense que le temo, ella tiene que darse cuenta que ahora yo, soy la Señora de este castillo y ella una simple arrastrada que se conforma con ser la amante de un hombre.

—¿Se te comió la lengua el gato? — se que quiere sacarme de mis casillas, y lo que no sabe que su sola presencia ya lo hace.

— ¿Por qué no te callas Isabella? — le pregunto.

— Vaya Lady, que carácter, ¿seguro que anoche Alex te desvirgó? ¿O será, que sigues siendo una virgen frígida y amargada?

—¡Basta! — me levanto de golpe, no soporto su compañía — ¡Puede que mi esposo quiera soportarte, pero yo desde luego no!

—¿No quiere saber por qué sigo aquí? —pregunta y me detengo.

— No me importa nada de lo que tú y mi marido hagáis, con tal de que sea lejos de mi —le digo dándole la espalda.

— Me alegra saber eso Brianna, porque he venido para quedarme y tengo una muy buena razón —puedo intuir su sonrisa aún sin girarme para verla, sigo mi camino sin mirar atrás.

No puedo volver a mis aposentos ya que aún no estoy preparada para ver a Mckenzie, además, ahora mismo estoy furiosa, ¿qué habrá querido decir Isabella? ¿Tendrá una buena razón para seguir en el castillo, o solo lo ha dicho para molestarme?

No sé dónde me dirijo, nadie me ha enseñado este lugar, nada más llegar me encerraron como a una criminal, decido buscar la cocina con la esperanza de

encontrar a Marie, ella podría enseñarme el castillo.

No me cuesta encontrar la cocina y para mi desgracia no está Marie, solo la cocinera y dos sirvientas más que prácticamente ni se dignan a mirarme, si creen que me importa se equivocan.

Decido ir a mi habitación aunque puede que me encuentre a mi esposo pero no tengo otro sitio donde ir, estoy casi llegando cuando lo veo salir y me escondo, con suerte no me verá, a quién sí ve, ya que va a su encuentro es a Isabella, ¡maldita arpía!

— Alexander, por fin despiertas, ¿la inglesita te agotó anoche? — pregunta con burla.

— No te atrevas a reclamarme nada Isabella — ordena serio mi marido.

—¿Puedo hablar ya, contigo? — puedo notar que está enfadada.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar? — pregunta McKenzie exasperado.

—No me voy a andar con rodeos Alexander, estoy embarazada — dice Isabella.

Se hace el silencio, siento náuseas al escuchar esa confesión, ¿no solo tendré que soportar su presencia? ¿También, la de su bastardo? ¿Por qué me odias tanto Señor? Tengo unas ganas terribles de llorar y no entiendo el por qué.

—¿Embarazada? — pregunta en voz baja mi esposo, pero yo ya no quiero saber nada más. Sin hacer ruido me dirijo a mi habitación y cuando cierro la puerta, ya no puedo aguantar más, rompo a llorar sin saber el motivo, ahora mismo soy un cúmulo de sentimientos, rabia, odio y celos... ¿Celos?

¿Por qué estoy celosa? No siento nada por el maldito escocés, tal vez sea porque ella le va a dar un hijo que debería ser el mío, yo, soy su esposa y mi obligación es darle herederos, y hasta eso, me han arrebatado.

Siento impotencia por no poder cambiar mi destino, ¿por qué me está pasando todo esto? ¿Cuánto podré aguantar? Me encantaría poder huir lejos de aquí, volver a mi hogar donde todo es paz y amor. Volver a pasar las tardes con mis hermanas, salir a cabalgar con mi padre, o tomar el té con mi adorada madre, ¿cómo estará mi familia? Espero que no estén tristes ni preocupados por mí, aunque si supieran por todo lo que estoy pasando, se

morirían de dolor.

Me acuesto en la cama, aún puedo oler la esencia de mi marido y todo lo que pasó anoche vuelve a mí, soy una estúpida, me entregué a él como una cualquiera y él va a tener un hijo con su amante, siento ganas de golpearlo hasta que sienta el mismo dolor que siento yo, no quiero volver a verlo y saber que eso es imposible, me hace llorar con más fuerza.

De repente se abre la puerta, ahí está el mal nacido responsable de que mi vida ahora mismo sea tan miserable, se queda parado en el umbral mirándome extrañado, ¿qué esperaba? ¿Oigo como su amante le anuncia que está embarazada, y debo saltar de alegría?

—¿Qué te ocurre Brianna? — me pregunta mientras cierra la puerta.

No le contesto, no me fio de lo que pueda decirle y no quiero ganarme ningún golpe por su parte.

—¡Responde esposa! — me ordena mientras se acerca más a mí, yo decido levantarme del lecho para que no tenga oportunidad de estar a mi lado.

Me mira con enfado, no le gusta que le lleve la contraria, y a mí no me gusta nada de lo que me ha pasado desde que llegue a este sitio.

— ¿Otra vez vas a dejar de hablarme? ¿Tal vez solo quieres comunicarte conmigo como lo hicimos anoche...? — pregunta burlón.

Maldito bastardo, ahora solo está pensando en volver a tumbarme de espaldas.

—¡No vas a volver a tocarme maldito escocés! —escupo— ¡Tu puta a servido para algo, ya no tengo la obligación de darte un heredero, confórmate con tú bastardo! —le digo furiosa, ya no me importa si quiere matarme a golpes.

—¿Qué has dicho? —me pregunta amenazante —¿Quién te lo ha contado? — me exige una respuesta.

— Nadie Mckenzie, tuve el privilegio de escucharlo todo — respondí.

— ¡Eso no es de tu maldita incumbencia inglesa, los asuntos de Isabella y míos solo me importan a mí! ¡¿Te queda claro?! —dice mientras me coge fuertemente del cabello.

No suelto ningún sonido, no le daré el gusto de saber el daño que me está

haciendo, lo miro a los ojos para que vea en ellos mi desprecio y jamás pueda olvidarlo.

Me llevo una gran sorpresa cuando él, sin soltarme, empieza a besarme de una forma feroz. Me hace daño, pero no voy a resistirme si él quiere tomar mi cuerpo que lo haga, pero no le daré nada más.

— Bésame, Brianna —susurra ahora, parece más una súplica que una orden, sonrío internamente, el deseo vuelve idiotas a los hombres.

— ¡No! — le digo con total satisfacción y eso, desata la tormenta.

Me empuja para tumbarme en la cama y se sube encima de mí, empieza a besarme el cuello, a lamerlo buscando una respuesta de mi parte que no va a conseguir. Lo reconozco, mi cuerpo me está traicionando pero aunque sea lo último que haga, no voy a dejar que me seduzca como anoche, no oirá ni una palabra de mis labios, seré un bloque de hielo.

Sigue su asalto pero ahora con más furia porque sabe que no voy a responder como anoche, me levanta la falda y las enaguas, desgarras como un animal mi prenda íntima y sin ningún preámbulo ni miramiento, me penetra profundamente. Me duele y él lo sabe, no estaba preparada aún para su invasión, pero sé que lo que él desea es castigarme, así que giro mi cara y cierro los ojos para no verlo y espero a que esta tortura, acabe lo más pronto posible.

En la habitación solo se escuchan sus gemidos, su respiración acelerada y el chocar de nuestros cuerpos, ya no duele pero me niego a disfrutar, en estos momentos solo siento asco. Rezo para que acabe pronto y mis plegarias son atendidas pues tras varias embestidas profundas, McKenzie se vacía dentro de mí. Espero que se aparte, se vista y se marche no quiero ni verlo.

Se levanta y sé que me está mirando pero yo sigo con los ojos cerrados, oigo que susurra algo en su lengua que no llego a entender pero no le doy mucha importancia, no me interesa nada de lo que tenga que decir, al fin escucho la puerta cerrarse y puedo abrir los ojos. Tengo la ropa echa un desastre y necesito un baño, me siento sucia yo no deseaba esto y solo pensar que tenga que pasar el resto de mi vida soportándolo, me dan ganas de tirarme desde la torre más alta.

Marie me prepara el baño, no dice nada al verme en el estado en el que estoy,

después de todo, ella es fiel a su Laird.

Me trae la cena pero la dejo intacta no tengo apetito, solo quiero acostarme, dormirme y con un poco de suerte, que todo esto solo sea una pesadilla. Caigo en un sueño intranquilo, durante toda la noche tengo pesadillas con mi marido, despertándome sudorosa a cada rato, y gritando a pleno pulmón. Finalmente, caí rendida cuando las primeras luces del día se filtraban por las cortinas, pero no me importaba no pensaba salir de mi habitación nunca, no mientras esa ramera estuviera en este castillo, estoy cansada de ser la burla de todos estos salvajes, es hora de imponerme y que me tengan un poco de respeto.

Capítulo 77

(Alexander)

¿Embarazada? No puede ser, después de tanto tiempo ocurre esto ahora, el niño será un bastardo ya que no puedo casarme con Isabella.

Y Brianna no creo que tomé muy bien esta noticia, a ninguna esposa le gusta criar el bastardo de otra mujer.

— ¿No me estarás mintiendo, Isabella? — No me fio de ella.

—¿Ahora me acusas de mentirosa, Alex?

No sé qué decir, ni que pensar, Isabella nunca quiso embarazarse antes y una de las muchas razones por la que dejamos de vernos cuando éramos más jóvenes, fue porque descubrí que había ido a la curandera de la aldea para abortar a mi hijo. Me costó años perdonárselo, y además, siempre dijo que debido al aborto no podría volver a quedar embarazada, por eso esta noticia me ha sorprendido.

— No Isabella pero siempre dijiste que no podías tener hijos....

— Eso pensaba Alexander, pero me equivocaba ¿no te alegras? —pregunta acercándose a mí para besarme, yo le respondo el beso pero ya, no se siente igual que antes ¿por qué?

Se aparta de mí al ver mi reacción, su cara refleja enfado y confusión.

—¿Qué ocurre Alexander? ¿Ya quieres cambiarme por esa inglesa? ¡Claro, ella es más joven que yo, te has aprovechado de mí durante años y ahora ya no te importo! ¡¿Es eso?! —grita golpeándome el pecho con todas sus

fuerzas.

—¡Basta Isabella! — le ordeno cogiéndola fuertemente de los brazos y zarandeándola para que se calme — ¡Deja de decir estupideces!, si es cierto que esperas un hijo mío, no le faltará de nada ni a él ni a ti, pero no lo podré reconocer, eso lo sabes, ¿verdad?

— ¿Estás diciendo que mi hijo, será un bastardo? — pregunta temblando de furia contenida.

— Sabes que estoy casado Isabella — respondo intentando calmarla.

—¿Y si esa inglesa no puede darte hijos? ¿La devolverás con su familia? — pregunta ansiosa.

Yo no sé qué contestar, ¿la devolvería? Si llegara ese día tendría, que cumplir para con mi pueblo, y mi mujer seria devuelta, yo necesito herederos para dirigir a mi gente.

— Sí, la devolvería — digo intentando convencerme a mí mismo.

— Entonces, rezaré para que esa inútil no te dé jamás un hijo —dice para luego irse indignada.

¿Qué voy a hacer? No le diré nada a mi esposa, una buena mujer debe mantenerse al margen de los asuntos de su marido, ella no tiene ningún derecho a reclamarme nada. Ya más sereno voy a buscarla, espero encontrarla en su habitación.

Respiro tranquilo al encontrarla, pero en sus ojos veo otra vez ese odio y desprecio profundo y me pregunto, ¿por qué?

—¿Qué te sucede Brianna? —pregunto sin comprender por qué me mira de ese modo.

No me contesta, ¿otra vez va a ignorarme? Después de nuestra noche de bodas y de la manera que respondió a mis caricias, pensaba que ya estaba todo arreglado, pero parece que me equivoqué.

—¡Contéstame esposa! — le exijo ya exasperado, sigo sin obtener respuesta.

— ¿Vas a volver a dejar de hablarme? ¿Tal vez solo quieres comunicarte conmigo, como anoche? —pregunto burlón intentando que saque su genio, y lo consigo.

— ¡No vas a volver a tocarme, maldito escocés! — responde con furia en los ojos — Tú puta, ha servido para algo, ya no tengo la obligación de darte un heredero, confórmate con tú bastardo — dice con asco.

¿Quién se lo ha dicho? ¡Maldita sea! ¡Nadie me habla así y menos ella! Siento la furia recorrer mi cuerpo y no pienso antes de actuar, la agarro por cabello sé, que le estoy haciendo daño pero de ella, no sale ni una sola queja.

—¿Qué has dicho? — le pregunto — ¿Quién te lo ha contado?

— ¡Nadie Mckenzie, tuve el privilegio de escucharlo todo! — responde furiosa.

—¡Eso no es de tu maldita incumbencia inglesa, los asuntos de Isabella y míos, solo me conciernen a mí!, ¿te queda claro? — le tiro más del cabello.

Al no obtener ninguna respuesta decido sacarle las palabras como anoche, la haré gemir de placer...

Ella no me devuelve el beso, sé que se está conteniendo...

— Bésame, Brianna — le pido, casi suplicando porque yo, ya estoy ardiendo de deseo.

— ¡No! — dice orgullosa y esa palabra, es la que me hace perder los estribos y la cabeza.

La empujo y me tumbo encima de ella, Brianna no sé opone pero es como si otra persona estuviera aquí, está no es la mujer de anoche.

La beso sin esperar una respuesta de su parte, solo quiero que entienda quién manda aquí y que aprenda de una vez que nunca puede negarme nada. Le subo él vestido, desgarrando a mi paso sus prendas íntimas y sin ninguna delicadeza, me adentro en ella, gimo de placer al sentirla rodeándome, pero no es nada comparado con lo que sentí anoche. Sé que posiblemente le esté haciendo daño, hasta ayer era virgen y yo no soy pequeño, pero no voy a retractarme, esto es solo para mi placer, no para el suyo.

Ella no me mira, no sé queja, no sé mueve...

Es un bloque de hielo, yo sigo embistiéndola cada vez más fuerte, más rápido porque noto mi orgasmo llegar, no puedo parar, no voy a hacerlo, no quiero dejar de sentir este placer que me vuelve loco.

Cuando siento el orgasmo llegar a mí, no puedo evitar gemir fuertemente y

me vació dentro de Brianna, me aparto rápidamente porque muy en el fondo, estoy asqueado conmigo mismo por lo que le he hecho. Sé que con mis actos, estoy haciendo que me odie cada día un poco más, me acomodó la ropa que ni siquiera he llegado a quitarme y me quedo mirando a mi pequeña esposa, pero sigue sin mirarme y no creo que vuelva a hacerlo. Con ese pensamiento, me apresuro a salir de la habitación, busco a Marie y le ordeno que le prepare un baño y le haga un poco de compañía, sé que la necesita.

No sé por qué he hecho esto, prácticamente he violado a mi propia esposa, menos mal que mi madre ya no vive para ver en lo que me he convertido.

¿Qué voy a hacer con Isabella? No puedo darle la espalda, y menos aún a mi hijo, aunque ya no siento lo mismo por ella. Es extraño, desde que vi a Brianna todo cambió, ni siquiera me reconozco, pero no quiero que nada cambie, quiero seguir siendo el Alexander de antes y lo volveré a ser.

No dejaré a Isabella, le ordenaré que venga a vivir aquí, para saber que mi hijo está bien. Brianna aceptará su destino y si no, yo le enseñaré a hacerlo, no dejaré que me cambie, no puedo volverme débil soy el Laird del clan más temido de toda las Tierras Altas y así seguirá siendo, ninguna inglesa conquistará mi corazón, ni gobernará a mi gente.

Mañana le informaré de mis decisiones y por su bien, espero las acepte, soy Alexander Mckenzie y soy su dueño.

Capítulo 111

Ross—Shire, Escocia 1642.

(Brianna)

No tengo fuerzas ni para levantarme de la cama, me siento horrible, me doy asco a mi misma y me duele todo el cuerpo.

Cada vez que recuerdo lo que ese salvaje me hizo anoche, siento ganas de matarlo, pero estoy decidida a darme mi lugar en esta maldita tierra, me encargaré de echar de este castillo a la ramera de Isabella y a su bastardo, ya no me importa ser una bruja con esta gente.

Me levanto y llamo a Marie para que me prepare un baño y me ayude a ponerme el mejor vestido, hoy me encargaré de asumir el papel que por derecho me corresponde, soy la Señora del castillo, la esposa del Laird más temido de toda Escocia y ahora entiendo muy bien el por qué, es un monstruo, un ser sin sentimientos.

Después de nuestra noche de bodas, aunque me avergonzaba admitirlo, tenía la pequeña esperanza de que este matrimonio podía funcionar. No habría amor pero sí respeto, amistad y buena compañía en la cama, es mucho más de lo que algunos tienen, pero me equivoqué...

Ahora esa fulana, dice estar esperando un hijo de Mckenzie, cosa que dudo, pero no le dejaré tiempo ni para demostrarlo. Isabella saldrá de este castillo hoy mismo, o lo haré yo.

— Gracias Marie, puedes retirarte — le agradezco — ¿Sabes dónde está mi

marido?

— Está desayunando con Lady Isabella, mí Señora — dice sin querer mirarme.

Siento una rabia incontrolable, después de violarme anoche, hoy, está tan tranquilo comiendo con su amante. Perfecto, que empiece la guerra.

Salgo decidida de mis aposentos y me dirijo al salón, la escena que me encuentro me da asco. Isabella está casi encima de Mckenzie riéndose como una foca y él, parece disfrutarlo. Hago notar mi presencia tosiendo, y los dos me miran rápidamente, la de Isabella, puede matarme y la de mi marido es de sorpresa y, ¿arrepentimiento?

— Buenos días esposa — dice mientras se levanta de su asiento y me ofrece el mío a su lado, no le hago caso y me siento enfrente.

— Serán para usted Laird — digo seca, no quiero ni que me dirija la palabra.

— Niña impertinente... — dice Isabella y yo la miro con desprecio.

— Lady Isabella, ¿a que debemos su agradable compañía? — pregunto.

— Querida no estoy de visita, tu esposo me ha mandado llamar. Mi futuro hijo y heredero del Clan Mckenzie y yo, viviremos aquí —dice muy contenta.

Miro a Alexander con la sorpresa en mi rostro y él, ni tan siquiera tiene el valor de mirarme a la cara, pero eso cambiará muy pronto, si está mujerzuela cree que ha ganado, se equivoca.

— Siento tener que contradecirla Milady, le ordeno que salga inmediatamente de este castillo, y no vuelva —le digo.

—¿Qué haces Brianna? — pregunta mi marido.

— Dándome mi lugar en este maldito castillo, si tengo que aguantarte por el resto de mi vida, lo haré a mi manera y si no estás conforme Laird, puedes matarme o dejar que vuelva con mi familia — le contesto ya sin ningún temor, no puede hacerme nada peor que lo que ya me ha hecho.

— ¡Te ordeno qué te sientes y dejes de decir estupideces! — grita pegando un puñetazo en la mesa que nos asusta a las dos.

—Puedes pegarme, violarme, mandar que me torturen e incluso matarme,

pero jamás, obedeceré una orden tuya que beneficie a esta mujerzuela — digo muy segura y sin temor.

Mackenzie, se pone rojo de ira, se levanta de golpe y con unos pocos pasos, está frente a mí. Me coge del cuello y aprieta su agarre tanto, que casi no puedo respirar, siento miedo, en sus ojos veo furia y estoy convencida que es capaz de matarme.

— No te hagas la lista conmigo Lady, aquí no tienes autoridad, aquí mando yo. Calla tu lengua, o te la cortaré — me amenaza entre dientes.

— Ade...lan...te —me cuesta hablar.

Me suelta y caigo al suelo intentando conseguir un poco de aire, sin dejar tan siquiera recuperarme, siento que va a arrancar mis cabellos, me lleva a rastras hasta mis aposentos y entra dando un portazo.

— ¡¿Quién te crees para dar órdenes?! — pregunta furioso.

— ¡Tu maldita esposa por desgracia! — le grito.

Me golpea en la cara y casi caigo al suelo, pero consigo tenerme en pie, lo miro con todo mi odio y por un momento, puedo ver algo diferente en su mirada pero solo por un instante.

—¡Exacto, mi esposa! ¡No eres nada, no eres nadie inglesa del demonio, así que si yo quiero traer a mi amante y a mi bastardo a mi casa, lo haré y tú, te aguantarás! —dice muy seguro de sí mismo.

Me río en su cara y aún peor, le escupo, por su mirada creo que ahora sí he cavado mi propia tumba. Me empuja sobre la cama, otra vez no por favor, por favor...

Solo recibo golpes, golpes fuertes que me hacen tener ganas de chillar pero no lo haré jamás, puede matarme pero no oír salir sonido alguno de mi boca. Pasan lo que me parecen horas, sintiendo que estoy casi en la inconsciencia cuando lo oigo llamar a dos de sus hombres.

— Llévala a las mazmorras, encerradla sin comida ni agua, ya es hora de que esta inglesa, aprenda quién manda aquí — dice casi sin aliento después de la paliza que me ha dado.

Me levantan sin compasión y me llevan hacia mi destino, oigo voces pero no sé quiénes son, solo reconozco una... Marie, mi dulce amiga Marie.

— ¡Dios santo, Señora! — exclama horrorizada — ¿Dónde la lleváis?

— A las mazmorras, no te metas Marie —ordena uno de los hombres.

— ¡Por Dios Angus, allí hace frio y hay ratas! —grita Marie.

— Son órdenes del Laird —y así consiguen que Marie deje de protestar, ante todo, lealtad hacia su Laird.

Cuando llegamos me arrojan sin miramiento dentro de una celda húmeda y mugrienta, pero en mi estado nada me importa, cuando cierran la puerta de mi nueva cárcel, caigo rendida en un sueño plagado de monstruos.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me sobresalta el ruido de una puerta abriéndose y unos pasos acercándose, no abro los ojos sé muy bien quién es... Mckenzie.

— Mira lo que te he hecho —dice con voz rota—, Lo siento tanto..., soy un maldito bastardo, eres tan frágil, podría haberte matado —dice tocando mi rostro con cuidado.

No abro los ojos, no respondo, ¿qué puedo decirle? Su supuesto arrepentimiento no me sirve, soy su esposa y me trata peor que a un perro, pero cuando me saque de esta mugrienta celda, me escaparé. Tarde lo que tarde, volveré a ser libre..., algún día.

Vuelve a marcharse y yo me quedo tirada en el suelo, dolorida y hambrienta, no sé hasta cuándo durará mi castigo, pero temo que pueda morir aquí sola y abandonada.

Pero como siempre, llega mi ángel en este lugar, Marie, y abre la puerta...

— Mí Señora, vengo a llevarla a su habitación y a curarla — dice ayudándome a levantarme.

— Dime una cosa antes, ¿Isabella sigue en el castillo? — pregunto.

— Eso no importa señora, salgamos de aquí — intenta moverme pero me niego.

— ¡Contesta! — ordeno firme.

— Sí, señora, sigue aquí — me confirma.

— Entonces, me quedare aquí Marie, puede marcharte — le respondo.

— Señora, son órdenes del señor... — dice con temor ella.

— Yo también ordené que esa fulana saliera de mi hogar y no sé me ha hecho caso, márchate Marie.

Ella no está convencida pero al verme tan segura se marcha, se que Mckenzie no tardará en aparecer y aquí estaré esperándolo, esos dos malditos me han declarado una batalla y aunque yo he perdido de momento, ganaré la guerra.

Como imaginaba, mi marido no tarda en llegar, abre la puerta tan fuerte que retumban las paredes, me mira y su cuerpo tiembla se que está controlando su furia...

—¿A qué demonios estás jugando inglesa?! — pregunta apretando los dientes.

— No juego a nada Laird, solamente he decidido que no voy convivir con tu fulana —le aclaro.

— ¡He ordenado que salgas de aquí esposa, no me hagas perder el control otra vez! — amenaza.

— Hazlo — le reto.

Él, no sé mueve, se que está haciendo un gran esfuerzo por no abalanzarse sobre mi otra vez.

— Si es lo que deseas, que así sea — contesta serio.

—Cuando saques la basura de tu hogar, yo saldré de aquí — le digo muy segura.

No dice nada más, se marcha dejándome sola otra vez en la oscuridad y el frío, me encojo para darme calor y me siento a esperar, estoy segura que deberé esperar bastante.

Marie me trae la comida, pero se vuelve a llevar la bandeja intacta, no voy a comer nada que venga de las cocinas de ese salvaje, me siento débil y hambrienta, pero mi orgullo me da fuerzas. Los golpes aún me duelen, paso las horas durmiendo porque el cansancio me vence, puede que muera de hambre antes de que mi esposo, saque a su amante de este castillo. ¿Si me rindo, qué vida me espera? ¿Vivir con la amante de mi marido y su hijo bajo el mismo techo? No podré soportarlo, prefiero morir en las mazmorras, que dejarles ganar.

No sé cuantos días llevo aquí, pero creo que mi cabezonería me ha hecho

enfermar, tengo fiebre y ya no puedo ni moverme, Marie está muy preocupada. Tengo un hambre voraz, ya ni siquiera puedo abrir los ojos, moriré aquí lejos de mi hogar, de mis seres queridos y solo de pensarlo lloró.

— Mire Laird, ya le dije que la señora estaba muy grave — escucho la voz de Marie.

— ¡Por todos los Dioses! ¡Está maldita inglesa si es cabezota! — grita Mckenzie.

Siento como me cogen en brazos y me sacan de este frío lugar, no quiero que me toque, pero ni siquiera puedo abrir la boca para enviarlo al infierno.

Mi cuerpo es depositado en el que supongo es mi lecho, y suelto un suspiro de alivio por dos motivos, el primero porque él ha dejado de tocarme y segundo, porque después de días durmiendo en el frío suelo, esto es como estar en el cielo. Oigo que mi marido manda llamar a la curandera, a uno de sus hombres y a Marie para que me prepare un baño y un poco de caldo para comer. Solo de pensarlo se me hace la boca agua, no tiene caso que siga sin comer, lo único que conseguiré es morir, pero no me han ganado solo buscaré alguna otra forma de conseguir lo que deseo.

— Laird, ¿me mandó llamar? — escucho a alguien preguntar.

— Sí Clare, atiende a mi esposa, lleva días sin comer y parece que tiene fiebre — ordena él.

Siento que alguien se acerca y me toca por todo el cuerpo, pronto me dejan tranquila.

—Laird, su esposa está a las puertas de la desnutrición, necesita alimento urgente y mucho reposo — informa.

Por un momento todo se queda en silencio y pienso que todos han abandonado la habitación y que por fin me han dejado sola, pero desgraciadamente no es así.

— Brianna, por tu bien espero que comas, o yo mismo te obligaré a hacerlo — me dice mi marido antes de abandonar mis aposentos.

Ahora si estoy sola, lo que más deseo es dormir y lo hago por lo que parecen días. Cuando despierto, Marie ya me ha traído algo de comer y tengo un buen baño caliente preparado, lo primero que hago es tomar despacio un buen

caldo y después con la ayuda de Marie, me doy un baño con esencia de rosas que es mi preferido, me recuerda a mi madre a mi hogar. Vuelvo a mi cama y sin querer pensar en nada ni en nadie, vuelvo a dejar que los sueños me acojan.

(Alexander Mckenzie)

¡Maldita mujer! Casi se deja morir de hambre, todo por orgullo y cabezonería, no puedo ni estoy seguro de querer echar a Isabella de mi hogar, si verdaderamente está embarazada de mi hijo, no quiero que le ocurra nada.

Mi esposa saca los demonios que llevo dentro, cuando la vi allí en la mazmorra echada en el frío suelo y llena de golpes causados por mis puños, me sentí el peor hombre del mundo, nunca me he comportado tan salvajemente con una mujer, no después de ver a mi padre durante años golpear a mi madre y finalmente acabar con su vida. Juré delante de la tumba de mi amada madre, que no me convertiría en lo que mi padre fue, no he podido mantener mi promesa, y me avergüenzo de ello...

Ahora tengo a mi mujer medio moribunda en su lecho, y a mi amante supuestamente embarazada de mi hijo, ¿qué debo hacer?

Tampoco quiero ser un marido que obedece a su esposa como un manso cordero ¡eso jamás!, pero entiendo la postura de Brianna, estoy entre la espada y la pared, odio no saber qué decisión tomar.

— ¿Es verdad que la maldita inglesa ya está en sus aposentos? —me pregunta Isabella echa una furia.

— Es verdad —le respondo sin hacerle mucho caso.

—¿Y, por qué? — demanda una contestación de mi parte.

—No cuestiones mis decisiones, Isabella — le advierto antes de perder la paciencia.

—Querido, creía que la dejarías pudrirse allí abajo, mientras tú y yo nos

seguimos divirtiéndolo, hace tiempo que no me tomas —dice ronroneando mientras se acerca a mí.

Es cierto, Brianna me ha vuelto completamente loco, tanto, que hace tiempo que no me acuesto con Isabella y lo extraño es que no lo he echado en falta ¿qué me está pasando? ¿Qué me has hecho bruja inglesa?

Empieza a besarme y no siento deseos de corresponderle, pero no voy a dejar que los extraños sentimientos que mi esposa despierta en mí me dominen, nunca le daré el poder a ninguna mujer sobre mí. No creo en lo que todos llaman amor, eso son cuentos de viejas, lo que existe es el deseo y la pasión, eso es lo que siempre sentí hacia Isabella, hasta ahora...

Cuando me doy cuenta, los dos estamos desnudos y mi amante me monta, ella lleva el ritmo como le gusta hacer pero pocas veces se lo permito, pero hoy mi cuerpo y mi mente no están en el mismo lugar, mi cuerpo responde a Isabella pero mi mente está en los aposentos de arriba. Pienso en Brianna...

Isabella gime al llegar al clímax y yo la sigo, pero no ha sido como antes, es tan diferente a lo que siento con mi mujer, ¿por qué?, si ella siempre me ha vuelto loco, por eso somos amantes casi desde que yo era un jovencito y ahora, ¿qué me ocurre?

—¿Qué demonios te pasa Alex? — pregunta mientras se viste.

—Nada Isabella, déjame solo — le ordeno, tengo que descubrir qué diablos pasa conmigo, ¿por qué no me saco a la inglesa de mi cabeza?

— ¿Es por ella, verdad? Desde que llego todo se ha ido al infierno. ¡Maldita, y mil veces maldita! — grita con rabia.

—¡Cállate! — le grito mientras la saco a rastras, no quiero oír sus malditas exigencias.

—¡Alexander! — sigue gritando pero yo cierro la puerta dejándola atrás.

Pienso... ¿Por qué me siento mal al tratar de malos modos a mi esposa? ¿Qué es lo que siento ahora mismo? ¿Remordimientos, por serle infiel? ¿Por qué no puedo alejarme de ella, dejar de pensarla? ¿Por qué me preocupa lo que le pase?

Son demasiadas preguntas para las que no tengo respuesta....

Llaman a mi puerta y estoy dispuesto a no abrir pero escucho que es la

curandera e inmediatamente, abro para saber cómo está Brianna.

—Laird, su esposa está descansando, esperaré a que comiera y se diera un baño y finalmente se durmió, he dejado unas hierbas para ayudarla a dormir y otras para asentar el estómago al llevar días sin comer lo necesitaré —explica la muchacha.

— Gracias Clare, puedes retirarte — le doy unas monedas y ella se marcha, dejándome otra vez solo.

Ella está bien, se pondrá bien y cuando me doy cuenta, estoy sonriendo como un idiota, me siento aliviado.

Y en este instante, tomo una decisión que cambiará nuestras vidas para siempre, voy a conquistar a mi esposa, ella me amará aunque me cueste la vida entera pero necesito oír de sus labios un "te amo". Yo el Laird más temido de toda Escocia, ansiando palabras de amor, ¡por todos los Dioses!

¿Pero cómo lo consigo si ella me odia? Y con razón, cuando me desafía siento que la odio. ¿Cómo se atreve a desobedecerme? Pero cuando la veo enferma o frágil después de haberle hecho daño, algo me impulsa a cuidarla, creo que estoy perdiendo la cabeza.

Isabella no sé irá a ninguna parte, eso no me ayudará pero deberá aceptarlo, por lo menos hasta saber si es cierto lo de su embarazo. Maldito Rey por meterme en este lio, pero saldré airoso de esta guerra que comenzó desde que cierta inglesa llegó a mis tierras. Nunca he perdido una batalla y está no será diferente.

(Brianna)

Me despierto y me doy cuenta que estoy en mis aposentos, me siento mejor después de un buen baño y un buen caldo caliente, pero mi vida sigue siendo un infierno, estoy cansada de ser constantemente humillada.

Espero que la fulana de Mckenzie ya no esté en el castillo porque si no, soy capaz de empuñar una espada y echarla a patadas yo misma, mi instinto me

dice que esa mujer no está embarazada, solo lo hace para que mi marido me avergüence delante de todos los habitantes del clan. Espera que me marche pero no lo haré sin presentar batalla, no porque quiera a mi esposo, eso nunca ocurrirá, si no por orgullo, no van a verme marchar con la cabeza agachada hacía mi verdadero hogar.

Si debo partir lo haré sabiendo que estos malditos escoceses, han podido comprobar la valentía y el coraje de una buena inglesa, el odio entre nuestros países es legendario y no creo que eso vaya a cambiar por muchos matrimonios que el Rey ordené, tantas muertes y guerras no sé pueden olvidar. Cada uno de nosotros, ha perdido a familiares y seres queridos en alguna de las batallas, yo perdí a mi abuelo y a uno de mis tíos y estoy segura que este clan, perdió a mucho de los suyos durante estos siglos de guerras, todas esas personas no volverán.

Entiendo su odio y desprecio por mi patria, igual que yo siento lo mismo con respecto a la suya, pero siento que no todos son malos, vivir aquí me ha hecho conocer a una buena escocesa Marie, la buena de Marie me trató desde el principio, con respeto y cariño y nunca podré pagarle a esa buena mujer todo lo que hace por mí, me recuerda a mi madre.

Pero mi odio por mi esposo no solo es por el pasado de nuestros países, no, es por todos los desprecios y malos tratos que he recibido por su parte. Lo más humillante fue su violación, sobre todo después de nuestra noche de bodas en la cual me enseñó lo que era el deseo, la pasión y aunque al despertar me odiaba a mi misma por responder así ante mi enemigo, llegué a pensar que podríamos tener una vida agradable. Pero me equivoque, jamás tendré paz en este infierno pero prefiero morir antes que rendirme. Ellos jamás ganarán, lucharé a cada paso, yo también puedo hacerles la vida imposible, no deben subestimarme y si lo hacen pronto se darán cuenta que no soy una mosquita muerta que consentirá que su marido haga lo que quiera con su vida. Si yo debo pudrirme en este maldito matrimonio, él también lo hará, y me aseguraré de arrastrar a la maldita fulana de Isabella al mismísimo infierno, ¡malditos salvajes! Preparaos...

Ordeno a Marie que me preparé mi mejor traje, me peino y voy dispuesta a arrastrar de los pelos a esa indeseable fuera de mi hogar si es necesario, Dios me sonrío porque la encuentro sola desayunando como si fuera la dueña y

señora de este hogar, pronto le aclararé que no es así, sus días de gloria han acabado.

— Lady Isabella, creí ser muy clara al ordenarle salir de mi casa — digo nada más sentarme en la mesa, ella me mira burlona, ¡como la odio!

— Lady Brianna, parece que aún no ha entendido que usted no tiene autoridad — sonrío confiada.

—¿Ah, no? Que yo recuerde soy la esposa del Laird de estas tierras, eso significa que este, es mi hogar y en el no deseo ver a escoria como usted.

—¡¿Cómo te atreves, maldita!?! — grita levantándose.

— ¡Me atrevo porque yo mando aquí, fulana de tres al cuarto! — le grito de vuelta, si mi madre me viera se echaría las manos a la cabeza, esto no es de señoritas pero no me importa, ya no puedo más.

Me da una fuerte bofetada que me gira la cara y cuando reaccionó lo hago devolviéndosela. De repente, esto parece una batalla campal, nos golpeamos la una a la otra, sus golpes me duelen pero no tanto como todo lo que he sufrido desde que llegue a estas tierras. Sé que parecemos dos locas furiosas y que estamos dando un espectáculo pero no puedo parar, toda la rabia que siento hacia ella me ha hecho explotar.

—¡¿Qué demonios significa esto?! — oímos gritar a Mckenzie, inmediatamente siento que me levantan de encima de Isabella.

—¡Está maldita loca me ha atacado Alex! ¡Quiere matar a nuestro bebé! — grita llorando.

— ¡Eso es mentira! ¡Solo te he dicho por segunda vez, que saques tu manoseado trasero de mi casa! — grito de vuelta.

—¡Basta! —ruge mi marido. — ¿cómo te atreves a golpear a Isabella sabiendo qué está embarazada? — me mira furioso, ¡mira como defiende a su puta!

—¿Seguro que está vieja reseca está preñada? — pregunto burlona, solo para hacerles daño.

—¡Cállate! — grita mientras intenta volver a pegarme.

—¡He dicho que paréis! — vuelve a ordenar Mckenzie.

Las dos nos miramos furiosas, no sé si he conseguido sacarla de aquí, pero estoy orgullosa de la paliza que le he dado.

Nos lanzamos miradas de un odio desmedido, si con una sola mirada se pudiera matar, las dos estaríamos bajo tierra, creo que ya le ha quedado claro que no le temo y que no va a ser fácil su vida aquí si Mckenzie se niega a dejarla ir.

— Brianna, márchate a tus habitaciones y que Marie te atienda, esto es vergonzoso señoras, pegándose como fulanas de un burdel — nos dice de brazos cruzados.

— Señor, aquí solo hay una señora y soy yo, lo de fulana es muy acertado para tu invitada — sonrió victoriosa.

— ¡Te mataré maldita inglesa! — grita y mi marido debe agarrarla para pararla.

— ¡Isabella! — al escuchar a mi marido gritar, la maldita loca se queda quieta entre sus brazos, y la muy astuta se echa a llorar para inspirar su lastima.

No deseo ver está escena ridícula y salgo muy digna del salón dirigiéndome a mis aposentos.

Cuando me he curado las pocas heridas que esa gata rabiosa me ha hecho, decido seguir con mi bordado, estoy haciendo mi hogar en Inglaterra así siempre tendré un recuerdo de mis días felices.

—Señora, ha llegado una carta para usted — dice Marie después de llamar a la puerta.

— Dámela Marie, gracias, espero sea de mi familia.

— No sabría decirle señora, no sé leer — dice avergonzada.

— ¿No sabes leer? — pregunto horrorizada.

— No señora, nunca aprendí.

— Yo te enseñaré Marie — le digo decidida.

—¿De verdad mí Señora? — pregunta emocionada.

— Si, claro que si, mañana empezaremos con tus clases Marie, puedes retirarte — le sonrió.

— Gracias mí Señora — se marcha de lo más contenta.

¿Cómo es posible qué está gente no sepa leer? ¿No estudian cuando son niños? Este asunto es de suma importancia y debo hablarlo seriamente con mi esposo, pero dejo de lado esas preocupaciones y me dispongo a leer mi carta, espero sean todo buenas noticias.

Inglaterra 1642.

Querida hija, espero que estés feliz en tu nuevo hogar. Si esas personas son inteligentes, sabrán ver en ti, a una buena Señora.

Desde que te fuiste todo es distinto, mi niña. Tus hermanas están tristes, tu padre ya no sale a caballo, dice que ya no tiene nadie que lo acompañe, y yo, que te puedo decir hija mía. Soy tu madre y cuando a una madre nos arrancan a nuestros hijos de nuestro lado, algo se nos va con vosotros.

Solo deseo que tu vida, sea tan maravillosa como la que yo he vivido con tu padre, siento que tú estés pagando por nuestros pecados mí niña, volví a pedir audiencia al Rey para suplicarle que te deje volver a casa con nosotros.

Pero ya sabes cómo es Enrique, detesta a las mujeres y más a mí.

Seguiremos intentándolo hija, no me rendiré, si cuando recibas esta carta eres desdichada, o esos malditos salvajes te han faltado al respeto, debes escribirme inmediatamente. A tu padre y a mí no nos importará desatar una maldita guerra con los escoceses, incluso iríamos felices a la horca por salvarte.

Espero recibir pronto contestación de tu parte, mientras tanto, recibe todo nuestro amor incondicional.

Perdónanos una vez más hija mía.

Tu madre que te quiere.

Claire de Clarence.

Mis lágrimas fluyen rabiosas de mis ojos, ¿faltarme al respeto?

Ya han hecho mucho más que eso, ¿pero cómo le voy a contar todo a mi madre? Desataría una guerra y si el Rey no la manda matar se moriría ella misma de la pena.

No puedo permitir eso, son mis padres, mis hermanas y las protegeré a toda costa, no tienen porque saber que vivo con el mismísimo Satanás, decido contestar rápidamente su misiva porque se volverá loca de preocupación si no recibe pronto noticias mías.

Querida madre:

He recibido tu carta y no sabes cómo me alegra saber que aunque tristes estáis bien, dile a padre que no dejé de montar a "Troya" y que puede salir con Camile a galopar.

Da muchos besos a Sarah, Jane y Camile, diles que no me recuerden con tristeza y que sigan llenando la casa con sus risas y gritos.

Y a ti madre decirte que te amo, que te echo mucho de menos, pero no sufras aquí la gente es muy hospitalaria y me han acogido con los brazos abiertos, mi esposo es un guerrero valiente, un poco frío pero con el tiempo estoy segura que compartiremos el mismo amor que tenéis padre y tú.

No sigas intentando hablar con nuestro Rey, mi matrimonio está consumado, espero quedar pronto encinta y darle un heredero a mí Laird, no debo perdonaros nada, lo que hicisteis hace años fue por amor y no hay nada que reprochar.

He hecho una muy buena amiga, Marie, voy a enseñarla a leer y escribir ya que la pobrecilla no sabe, y sabéis que me encanta enseñar a la gente.

Finalmente me despido de ti madre, os mando todo mi amor.

Tu amada hija.

Brianna Mckenzie.

Que Dios me perdoné, todas las mentiras que he escrito, pero todo lo hago porque ellos sean felices y estén a salvo.

Si debo mentir para que ellos estén bien con gusto arderé en las llamas del

infierno por mentirosa, ellos jamás deben saber de mi desdichada vida con estos salvajes.

En mis cartas solo contaré como hubiese querido que hubiese sido mi vida cuando llegué aquí, no puedo herirlos contándoles la verdad.

Seguramente nunca vuelva a verlos y quiero que me recuerden como la Brianna de siempre, risueña, feliz y no como soy ahora, taciturna y melancólica. No hay razones para sufrir todos, yo me sacrificaré por ellos.

Perdóname señor...

(Alexander)

Al escuchar gritos nunca imaginé la escena que me encontraría al entrar al salón, Isabella y mi esposa golpeándose como campesinas locas.

Me apresuré a separarlas, al parecer mi mujer tiene espíritu guerrero y me siento orgulloso de ella, Isabella está igual de histérica o más que Brianna, me enfurece que se comporten de este modo y ordeno a Brianna que se marche y lo hace de manera triunfal, me costará domar a esta mujer.

Solo quedamos Isabella y yo, está furiosa y bastante golpeada, intento calmarla pero no es tarea fácil.

—¡Esa maldita inglesa me las va a pagar, Alexander! — amenaza y me hierva la sangre, nadie amenaza a mi mujer.

— No te atrevas a amenazar a mi esposa Isabella, solo estás aquí por ese hijo que esperas — le digo mortalmente serio.

—¿Sí? ¡Ya lo sé! No me has vuelto a tocar por culpa de esa maldita mujer, ¿dónde está ese amor que sentías por mi Laird? — pregunta rabiosa.

— ¡Basta Isabella! Respétame, nadie me habla así — le ordeno, estoy cansado de sus impertinencia.

—¿Qué te respete? Así que así están las cosas... de acuerdo mi Laird, cuando nazca tu heredero os arrepentiréis — se marcha sin decirme a dónde, y

tristemente ya no me importa.

Estoy pensando en ir a ver a mi esposa para reclamarle esa vergonzosa escena que he tenido que presenciar, cuando una voz demasiado familiar me sorprende.

— Hermano creía que los sirvientes sacaban la basura todos los días — mi hermano pequeño James acaba de aparecer, como si no tuviera bastantes problemas...

—¿A qué viene esa maldita observación? — pregunto.

— ¿Acabo de ver a Isabella salir como alma que lleva el diablo? — pregunta de vuelta.

— Si, ¿tienes algún problema James?

— Pensaba que estabas casado hermanito y que dejarías a las rameras fuera de tu hogar — contesta ahora serio. — A eso me refería con lo de la basura.

— No tengo que darte explicaciones mocoso ¿qué demonios haces aquí? ¿No estabas en Edimburgo calentando todas las camas de la corte?

— Me cansé Alexander, además siento curiosidad por saber cómo es tu mujercita, pido a Dios que sea de carácter fuerte o la aplastarás.

— Brianna no te concierne hermano — no quiero que esté cerca de ella, mi maldito hermano pequeño es un jodido Casanova.

— Tranquilizante Alex, voy a darme un baño y a dormir durante todo el día, debo confesar que anoche no dormí nada, cierta dama insaciable no me lo permitió — dice riéndose y marchándose silbando alegremente.

Maldito mocoso siempre igual, siempre fuimos como la noche y el día, yo fui entrenado desde muy pequeño para ser Laird por ser el mayor, mientras que sobre él, no caía el peso de la responsabilidad. Yo debo velar por todas las personas del clan, defenderlos con mi propia vida si es necesario, eso es lo que me enseñó mi padre.

Me dirijo hacia las habitaciones de mi esposa, no sé que esperar, ni que encontraré, confieso que está mujer me pone nervioso, pero es algo que nunca sabrá.

Entro sin llamar y me sorprende verla mirando por el gran ventanal con un semblante tan triste que mi corazón da un vuelco, no me he parado a pensar

cuanto debe echar de menos a su familia.

— Esposa... — no me deja seguir hablando.

— Si vienes a pedirme que me disculpe con tu ramera, no importa lo que me digas o hagas, no lo haré — dice sin siquiera mirarme.

— No venía a eso Brianna, solo quiero saber cómo estás.

Ella rompe a reír, con una risa histérica, se gira para mirarme.

—¿Tú? ¿Preguntarme a mí si estoy bien? ¿Acaso caísteis del caballo Laird?

— pregunta cínica

— Brianna... — le advierto.

— ¿Me preguntaste como estaba cuando llegué? Lo primero que recibí de ti, fueron golpes. ¿O cuando tú fulana mando azotarme?

¿Cuando me violaste? No Mckenzie, no intentes ganarte mi simpatía ahora, ahora ya es tarde —siento vergüenza de mí mismo.

— Brianna, sé que soy un completo salvaje, que no empezamos bien, pero esto es de por vida y será mejor que nos llevemos bien — intento razonar con ella.

— ¿Llevarnos bien? Dudo que eso sea posible mientras la ramera de Isabella siga bajo mi techo Laird, si eso cambia tal vez pueda haber algo de paz entre nosotros, pero óyeme bien. ¡Jamás, te perdonaré todo lo que me has hecho!
— lo dice tan convencida que sus palabras me causan un gran desasosiego.

—No voy a echar a Isabella hasta no saber si es cierto lo de su embarazo, no eres quién para cuestionar mis decisiones — ahora si está consiguiendo enfurecerme.

— Perfecto, pues esto seguirá siendo un campo de batalla Laird — declara.

— ¿Me estás amenazando inglesa? — ya perdí mi paciencia.

— No mi Señor, solo le informo de mis intenciones, lucharé contra ti y tu fulana hasta el final, veremos quién gana — sonrío y eso aún me enfurece más.

— No dudes que lo haré, yo, puedo acabar con tu miserable vida ahora mismo si lo deseo — le amenazo con la intención de asustarla.

— Hazlo, no le temo a la muerte, sería un descanso — me reta.

Me acerco y la empujo contra la pared, la tengo cogida por el cuello, le cuesta respirar y veo temor en su mirada, no es tan valiente como quiere aparentar.

— No eres tan valiente como deseas inglesa, podría partirte el cuello ahora mismo — veo que está prácticamente morada y la suelto, cae al suelo intentando recuperar el aire.

— Maldito..., salvaje — dice entre jadeos, sonrió victorioso.

— Espero que no sé te olvide quién manda aquí y quién ganará esta guerra, esposa — le digo para luego salir de su habitación.

Malditas mujeres, locas todas, entiendo a mi hermano. Se está mejor soltero, las esposas lo único que dan son problemas.

Me encierro en mi despacho y me sirvo un buen whisky escocés, mi cabeza es un hervidero de pensamientos, de preguntas sin respuesta, ¿será cierto el embarazo de Isabella? O puede que al verse amenazada por Brianna este sea su último recurso para llamar mi atención, ninguno de los dos imaginó cuanto nos cambiaría la llegada de la inglesa, yo que pensé en seguir mi vida como hasta ahora, que equivocado estaba.

Me enorgullece el carácter de mi mujer, pero que no piense que puede usarlo conmigo, yo soy su esposo, su Laird, su dueño.

Debo atender asuntos más importantes que las peleas de dos mujeres locas, parece que se avecina una rebelión y los clanes aliados debemos reunirnos y decidir qué vamos a hacer, la seguridad de mi gente es más importante que los celos de mi mujer o de las intrigas de Isabella. Si ella está mintiendo respecto al bebé, tarde o temprano lo sabré, es algo que no podrá esconder.

Y espero que mis problemas no sé multipliquen con la llegada de mi hermano, lo quiero lejos de Brianna, él es más joven, más divertido. Temo que pueda llegar a ganarse el corazón de mi esposa y eso jamás lo permitiré, que siga acostándose con todas las casadas, casaderas y viudas que quiera pero a la mía que la deje en paz.

Aún sigo con la intención de ganarme el amor de Brianna así será más fácil manejarla, y con Isabella, aún no sé qué demonios hacer con ella, ya no la deseo. Me he dado cuenta que lo que creí que era amor, solo era una absurda obsesión por algo que no podía tener, por algo que perdí y mi orgullo no podía soportarlo, si me está mintiendo se arrepentirá de haber nacido, eso lo

juro.

Y mi último pensamiento antes de sumirme en el caos de mis cartas es...

El futuro se avecina oscuro, veremos que nos deparará...

(Brianna)

Tenía pensado no salir para cenar, pero he cambiado de opinión, no quiero que piense esa bruja que le temo, nada más lejos de la realidad.

Me arreglo como si fuera a cenar con el mismísimo Rey de Inglaterra, sé que Isabella se acicalará como una buena cortesana, si viviera en la corte, no le faltarían benefactores.

Salgo de mi habitación y me dirijo hacia el comedor, esperando encontrarme a Isabella y mi esposo, pero me quedo un poco sorprendida de ver a un muchacho que se parece mucho a mi marido pero se nota su juventud, puedo que sea un par de años mayor que yo ¿será algún familiar?, él al verme sonrío y se acerca a mí...

— Lady Brianna supongo..., permítame presentarme, soy James hermano pequeño de su marido — se presenta mientras me besa el dorso de la mano.

¿Mckenzie, tiene un hermano que no parece un salvaje analfabeto?

— Sí, soy Brianna, encantada de conocerlo James — le sonrío, porque no puedo evitarlo.

—No me trate de usted mí Señora — me pide riendo.

— Entonces tú, debes hacer lo mismo — le respondo de vuelta.

—¿Qué demonios sucede aquí? — ya llegó el salvaje...

— Hermano ya que tú no me has presentado a tu mujer, me he presentado yo mismo — sonrío sin apartarse de mi lado.

Nos mira con furia contenida, se acerca con pasos apresurados y me aparta bruscamente del lado de James.

—¡Suéltame bruto! Me haces daño — le grito, estoy harta de ser tratada como un trapo.

— ¡Alexander! ¡Suéltala! — ordena James, los dos nos quedamos estáticos al oír su orden.

—Mocososo no solo soy tu hermano, soy tu Laird, tú no me mandas — responde aún sin soltarme.

— Querido deja que se diviertan, no seas tan malo y comparte tus juguetes — hasta que no escucho esa asquerosa voz no me doy cuenta que ella ha llegado junto a mi esposo ¿de dónde vendrían juntos?

— Isabella gracias, pero no me gustan las ancianas — replica James y yo no puedo evitar soltar una carcajada.

—¡Bastardo! — grita presa de la furia — Hablaba de la inglesita, Alex no me comparte — dice alzando el mentón.

—¿No? Por lo que he escuchado a medio clan pensaba que si, definitivamente estás desperdiciando tu talento aquí querida, en la corte serías muy famosa — sigue sonriendo cínicamente.

— ¿Cómo te atreves? ¡Maldito! — está a punto de sacarle los ojos a James pero Alexander decide intervenir.

— ¡Basta! — ordena sin alzar la voz. — Creo que el espectáculo que habéis dado esta mañana ha sido suficiente.

— Eso he oído Brianna, dicen que le arrancaste varios pelos a Isabella — me dice riendo, yo respondo de igual modo.

— Para ti Lady Brianna, James.

— Le he dado permiso Mckenzie — le respondo de mala manera.

Él nos mira furibundo e Isabella aprovecha para colgarse de su brazo y dirigirse al comedor dónde nos espera la comida para cenar, James me ofrece su brazo y yo gustosa lo acepto, no lo conozco pero siento que él es distinto, distinto a su hermano y a su gente, y en estos momentos necesito amigos para no sentirme tan sola en este lugar.

Cuando llegamos, Isabella ha tenido el descaro de sentarse en mi sitio al lado de mi esposo y eso me enfurece ¿por qué? No es porque quiera estar al lado de él, no, es porque ella no es nadie en este lugar, yo soy su esposa legítima y

a los ojos del Señor.

—Levántate de mi sitio — ordeno cuando llego a su lado, Mckenzie ni siquiera levanta la vista de su plato.

—Querida haznos un favor y por una vez en tu vida, no hagas un escándalo por todo —dice cansadamente.

Yo siento que voy a estallar, que mi marido no me dé el lugar que corresponde me hace tener ganas de matarlos a los dos, siento ganas de llorar de impotencia y como si James pudiera leer mis sentimientos habla sacándome de mi miseria.

— Querida cuñada, deja a los vejestorios con su charla y siéntate a mi lado para que pueda contarte historias de la corte — dice apartando la silla que está a su lado.

Miro a mi marido y puedo ver como aprieta su mandíbula y puños, así que no es tan indiferente como quiere aparentar, Isabella también está enfadada, esta mujer tiene un problema con su edad eso está claro.

Me siento y gracias a mi cuñado la cena es amena y dejo de pensar en lo miserable que es mi estancia aquí, puedo sentir la mirada de Alexander sobre mí y como su amante se arrastra cual perro tras un hueso sin conseguir su atención.

Al acabar vamos a la sala, yo sigo con mi bordado y James al verlo elogia mi creación y me sonrojo un poco avergonzada, no estoy acostumbrada a tanta atención sobre mi persona, Isabella, se ha servido un vaso de whisky como si de un marinero se tratase y mi marido parece a punto de estallar, no sé a quién irá dirigida su furia cuando todo se salga de control.

—¿James, podías cerrar la boca un rato? Pareces una maldita cotorra — dice su hermano perdiendo ya la paciencia.

— Hermano no todos somos huraños y malhumorados — dice sin amedrentarse.

Presiento que esto puede convertirse en una batalla campal.

—¿Por qué no vas a buscarte alguna criada dispuesta a calentarte la cama? — pregunta ahora con una sonrisa malvada en sus labios.

¿James también es un maldito mujeriego? No debe sorprenderme, parece que

es cosa de familia, por lo menos James no está casado.

— Y tú porque no llevas a tu perra en celo a la suya — dice mirando con repugnancia a ambos.

— Deja de insular a Isabella, ella es un huésped en mi casa, muestra respeto.

— El respeto debe ganarse Alexander, ¿así es como se llama ahora? Mama estaría avergonzada de ti, obligar a tu esposa a soportar a tu puta — dice asqueado.

— No tengo que dar explicaciones de mis actos, estáis en mi casa, y si no estáis conforme largaos — dice perdiendo los estribos.

— ¿Esa opción también se aplica a mí? — pregunto esperanzada.

— ¡No!, pero puedes marcharte a tus habitaciones — contesta.

— No deseo hacer tal cosa mi Señor, me quedaré aquí en tan grata compañía — digo sonriendo a James, y veo a mi esposo apretar sus puños fuertemente, creo que tiene deseos de matarme.

— No te alteres Alex, no merece la pena que lo hagas por ellos — dice la muy zorra acercándose a él para susurrarle algo al oído que podemos escuchar todos los que estamos en la sala y sé que lo ha hecho a propósito. — Podemos ir a divertirnos los dos solos.

Ahora soy yo la que tiene los puños apretados, me dan ganas de volver a darle una paliza, no tiene vergüenza ni honor, estoy conteniendo el aliento a la espera de la respuesta de mi marido, no puede ser tan canalla, pero una vez más me equivoco, me mira y sonrío malicioso ¿qué se propone?

— Es cierto querida, dejemos que la juventud se divierta a su manera — dice pasando su brazo por la cintura de Isabella y llevándosela a quién sabe dónde. ¿Cómo se atreve? ¡Maldito, mil veces maldito! ¡Lo odio, lo odio! Y siempre será así.

— Maldito bastardo — gruñe mi cuñado, y para mi vergüenza, no puedo evitar las ganas de llorar de la humillación, ¿por qué disfruta avergonzándose delante de todos?

De esa ramera lo entiendo, yo la odio igual que ella a mí, pero no sé qué gana Alexander con esto.

—No creas que lo que haga tu hermano me importa, me han hecho cosas peores desde que llegué aquí — le digo porque lo único que me queda es intentar mantener mi orgullo.

—¿Peor que humillarte delante de todos? — pregunta, sin poderse imaginar lo que su hermano es capaz de hacer.

— Nada más llegué aquí tu hermano me golpeó, Isabella mandó azotarme, tu hermano me dio una paliza y me encerró en las mazmorras y lo último fue violarme — dije en voz baja.

—¿Qué demonios dices? — grita se levanta y sale rápidamente ¿no irá a buscarlo, verdad?

Corro lo más deprisa que me permite mi pesado vestido y llegó justo a tiempo para ver como James abre de una patada el despacho de Mckenzie, escucho a Isabella gritar como una loca y a mi esposo blasfemar .

—¿Qué demonios!?! — grita mi marido.

Entro con el miedo de lo que me pueda encontrar y lo que veo me deja inmóvil en el umbral, James tiene a su hermano cogido del cuello y contra la pared, Mckenzie está desconcertado, despeinado y con la ropa descolocada al igual que Isabella que está acurrucada en un rincón, estos malditos estaban revolcándose en mis narices y siento asco y furia recorrer mi cuerpo.

James le asesta un puñetazo y su hermano finalmente le devuelve el golpe, los dos se enzarzan en una pelea dónde no sé quién va a ganar, yo solo puedo mirar esperando que paren, Isabella no deja de gritar y sin pensármelo me acerco a ella, y le doy una bofetada.

— ¡Está, para qué te calles de una maldita vez! — vuelvo a golpearla — ¡Y está, por tocar lo que es mío fulana!

Oigo un gran estruendo y me giro para ver como mi marido ha derribado a James, y lo tiene contra el suelo.

—¡Ahora, vas a explicarme que demonio te ha poseído para atacar a tu Laird!
— ordena.

— ¡Un verdadero Laird no pegaría a una mujer, no la obligaría a vivir con su fulana, no la violaría, madre se estará revolcando en su tumba Alexander! — escupe con rabia.

Mi marido me mira acusador por contarle a su hermano todo lo que he tenido que soportar, ¿pero qué esperaba?

— James voy a advertírtelo solo una vez, no te metas en mis asuntos.

— ¡Me meteré por defender a Brianna! — me alegra ver que no le tiene miedo a su hermano, aunque le gane en peso y altura.

— Isabella lárgate, James, si no quieres que te parta las dos piernas saldrás de aquí y me dejarás hablar con mi esposa — ordena.

Parece que Isabella quiere replicar pero viendo el estado de ánimo de Mckenzie, decide ser lista y marcharse, está noche no ha conseguido calentar la cama de mi esposo.

James se reusa pero con la mirada le digo que se marche, no quiero que tenga más problemas por mi culpa, no está muy seguro pero finalmente nos deja solos, y un escalofrío recorre mi cuerpo, debo confesar que tengo miedo de lo que pueda hacerme.

— ¿Así qué ahora le haces confianzas a mi hermanito, milady? — dice mientras da vueltas a mi alrededor.

— Con quién hable y de lo que hable no le incumbe Laird — le respondo.

— Si hablas de mí y de nuestro matrimonio, si me incumbe Brianna.

— No he dicho ninguna mentira, ¿o sí? — le pregunto.

No responde, ni siquiera me mira a la cara, no creo que sea por vergüenza o arrepentimiento.

— Te ordeno que no hables con él, no lo quiero cerca de lo que es mío — dice cogiéndome fuerte del brazo.

— ¡Suéltame! — grito mientras me suelto de su agarre — No soy ningún animal, no te pertenezco.

— En eso te equivocas esposa, puedo recordarte muy bien quién es tu dueño — me amenaza y a mí se me hiela la sangre.

— Si vuelves a tocarme esposo, no sé cuando, no sé cómo, que me perdone Dios, pero juro por lo más sagrado que atravesaré tu oscuro corazón con tu espada — amenaza muy seriamente.

El suelta una gran carcajada, no me teme ese es un gran error, no por ser

mujer soy débil, que no crea que no sé empuñar una maldita espada.

— Brianna, ¿cuántas veces debo demostrarte quién tiene la fuerza aquí? No quiero herirte, pero siempre me desafías — me dice como si fuera una niña pequeña a la que debe regañar.

—Si fueras un hombre jamás me hubieras puesto las manos encima, ¡maldito salvaje! —estoy perdiendo la paciencia.

— Parece que aún no sabes lo hombre que puedo llegar a ser esposa, es hora que te lo demuestre — dice serio acercándose lentamente a mí, como una bestia se acerca a su presa.

Creo que no voy a poder escapar, de nada servirá resistirse, no lograré nada luchando contra él, pero no importa cuántas veces tome mi cuerpo jamás le entregaré mi corazón.

Mi último pensamiento antes de que mi tortura empezara fue...

Señor ayúdame a soportar este amargo castigo.....

(Alexander Mckenzie)

Verla al lado de mi hermano riendo y sin parar de hablar me está sacando de quicio, James siempre ha sabido cómo tratar a las damas, he dejado que Isabella ocupé el lugar de Brianna solo para enfurecerla, mi antigua amante está hablándome y yo ni siquiera le prestó atención, no puedo evitar mirarlos.

Al ir al salón para acabar la velada, siento mis nervios a punto de estallar, ver como mi esposa me ha ignorado durante toda la cena, me produce una desazón para mi desconocida, ¿qué demonios me ocurre?

¿Desde cuándo me preocupo por tener la atención de alguna mujer? Puede que mi hermanito tenga el don de la palabra, pero a mí nunca me faltaron las mujeres.

Cuando Isabella me ofrece tan descaradamente irnos a retozar delante de mi esposa puedo observar que mi mujercita no es tan indiferente como desea

aparentar, y decido aceptar la oferta que tan gustosamente me ofrece, ya decidiré si finalmente llego acostarme con ella.

Isabella como es costumbre no pierde el tiempo en sentarse sobre mi regazo sin dilación, le respondo a los besos sin emoción, no siento deseo por esta bella mujer que hasta hace poco tiempo me volvía loco, en mi mente solo hay espacio para las miles de preguntas que me rondan.

¿Qué estarán haciendo esos dos a solas?, ¿Brianna sería capaz de serme infiel? ¿Lo sería mi hermano?

—¡Deja de pensar en ella maldita sea! — se enfurece Isabella, esto es inútil, la aparto de mi lado y me acomodo el tartán.

No me da tiempo a más porque la puerta se abre con un gran estrépito y mi hermano entra como un toro enfurecido directamente a atacarme, me llevo un par de puñetazos antes de poder asimilar lo que está ocurriendo, oigo de fondo a Isabella gritar como loca y a Brianna pidiéndole a mi hermano que se detenga, mi furia estalla y agarro a mi hermano por el cuello, que se atreva a ponerme la mano encima es imperdonable, soy su Laird.

Le ordeno que me explique qué demonios le sucede y su contestación me deja conmocionado, no esperaba que Brianna contará a los cuatro vientos lo miserable que soy con ella, siento rabia porque sé que lo que dice es cierto, mi madre estaría llorando por el trato que recibe Brianna en mi hogar. Mi amada madre era como Brianna, ambas con un espíritu inquebrantable, la hubiera adorado y a mí me habría mandado azotar por tan asquerosa conducta para con mi esposa.

Me avergüenzo de mi comportamiento pero mi padre también me enseñó que a un Laird no sé le cuestiona ninguna de sus acciones por más despreciables que éstas sean, ordeno que todos salgan y me dejen a solas con mi mujer, mi hermano sé niega por temor a que le haga daño a Brianna y debo reconocer que con la furia corriendo por mis venas no sé de lo que seré capaz, me he propuesto no volver a dañarla, pero no sé si lo conseguiré.

Como siempre acaba retándome, no importa lo que le haga, ella no me teme, y si lo hace lo oculta muy bien.

Ese carácter hace que la desee locamente, pero no quiero volver a tomarla a la fuerza, no quiero herirla, quiero que ella sienta el mismo deseo que siente

mi cuerpo y que ella desee mis manos recorriendo cada curva de su hermoso cuerpo, y aunque me cueste toda la noche, hoy quiero oírle gemir mi nombre.

Me voy acercando a ella para que no sienta temor de mi, pero lo veo en sus ojos, yo soy la fiera y ella es mi presa, no quiero que sea así, la tengo acorralada contra la pared y la siento temblar, ojala fuera de deseo mas sé que es de miedo. Está aterrada...

Levanto una mano para acariciarle la suave mejilla y ella, cierra fuertemente los ojos como temiendo que vaya a golpearla, mi corazón se detiene por un momento..., esto es lo que he provocado con mis acciones.

La acaricio con ternura y acerco mis labios a los suyos lentamente, como supuse, no sé o pone pero tampoco responde a mí, y es lo que más necesito. Sigo besándola lentamente, acariciándola para intentar calmarla, poco a poco, deja de temblar y comienza a besarme con timidez y sin ni siquiera rozarme, no quiero apresurarme por mucho que mi cuerpo esté en llamas.

La cojo en brazos para llevarla a la gran cama que solo compartimos dos veces anteriormente. La deposito dulcemente en el centro y me reúno con ella sin aprisionarla con mi peso, vuelvo a buscar sus rojos labios mientras voy quitándole poco a poco la ropa, que en estos momentos no esté luchando contra mí es un gran logro, pero no quiero que se deje hacer por obligación, sino porque me desee, que me necesite.

Ya desnudos los dos, beso cada parte de su cuerpo, recorro cada fina cicatriz que aún estropea su blanca piel de la espalda, esto es solo un recordatorio más de mi crueldad aunque no fuera yo el que infligió tan cruel castigo. La siento estremecerse y no puedo evitar sonreír, puede que me odie, que se niegue a amarme, pero su cuerpo responde a mí.

Mi deseo por ella es cada vez más grande, solo deseo poder adentrarme en ella y que su calor me envuelva, solo puedo escuchar mi rápida respiración y sus suspiros, ahora estoy seguro que ella está preparada para mí, esta vez no estoy obligándola a nada que ella no desee.

Me situó en su entrada resbaladiza por su miel y voy penetrándola despacio para no asustarla ni dañarla, cuando estoy por completo rodeado de ella no puedo evitar gemir, es la mejor de las sensaciones, empiezo a penetrarla cada vez más deprisa porque eso es lo que nuestros cuerpos necesitan. Mi esposa,

me araña la espalda y gime sin poder contener tanto placer en su pequeño cuerpo, me halaga que ella sienta lo mismo que yo, que no me rechace por una vez. Nuevamente, estamos como en nuestra noche de bodas.

Finalmente, ninguno de los dos soporta por más tiempo tanto placer y al unísono, colapsamos en éxtasis.

—¡Brianna! — gimo yo...

—¡Alexander! — gime mi esposa a la vez...

Y me doy cuenta que por primera vez mi esposa a dicho mi nombre, no soy más Mckenzie, soy Alexander...

Me duermo abrazado a ella y con una sonrisa en mis labios.

Ahora sí creo que el futuro nos depara algo bueno.

El futuro ahora es nuestro esposa mía...

(Brianna)

Me siento estúpida, ¿cómo puedo odiar a un hombre que consigue encender mi deseo? ¿Por qué mi cuerpo me traiciona de tal forma?

Ya ha llegado el alba y aquí estoy, acostada junto al hombre que me ha humillado, herido y violado, después de pasar la noche entre sus brazos. Pensé que yacer a su lado otra vez sería un calvario después de lo que me hizo la última vez. Volví a equivocarme.

Sus caricias, sus besos, encendieron mi pasión y no pude evitar corresponder con ardor a sus demandas, y de nada sirven ahora los lamentos ni los remordimientos, es mi esposo y no debe de haber nada malo en disfrutar en su lecho ¿verdad?

Si él fuera distinto, si yo fuera distinta, si no existiera Isabella ni su bastardo, todo iría mejor y podría incluso llegar a amarlo.

Pero el destino es traicionero y estoy atada de por vida a un hombre

despiadado y sin escrúpulos que pretende tener una esposa sumisa y a su amante junto con su bastardo, bajo el mismo techo y eso es algo que jamás permitiré, antes muerta.

No deseo abrir mis ojos, no puedo mirar al hombre que hace tan solo unas horas me estaba haciendo gemir con sus embestidas, ¿cómo puedo mirarlo a la cara, si soy una farsante?

Le recuerdo cada día mi odio y mi desprecio y por las noches, me entrego a la lujuria en sus brazos.

—Buenos días esposa — escuchar su ronca voz con ese acento tan cerrado me hace estremecer.

No le contesto, tal vez si me hago la dormida se marche y me deje en paz.

— Se que no estás dormida Brianna, deja de comportarte como una niña — me riñe molesto.

— ¿Ha pensado milord qué tal vez si no le contesto es porque no tengo deseo alguno de hacerlo? — le contesto sin siquiera mirarlo.

Me gira rápidamente y se posiciona sobre mí, puedo sentir su deseo entre mis piernas y sin poderlo remediar, ya le deseo otra vez.

— No me provoques milady, puedo volver a demostrarte que aunque me odies, tu cuerpo reclama al mío — dice susurrando en mi oído y sigue descendiendo con suaves besos por todo mi cuello hasta el valle de mis pechos y más abajo, no puedo evitar jadear al ver dónde se dirige y intento detenerlo, muero de la vergüenza.

— ¡Jamás, me impidas saborearte mujer! — gruñe, para acto seguido acariciar con su lengua mi ya hinchado clítoris, gimo sin poder silenciar las sensaciones que estoy sintiendo, me penetra con sus dedos a la vez que su lengua sigue dándome un placer que no sabía que podía existir.

— Abandónate a mí esposa, dame tu placer — me pide mirándome fijamente a los ojos sin dejar de acariciarme y sin poder contenerme más, grito de puro goce.

— Espero esposa mía, que esto te recuerde por mucho tiempo a quién perteneces — me dice después de besarme bruscamente.

Se levanta completamente desnudo, enseñándome su deseo no satisfecho, y

me pregunto... ¿qué va a hacer con eso?

Coge su tartán y se marcha dejándome desnuda y saciada en mi lecho, ahora mismo estoy aún más confundida que antes, no sé qué significa esta noche que hemos pasado juntos, decido dormir un poco más ya que no he podido hacerlo en todas las horas que mi esposo ha pasado en mi cama y verdaderamente Alexander me ha dejado tan relajada, que no puedo evitar dejarme llevar y dormirme plácidamente.

Despierto al escuchar unos golpes en la puerta y oigo a Marie entrar en la habitación...

— Mí Señora es casi medio día, no la desperté antes porque mi Señor, me dijo que no había dormido en toda la noche ¿acaso mí Señora se siente mal?
— pregunta preocupada.

¡Maldito salvaje...! — pienso furiosa.

—No Marie, me siento estupendamente, gracias por venir a despertarme — le dedico una franca sonrisa para tranquilizarla.

— Me siento más tranquila señora, le traigo nueva carta de su madre — me sonrío contenta.

—¡Carta de mi madre! — grito saliendo corriendo de la cama y le arrebato la misiva de las manos.

— La dejo leer tranquila, dentro de un rato regreso para ayudarla a vestirse.

Se marcha dejándome sola para leer la carta que con tantas ansias estaba esperando.

Inglaterra, 1642.

Amada hija:

La llegada de tu carta me dio un poco de paz, pero, ¿por qué siento en el fondo de mi corazón qué eres desgraciada?

Espero no me mientas por protegernos hija mía, debes saber que gustosa daría mi vida por verte feliz, tu padre no levanta cabeza desde que partiste, os ama a todas pero sabes que tú eres su debilidad. No he querido preocuparle con mis presentimientos porque estoy convencida que él mismo, cruzaría toda Escocia para ir a por ti y liberarte de tu calvario.

Por favor hija dime la verdad, dame consuelo y cuéntame todo, no me ocultes nada.

Tus hermanas te envían todo su amor al igual que nosotros, espero una pronta contestación, si me necesitas allí estaré querida.

Tu madre que te ama.

Clare de Clarence.

¿Dios mío que debo hacer? El vínculo que une a madre e hijas es indiscutible y mi madre no es estúpida, no puedo engañarla ¿Pero si le confieso todo se desatará una guerra?

Mi egoísmo no puede hacer que mi familia tenga problemas ni con el Rey, ni con el clan Mckenzie, eso nunca me lo podría perdonar, pero tampoco soy capaz de seguir mintiendo a mi madre, ya no me quedan fuerzas. Estoy cansada de guardarme todo el dolor y sufrimiento. Que Dios me perdone, pero necesito confesarle todo a mi madre.

Ross—Shire Escocia 1942.

Querida madre:

Debo pedir os perdón, os he mentado, pero debéis entenderme, no quiero que se desate una guerra por mi causa.

Desde que llegué, he tenido que soportar todo el odio de estos salvajes, mi esposo me ha dejado claro que me detesta tanto como yo a él. Desde el primer momento, me ha obligado a convivir con su ramera bajo el mismo

techo, esa maldita mujer me mandó azotar y he estado en las mazmorras, el peor de los castigos que se me han infligido ha sido tener que soportar una violación de su parte. Me ha maltratado de todas las maneras posibles, estoy viviendo en el mismísimo infierno y mi marido es el diablo en persona.

Además, su fulana afirma estar esperando un bastardo de él, ¿por qué debo soportar tantos castigos madre?

¿Acaso Dios, me está castigando?

Solo tengo dos amigos aquí, Marie la mujer que ya te comenté en mi otra carta y mi cuñado James. Él, es el hermano menor de Mackenzie y ojala él fuera mi esposo, él es todo lo que su hermano no es, atento y educado.

Madre, te pido que me perdones, pero solo quería protegeros, siento que me estoy ahogando, es como si una gran losa me aprisionara.

Os ruego no dejéis que el amor que sentís por mí, os haga cometer una locura, no vengáis a buscarme, si Dios quiere, algún día encontrare la manera de salir de este infierno.

Dales todo mi amor a mi padre y hermanas, os quiero.

Adiós madre, espero vuestra carta.

Brianna Mckenzie.

Lloro al finalizar mi confesión, siento que echo bien al dejar de mentir a mi madre, pero no puedo evitar temer su reacción, mi madre tiene más coraje que cualquiera de estos guerreros, y sé que por defender a una de sus hijas es capaz de morir.

Solo rezo para que no cometa ninguna locura como exigir audiencia al Rey para reclamar nuevamente por esta locura de matrimonio, sé que es una causa pérdida y más después de consumir mis obligaciones como esposa.

Debo asimilar que está es mi vida pero no me he rendido, ellos no podrán conmigo, seguiré luchando, y sabrán quién es Brianna de Clarence, y no descansaré hasta ver fuera de mi hogar a Isabella.

Voy a tomar las riendas y lo siguiente que haré será conocer a las mujeres del clan, durante demasiado tiempo me he escondido entre estas cuatro paredes, es hora de que conozcan a su verdadera señora, y por supuesto no me olvido

de que enseñaré a Marie a leer y escribir.

Esposo, Isabella, salvajes, prepárense porque Brianna Mckenzie va a enseñar sus garras...

Sonrió ante ese pensamiento...

(Alexander)

La noche que he pasado con mi esposa rebelde ha sido la mejor de mi vida, se ha entregado a mí como la primera noche, oírla repetir mi nombre una y otra vez entre gemidos me ha vuelto loco de placer, jamás perdí el control como me ha pasado con ella, ¿por qué? ¿Qué es lo que tiene? ¿Es una bruja que me ha hechizado?

Tantas preguntas y ninguna respuesta, ¿cómo podemos odiarnos y desearnos de tal modo?

¿Dejará sus exigencias? No puedo darle lo que pide, no puedo echar a la calle a Isabella estando embarazada, hemos pasado tantas cosas juntos, nos conocemos desde que era un jovencuelo alocado, lo menos que se merece es mi protección.

Y espero no tener que emplear la fuerza bruta para que obedezca, mi decisión está tomada, aunque ningún sentimiento me une ya a Isabella, jamás la dejaré desprotegida.

Pero también haré valer los derechos de mi legítima esposa, a partir de ahora, ella será la Señora de este, mí castillo. Espero que Isabella, sepa ceder y respetar mis deseos, si no, me veré obligado a tomar medidas que no quiero.

Me dirijo a beber algo antes de ir al campo de entrenamiento para seguir poniendo en forma a mis guerreros, cuando veo a Isabella leyendo una carta con muy mal semblante ¿qué noticias pueden hacer tal mella en su semblante?

— Isabella, ¿ocurre algo? — ella se gira sobresaltada e intenta esconder la

carta, que extraño comportamiento, no me gusta.

— ¡Alex! Me asustaste — dice intentando disimular...

— ¿Que noticias han llegado qué tan preocupada te tenían? — espero que me diga la verdad.

— Nada querido, una prima mía me ha escrito para decirme que se acaba de quedar viuda —sé que me oculta parte de la verdad.

No digo nada, la veo marchar y eso aún me hace dudar todavía más, pero debo dejarlo para después, tengo asuntos mucho más importantes en este momento.

Mis hombres como siempre ya están entrenando con tesón, yo solo debo ir dando instrucciones y poco más. Dejo a mi segundo al mando Douglas, al frente del entrenamiento y me dirijo a buscar respuestas, algo que debería haber hecho hace mucho tiempo, iré a visitar a la curandera que hace años ayudó a abortar a Isabella.

Cabalgo al galope hacia las afueras de mis tierras, casi al límite de mi territorio vive la vieja curandera que puede aclarar el misterio del embarazo de mi ex amante, desmonto y entro raudo dentro de la pequeña choza, y veo aliviado que he encontrado a la persona que buscaba.

— Curandera, vengo a preguntarte algo de suma importancia y te ordeno que me digas la verdad — ella me mira asustada pero sé que no me desobedecerá.

— Mi Laird yo jamás os mentiría, preguntad que yo os responderé —se inclina ante mí como muestra de respeto.

— Hace años ayudaste a Lady Isabella a abortar, ¿crees posible qué quede de nuevo encinta? — exijo respuesta.

— Mi Señor, con todos mis respetos Lady Isabella ya es una mujer madura y...

— Sin rodeos vieja —no la dejo terminar.

— Solo digo que si mal no recuerdo, Lady Isabella casi perdió la vida, debí hacer cosas que dejaban prácticamente a milady estéril, pero además está su edad mi Señor. No deseo ofenderos, pero ella ya no es joven y puedo decirlo con certeza, que dudo mucho que esté esperando un hijo —explica.

Me marché furioso pensando que tal vez mi esposa tenga razón y todo sean

intrigas y mentiras para permanecer en mi hogar y causar problemas, pero por desgracia no tengo más pruebas que las palabras de una vieja curandera, me encargaré de descubrir toda la verdad y si descubro su traición, no me temblará la mano con ella.

Al llegar al castillo nuevas tareas me reclaman y debo dejar el interrogatorio que pensaba hacer a Isabella para más tarde, horas después agotado mentalmente de tantas vueltas que he dado a todos los problemas, no solo en mí hogar se me rebelan, ahora también debo partir a poner orden en el clan vecino y aliado.

¿Cómo se tomará esta noticia mi esposa? ¿Cómo dejar solas a Brianna e Isabella?

Antes de partir debo hablar con Isabella, voy a sacarle la verdad cueste lo que cueste, ahora empiezo a tener los mismos celos que mi esposa me confesó y que pensaba que eran fruto de los celos, pero después de hablar con la curandera creo que es más que imposible que esté esperando un hijo mío.

Llego veloz porque solo de pensar que esa maldita mujer intrigante haya podido llegar a mentirme, ¡a mí!, a su Laird me enciende la sangre. Cree que soy estúpido y por un tiempo lo fui al confiar en ella. Por el cariño y los años que hemos compartido juntos, no la castigué como debía cuando azotó a Brianna sin ningún poder, por todas las ofensas que ha infligido a mi esposa y yo idiota de mí, me dejé seducir por ella. Eso es algo que tampoco podré perdonarme jamás, tantas faltas cometidas hacia mi mujer...

—¡Isabella! — grito nada más entrar— ¡Isabella!

¿Dónde está esa maldita mujer? Pienso enfadado por su tardanza.

— ¿Por qué gritas Alexander? —la veo aparecer tan tranquila, tan segura de sí misma y del lugar que hasta ahora ocupaba en mi casa.

— Vengo de hacerle una visita a la curandera — veo como pierde el color y parece que de un momento a otro caerá al suelo.

— ¿Por qué mi Señor, se encuentra mal? —pregunta intentando aparentar que no está preocupada.

— Sabes muy bien que no, imagina cual es mi sorpresa al escuchar de su propia boca que sería casi un maldito milagro que estés encinta — empiezo a alzar la voz.

— Pues entonces yo soy la prueba de que los milagros existen, porque estoy esperando un hijo tuyo — afirma.

— ¿Afirmas qué estás diciendo la verdad? — pregunto.

— ¡Sí! ¿Qué te ha ocurrido mi Laird? Antes no desconfiabas de mi — — pregunta en voz baja.

— Solo voy a hacerte una advertencia Isabella, hasta ahora te he perdonado ofensas muy graves hacia mi esposa, pero si ahora estás mintiéndome, te juro que olvidaré todo lo vivido a tu lado y te desterraré de mis dominios — le advierto.

— ¡A su debido tiempo verás que no estoy mintiendo! — se marcha ofendida.

Y sigo aún con la duda de si es una magnífica embustera, o si el que está equivocado soy yo al dudar de ella, debo despedirme de mi esposa ya que debo partir hoy mismo, espero que al confesarle mis dudas reflexione al fin sobre si estamos en un buen camino al entendimiento, voy en su busca.

La encuentro entregando una carta y creo que no me equivoco al pensar que ha escrito a su familia, lo veo en la tristeza en sus ojos, ella está lejos de sus seres queridos, de su patria y ha sido enviada a tierra hostil y recibida peor que a un perro. Eso debería no solo avergonzarme a mí, sino a toda mi gente.

— Esposa —digo como saludo.

— Esposo, ¿en qué puedo servirte? — pregunta.

— Me marchó, debo ir a resolver un conflicto con el clan vecino y aliado de los Mckenzie — le explico.

— Entiendo, gracias por despedirte —sonríe y parece que el sol ilumine toda la habitación.

— Solo quería decirte que pensé mucho las palabras que dijiste sobre Isabella, fui a hablar con la curandera del lugar, y casi pudo asegurarme que ella no puede concebir, le he exigido la verdad pero continua afirmando que está encinta y que el hijo es mío, solo el tiempo dirá —espero nervioso su reacción.

— Me complace saber que has dejado de ser un necio respecto a las intrigas de tu amante — dice seria, sé que nombrar a Isabella, la enfurece.

—Debo decir que no es mi amante —le confieso rezando que me crea—, veo

como alza su ceja en signo de incredulidad.

— Permita que lo dude, Señor, le deseo un buen viaje y que todo sea resuelto satisfactoriamente.

— Gracias esposa, espero a mi vuelta poder hablar de nuestro matrimonio como es necesario — no digo nada más aunque lo que más deseo es besarla, pero como siempre mi orgullo me lo impide y salgo raudo de los aposentos de mi esposa.

Antes de ir al encuentro de nuevos problemas, busco a mi hermano para hacerle unas cuantas exigencias, no confío en él.

— James debo partir y te encomiendo el cuidado de mi esposa, pero te ordeno, que no intentes seducirla — le digo mortalmente serio.

— Hermano nunca fuiste celoso, ¿qué tiene la inglesa? — pregunta burlón, al ver que no me causa ninguna risa... — Tranquilo Alexander, jamás ofendería a Brianna de tal modo, marcha tranquilo.

— Muy bien, nos vemos a mi regreso, no causes problemas mocoso — digo ya más tranquilo.

Salgo al patio dónde mis hombres ya tienen preparado mi caballo y monto para ordenar partir a galope.

Me alejo de mi hogar con intranquilidad, como si algo fuera a pasar en mi ausencia, solo rezo para que nada ocurra y que al volver pueda saber con certeza si Isabella miente o no, y así poder empezar a construir unas bases sólidas para mi matrimonio. Espero que mi mujer no tarde en quedar embarazada, deseo ver su vientre hinchado con mi semilla, ese sí sería mi heredero, el futuro Laird de los Mckenzie si Dios quiere darnos primero un varón que continúe mi linaje. Un hijo al que poder enseñar todo lo que mi padre me enseñó a mí, después, si desearía una hija tan hermosa como su madre y con ese carácter tan indomable como el de mi esposa, solo deseo paz en mi matrimonio y es lo que procuraré al llegar de este pequeño contratiempo.

Echaré de menos el calor de mi esposa, incluso la bromas de mi hermano, pero espero resolver pronto los problemas que me reclaman lejos de mi hogar.

Lejos de mi esposa, lejos de Brianna...

(Brianna)

Alexander se marcha después de su extraño comportamiento, nunca habría imaginado que se despediría de mi, ni intentaría convencerme de que Isabella no es su amante, y ciertamente jamás pensé que él haría caso a mis sospechas respecto a ella, puede ser que él fin a sus intrigas este más próximo de lo que pensaba.

Con ella fuera de aquí, mi matrimonio no estará condenado a la vergüenza de tener que convivir bajo el mismo techo que la ramera de mi esposo, el día que llegue a ver a Isabella atravesar esas puertas para nunca más volver, será uno de los días más felices de mi vida.

Su error fue subestimarme como rival, soy joven, sí pero no ingenua, ni me falta inteligencia. Ella es una mujer mentirosa y cruel, y eso lo descubrí nada más verla a los ojos, en ellos se refleja la pura maldad.

Ahora más que nunca espero el regreso de mi esposo con impaciencia, los días que aún deba soportarla se me harán muy largos, confío en que no sé cruce mucho en mi camino.

Hoy he mandado llamar a todas la mujeres y niños para conocerlos, y para invitar a quién lo desee a que yo pueda enseñarles a leer y escribir, se que los hombres se negarán, son guerreros y las letras no sé utilizan en el campo de batalla.

No todas las mujeres me han aceptado, me lo esperaba pero no por eso duele menos, algunas sí han demostrado disposición para aprender a leer y eso me alegra, me dará algo que hacer, algo en que pensar.

Me siento un poco cansada y nerviosa como si se aproximará alguna desgracia ¿estaré volviéndome loca?

Dudo entre bajar a cenar por miedo a ver a la arpía de Isabella, o quedarme en mi alcoba y cenar sola, pero eso no me apetece, no deseo cenar sola. Si Dios quiere, esa mujerzuela se esconderá hasta que llegue Alexander, por lo

menos cenaré acompañada de mí cuñado James.

Al llegar al salón no veo a nadie, pero la mesa está puesta para tres personas ¡Dios! ¿Por qué no escuchas mis plegarias...?

— Cuñadita veo que has decidido honrarme con tu belleza — me saluda contento.

— James, sí, he decidido que no debo esconderme en mi propio hogar, solo espero que mi esposo al volver eche a esa rata — digo con rabia.

— ¿A quién llamas rata, maldita? — exclama Isabella entrando triunfalmente.

— ¡A ti, arpía del demonio! — le respondo.

— ¡Calmaos! — grita James — Mi hermano me ordenó que impidiera que le arrancaras los pelos a está bruja cuñadita, no lo tomes a mal, si por mí fuera, hasta te ayudaría — sonrío malicioso.

— No sé siquiera porque he bajado a cenar con vosotros — escupe con asco.

— No te sientas obligada Isabella, puedes cenar con la servidumbre — dice sin perder la sonrisa James.

Nos mira con un odio infinito pero se sienta sin contestar a James, la cena va a ser un maldito infierno, me siento lo más lejos posible de ella y mi cuñado, hace lo mismo al sentarse a mi lado, le dedico una sonrisa de agradecimiento. Al menos, no estoy sola ante tanto odio.

Nos sirven la cena y sorprendentemente, cenamos en relativa paz. Ignoramos a Isabella y ella hace lo mismo con nosotros, lo cual agradezco. James me hace reír al contarme anécdotas de su niñez junto a mi marido y eso me ayuda a conocerlo un poco más, descubrir que esconde detrás de esa coraza, de esa frialdad, ¿realmente será así de despiadado?

Esa es una pregunta que me he hecho mil veces, me ha herido y humillado de mil formas, pero he llegado a atisbar alguna bondad en él, y al contarme cosas de su juventud, mi cuñado me ayuda aún sin saberlo a conocerlo un poco más.

Isabella al verse ignorada, cuando termina de cenar se levanta indignada y se marcha sin dirigirnos la palabra, mejor, no nos importa. Ella esperaba tener la atención de James igual que tiene la de Alexander, pero se equivocaba, y eso

me alegra, ahora mi cuñado me cae aún mejor, tenemos muchas cosas en común y una de ellas es el desprecio que los dos sentimos por la amante de mi esposo.

— ¿Crees qué tu hermano me ha dicho la verdad al confesarme que ella ya no es su amante? — le pregunto.

El tarda en contestar, y temo su respuesta...

— Alexander nunca ha sido mentiroso, pero sí debo decirte que Isabella siempre ha sido su debilidad, aún cuando no le perdonó que abortara a su hijo años atrás — responde.

— Eso no me contesta a la pregunta que te he hecho James — le reprendo seria.

— Sinceramente, no lo sé Brianna, me gustaría decirte que sí, pero lo dudo...
— contesta sin mirarme.

Yo siento una opresión en el pecho, ¿me ha mentado? ¿O es James quién se equivoca?

Me despido de él y me marcho a mis aposentos, mi ánimo ha caído en picado, han vuelto a asaltarme las dudas que no me habían abandonado por completo. Me siento una estúpida por aferrarme a esperanzas vanas, por agárrame a la posibilidad de que mi matrimonio llegue a funcionar algún día, el sueño se niega a llegar, pero finalmente mi mente descansa y me permite caer en un letargo intranquilo.

Han pasado dos días, en los cuales he conseguido evitar a Isabella, cada día rezo para que Alexander vuelva pronto y la eche a patadas de aquí, así conseguiré paz y tranquilidad.

He dejado de darle vueltas a mis dudas y miedos, esperaré a que llegue Mckenzie y entonces sabré a qué atenerme, ya no habrá más dudas, ni inseguridades.

James se ha convertido en un buen amigo y confidente, él y Marie son mis apoyos aquí. He intentado ganarme el aprecio de los demás pero me está costando lograr que se abran a mí, entiendo sus reticencias, pero no por ello duele menos, muchos de ellos adoran a Isabella. Desearían que fuera la

Señora del castillo incluso algunos la tratan como tal, y eso la hace disfrutar, ver cómo me humillan al preferirla a ella antes que a mí.

Mi madre siempre decía que se conseguían más abejas con miel que con limón así que aunque me encantaría maldecirlos y castigarlos por su falta de respeto, no lo hago, intento comprenderlos y conocerlos, y esperó algún día llegar a ganarme su respeto y su lealtad.

Mi buena suerte termina cuando veo a Isabella subir las escaleras, no puedo huir, ni deseo hacerlo más, es hora de enfrentarla.

— Vaya, vaya..., milady ¿no te esconderás para no verme? — pregunta cínica.

— Estoy en mi casa Isabella, no me escondo, solo es que no quiero verte, y ya que debo soportar tu presencia hasta que mi marido vuelva, intento verte lo menos posible — respondo.

Se ríe, como si escondiera un secreto que nadie más conoce...

— Mi querida Brianna, ¿aún crees qué Alexander me echará de su hogar?

— Sabes tan bien como yo que él, ya duda de que estés en encinta, tu mentira ha llegado a su fin.

— ¿De verdad? — pregunta de forma rara y un escalofrío recorre mi espalda.

Me mira seria, calculadora y en sus ojos veo locura por un momento me da miedo, es como si quisiera matarme.

Pero lo que ocurre es todo lo contrario, me mira por última vez y con una tranquilidad que da miedo, se gira y se deja caer por las escaleras. Su grito y el mío se confunden, el ruido sordo que hace su cuerpo al caer contra el suelo resuena en todo el salón, estoy inmóvil, soy incapaz de moverme, no puedo creer lo que acaba de pasar.

Empiezan a llegar los criados y ven a Isabella tirada en el suelo en una posición antinatural y a mí pasmada al pie de las escaleras, me miran horrorizados y empiezan a murmurar, reacciono al escucharlos decir que he sido yo la que la he empujado por las escaleras. Bajo corriendo los escalones y llego a su lado, puedo ver que aún respira pero está pálida y no reacciona, ordeno que la lleven a sus habitaciones y que llamen a la curandera, mis órdenes por primera vez son escuchadas y se cumplen con premura.

¿Cómo ha sido capaz de tirarse por las escaleras? ¿Por qué lo ha hecho? No entiendo nada, tengo miedo, la odio pero jamás he deseado la muerte de nadie y ella no es la excepción, la curandera después de horas con ella me ha asegurado que sobrevivirá. Solo tiene magulladuras y estará en cama unos días, ha tenido mucha suerte, podría haberse partido el maldito cuello.

Pero lo que si me sorprende es lo que me dice a continuación la curandera...

— Lady Isabella ha perdido al bebe que estaba esperando, señora — lo dice sin mirarme a la cara.

—¿Bebé? Pero usted le dijo a mi esposo que era casi imposible que Isabella estuviera embarazada — le dije aún sin poder creer que ella en realidad si esperaba un hijo de mi marido.

—Me equivoqué señora, la naturaleza es impredecible — sin más se marcha, dejándome sin palabras, llena de preguntas y sin respuestas...

¿Cómo se lo tomará Alexander?

Un pensamiento me hace estremecer, ahora sí que él nunca permitirá que ella se vaya de aquí, Isabella hará muy bien su papel de madre dolida que ha perdido a su hijo, y mi marido se dejará embaucar por ella como hace siempre. Tal vez James tenga razón y jamás me libre de ella, Isabella ejerce un poder en Mckenzie que aún no logro comprender.

Cuando llegue tendré que darle yo la noticia ¿cómo decirle a tu marido qué el hijo que esperaba con su amante, no va a llegar a nacer?

Y lo más importante ¿cómo decirle que la misma Isabella se tiró por las escaleras? ¿Con qué propósito? No lo sé...

Esa noche solo James y yo bajamos a cenar, lo hacemos en completo silencio y eso me incomoda, no entiendo su comportamiento.

—¿James, ocurre algo? Has estado toda la noche muy callado — pregunto preocupada.

— ¿Brianna ha sido tú quién ha empujado a Isabella por las escaleras? — pregunta mirándome por primera vez en la noche.

—¿¡Que!?! — grito levantándome furiosa de mi asiento — ¿cómo te atreves siquiera a pensar que yo haría algo tan horrible? — exclamo.

Él me mira avergonzado y con dudas en sus ojos y eso me produce pesar, ¿si mi único amigo en este lugar desconfía de mí, que puedo esperar de los demás?

—Lo siento Brianna pero eso es lo que comentan los criados que te vieron a ti inmóvil al pie de las escaleras — se disculpa avergonzado.

— Sí, estaba al pie de las escaleras porque me encontré a Isabella subiéndolas, como siempre, no perdió oportunidad para burlarse de mí y cuando le dije que tenía los días contados porque tu hermano al llegar la echaría a patadas, su semblante cambio. Me miro de una forma extraña y sin más, se dejó caer por las escaleras — le cuento como ocurrieron las cosas de forma apresurada.

Él me mira intentando ver si miento o digo la verdad, sé qué es difícil de creer, pero aunque la odio con todo mí ser, no soy una asesina.

— Entiendo, suena extraño no lo puedes negar, pero de la víbora de Isabella, se puede esperar cualquier cosa.

— No sé porque lo hizo James, solo sé que se ha salido de nuevo con la suya, ahora sí que nunca, se marchará de aquí — digo derrotada.

Él no contesta, solo me mira con lastima. Él sabe tan bien como yo, que Isabella siempre ganará, siempre será más importante que yo.

No tengo ánimo ni ganas de comer nada mas, así que me retiro a mi cuarto a lamerme las heridas, no solo no he conseguido echar a Isabella, sino que ahora me acusan de intentar matarla, de matar a su hijo por celos, por maldad y eso no es cierto.

Creo que ese era su propósito al tirarse por las escaleras, acusarme a mí y que Alexander no confíe jamás en mí, ella veía peligrar su posición en el castillo porque el mismo Alexander, se lo hizo saber antes de su partida, yo misma le di pistas de ello porque nunca sospeché que llegaría a jugar con su propia vida.

No duermo en toda la noche pensando cómo puedo demostrar mi inocencia. Las únicas que estábamos allí éramos nosotras, los criados solo la vieron en

el suelo y a mí en las escaleras, y como no tengo precisamente sus aprobaciones, les fue más fácil culparme y seguro que Isabella alimentó esa impresión. Temo la reacción de mi marido, es desconfiado por naturaleza pero cuando se trata de mí, aún lo es más, espero por lo menos me dé la oportunidad de explicarme y rezo a Dios, para que me crea.

James me invita al día siguiente a cabalgar con él y acepto, porque necesito salir de este lugar por unas horas, preciso dejar de sentir el odio y el desprecio de los demás, me lleva a un pequeño pero hermoso lago que en esta época del año, está completamente helado.

— Deja de estar preocupada cuñadita, que los demás piensen lo que quieran — me aconseja.

— No puedo James, no soy una asesina y eso es lo que todo el clan piensa ¿qué crees que pensará tu hermano cuando vuelva? — pregunto asustada.

— No lo sé, pero un consejo te doy, habla con él antes de que Isabella le dé su versión, porque si no, nada conseguirás — me advierte.

— Volvamos al castillo James — le pido, cuando mi esposo llegue quiero estar allí para recibirlo.

Al llegar al castillo el ambiente aún se siente tenso, pero algo ha cambiado, solo se escucha el silencio y eso me asusta....

¿Dónde está todo el mundo?

Mi pregunta encuentra respuesta cuando escucho unos poderosos pasos bajando hacia nosotros. Al girarme veo a mi esposo, y solo con ver la mirada que me envía, sé que he llegado demasiado tarde. Isabella ya ha soltado todo su veneno, que Dios se apiade de mí, siento ganas de llorar, pero no lo haré, no soy culpable de nada y me comportaré como tal.

— Esposa, ¿no tienes nada qué confesar? — me pregunta con una tranquilidad que me asusta más que sus gritos.

— No mi Señor, soy inocente de las calumnias de las cuales se me acusan — alzo el mentón orgullosa, ante todo que no me vea asustada ni derrotada.

— ¿Cómo te atreves a mentir tan descaradamente? ¡Has, intentado asesinar a Isabella, y has conseguido matar a mi hijo! — grita perdiendo el control.

— ¡Eso es mentira! —grito yo también —Tu loca amante se tiró por las escaleras ella sola, y déjame decirte que sigo dudando de que ese maldito bastardo, siquiera existiera.

—¿Cómo te atreves? —alza su gran mano para golpearme, pero el golpe no llega nunca.

— ¡No! — grita mi cuñado, parando la mano de su hermano y evitándome un buen golpe— ¡No se te ocurra, ponerle la mano encima! — amenaza.

— ¡No te metas! — lo empuja y parece que van a empezar a pelear, y eso, no lo puedo permitir, James no tiene nada que hacer contra su hermano.

— James déjalo, si él se queda más tranquilo golpeándome, que lo haga —le digo, los dos me miran como si me hubiera vuelto loca, y puede que tengan razón.

— No voy a golpearte Brianna, pero confiesa de una vez que tú empujaste a Isabella por las escaleras — me ordena.

— ¡No! — respondo firme.

—¿No? — pregunta incrédulo.

— ¡No!, no voy a confesar algo que es falso mi Señor, yo no empujé a Isabella — contesto — ¿Por qué iba a hacerlo?

— Por celos... ¿porque ella me iba a dar un hijo? ¿Porque es mi amante? Tiene muchos motivos milady — dice cínico.

— ¿Entonces, mentías Mckenzie? Sigue siendo tu fulana, y debo decir que para sentir celos de esa ramera debería sentir por ti algo más que desprecio —respondo furiosa, dolida por sus mentiras y por crearme capaz de una acción tan cobarde.

Me mira sin saber que decir, está furioso porque cree firmemente en las palabra de esa bruja, y que yo no confiese lo pone nervioso, no saber cuál es la verdad, a quién de las dos creer.

Se marcha no sin antes maldecirme en su idioma, aunque no entiendo lo que ha dicho, James me mira con lastima, cosa que ya se hace costumbre y lo odio.

— Sabía que si esa zorra hablaba antes con él, todo estaría perdido — digo vencida— Nadie cree en mi, para todos solo soy una inglesa cobarde y asesina, que está dispuesta a matar a la amante de su marido por celos.

— Yo sí creo en ti cuñadita, hablaré con mi hermano cuando este más calmado, ahora no escuchará nada más que lo que él cree que es la verdad.

— Déjalo James, no quiero que me defiendas, ni que intentes convencerle de mi inocencia. Si él no confía en mí, y cree que soy capaz de semejante atrocidad, que así sea.

— No seas igual de orgullosa y cabezota como él, por favor — me pide serio.

— ¡Te lo prohíbo James! Me retiro a mis habitaciones, hoy no bajaré a cenar, ver a tu hermano, puede hacer que se me indigeste la comida.

Me marcho y me encierro en mi alcoba, no quiero que nadie me moleste, y espero que a mi esposo ni se le ocurra poner un pie en mi habitación, porque soy capaz de matarlo.

Me duele y me apena que él no confíe en mis palabras. James tenía razón, si Isabella hablaba con él antes que yo, todo estaba perdido y así ha sido, odio el poder que esa bruja ejerce sobre él, odio que siempre la prefiera a ella antes que a mí. No lo amo ya que no ha hecho nada para ganarse mi amor, pero que me respete y valore tan poco, me duele profundamente, soy su esposa y debería respetarme.

Siento unas ganas terribles de llorar, he intentado ser fuerte y que las acusaciones no me afecten, pero lo hacen...

Lloro de impotencia y rabia, por mucho que luche contra ella, siempre sale ganando, ¿siempre será así? ¿Jamás me librare de ella? No sé cuanto pueda soportar este calvario, esto es el purgatorio en vida y yo no me lo merezco. Estoy casi dormida cuando la puerta se abre bruscamente asustándome, como no podía ser de otra manera es el salvaje de mi marido, y tan solo con su presencia consigue enfurecerme.

— Sal de aquí Mckenzie, no quiero ni verte — le espetó con rabia.

— Este es mi hogar inglesa no lo olvides, tú, no me das ordenes mujer — por

su manera de hablar me doy cuenta de que ha bebido demasiado whisky.

— Vete a consolar a la zorra manipuladora de Isabella.

— ¡Cállate! Ya has hecho bastante, podías haberla matado ¡maldita loca! — grita.

— ¿Cuántas veces tengo que decirte que no hice nada? — grito ya perdiendo la paciencia...

— ¡No me grites maldita, ahora no está mi hermano para defenderte! — me amenaza.

— ¡Hazlo, venga! ¡No es la primera vez que me pones la mano encima maldito salvaje! — le provoco.

— Tendría que haberte matado hace tiempo, solo me traes problemas, no sirves para nada más, nadie te quiere aquí — espeta con odio.

Sus palabras me duelen ¿dónde quedó el marido que se despidió de mí hace una semana?

No puedo evitar que las lágrimas salgan de mis ojos, he aguantado mucho y mi corazón necesita liberarse de todo el dolor acumulado.

— ¿Ahora intentas dar lástima con esas falsas lágrimas? ¡Qué sepas que no lo conseguirás!

— Te equivocas Mckenzie, yo no soy una zorra manipuladora, no necesito dar lástima ni convencerte de nada, no me importas, nadie de aquí me importa — intento herirlo igual que él ha hecho conmigo.

— Eres una maldita mentirosa, celosa y eres capaz de intentar matar a otra mujer a sangre fría porque no eres tú el centro de atención.

— ¿Eso piensas de mí? ¿Piensas que soy una mujer fría y egoísta, capaz de matar a otra persona solo porque nos odiamos mutuamente?, sé que no nos queremos y que este matrimonio será un infierno en vida, pero nunca llegué a pensar que ni siquiera tendría la confianza y el respeto de mi marido.

Él no contesta, solo mira al suelo, como debatiéndose entre varios sentimientos.

— No sé qué creer, todos te vieron Brianna — dice ahora más calmado.

— Te equivocas, me vieron a mí en las escaleras y a Isabella en el suelo, pero nadie me vio empujándola porque no lo hice.

— Entonces según tú, Isabella se volvió loca y se tiró ella misma por las escaleras, ¿verdad? — pregunta escéptico.

— Es una locura lo sé, pero eso fue lo que pasó, solo le dije que ambos sabíamos que estaba mintiendo respecto al bebé, entonces su mirada cambió y se dejó caer escaleras abajo.

— ¿Lo sabíamos? Porque resulta que estabas equivocada, he perdido un hijo.

— Sigo pensando qué es mentira — digo muy segura.

— ¿Qué más vas a decir tú? Si tu conciencia te ayuda a pensar así, sigue haciéndolo.

Ya no tengo fuerzas para defenderme, ya no deseo intentar convencerlo de mi inocencia, algún día todo se descubrirá y tendrá que pedirme perdón de rodillas.

— No voy a seguir intentando convencerte de que lo que digo es cierto, cree lo que desees creer, simplemente no confías en mí — digo cansada.

— ¿Cómo confiar en una maldita inglesa? — espeta con un odio desmedido, un odio que no veía desde nuestro primer encuentro.

Para él y para ellos, sigo siendo una inglesa, no, la Señora del castillo ni la esposa del Laird y eso no va a cambiar, ni yo voy a seguir intentándolo, se acabo.

No necesito nada de nadie, solo yo sé como soy, y lo que sufro.

— Pues está inglesa, te pide que te largues — ahora yo también le respondo con todo el odio acumulado.

Se marcha azotando la puerta y yo suelto el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta, me desvisto y me acurruco entre las mantas buscando calor, pensar que si él me creyera ahora estaríamos aquí los dos dándonos calor y

perdiéndonos en nuestros cuerpos, pero no me he ganado siquiera su confianza.

No sé como podré seguir aquí sin acabar consumiéndome poco a poco..., que Dios me ayude...

Llevo una semana lejos de mi hogar y nunca había deseado volver, hasta ahora.

He podido resolver la disputa entre el Clan McDonald y el Clan Douglas, su enemistad es legendaria pero ahora que soy Laird, debo acudir al consejo que se reúne para resolver todos los conflictos, antes de llegar a desatar una guerra entre nosotros.

Por fin puedo volver a mis tierras, y reconozco que temo lo que me pueda encontrar. Le di órdenes a mi hermano de cuidar a Brianna, ya que conociendo a Isabella como lo hago, no habrá desaprovechado la ocasión para atacarla, sobre todo después decirle que no estaba seguro de que dijera la verdad sobre su estado. También deseo resolver ese maldito asunto, si Isabella está mintiendo, no tendré remordimientos en echarla a patadas, que vuelva a su hogar, ya no será responsabilidad mía y todo entre nosotros habrá acabado.

Dedicaré mis atenciones a mi esposa, ya va siendo hora que me dé el heredero que necesito, mi clan necesita a su próximo Laird y si Isabella finalmente dice la verdad todo se complicará, porque a pesar de los deseos de mi esposa no la dejaré marchar. Ese hijo aunque sea un bastardo, es sangre de mi sangre, y si Brianna no llegara a concebir, él sería mi sucesor.

Ordeno a los pocos hombres que llevo conmigo que se preparen para partir, ellos tienen tantas ganas como yo de llegar junto a sus familias.

Cabalgamos veloces y cruzamos montañas y ríos para llegar hasta mis tierras, empieza a llover pero ni eso, nos impide seguir, nuestros caballos están acostumbrados a largas cabalgadas sin descanso, han visto batallas y han salido ilesos.

Estamos cerca de mis fronteras, en un par de horas ya podré ver a mi esposa, por supuesto no deo ver mi deseo, no quiero que mis hombres piensen que

una inglesa, me ha hechizado.

Al llegar, toda mi gente nos da una calurosa bienvenida entre vítores y alegría, no veo a mi esposa y pregunto a uno de mis hombres por su paradero, creí que después de nuestra conversación ella habría cambiado un poco su actitud distante y fría conmigo.

— La señora ha salido a cabalgar con James, después de lo que ocurrió no creo que quiera estar mucho aquí — dijo con desprecio.

— ¿De qué demonios hablas? — exijo saber de inmediato.

— Tu mujercita, tiró por las escaleras a Isabella, ha matado a tu heredero, Laird — explica con enfado.

— ¿¡Qué ha hecho qué?! — grito de furia, sin poder creer tal cosa de Brianna

— ¿Dónde está Isabella?

— Está en cama mi Señor — responde.

Me apresuro a llegar a las habitaciones de Isabella que están en el mismo pasillo que las mías, han sido tuyas desde hace años y al casarme no pensé siquiera en cambiarla de lugar, ¿otro error?

Entro y encuentro a Isabella en su lecho, está pálida y parece cansada, aunque ya no me ata a ella ese fuerte sentimiento de tiempo atrás, verla así me entristece.

<< ¿Qué has hecho Brianna? >>

— Isabella ¿Isabella? — la llamo mientras voy acercándome hacia ella, se gira y veo tanto dolor en su mirada que no sigo avanzando.

— Alexander — solloza — ¡Murió, ella lo mató! — empieza a llorar desconsolada.

— ¿Por qué Isabella? No puedo creer eso que dices, Brianna no es mala — intento entender toda esta situación...

— Por celos Alex ¿por qué otro motivo? Ella aún no ha conseguido quedar encinta, mi hijo era un gran problema para ella, sabía que tú me echarías lejos si ese bebé ya no existía — sigue llorando sin poder parar.

— No puede ser... — susurro casi para mi mismo sin creer que mi esposa sea capaz de llegar a tales extremos por celos y codicia.

— ¿Lo harás? — pregunta asustada.

— ¿Hacer qué? — le pregunto de vuelta.

— ¡Echarme Alexander, apartarme de tu lado! — dice histérica.

Ahora menos que nunca puedo abandonarla, ha perdido a mi hijo y según todos fue culpa de mi esposa, ¿cómo voy a dejarla sola? No tiene a nadie más.

— Por supuesto que no Isabella — le digo seguro, lleno de remordimientos por no haber estado aquí, esto jamás hubiera pasado.

— Gracias Alexander — intenta sonreír pero sin conseguirlo.

— Voy a dejarte descansar Isabella, debo hablar con mi esposa — digo serio, solo tengo ganas de encarar a Brianna y exigir una maldita explicación.

— ¿Alexander? — me giro para mirarla — Véngale, venga a tu hijo — me suplica, y yo salgo de la habitación sin poder aguantar más entre esas cuatro paredes.

Siento una furia y un odio desmedido por mi esposa en estos momentos, ¿cómo ha sido capaz de matar a un ser inocente?

Aunque no me sorprende, es una maldita inglesa y jamás debí olvidarlo, ¿de verdad llegué a pensar en traicionar a mi propia gente? ¿A mis antepasados? Aquellos que lucharon contra nuestros mayores enemigos... mi padre estará revolcándose en su tumba, si alguien odiaba a los ingleses ese era mi padre, Calum Mckenzie.

Espero impaciente en el salón a que mi hermano y esa zorra traicionera aparezcan y cuando finalmente aparecen siento fuego en mi interior. Llegan tan tranquilos y sonrientes, al verme los dos, quedan parados sin saber qué hacer, yo me controló para no matar a mi esposa.

— ¿No tienes nada que confesar, esposa? — pregunto intentando calmarme

— No mi Señor, soy inocente de las calumnias de las que se me acusan — dice orgullosa, siempre altiva y soberbia.

Su contestación me enfurece aún más, esa tranquilidad y ese aplomo me sacan de mis casillas.

—¿Cómo te atreves a mentir tan descaradamente? ¡Podías haber matado a Isabella, y has matado a mi hijo! — grito sin poder contenerme.

En sus ojos veo miedo, pero intenta esconderlo de mí...

—¡Eso es mentira! — grita ella también — Tu loca amante se tiró ella sola por las escaleras, y dudo siquiera que ese bastardo existiera.

—¿¡Cómo te atreves?! — levanto mi mano para golpearla, deseo destruirla, pero algo me lo impide...

—¡No! — grita mi hermano mientras coge mi brazo para evitar que golpee a Brianna — No se te ocurra ponerle una mano encima — me amenaza.

Yo me quedo impresionado, ¿qué ha ocurrido en mi ausencia? ¿Qué se traen estos dos entre ellos? Mi desconfianza y mis sospechas aumentan.

—No te metas — siseo mientras lo empujo lejos de mí, si debo molerlo a golpes para que no se entrometa en mi matrimonio, juro por Dios que loaré.

— James, déjalo — los dos la miramos sin comprender — Si él se queda más tranquilo golpeándome, que lo haga — dice tranquila.

— No voy a golpearte Brianna, pero confiesa de una vez que tú tiraste a Isabella por las escaleras — le ordeno, quiero acabar con esto de una vez ¿es que nunca van a acabar los problemas? Solo pido un poco de paz y tranquilidad, creo que no es mucho pedir.

— ¡No! — solo eso, solo una palabra, eso es lo único que dice.

—¿No? — pregunto incrédulo, ¿por qué obstinarse en seguir mintiendo?

— No, no voy a confesar algo que es falso mi Señor, yo no hice tal cosa, ¿por qué iba a hacerlo? — me pregunta, como si ni siquiera se le hubiera pasado esa posibilidad por la mente.

—¿Por qué? Por celos naturalmente — respondo sin dudar —¿Porque ella iba a darme un hijo? ¿Porque es mi amante?, tienes demasiados motivos milady — digo cínico.

—¿Entonces, mentías Mckenzie? Sigue siendo tú fulana, para sentir celos de esa ramera debería sentir por ti algo más que desprecio — dijo furiosa, ¿pero por qué?

Logra que me sienta un vil mentiroso, una rata y eso aún me enfurece más,

necesito salir de aquí, aclarar mis dudas y pensamientos o puedo hacer algo de lo que me arrepentiré tarde o temprano.

—Maldita Sasennach — susurro y me voy dejando a ese par solos...

Por más que intento convencerme de que ella es culpable, algo dentro de mí me dice que no es así, conozco a Isabella y sé que no sé inventaría algo como eso ¿no?

Me niego a creer sus mentiras, es una maldita embustera, una asesina como todos los ingleses. Si hubiera sido otra persona la responsable de tal crimen, hubiera dado orden de matarla. Pero es mi esposa, aunque la odié y desprecie no puedo matarla, el Rey se me echaría encima, pero su vida será un infierno. Pienso hacer de sus días un tormento, ahora nada de lo que creí que podíamos vivir sucederá, y más vale que me de pronto un heredero si no, la desterraré, la devolveré a su miserable país de dónde jamás debió salir.

Decido ir a sus aposentos, si debe quedar encinta por mucho que deteste la idea en estos momentos, tengo que acostarme con esa bruja.

Con pasos decididos llego a su cuarto y abro la puerta sin siquiera pedir permiso, estoy en mi maldita casa y está mujerzuela no me impedirá hacer en cada momento lo que me de la real gana, se gira asustada pero al ver que soy yo el intruso, sus ojos se llenan de ira. Verdaderamente, aún no me teme lo suficiente..., pero llegará a hacerlo de eso, estoy seguro...

Sal de aquí Mckenzie, no quiero verte — me ordena con rabia.

— Este es mi hogar inglesa no lo olvides, tú no me das ordenes mujer — he bebido demasiado whisky, maldita sea...

— Vete a consolar a la zorra manipuladora de Isabella.

—¡Cállate! Ya has hecho bastante, podías haberla matado ¡maldita loca! — grito, porque no siente ningún remordimiento por lo que ha causado.

— ¿Cuántas veces tengo que decirte qué no hice nada? — grita perdiendo la paciencia...

— ¡No me grites maldita, ahora no está mi hermano para defenderte! —la amenazo.

— Hazlo, ¡venga! No es la primera vez que me pones la mano encima

maldito salvaje —me provoca.

— ¡Tendría que haberte matando hace tiempo, solo me traes problemas, no sirves para nada más, nadie te quiere aquí! — espeto con odio, no puedo evitarlo, deseo dañarla más que nada en el mundo.

—¡Ahora intentas dar lástima con esas falsas lágrimas!, que sepas que no lo conseguirás.

— Te equivocas Mckenzie, yo no soy una zorra manipuladora, no necesito dar lástima ni convencerte de nada, no me importas, nadie de aquí me importa —intenta herirme igual que yo he hecho con ella, y debo reconocer que me ha dolido.

— Eres una maldita mentirosa y celosa, eres capaz de intentar matar a otra mujer a sangre fría porque no eres tú el centro de atención.

— ¿Eso piensas de mí? ¿Piensas qué soy una mujer fría y egoísta, capaz de matar a otra persona solo porque nos odiamos mutuamente?, sé que no nos queremos y que este matrimonio será un infierno en vida, pero nunca llegué a pensar que ni siquiera tendría la confianza y el respeto de mi marido.

No la miro, no puedo, no sé qué creer, ni que pensar...

— No sé qué creer, todos te vieron Brianna — digo intentando calmarme.

— Te equivocas, me vieron a mí en las escaleras y a Isabella en el suelo, pero nadie me vio empujándola porque no lo hice.

— Entonces según tú, Isabella se volvió loca y se tiró ella misma por las escaleras, ¿verdad? — pregunto escéptico.

— Es una locura lo sé, pero eso fue lo que pasó, solo le dije que ambos sabíamos que estaba mintiendo respecto al bebé, entonces su mirada cambió y se dejó caer escaleras abajo.

— ¿Lo sabíamos? Porque resulta que estabas equivocada, he perdido un hijo.

— Sigo pensando que es mentira — dice muy segura.

— ¿Que más vas a decir tú? Si tu conciencia te ayuda al pensar así, sigue haciéndolo. — respondo ya, sin argumentos.

—Cierto, cree lo que desees creer, simplemente no confías en mí — digo cansada.

— ¿Cómo confiar en una maldita inglesa? — espeto con un odio desmedido, un odio que no sentía desde nuestro primer encuentro.

Ella palideció pero se recompuso rápidamente, alzó el mentón y con su orgullo tan característico me dice...

— Pues está inglesa, te pide que te largues — suelta con veneno en su voz.

Yo no sé qué hacer, vine hasta aquí con un propósito, engendrar de una vez por todas, un hijo que me permita vivir sin tener que volver a tocarla, ni siquiera hablarle. Pero no puedo, no quiero volver a forzarla aunque se merezca todo el daño que pueda hacerle.

Así que igual que llegué me marché, ¿qué debo hacer? ¿Cómo será la vida a partir de ahora?

Cuando Isabella se recupere, sé que no va a dejar a Brianna en paz, si antes ya la odiaba ahora lo hará más y con toda razón, si es cierto que la empujó por las escaleras ella no parará hasta que mi esposa abandoné estas tierras. Los escoceses somos vengativos por naturaleza, no dejamos a nuestros enemigos tranquilos hasta que no damos nuestra venganza por terminada, esto acaba de convertirse en una guerra en campo abierto ¿quién será el vencedor?

No sé qué debo hacer, siento odio por mi mujer pero otro sentimiento desconocido para mí surge cuando la tengo cerca, cuando la veo, cuando miró sus bonitos ojos ¿bonitos? Dios mío, estoy volviéndome loco, de eso estoy seguro, ¿de qué otro modo puedo pensar y sentir tales tonterías...?

Lo que nos espera es difícil, estoy entre dos mujeres, mi antigua amante que me iba a dar un hijo después de tantos años, y que pensé amar, y después está mi esposa, una inglesa que llegó a mi vida para poner todo lo que pensaba y sentía patas arriba, y todo esto no ha hecho más que empezar.

Que Dios nos ayude... porque lo vamos a necesitar...

***SASENNACH: INGLESA EN GAÉLICO.**

Sigo aquí encerrada en mi habitación, solo Marie viene a dejarme la comida, me siento prisionera en mi propio hogar, por algo de lo que no soy culpable.

No es que me tengan cerrada con llave, pero perdí el deseo de salir de estas

cuatro paredes hace unos días, al sentir el desprecio del clan de mi esposo, al sentir la frialdad de mi propio marido. Él que fue testigo de cada una de las humillaciones que recibí, los insultos, y no levantó un dedo por defenderme, por exigir el respeto que me merezco por ser su maldita esposa. En este sitio dejado de la mano de Dios, soy una inglesa que loca de celos es capaz de tirar por las escaleras a la amante de mi esposo y matar al supuesto bastardo que esperaba.

Por ello, he desistido de abandonar el refugio que me dan estas frías paredes, ocupó mi tiempo bordando, escribiendo a mi madre y rezando porque mis cartas lleguen a su destino. ¿Y por qué no reconocerlo? También me compadezco en demasía, aunque intento no pensar, me es imposible, me es imposible no imaginar lo diferente que sería mi vida si aún estuviera en casa con mi familia. Pero el destino es cruel y me arrancó de mis compañías más amadas demasiado pronto, ¿por qué Dios me castiga de tan cruel modo?

Mis cavilaciones se ven interrumpidas por Marie, que me trae finalmente el desayuno.

—Buenos días mí Señora, disculpe la demora, pero Lady Isabella está insoportable, se está aprovechando del Señor — dice molesta.

— No te preocupes Marie, entiendo que en esta casa soy la última persona que importa, de todos modos no tengo hambre — intento tranquilizarla.

— ¡Pero mí Señora ayer tampoco probó bocado! — exclama preocupada — Si intenta llamar la atención del Señor de nuevo de ese modo, déjeme decirle que pierde el tiempo, esa bruja está envenenando su mente día a día, y su odio por usted crece —dice apenada.

— Me doy cuenta de ello Marie, pero no haría tal cosa por llamar su atención, solo que no me siento bien, todo este odio y desprecio hacia mi persona me produce malestar, este encierro me ahoga — digo desesperada.

— Mí Señora debe cuidarse, mi Laird no es estúpido y tarde o temprano se dará cuenta de que esa bruja es una mentirosa — sentencia.

Se marcha y me deja de nuevo sola, miro la comida pero no siento apetito, sé que debo obligarme a comer o caeré enferma y no voy a darles el gusto a esos malditos de verme indefensa.

A la fuerza consigo ingerir casi todo lo que Marie ha traído para mí, pero mi

estómago se niega a retener cualquier alimento y devuelvo todo, dejándome sudorosa y sin fuerzas ¿qué me ocurre? ¿Me estarán envenenando? Por primera vez siento miedo...

Limpio como puedo todo el desastre, no quiero que nadie sepa de mi malestar, Marie pensará que me comí todo y se tranquilizará, es una buena mujer y no tengo derecho de importunarla con mis problemas.

Pero ahora la duda de que puedan estar intentando matarme no abandona mi cabeza y solo una persona puede ayudarme, la curandera. Para ello, debo abandonar el castillo y adentrarme en el bosque. Deberé enfrentar otra vez a la gente del clan, pero no importa debo ir ahora. Mckenzie no está, lo vi por mi ventana abandonar la fortaleza hace horas, supongo que habrán ido a cazar o a matar gente que es lo único que saben hacer estos bárbaros.

Me visto y salgo de la habitación, el corredor está silencioso, solo se oye a lo lejos a las mujeres trabajando en la cocina. Me pregunto dónde estará la zorra de Isabella, pero hoy ella no es mi prioridad, debo saber qué demonios me ocurre antes que acaben conmigo.

Las miradas de odio no han cambiado, todos se apartan a mi paso como si de una enfermedad andante se tratará, yo levanto mi cabeza y no dejé que vean cuan afectada estoy y lo avergonzada y despreciada que me hacen sentir. Solo espero que llegue el día que tengan que pedirme perdón de rodillas, al darse cuenta de quién es la verdadera mentirosa.

Salgo sin problemas de la fortaleza, si pudieran ellos mismos me sacarían a patadas, recorro el bosque hasta encontrar la casa de la curandera y mis nervios aumentan, no sé que llegue a decirme está mujer, llamo a la puerta y cuando me ve pierde completamente el color de su rostro, ¿por qué?

— Señora ¿qué hace usted aquí? — pregunta con miedo.

— No vengo a hacerte nada, solo quiero hablar contigo — intento tranquilizarla.

— Pase — se aparta de la puerta y me deja entrar en su humilde hogar, es pequeño pero limpio, y al fuego puedo ver un gran caldero que huele delicioso.

— Siéntese por favor — me ofrece asiento y lo tomo, esperando que ella también lo haga.

— Usted dirá mí Señora — me mira nerviosa.

— Eres la única que me trata con respeto, desde que la loca de Isabella se tiró por las escaleras — le confieso

Ella aparta la mirada, noto que no quiere hablar de ese tema y no entiendo por qué, no tengo ningún tipo de resentimiento porque fue ella quien atendió a esa maldita loca, parece temerme y no deseo eso, yo nunca he hecho daño a nadie y no empezaré con esta mujer.

— ¿Que le trae a mi humilde hogar Milady? — pregunta.

— Llevo unos días sin sentirme bien, pensé que era por todo lo ocurrido, tú no sabes lo qué es vivir entre gente que te desprecia y que te creen una asesina, además tener que soportar a tu esposo y su amante, quién se ha empeñado en amargarme la existencia — explico ya sin fuerzas.

— ¿Que siente? ¿Qué síntomas tiene? — vuelve a preguntarme.

— Nauseas y vómitos, cada vez que Marie me trae el desayuno lo vomito al rato, pienso que me están envenenando — le respondo convencida.

— ¡¿Envenenada?! — pregunta espantada — Mí Señora nadie se atrevería a matar a la esposa del Laird — asegura y yo lo único que puedo hacer es reír, ella me mira como si me hubiera vuelto loca, y tal vez así es.

— Curandera deja que te explique algo, cuando llegué aquí solo me odiaban porque era inglesa, ahora me creen una asesina, mi propio marido me condena, y no es capaz de defenderme de su gente — lo digo intentando ocultar el dolor que eso me produce.

—¡Pero eso no puede ser, no puede culparla! — dice desesperada ¿que oculta?

— ¿Qué sabes? Tu atendiste a Isabella, tú misma dijiste antes de que todo ocurriera, que era prácticamente imposible que esa arpía pudiera concebir — le pregunto ansiosa, deseosa de encontrar un modo de probar mi inocencia, de saber la verdad de lo que realmente ocurrió.

Ella no me mira, ahora sé que esconde algo, ahora entiendo su miedo y nerviosismo al verme en su casa, necesito que ella confiese.

— Señora, no puedo decir nada — dice sollozando.

—¡Por el amor de Dios! — grito — Si sabes algo tienes que contarlo, te lo

suplico... — incluso me arrodillo ante ella lo cual la hace llorar mas y arrodillarse a mi lado.

— Por favor mí Señora, no sé arrodille ante mí, no soy digna de ello —me implora.

— No dirás nada ¿verdad? —me levanto, convencida de que sea lo que sea que ella oculta, jamás lo dirá, teme demasiado a Isabella.

— No puedo mí Señora, ¡qué Dios me perdone! Perdóneme usted también — sigue llorando echada en el frío suelo.

— Curandera tu silencio me condena a una vida en el purgatorio, incluso a la muerte, lo cual sería un alivio — cuando estoy a punto de abandonar la casa me llama de nuevo.

— ¿Señora, no quiere saber qué le ocurre? —pregunta.

— No, si me están envenenando, ya ni siquiera me importa —salgo de aquel lugar dispuesta a no volver nunca más.

Me marchó y recorro despacio el bosque y el camino al castillo, no siento deseos de regresar, pero si escapara, ¿adónde iría? No tengo más remedio que volver al infierno que me aguarda dentro de esos muros, cruzo el umbral y para mi buena suerte no me encuentro a nadie, a estas horas ya están todos en sus hogares, ojala tampoco me encontrara con mi marido, no tengo deseo alguno de cruzarme con ese desalmado.

Al entrar en el castillo me doy cuenta que Dios no ha escuchado mis plegarias, pues Alexander recorre a grandes zancadas la estancia, parece furioso, la pregunta es ¿con quién?

Mi respuesta es inmediata, cuando él me ve queda quieto como estatua, y cuando reacciona lo hace para acercarse a mi furibundo ¿qué demonios he hecho ahora?

— ¡Maldita mujer! ¿Dónde demonios has ido? — dice zarandeándome tan fuerte que me castañetean los dientes.

— ¡Suéltame bruto! — le exijo, sin que él, me haga ningún caso.

— ¡Te soltaré cuando me dé la gana inglesa! — dice con dientes apretados

—Te lo preguntaré una vez más, ¿dónde has ido?

— A dar un paseo, no sabía que lo tuviera prohibido mi Señor — le contesto lo más tranquila posible, no quiero que sospeche dónde fui realmente, ni por qué.

— ¿Fuera de la muralla? — pregunta sin creerme — Puedes pasear dentro, ¿por qué salir fuera?

— Porque entre estos muros solo siento desprecio y condena por algo que no he hecho mi Señor — respondo dignamente.

—¿Por qué sigues negando lo que todo el mundo sabe esposa? — vuelve a estar enfadado, lo siento en su agarre sobre mis brazos.

— Y lo negaré hasta mi último aliento Mckenzie, soy inocente y esa es la verdad — no pienso decir lo contrario solo para tranquilizar su conciencia.

— ¡Basta! Si no vas a dejar de mentir cierra tú sucia boca — gruñe y finalmente me suelta como si sintiera asco de mi contacto.

— Con mucho gusto esposo, no soy yo la que deseaba hablar contigo, tu presencia me molesta incluso más que la mía a ti — digo fingiendo una sonrisa, ya ni ganas, ni motivos tengo para ello.

— Lárgate a tus aposentos y sigue encerrada allí, y debo advertirte que esta vez de nada servirá dejarte morir de hambre, agradece que por ser mi esposa nuestras leyes no sé han aplicado a ti, si no, tu hermosa cabeza hubiera rodado hace ya mucho — me dice serio, y sé, que no está mintiendo.

— No pienso morir de hambre escocés — digo con desprecio — Pero te advierto qué sé que uno de los tuyos o incluso tú, está envenenándome ¿creías que no me daría cuenta? Vomito cada vez que como esa comida asquerosa que obligáis a Marie a traerme. ¿Que podía esperar de unos cobardes escoceses? No sois capaces de matarme honestamente, a la cara, para que pueda ver el rostro de mi asesino — digo con frialdad.

— ¿De qué demonios estás hablando ahora? ¿Te volviste loca mujer? Nadie osaría envenenarte, eso son artimañas de los de tu patria, no de la mía — lo dice tan seguro que empiezo a dudar.

— ¿Juras que ninguno de los tuyos sería capaz de tal bajeza? — si no es eso lo que me ocurre, ¿qué es?

— No tengo por qué jurarte nada sassenach, aquí mi palabra es ley, si digo que nadie en mis tierras es capaz de hacer tal cosa, es porque es así, los escoceses matamos de frente — dice con orgullo.

— Entonces, puede que esté enferma — digo más para mí misma...

Sin hacer caso de la mirada extraña que me dedica mi esposo, subo las escaleras para dirigirme hacia mis aposentos, necesito descansar, mi cuerpo y

mi mente están agotados.

Al llegar al umbral de mis habitaciones antes de poder abrir la puerta, la figura de Isabella parada tres puertas más adelante de la mía me detiene, en su rostro se dibuja una sonrisa de triunfo y sus ojos desprenden maldad, es como estar mirando al mismísimo Satanás hecho mujer, aún a esa distancia que nos separa puedo oírla decir...

— Estúpida, ¿quién crees que ha ganado? — y se adentra en su habitación, como si nada hubiera pasado.

Y no, no tengo ninguna duda, ella es la que me ha vencido, a mí que juré que no me dejaría vencer jamás, que lograría echarla de la fortaleza. Me equivoqué, la subestime y estoy pagando el precio, cierro la puerta y nuevamente me interno en el aislamiento de mis aposentos, esperando mi final.

(Alexander)

¿Qué ha querido decir Brianna? ¿Envenenada? Eso es imposible mi gente no es capaz de tal cosa, debe ser por otros motivos, algo en los alimentos que le siente mal e incluso puede que siga mintiendo, eso se le da muy bien. La única que prepara su comida es Marie, lo sé porque las demás se han negado y yo debo reconocer que no he hecho nada por remediarlo.

— ¡Marie! — llamo a gritos.

No tarda en aparecer...

— ¿Sí, mi Señor? — pregunta con respeto, es una buena sirvienta, leal y sé que ella no me mentiría.

— Tú preparas la comida de mi esposa ¿no es así? — pregunto.

— Aye, mi Señor, yo la preparo y se la llevo cada día — responde.

— Bien, puedes explicarme, ¿por qué tú Señora cree que la están envenenando? — vuelvo a preguntar.

— ¿Envenenando? Mi Señor, ¡yo os juró por Dios que no haría tal cosa a mí Señora! — exclama asustada.

— No te estoy acusando Marie, sé que no lo harías, solo si cabe la posibilidad de que alguien más tenga oportunidad de hacerlo — la tranquilizó.

— No mi Señor, solo yo cocino para ella, las demás no quieren saber nada de la señora — me confiesa lo que ya se.

— Puedes retirarte Marie, no comentes nada de esto a nadie.

— Aye, Laird — se marcha igual de rápido que llegó.

¿Qué demonios está pasando? Me veo interrumpido por Ian mi segundo al mando.

— Laird, ya ha vuelto la partida de caza sin ningún problema — informa.

— Bien... — respondo casi sin prestar atención.

— ¿Alex, ocurre algo? — muy pocos me llaman así, pero Ian y yo crecimos juntos, éramos amigos antes de que yo fuera Laird.

— ¿Crees que alguien sería capaz de envenenar a mi esposa? — pregunto.

— ¿Alguien está envenenando a la lass? — pregunta incrédulo

— No lo creo, pero ella sí, dice que vomita todo lo que come — le explico.

— Pero eso puede ser por otras causas, si alguien la quisiera muerta, utilizaría un veneno letal, algo que la matara en el acto.

—Eso es lo que pensé yo — ahora si estoy seguro que nadie está envenenándola.

— Alex, ¿cuánto hace que no te acuestas con tu esposa? — pregunta serio.

— ¿A qué viene esa maldita pregunta Ian? — respondo con enfado.

— ¿Has pensado que la lass, puede estar encinta? — pregunta.

¿Embarazada? La última vez que me acosté con ella fue antes de partir, antes de descubrir lo malvada y fría que puede ser, antes de que pasará todo este lío...

—La última vez fue antes de nuestra marcha al consejo — respondo.

— De eso hace ya cinco lunas, tu mujer puede estar embarazada.

No sé me había ocurrido, pero es una posibilidad, ¿a ella no sé le ha

ocurrido?

Dios me dará finalmente el heredero que necesito, aunque sea medio inglés, ya lo educaré como un verdadero escocés, fuerte, valiente y leal.

Si las sospechas de Ian son ciertas ¿por qué mi esposa venia del bosque?

Una idea me cruza la mente... Otra vez no..., no lo permitiré...

Dejo a Ian sin decir una palabra y me dirijo raudo a la habitación de mi esposa, quiero explicaciones y me las va a dar.

Al abrir la puerta sin permiso alguno, la encuentro solo en un fino camisón que deja ver sus hermosas curvas, su largo cabello le cae por su espalda, parece una ninfa dispuesta a embrujarme, pero no lo permitiré. He venido por respuestas y las tendré.

— ¿Dime por qué fuiste a ver a la curandera? — era un palo a ciegas pero espero que funcione.

Ella me mira sorprendida y por un momento sus ojos me observan con temor ¿por qué?

— ¿Cómo lo has sabido? — pregunta nerviosa.

Entonces es cierto, ella ha ido para matar a mi hijo, igual que años atrás hizo Isabella. Furia solo siento una furia que soy incapaz de controlar, y sin darme cuenta, la tengo cogida del cuello contra la pared, en sus ojos veo terror, pero ahora mismo eso no me detiene.

— ¡Maldita zorra, has ido a matar a otro hijo mío! ¿Verdad? — en sus ojos veo confusión y eso hace que mi agarre pierda fuerza.

— ¿Hijo? ¿De qué estás hablando Alexander? — pregunta con dificultad.

— ¡No intentes engañarme otra vez, se que has ido a que la curandera mate a nuestro hijo!

— ¿Nuestro? ¿Estás loco?, yo... no estoy embarazada — contesta.

— ¡Mientes! — aprieto su delicado cuello, sé que no puede respirar...

— ¿Niegas qué estás embarazada por lo menos de cinco lunas?

Ella abre aún más los ojos, y me doy cuenta que no tenía la menor sospecha de que podría estar esperando un hijo mío, la suelto asqueado de mi mismo, siempre estoy dañándola, tiene razón soy un maldito salvaje.

— ¡Embarazada...! —dice sin poder creérselo, intento ayudarla a levantarse, pero ella se aparta de inmediato de mí —¡No me toques! — sisea.

— Brianna yo pensé... —no me deja acabar de hablar.

— ¿Qué soy igual a la arpía embustera que tienes por amante?, te equivocas y tarde o temprano te darás cuenta esposo — me dice sin temor.

— Puede que de este delito seas inocente, pero no te hagas la santa, más te vale no hacer nada contra este hijo mío, o yo mismo te cortaré la cabeza — la amenazo.

— Tranquilo Laird, cuidaré de tu heredero porque va a ser la única manera de que no vuelvas a tener que posar tus asquerosas manos sobre mi cuerpo — me dice con rabia, y sus palabras me molestan.

— Inglesa, la única razón por la que compartí el lecho contigo, fue por ese motivo que llevas en tu vientre, así que tranquilízate que jamás volveré a molestarte. Sabes que puedo buscar consuelo en otra parte —le digo de igual modo, buscando herirla, como ella ha hecho conmigo.

— ¡Pues vete! ¡Fuera! Y no vuelvas a poner un solo pie en mis habitaciones —grita con lágrimas en los ojos, eso me desconcierta... ¿por qué llora?

Salgo deprisa de allí, porque no soporto verla llorar, pero no pienso consolarla.

Voy a tener un hijo, siento alegría, ¿por qué no percibí estos sentimientos por el hijo que me iba a dar Isabella? Demasiadas preguntas y sentimientos que no sé describir, no me criaron para esto, estoy confuso y asustado y odio sentirme así.

Soy Alexander Mckenzie y no le temo a nada, ni a nadie....

Solo a mi esposa, solo a Brianna.

Aye/Nae: Si/No, en gaélico.

Lass: chica en gaélico

Sassenach: inglesa en gaélico

Cuando Alexander sale de mi habitación precipitadamente dejándome en el suelo, no soy capaz de reaccionar, no por su ataque el cual me ha dejado el cuello adolorido, sino por su afirmación de mi supuesto embarazo.

Debo reconocer que no sé me había pasado por la mente, pero tiene razón, la última vez que vino a mi lecho fue antes de partir y de eso hace cinco semanas, no recuerdo cuando tuve mi último sangrado. Si estoy esperando su hijo, debo tener mucho cuidado porque estoy rodeada de serpientes. Sé que Isabella va a enfurecer al saber que yo, sí voy a darle un heredero legítimo, y aunque no amo al padre, a mi hijo lo amaré con todo mi corazón. Es una parte de mi, sangre de mi sangre y soy yo quién sufrirá para traerlo a este mundo.

Sin darme cuenta estoy llorando, pero por primera vez no son lágrimas de dolor o humillación, son de alegría. Ya no estaré sola en esta tierra olvidada, tendré a una personita que me querrá con todo su corazón igual que yo a él o a ella. Nombres..., ¿qué nombres elegiré?

Mi cabeza es un hervidero de pensamientos y emociones, alegría, miedo, tristeza porque mi familia no conocerá a mi bebe. Si es niño, será Mckenzie quién escoja el nombre de su heredero, pero si es niña quiero que se llame Valentina, como mi bisabuela quién fue una mujer de coraje pero era la ternura personificada.

Soy una tonta, aún quedan meses por delante y no sé lo que Dios tiene preparado para mí, solo espero que me de alguna esperanza, alguna señal de que mi vida tiene un propósito y no solo debo soportar dolor y congoja. Debo escribir a mi madre, debo darle la buena nueva.

Ross—Shire, junio 1642.

Querida madre hoy no te escribo para contarte penas ni calvarios, hoy te escribo para decirte que fruto de este matrimonio, el cual pensé que no me aportaría nada, me ha dado lo más grande que le puede pasar a una mujer.

Voy a ser madre, estoy embarazada de poco más de un mes y estoy feliz mamá, creo que en este mundo, nadie puede ser más feliz que yo en estos momentos. Por esta felicidad ha valido la pena todo lo que he sufrido hasta el momento, y lo volvería a pasar si mi recompensa es poder sostener a mi bebé dentro de unos meses.

Espero que todos estéis bien, alegraros por mi madre porque yo por fin, sé cuál es mi cometido, ser madre.

Deseo ser igual de buena que tú mamá, llevo todas vuestras enseñanzas en mi, dales muchos besos a todos, espero algún día volver a veros ya con mi bebe en brazos.

Espero tu contestación y deciros como siempre que os amo y os llevo en mi corazón.

Brianna Mckenzie.

Cuanto los echó de menos, echó de menos dormir con mis hermanas, salir a cabalgar con mi querido padre, o ver a mi madre hacer algún rico bizcocho, echo de menos mi país.

El destino me separó de los que más quería, pero mi sacrificio no ha sido en vano, no solo he salvado a mis padres, si no que voy a ser mama. Lo estoy deseando, los meses no van a pasar lo bastante rápidos para mí, no soy una persona impaciente pero esto lo deseo con ansias, a pesar del dolor que voy a sentir, pero no le temo al dolor.

Ahora mi mayor temor es Isabella, esa mujer es malvada, capaz de cualquier cosa, y temo por mi hijo, ella ha perdido la oportunidad y no recibirá muy bien la noticia. Debo estar alerta y preparada para cualquier cosa, a partir de ahora me centraré en cuidarme, lo demás no importa.

Mi miedo es no poder influenciar a mi hijo, si es varón entiendo que deberá ser entrenado en el arte de la guerra, será Laird algún día. También quiero que sea un hombre justo, no cruel y sin corazón como su padre, si es mujer no tendré problema alguno seguramente su padre la despreciara tanto como a

mí, pero yo le daré amor por los dos. Estoy tan contenta que necesito hablar con alguien, me gustaría ver a Marie o a James ¿dónde está el por cierto? Desde que volvió Mckenzie, es como si se lo hubiese tragado la tierra.

Como si con mi pensamiento la hubiera invocado, aparece Marie por la puerta y al ver su cara me asusto, parece preocupada.

—¿Marie qué ocurre por qué estás tan nerviosa? — pregunto angustiada.

— Mí Señora, ¿no pensará usted que yo sería capaz de hacerle daño verdad?
— pregunta con verdadero terror, no entiendo nada.

— ¿De qué hablas Marie? Claro que no, eres la única amiga que tengo aquí, sé que eres leal a mí. — respondo intentando tranquilizarla.

— Mi Señor me pregunto algo sobre veneno señora y puedo jurarle por Dios, que yo jamás le haría ningún mal — dice a punto de romper a llorar.

Ahora entiendo todo, Mckenzie como siempre culpa a los inocentes, ni por un momento pensé en Marie como la autora de mi supuesto envenenamiento, jamás.

— Por favor Marie no llores, no creo que tu Señor desconfíe de ti y mucho menos yo, pero tranquilízate, nadie está tratando de envenenarme. Por fin, sé que me sucede — sonrió, por primera vez con verdadera alegría desde que llegué aquí.

— ¿Qué es mí Señora? — pregunta ya desconcertada por mi comportamiento.

— Estoy encinta, calculo que de casi dos meses — río sin poder evitarlo, sin querer hacerlo.

— ¡Por Dios mí Señora! Es una magnífica noticia, al fin mi Señor tendrá a su heredero legítimo — exclama llena de alegría.

Durante casi una hora estuvimos hablando y riendo felices, y yo, encantada de poder compartir mi dicha con alguien que realmente me aprecia de verdad, con una persona que nunca me ha juzgado.

Pero lo que no sabíamos es que las serpientes son astutas, se esconden y espían por los rincones, e Isabella escuchaba tras la puerta entreabierta de mi habitación, lo descubriría al rato ya que cuando Marie se fue para dejarme descansar, una muy furiosa arpía entro en mis aposentos preparada para dar

batalla.

— ¡Eres una maldita! ¡Una astuta sassenach, que aparenta ser un ángel, cuando en realidad eres una serpiente venenosa! — exclama furiosa al entrar en mi habitación.

— ¡Sal inmediatamente de mis aposentos! — ordeno.

— ¡No lo haré! — grita, parece estar fuera de sí.

—¿Quién te crees qué eres para venir reclamarme nada? ¿No es suficiente con soportar qué vivas bajo el mismo techo? ¿No es suficiente las mentiras qué has dicho de mí? — pregunto yo también a punto de perder los nervios.

— Soy la mujer que realmente tiene a Alexander Mckenzie, comiendo de la palma de mi mano — alardea orgullosa.

— ¡Estupendo! — aplaudo — Eres la primera mujer que se siente orgullosa de ser la puta de un hombre — digo con la intención de hierirla.

— Si soy su puta, soy la mujer que él busca para yacer en su cama, a la que le cuenta sus preocupaciones y soy la mujer que él ama — sonrío victoriosa.

No puedo negar que me duelen sus palabras, porque todo eso debería hacerlo conmigo, soy su mujer, yo debería compartir su carga, no ella.

— Me alegro por ti, eres muy estúpida si crees que me hieres con tus palabras, Mckenzie no me importa nada.

— ¡Mientes! — vuelve a gritar — Sé que tarde o temprano te enamorarás de él, no lo podrás evitar, ¡pero antes, te mato! Que permitir que seas feliz a su lado — me amenaza y por la mirada de sus ojos desquiciados sé que lo dice en serio, y me asusta.

Cada vez a ido acercándose más a mí, y yo retrocedo todo lo que puedo temo por mi vida y por la de mi bebé, tiene una mirada tan pérdida, tan loca, qué es capaz de todo.

— ¡Isabella! Apártate inmediatamente de Brianna — ordena una voz que reconozco como James ¿cuándo ha entrado?

—¡Tú no eres nadie para decirme qué hacer estúpido! — sisea con rabia.

— Te sacaré a la fuerza si es necesario Isabella, sabes que lo haré, yo no soy Alexander, yo por ti solo siento desprecio — dice serio.

Ella ríe histérica, no entiendo la razón, creo firmemente que esta mujer está loca.

— Por favor James, sabes que te encantaría ser Alexander, ser Laird, tenerme a mí por amante y a esta perra inglesa por esposa, ¿verdad? — sonrío como si ella conociera algún secreto que yo desconozco.

— Tal vez deba decirle todo lo que escuché de ti en la corte a Alexander, ¿qué crees Isabella? Le encantaría saber que has sido la zorra de la mitad de nuestros Lores — dice con asco.

Ella pierde completamente el color y parece que va a caer desmayada en el suelo, pero igual de rápido como eso sucede, se recompone y se llena de coraje porque sabe que ha perdido, responde.

— Dile lo que desees, él solo me cree a mí, ¿verdad Brianna? — me guiña un ojo y sale tranquilamente, como si nunca hubiera entrado dispuesta a cualquier cosa, yo me quedo sin saber qué hacer ni que pensar.

— ¡Maldita mujer! — gruñe con rabia mi cuñado — Esa zorra acaba de descubrirse, ¿no mentías, verdad? — pregunta avergonzado.

— No, no lo hacía, y a ninguno de vosotros os ha importado, ni siquiera tú estabas seguro de mi inocencia — digo desilusionada de que ni él, el único aliado que creía tener, también dudará de mi palabra.

— Lo siento tanto... — puedo notar en sus palabras el dolor y la culpabilidad de su desconfianza — Perdóname por favor, jamás dudaré de ti — dice acercándose un poco a mí, dispuesto a abrazarme, pero yo ahora mismo no deseo tal contacto.

Ve el dolor en sus ojos cuando ve que me aparto, pero no me importa, solo me importa que desconfíe de mí.

— Está bien James, ya nada importa ¿qué diferencia hay en qué tú lo sepas? — pregunto — Tu hermano jamás me creerá y yo, ya no deseo convencerlo de lo contrario.

— Puedo hablar con él, me escuchará — dice seguro, pobre ingenuo.

Me río sin alegría, cansada de tener que pelear por todo, de tener que luchar por un lugar que es mío por derecho, y presiento que a partir de hoy, también deberé cuidar mis espaldas.

— No seas iluso, de nada servirá — le contesto — ¿Dónde has estado por cierto? — pregunto, intentando cambiar de conversación.

— Fui a Edimburgo, algún día debes venir a la Corte Brianna, ese si es un lugar adecuado a ti cuñadita — me sonrío, con esa sonrisa pícaro, de niño pequeño que me produce ternura.

— Algún día — digo sin entusiasmo —. Tengo una noticia para ti — sonrío contenta de nuevo.

— ¿Noticia? — pregunta desconcertado.

— Sí, quiero que sepas que dentro de poco menos de ocho meses vas a ser tío — mi sonrisa es enorme, mi alegría inmensa.

Él, abre mucho los ojos de incredulidad y no reacciona como esperaba, está serio, parece no alegrarse de la noticia.

— Enhorabuena cuñadita, al fin mi hermano tendrá un heredero — me felicita, pero no siento que esté contento.

— No parece alegrarte la noticia James — digo triste, pensé que él se alegraría por mí.

—Lo estoy Brianna, me alegro por ti — sonrío, aunque esa sonrisa no llega a sus ojos. — Pero no puedo evitar sentir lo que siento, mi hermano tiene todo lo que yo deseo, y él, ni siquiera lo aprecia — y diciendo esas palabras que me dejan impresionada, se marcha.

¿Qué habrá querido decir? ¿Desea ser Laird? Nunca lo hubiera imaginado, lo veo muy despreocupado, aún es un muchacho que disfruta de su soltería.

Solo espero que él siga siendo mi amigo, mi confidente porque en estos momentos lo necesito más que nunca, él es el hermano que nunca tuve, claro que amo a mis hermanas, daría mi vida por cada una de ellas, pero siempre añore tener un hermano.

Rezará a Dios cada día para que mi bebé nazca sano y fuerte, de darle todo el amor del mundo me encargaré yo.

(Alexander Mckenzie)

Desde que Isabella se ha enterado del embarazo de mi esposa está insoportable, entiendo su estado, me compadezco de ella, entiendo sus celos, después de todo Brianna le arrebató a nuestro hijo y ella ahora va a darme uno.

He intentado tranquilizarla diciéndole que nada va a cambiar, que mis sentimientos por mi mujer no han cambiado, que desconfío de ella y el resentimiento por lo que ha hecho no desaparece, pero ahora cuando me pregunta si la amo, no sé que responder ¿por qué?

La he besado y ya no siento ese deseo que me quemaba el cuerpo, sus caricias ya no despiertan nada en mí, y eso me enfurece ¿qué está mal conmigo? ¿Por qué no puedo dejar de sentir que si estoy con ella está mal? Maldita sea, soy un hombre, casado sí, pero no con la mujer que yo había escogido. La inglesa me fue impuesta y aunque es hermosa, ¿para qué negarlo?, sus actos son imperdonables, he impedido el juicio que mi gente exigía pero no puedo obligarles a deberle respeto ni jurarle lealtad. Cada vez que veo como la humillan, clavaria mi espada en cualquiera que se atreva a dañarla, me contengo, porque entiendo a mi gente, son leales a Isabella primero porque es escocesa y segundo porque todos aquí saben mi historia con ella.

No he vuelto a molestar a mi esposa, no quiero que el bebé corra peligro, no es que ella me importe, quiero que se cuide solo por mi hijo, debe nacer fuerte y sano como un buen guerrero escocés.

¿Por qué mi hermano está saliendo de la habitación de mi mujer?

La furia me ciega, no puedo pensar en otra cosa que arrancarle la cabeza a James.

— ¿Qué demonios haces en la habitación de Brianna? — pregunto en un gruñido.

Él ni se inmuta, me mira serio ¿qué le ocurre?

— Iba a saludar a mi cuñada después de tantos días en la corte, y suerte que

entré, porque la loca de tu amante estaba amenazando a tu mujer — me responde sin dudar.

— ¡Mientes! — grito y quiero abalanzarme sobre él.

— Grita todo lo que te dé la gana, golpéame si eso te hace sentir mejor, eso no cambiará la verdad — está tan tranquilo, tan frío.

— Siempre estás protegiéndola, Isabella jamás le haría daño, no es como esa maldita inglesa — escupo solo de pensarlo.

— No, es cierto, tu zorra es una serpiente venenosa, se arrastra como una, es astuta — sonrío — Tu mujer por el contrario, es fiel, leal, cariñosa y será una magnífica madre.

Con sus palabras me llega una revelación que me deja sin aliento...

— Estás enamorado de ella... — digo casi sin poder creérmelo, mi propio hermano.

Él, no me contesta, en su mirada puedo ver la vergüenza por tal descubrimiento.

— Lo estoy, no puedo ni quiero cambiar mis sentimientos — dice orgulloso.

Ya no puedo controlarme más y le pego un puñetazo que lo tumba en el suelo, él no lucha, solo me mira se levanta y limpiándose la sangre me dice...

— Me lo merecía, pero tú no te mereces a Brianna, ¿sabes de lo único de lo que me arrepiento? De no haberla conocido antes, porque juró por la tumba de nuestra madre que tú no estarías casado con ella.

— Pero lo estoy, que no sé te olvide a quién debes lealtad James Mckenzie — le recuerdo que por encima de todo soy su Laird.

— La lealtad se gana Alexander, y tú, no haces nada por merecerte la mía.

— ¿Me desafías? — le reto.

— No, no voy a pelear contigo por tu título de Laird, puedes quedártelo, si algún día luchamos tú y yo, será por algo que merezca la pena.

— ¿Mi mujercita merece la pena? ¿Lucharías con tu propio hermano, por ella? — pregunto ya dolido.

— No Alex, eres mi hermano, y te quiero, no importa en lo que te has convertido, pero no permitiré que tú ni nadie, le haga más daño — me

responde.

— ¿Eres consciente de lo que ella le ha hecho a Isabela? ¿A mi hijo?

— Eres estúpido Alexander, te crees inteligente pero dejas que una arpía te engañe y manipule, yo mismo he escuchado como Isabella se delataba ella misma — me cuenta, pero yo no puedo creerlo.

—¿Qué vas a decir tú? ¿Me dices estúpido a mí? ¿Y tú? Yo por lo menos, creo a una persona que lleva a mi lado años, que tenemos una historia juntos, tu defiendes a una extranjera — me molesta que la defienda.

— Yo defendiendo la verdad, no importa qué pueda decirte, tus ojos están vendados, espero que esa venda no caiga cuando sea demasiado tarde — responde.

— No quiero escucharte más, y desde ahora, te prohíbo acercarte a mi mujer — le ordeno, no pienso dejar que estos dos me vean la cara de tonto.

— No sé si podré complacerte — no me mira, se que le duele lo que le pido.

— No te lo estoy pidiendo, te lo ordeno como tu Laird, no me hagas enviarte a Edimburgo — le respondo enfadado.

— Puedes enviarme lejos, puedes impedir que la vea, eso no cambiará mis sentimientos por ella, y tú seguirás sin merecerla.

— Puede que no la merezca, pero es mi mujer, la madre de mi futuro hijo, aléjate James no me obligues a hacer algo que no quiero hacer...

Veo a mi hermano marchar cabizbajo, me enfurece que su lealtad por ella sea más fuerte que su amor por mí, somos hermanos ¡maldita sea!

No permitiré que mi mujer me deje por mi hermano, se que si él se propone enamorarla lo conseguirá. ¿Qué le he ofrecido yo?, nada, dolor, desprecio y humillación, y él desde que se conocieron ha sabido ser su amigo, su confidente.

No sé por qué me importa que ella pueda preferirlo a él antes que a mí, supongo que por orgullo, nunca me ha gustado perder y no voy a empezar ahora, aunque no la amé es mi mujer y así seguirá siendo.

Si tengo que enviar a James lejos, lo haré...

(James Mckenzie)

Edimburgo, Escocia 1642.

Soy un cobarde, un maldito cobarde.

He salido huyendo de mi hogar para refugiarme en Edimburgo, creyendo que aquí en la corte, dónde mi única afición es yacer en camas de mujeres casadas, solteras o viudas, podría olvidar los sentimientos que mi cuñada despierta en mí.

¿Qué he conseguido? Nada, absolutamente nada, mis sentimientos por Brianna no han cambiado, muy a mi pesar mi viaje me ha demostrado que estaba equivocado, que mi amor por la esposa de mi hermano no es un capricho como muchas otras veces me ha ocurrido.

Por primera vez en mis veinticinco años de vida, me he enamorado profundamente de una mujer que me está prohibida, está casada, y eso no sería un impedimento para mí si no fuera la mujer de mi hermano mayor, de mi Laird.

Ya no puedo seguir negándome a mí mismo lo que siento, no sé en qué momento dejé de verla como una hermana, solo sé que la amo, deseo protegerla y salvarla de ese calvario que vive junto a Alexander y su amante. Sé que ella es fuerte pero tarde o temprano, su espíritu se apagará y solo quedará un cascarón vacío de la mujer que solía ser. La respeto por encima de todo. Ella es todo lo que una dama debe ser, educada, inteligente, cariñosa, divertida y hermosa. Para mí, la más hermosa de todas las mujeres.

Escuchar de su boca todas las atrocidades que tuvo que vivir antes de mi llegada me dejaron horrorizado, no podía creer que mi hermano, el hombre al que respetaba y adoraba fuera capaz de tales bajezas. Mi meta siempre ha sido parecerme a él, ser lo suficientemente bueno para él, que algún día estuviera orgulloso de mí, que dejará de verme como un muchacho mujeriego que no sé toma nada en serio. Pero cuando me enteré de que Alexander se

había convertido en alguien que no reconocía, todo eso cambió. Ya no quiero ser como él, cruel, frío y despiadado, capaz de golpear, humillar y violar a su propia esposa.

Entiendo su enfado al verse obligado a tal casamiento con una inglesa, nadie odia más a los ingleses que él. Ha luchado desde muy joven en guerras contra ellos, ha visto como mataban a mi padre, abuelo y tío frente a él, pero Brianna no es culpable de ello, parece que la mente de Alex no es capaz de darse cuenta.

Y que la bruja de Isabella esté a su lado envenenando su mente no ayuda, ¡maldita zorra!

Si mi hermano supiera todo lo que yo sé de esa arpía... pero sé que es inútil que le cuente todo sobre ella, jamás me creerá.

Isabella ha sabido bien jugar su papel ante él, no entiendo cómo fue capaz de perdonarle que abortara a su hijo años atrás, que se casará con un hombre más rico que él solo por ambición, se las mentiras que le ha dicho. Según ella, solo le fue infiel a su esposo con él porque lo ama, ¡eso, es una vil mentira! Sé de muchos hombres de la Corte que han compartido su cama, barones, duques, condes, y no solo escoceses. Esa ramera, no tiene los prejuicios que tiene Alexander.

Pero el maldito idiota, siempre ha creído todo lo que ella le ha contado. Hubo un tiempo que él aún no le había perdonado por abandonarlo y matar a su hijo, pero ella interpretó bien el papel de víctima diciendo que sus padres la obligaron a casarse, mi hermano con el tiempo, creyó en ella y su obsesión fue más fuerte que él.

Él piensa que eso es amor, pero no lo es... solo es lujuria.

Por ella fue capaz de desafiar a nuestro padre y murió sin volver a hablar con el hijo que tanto amaba, eso es uno de tantos motivos que tengo para odiar a esa ramera, he perdido la cuenta de las veces que ha intentado seducirme desde que era un muchacho, y sí, debo reconocer que estuve tentado en más de una ocasión cuando era mucho más joven, pero el amor y respeto por mi hermano me lo impidió.

Pero ahora tengo verdadero temor, porque no sé si mi amor por Brianna es más fuerte que el que siento por Alexander, el respeto se lo perdí el día que

escuché de lo que es capaz, he llegado a avergonzarme de él. Mi madre jamás le enseñó a maltratar a ninguna mujer, le enseñó a ser justo y leal a su gente, a ser un Laird honesto y dispuesto a dar la vida por su clan si era necesario como hizo mi padre, que luchó por defender su patria, su clan, su familia. Porque eso, es ser escocés...

Y por mi miedo a no ser capaz de contenerme más, de declararle mi amor a mi cuñada y rogarle que nos marchemos lejos y dejemos todo atrás, es que estoy aquí, en un lugar que ahora me doy cuenta que está plagado de maldad y codicia.

Anoche, dejé definitivamente a la que ha sido mi amante incondicional por años, Adele, una viuda francesa que me dejó embrujado hace más de ocho años. Pero ya no siento nada por ninguna mujer, y no deseo mentir a la única amiga que he tenido hasta ahora, Adele no solo era mi amante, ella ha sabido darme amistad y lealtad y eso lo valoro muchísimo, yo le debía lo mismo, he sido sincero y seguiremos siendo amigos.

Ahora mi mayor deseo es regresar a casa y verla, ver a ese ángel de mirada triste que es una verdadera guerrera, deseo pasar tardes de paseos a su lado, escucharla hablar, incluso verla bordar. Necesito saber que está bien, porque mi mayor temor es que en mi ausencia Isabella o Alexander, descarguen su maldad sobre ella.

Sé que mi hermano aún no sospecha nada de mis sentimientos, siente celos de mi relación con ella, no porque sepa lo que yo siento, sino porque nunca ha soportado que nadie toque lo que es suyo. Es celoso y posesivo, mi problema es Isabella esa arpía tiene ojos de águila y creo que sospecha algo, pero si es inteligente mantendrá su boca cerrada, yo puedo causarle muchos problemas.

Sin nada que me retenga en Edimburgo decido regresar a casa, a mi hogar, lo que más ansío es verla, saber que está bien y poder sacarle una sonrisa. Me encanta hacerla sonreír e intentar ahuyentar la tristeza de su mirada, podría pasar horas hablando con ella de mil cosas distintas, incluso soy capaz de aguantar su charla sobre vestidos y perfumes, solo por verla feliz, solo por verla sonreír.

Me esperan dos días de viaje que espero pasen sin incidentes, ya que de un tiempo a esta parte hay muchos saqueos, algunos clanes ya están luchando

entre ellos buscando culpables.

Al llegar finalmente a mi destino, nada ha cambiado, la vida continua en mi clan, la gente que conozco desde que nací sigue con su vida.

Mi hermano no sé encuentra ahora mismo dentro de los muros del castillo, ha ido de caza y a vigilar nuestras fronteras, eso me informan los hombres que han quedado a cargo de la guardia y ciertamente no es a él a quién deseo ver desesperadamente, pero primero necesito asearme un poco, el viaje a sido largo y preciso lavarme y cambiarme antes de ir a ver a Brianna.

Cuando ya estoy presentable me dirijo hacia sus aposentos dónde sé que se encontrará, ya que no sale de allí desde que Isabella cayó por las escaleras y perdió al bebé que esperaba, mi cuñada se ha declarado inocente una y otra vez, y aún amándola, no puedo confiar totalmente en lo que dice, pero si es culpable o inocente no me importa.

Cuando estoy a punto de llamar a la puerta para pedir permiso y entrar, escucho gritos ¿qué ocurre? ¿Esa qué oigo es Isabella?

Entro raudo esperando encontrarme lo peor, pero por suerte he llegado a tiempo, Isabella se aproxima a Brianna con malas intenciones eso salta a la vista, debo detenerla...

—¡Isabella! Apártate de Brianna inmediatamente — ordeno intentando aparentar tranquilidad, algo que no siento.

— Tú, no me das órdenes — gruñe.

Puedo ver lo asustada que está Brianna y lo odio, odio a Isabella por todo lo que ha causado y por lo que está por causar, pues estoy seguro que no sé detendrá hasta destruir a mi cuñada, pero eso no sucederá, no si puedo evitarlo.

Cuando consigo que se marche de la habitación respiro tranquilo, aunque ahora que me ha confirmado que sabe sobre mis sentimientos por Brianna sé que lo utilizará en su favor tarde o temprano, eso no me preocupa ahora, sólo lo hace Brianna, aún está asustada y parece enferma ¿ qué le ha ocurrido en

mi ausencia?

Cuando me dice el por qué de su aspecto, soy yo el que cree que caerá al suelo desplomado, ¿embarazada? ¿Cómo es posible?

Siento una furia incontrolable, no dirigida a ella, claro que no, ella es una víctima en todo esto. Tengo ganas de moler a golpes a mi hermano, él tiene todo lo que yo no podré tener jamás y en estos momentos, lo odio.

¿Acaso esto es un castigo? Un castigo por amar a quién no debo amar... por enamorarme de quién no debí, no lo soporto más, necesito salir de aquí, me despido como puedo de la mujer que es el centro de mi universo sin saberlo y no sé ni a dónde me dirijo...

No llego muy lejos, mi hermano llega hasta mi solo para recriminarme por qué salgo de la habitación de Brianna. Ahora mismo me da igual enfrentarme a su enfado, debe saber lo que su puta ha estado a punto de hacerle a su mujer, no me sorprende que no me crea, ¿cómo un hombre tan inteligente, puede estar tan ciego? ¿En qué momento perdió la razón?

No intento disimular mi enfado y mi temor, entonces Alexander finalmente se da cuenta de la verdad...

— Estás enamorado de ella... — dice sin poder creerlo.

No intento negarlo, ¿para qué? Jamás la tendré, ¿qué importa que lo sepa mi hermano?

Me gano de su parte un buen puñetazo pero me da igual, tal vez lo merezca.

Alexander me amenaza con desterrarme y sé que es capaz, es el Laird y tiene todo el poder, sé que no dudará si me ve como una amenaza. No voy a poder estar alejado de Brianna, si nunca voy a tenerla, al menos seré su amigo más fiel en estas tierras que no son las suyas, dónde está completamente sola y sin familia ni amigos que la escuchen, solo me tiene a mí. Siempre me tendrá, esté dónde esté...

Se lo prometí y nunca faltaré a esa promesa, aunque eso signifique perder a mi hermano, mi hogar y mi clan...

Por ella soy capaz de todo. Por ella, sería capaz de atravesar el mismísimo infierno...

(Isabella McLaud)

Ross—Shire, Tierras Altas de Escocia 1642.

Todo ha salido como pensé, todo el mundo ha confiado en mí, después de todo soy escocesa, y llevó al lado de Alexander muchos años, muchos me consideran a mí, la Señora del castillo y no a esa maldita inglesa.

Los planes cambiaron cuando esa sasenach, hizo que Alexander comenzará a dudar de mi embarazo. ¡Claro que no estaba embarazada!, lo que la curandera dijo es cierto, yo no puedo quedar encinta, pero no podía permitir que Alex me alejara de su lado, y sé que tarde o temprano eso hubiera pasado. Veía como la miraba, lo conozco y aunque ni el mismo se había dado cuenta, esa maldita estaba empezando a embrujarlo.

Mi plan aunque un poco precipitado resultó efectivo, maté dos pájaros de un tiro, perdí a un bebé que no había engendrado y conseguí que Alex volviera a mí, además todos me tienen lástima y así consigo todo lo que quiero, sé interpretar el papel de mujer deshecha por perder a su hijo a manos de la esposa celosa del hombre al que amo.

Esa inglesa no sabe con quién se ha metido, no es agradable tenerme como enemiga, la curandera que me conoce no dudó en obedecerme y mentir, contó lo que yo quise que contara. Solo tuve que amenazarla con conseguir que la colgaran por bruja, al fin y al cabo no me costaría mucho, solo con escribir una carta a mis contactos en la Corte y vendrían rápidamente a por ella. Vi el miedo en sus ojos, ella sabe que soy capaz de todo por retener a Alexander Mckenzie a mi lado y no abrirá la boca, se llevará el secreto a la tumba. Por su bien, así lo espero.

Y parece que la fortuna me sonrío, ahora he descubierto que James el mujeriego de la familia Mckenzie está enamorado al fin y de una mujer que no puede tener, nada más y nada menos que de su cuñada la inglesita, me produce risa. Tantas veces intenté seducirlo, ¿por qué no decirlo? James es igual de apuesto que Alex, pero jamás se dejó engañar por mí.

Pero ahora esto me puede beneficiar, puedo chantajearlo, puedo inventar cualquier cosa sobre esos dos, y Alex me creerá con los ojos cerrados. Porque afrontémoslo, no dejaré que esa estúpida le de los hijos que por mi imprudencia, yo no puedo darle, no voy a dejar que me arrebate lo único que me queda, no puede quitarme a Alex, no lo permitiré.

Estoy pensando en ir a buscar al dueño de mis pensamientos cuando sin pedir permiso, entra en mi cuarto, y no es que me importe, solo con verlo me siento feliz.

— ¡Querido! ¿A qué debo el honor de tu visita? —pregunto alegre.

— ¡Ese maldito bastardo que tengo por hermano sé ha atrevido a admitir en mi cara que está enamorado de mi esposa! — grita enfurecido y golpea con sus fuertes puños la puerta, cuando está tan enfadado hasta a mi me da miedo, dejo que se tranquilice.

Esta es mi oportunidad de sembrar dudas en su cabeza y no pienso desaprovecharla.

— Mi amor eso no es nuevo — empiezo a decir—, James lleva enamorado de esa inglesa desde el principio, ¿acaso no la defendió cuando se enteró de todo por boca de esa maldita?

— Eso no tiene por qué significar nada, es normal que lo hiciera, no tenías ningún derecho a ordenar que la azotaran — responde aún furioso, y siento mi enfado florecer.

— ¿La defiendes? ¡Ya ha cobrado venganza! Intentó matarme y ha matado a ¡tu hijo! — grito.

El parece arrepentido, lo he vuelto a conseguir...

— No la defiendes Isabella, sé muy bien lo que ha hecho — responde.

— Entonces no vuelvas a defenderla, ¡jamás! — exijo— me enfurece que aún pueda sentir compasión por ella.

Él no dice nada, está más calmado pero la furia aún recorre su cuerpo, y yo, sé muy bien como distraerlo, hace tiempo que no desea acostarse conmigo, puede que hoy lo consiga. Estaba dispuesta a recriminarle el haber dejado preñada a esa zorra, pero creo que es mejor atraerlo con miel y no con vinagre, eso me decía siempre mi madre, y ella sabía mucho de hombres, fue

cortesana en su juventud.

— Mi amor, ¿por qué no dejas que te relaje? — me acerco a él sensualmente, Alex me mira con algo diferente en los ojos, algo que llevaba mucho sin ver... deseo.

— Isabella déjate de tonterías, aún estás débil — intenta detenerme.

— No para hacer el amor contigo — digo mientras le dejo pequeños besos por su cuello, lo siento temblar.

Él está inmóvil, pero su respiración se ha acelerado, y cuando finalmente me coge rudamente por la cintura y me besa como hacía tiempo no lo hacía, sé que he vuelto a ganar.

Alexander Mckenzie ha sido, es y siempre será, mi hombre...

Ross—Shire, Tierras Altas de Escocia 1642.

Han pasado unas semanas desde que descubrí que estaba encinta, sigo teniendo los malestares normales, pero lo que más tristeza me produce es el alejamiento de James.

Desde que llegó y le conté la noticia de que voy a ser madre me evita, solo hemos cruzado algunas palabras en las comidas en las que me he atrevido a salir de mi habitación, lo que quiere decir que no son muchas, no soporto ver a Isabella representando su papel de víctima y a mi marido cayendo en esa trampa.

¿Con Mckenzie? Pues gracias a Dios, mi embarazo lo mantiene lejos de mi lecho, estoy segura que Isabella sabrá consolarlo, ¿me importa? Sí, me enfurece tener un maldito marido infiel, desde niña soñaba cómo sería mi vida casada y desde luego no era así.

Deseo un hombre que me ame por encima de todo, que esté dispuesto incluso a dar su vida por mí, que me respete sobre todo, amable y cariñoso, pero el destino no ha podido enviarme un hombre más opuesto a todo lo que siempre

había deseado.

Fui una ingenua al pensar que yo podría tener la clase de amor que tienen mis padres, eso solo pasa muy rara vez. Mis padres son un ejemplo de amor, respeto mutuo y unas magníficas personas. Tanto a mis hermanas como a mí nos quieren con locura, pero no por ello, nos han malcriado, desde bien pequeñas estudiamos y aprendimos como ser unas damas y futuras esposas.

Isabella se regocija haciéndome ver en cada ocasión que ha ganado, pero yo solo siento deseos de reír ¿qué es lo que ha ganado? ¿A Mckenzie? Yo jamás lo quise, sí, en un principio intenté luchar por poder tener un buen matrimonio pero ahora mi orgullo me impide hacer tal cosa. Si ellos desean vivir toda la vida de este modo, yo estoy más que preparada, porque tengo la esperanza de poder marcharme algún día de aquí.

Si no es así, y mi destino es estar confinada en estas tierras que me son tan extraña, lo afrontaré, ahora tengo por quién luchar, mi hijo...

Lo que no entiendo es el alejamiento de mi cuñado, desde que nos conocimos nació una bonita amistad, con él a mi lado no me sentía tan sola, tan vacía. Miles de veces he pensado por qué el Rey, no me ordenó casarme con él, mi vida hubiera sido completamente distinta, es aún un muchacho irresponsable y también un mujeriego pero lo prefiero mil veces a él, antes que a mi esposo.

Pero de nada sirven las suposiciones de lo que podría haber sido y no fue, mi vida es la que es y debo aceptarlo, eso no significa que me resigne a vivir así para siempre, sé que algún día, seré libre.

Después de mucho pensar decido que si quiero saber que le ocurre a James debo enfrentarlo, preguntarle si he hecho o dicho algo que le haya ofendido, no quiero sentir más su rechazo.

Tengo la suerte de sorprenderlo cuando se dirige a su habitación, por su vestimenta sé que viene de cabalgar, y es otro de los motivos por el cual lo echo tanto de menos, ya ni siquiera se ofrece a cabalgar conmigo así que he dejado de hacerlo.

— James, tenemos que hablar — le digo seria y directa, él me mira como buscando una salida dónde no la tiene.

— Brianna, ahora estoy algo ocupado, tal vez más tarde — intenta pasar por mi lado pero se lo impido.

—¿Ocupado en qué? Vienes de cabalgar — le presiono.

Al ver que no tiene escapatoria me lanza una mirada de resignación...

— ¿Qué te ocurre? ¿Qué te he hecho? Si te he ofendido te pido disculpas — le pido sin entender nada.

— Brianna tú no has hecho nada..., solo que... — el no quiere hablar, lo noto nervioso y decido que mejor hablamos en mi habitación porque en este maldito castillo, las paredes tienen ojos y oídos.

— Ahora sí, habla — le ordeno ya perdiendo la paciencia.

— Brianna, en serio no es por ti, soy yo, he estado ocupado... — intenta darme excusas y eso me enfurece.

— ¡Dime de una vez, la maldita verdad! — grito — ¿Ocupado, en serio?, te he visto hablando incluso con la zorra de Isabella, ¿y me vienes con esa estupidez? —he perdido los estribos pero no puedo evitarlo, la sensación de abandono por su parte me duele

— ¡Tranquilízate maldita sea! — grita también enfadado, jamás pensé que el haría tal cosa.

— ¡No deseo tranquilizarme patán insensible! — grito de vuelta —¿es porque soy inglesa? ¿Porque finalmente esa bruja también te convenció de que soy una asesina despiadada? —no me deja seguir gritándole porque lo que sale de su boca a continuación, nos deja a los dos impactados—

— ¡Porque te amo! —grita — ¡Te amo maldita sea!, me he enamorado de la mujer de mi hermano, de la madre de mi sobrino, de la única mujer que jamás será mía —va perdiendo la fuerza al hablar, puedo ver dolor en sus ojos y eso me destroza el corazón.

¿Me, ama? James me ama..., a mí y esa declaración me deja sin aliento, estoy sin habla, no sé qué decir ni que hacer, ¿en qué momento hemos llegado a esto? Son tantas las preguntas que tengo en mente, que mi boca no es capaz de pronunciar ninguna.

—James yo... — no digo nada más porque no sé qué decir...

— No digas nada por favor, sé que tú no sientes lo mismo por mí. Sé que tú y yo jamás tendremos un futuro juntos y eso, es lo que me destroza el corazón, no tener ni siquiera una pequeña esperanza de que algún día, tu corazón me pertenezca — dice abatido.

— James estoy casada con tu hermano, embarazada de su hijo.

—¿Crees qué no he intentado olvidarme de ti? Soy consciente de que amarte es un suicidio, pero no puedo evitarlo —al escucharlo maldigo mil veces al destino por no haberlo puesto antes en mi camino.

— No quiero que sufras por mi James, eres muy joven, seguramente tu hermano te escogerá una joven escocesa para que construyas tu vida junto a ella — intento convencernos a él y a mí misma, que sus sentimientos son un error, una locura.

— No hace falta que busques excusas Brianna, no voy a hacer nada al respecto de mis sentimientos por ti, no puedo cambiarlos, viviré amándote con el dolor que eso conlleva.

— No digas eso por favor, no quiero que pases tu vida penando por mí, quiero que alguno de los dos sea feliz, y sé muy bien que junto a tu hermano yo, no lo seré. — digo resignada ya a mi suerte.

— ¿Ser feliz? ¿Sin ti? Eso no podrá ser Brianna, si supiera que tú algún día serías feliz junto a Alexander yo me resignaría, estaría en paz sabiendo que eres feliz, amada, pero sé que eso no sucederá. Alexander, no va a amarte jamás —dice muy seguro y sin saber por qué, eso hace que mi corazón duela.

— Lo sé James, sé que tu hermano nunca va a amarme, él ama a Isabella y yo solo soy una esposa que él no ha elegido, sé la vida que me espera y solo rezo para que el Señor, me de fuerzas para resistirla.

— Eso no tiene por qué ser así Brianna, conmigo serías feliz, podemos irnos juntos, no soy tan poderoso como mi hermano, pero tengo unas tierras en Loch Ness. Yo cuidaré de ti y juro que te amaré hasta el fin de mis días — me dice esperanzado.

¿Irme con él? Dejar estas malditas tierras e irme lejos de Alexander e Isabella, me sabe a gloria, pero mi temor es la represalia que el Rey pueda

tomar contra mis padres y mis hermanas.

— No puedo irme contigo James —digo asustada, solo de pensar que el Rey, mandaría a la torre a mi familia.

— Entiendo — dice triste y avergonzado por mi rechazo —. Siento si te he importunado con mis tontos sentimientos y fantasías, nunca volveré a hacerlo. —dice mientras se dispone a salir y yo, he empezado a llorar de tristeza—

— James, por favor, no me arrebates tu amistad, no me dejes sola — suplico.

— No lo haré, pero no sé lo que mi hermano tardará en desterrarme por desobedecerle.

— ¡¿Desterrarte?! — grito — Él no puede hacer eso...

— Sí puede, él me ordenó alejarme, cuando supo de mis sentimientos hacia ti, desobedecer a mi Laird conlleva un castigo y ese es el destierro, pero con gusto lo asumiré si así puedo pasar tiempo a tu lado —me explica y eso me hace sentir culpable, él perderá todo por mí, su familia, su clan, su hogar.

— No merezco tal sacrificio James, aléjate de mí si tu hermano así lo ha ordenado — intento convencerlo de que abandone está locura.

— ¿No lo entiendes?, mi amor por ti supera la lealtad a mi Laird, a mi hermano, porque él ha faltado tantas veces a las enseñanzas de mi madre al tratarte como lo hace, que para mi Alexander, solo es el hombre que me separa de la mujer que amo nada más.

Escucharlo me horroriza, ¿esto es lo que he provocado yo? Que dos hermanos se enfrenten, que el menor esté en peligro de destierro por amarme, y que Alexander me odie aún más por ello, estoy segura.

James está observándome con total adoración y eso hace que mis mejillas se tornen de un rojo intenso, y mi corazón lata rápidamente, nunca ningún hombre me ha mirado como él lo hace y no sé si eso me gusta o no.

— James desearía que el Rey jamás hubiera dictaminado tal matrimonio entre tu hermano y yo, pero si estuviera en mis manos elegir a uno de ustedes, ese hubiese sido tú — le digo segura.

La mirada de James se ilumina de esperanza, y sé que he cometido un error al hacerle tal confesión porque así no cejará en su empeño de amarme, no

intentará olvidarme pero... ¿Eso es lo que quiero?

No me he dado cuenta de que James, ha caminado los pasos que nos separaban y está frente a mí, demasiado cerca, me asusto e intento alejarme pero con delicadeza me sujeta entre sus brazos. No me está obligando a hacer nada que no desee, puedo salir de su abrazo fácilmente pero no es eso lo que quiero, hace tanto tiempo que nadie me abrazaba con amor y sin dañarme, que no soy capaz de separarme de él, aunque sé que está mal.

— Brianna voy a besarte, solo una vez y sé que probablemente este sellando mi destino, pero no quiero morir sin haber probado tus labios —me avisa mirando mi boca como si estuviera sediento, y mis labios fueran un manantial.

Y entonces ocurre, sus suaves labios rozan los míos, con reverencia y adoración. Mi corazón da un vuelco, cuan distintos son los hermanos Mckenzie, James es todo dulzura y Alexander es pasión y dolor, me gusta su beso pero reconozco que no me provoca el cúmulo de sensaciones que consigue su hermano. Porque a pesar de odiarlo, mi cuerpo siempre ha respondido a sus caricias, aunque me avergüence confesarlo.

El beso termina y James me mira por última vez, antes de irse me hace una promesa que jamás podré olvidar...

— Brianna, si mi hermano consigue separarme de ti, nunca ¡nunca!, dudes en buscarme si tienes problemas, yo siempre acudiré a ti —se marcha con una triste sonrisa en los labios y yo me quedo sin saber qué hacer, ni que pensar.

No puedo creer todo lo que ha pasado, nunca llegué a imaginar que mi cuñado, el alegre mujeriego, estuviera enamorado de mí. No puedo imaginar por qué Alexander se empeña en separarlo de mí, nunca le sería infiel porque lo juré ante Dios y yo, cumplo mis promesas, no como él.

Solo espero que Mckenzie no sé enteré de todo esto o James, estaría fuera de estas tierras, está misma noche.

Lo que Brianna no sabe es que su peor enemiga tiene espías, que ella misma se encargará de que Alexander se entere de todo y de algunas cosas de su propia cosecha, Isabella quiere acabar con ellos de una vez por todas.

Ross—Shire, Escocia 1462

Alexander Mckenzie.

Desde que sé los sentimientos que tiene mi hermano por mi mujer, no puedo estar tranquilo.

Sé que le amenacé con desterrarlo y lo cumpliré si me traiciona, no amo a esa maldita inglesa pero es mi mujer, la madre de mi hijo y así seguirá siendo.

— Alex, tengo que hablar contigo — la voz de Isabella interrumpe mis pensamientos.

— ¿Qué ocurre Isabella? — pregunto cansado, si me viene otra vez con lo mismo de siempre, acabará con mi paciencia.

— Tu mujer y tu hermano, te están engañando — dice con una sonrisa.

—¿Por qué sonríes maldita mujer? ¡Me dices tan tranquila que esos dos me han traicionado y sonríes! — le grito furioso.

— Cálmate amor mío, solo sonrió porque al fin mandarás al infierno a esa mujerzuela y volverás conmigo.

— Jamás alejaré a Brianna de mis tierras — digo convencido.

A Isabella se le cambia la cara, primero pierde todo su color para después tornarse roja de la furia.

—¡¿Jamás!? ¿¿Por qué Alexander?! ¡¿La amas!?! —grita enfurecida, mientras me golpea el pecho, intento pararla pero está fuera de sí, lo único que se me ocurre es pegarle una bofetada para callarla, ella me mira impactada, nunca la golpee en el pasado.

— Me has golpeado — susurra incrédula.

— Estabas histérica mujer — digo ya sin paciencia.

— ¡Nunca me golpeaste maldito salvaje! — me vuelve a gritar y siento deseos de sacarla de mi hogar, sus gritos me molestan.

— Puede que ese fuera mi error Isabella, te he permitido lo que ha nadie antes, y eso, se acabó. — le digo serio.

— Vengo a contarte lo que esos dos han hecho y sólo recibo golpes y frialdad, ¿dónde está el Alexander que me amaba con locura? — pregunta y se marcha dejándome pensando lo mismo.

Todas las preguntas que me ha hecho Isabella retumban en mi cabeza, ¿la amo como la amé en el pasado? ¿Por qué no quiero alejar a esa inglesa de mis tierras? ¿Por qué solo el pensamiento de mi hermano con mi mujer me mata de celos?

De imaginarlo, una furia asesina que se apodera de mí. Salgo rápido a buscar ese par para saber si todo lo que me han dicho es cierto, porque si es así James Mckenzie, prepárate pues acabas de despertar mi furia y en cuanto a Brianna... ¡Dioses! Solo deseo castigarla de un modo, en mi cama, pero desde que está encinta no la he tocado, temo hacer daño al bebé, siempre he sido apasionado pero con ella no puedo controlarme.

— ¡James Mckenzie! — grito a todo pulmón para que se me escuche en todo el castillo, y mi hermano no sé hace esperar, aparece ante mi muy tranquilo.

— Alexander — me responde con una inclinación de cabeza.

— ¿Es cierto? — pregunto.

— ¿El qué? — me pregunta el de vuelta.

— Lo que me ha dicho Isabella, ¿tú y mi maldita esposa sois amantes? — grito, y veo aparecer apresurada a Brianna, con cara asustada.

— No, eso es mentira, pero de esa rata no me esperaba menos — responde frio.

— ¿No has besado a mi esposa? — gruño.

— No tanto como me hubiera gustado hermano... — responde con una ¿sonrisa?

— ¿Quieres que te mate? — pregunto incrédulo

— ¡Alexander, no! — —grita espantada mi mujer.

— Tranquila Brianna — le dice James — Si eso es lo que deseas hermano, hazlo.

No puedo creer lo que escucho, mi hermano confesando que besó a mi esposa, y desafiándome a matarlo si ese es mi deseo, mi esposa baja corriendo las escaleras y se interpone entre los dos.

— Por favor Alexander no le hagas daño, es tu hermano — me súplica y a mí eso me duele, porque sé que ella no me defendería a mí con tanta pasión.

— ¿Lo amas? — pregunto fríamente

— ¡No! — grita ella — Solo quiero que no os dañéis.

— James no voy a matarte, desde hoy quedas desterrado, ya no eres mi hermano — sentenció con dolor, pero no lo demuestro.

— ¡No! — grita Brianna mientras se aferra a mi tartán— ¡por favor, Alex, por favor! — dice con lágrimas cayendo por su hermoso rostro, ¿me ha llamado Alex?

— ¿Qué me darías esposa para que no destierre a mi hermanito? —pregunto burlón.

— ¡Lo que desees pero, por favor, no lo alejes de su clan, de su hogar! — me responde ansiosa.

— ¡Brianna, no! — ahora el que grita es James.

— De acuerdo mi adorada esposa, dormirás en mi lecho todas las noches — digo con lujuria en los ojos de solo imaginarlo.

Ella palidece y James solo quiere saltarme a la yugular pero su respuesta llega alta y clara.

— Lo haré Alexander, pero deja a tu hermano en paz.

— Tus deseos son ordenes mujer, James te marcharás de mi casa, pero seguirás siendo un Mckenzie – declaro, nueva sentencia.

— ¡Ese no fue el trato Mckenzie! — grita furiosa Brianna.

— Dijiste que no lo desterrara y no lo hice inglesa, no oses insinuar que yo no cumplo con mi palabra — respondo enfadado por su defensa ante mi hermano.

— ¡Te odio! ¡Y moriré odiándote! — grita y se marcha corriendo.

— Eres una persona sin corazón Alexander Mckenzie —sisea mi hermano.

— ¿Celoso, hermano? —me burlo de él, de su dolor por no poder tener a mi mujer.

Pero lo que él hace a continuación me deja sin habla, me da un puñetazo que hace que casi caiga al suelo, si no fuera porque soy bastante más alto y fuerte que él.

— No te mereces a la mujer que en estos momentos, estará llorando devastada porque una vez más a vendido su alma al mismísimo diablo, ¡¿por qué no te conformas con la puta de Isabella como has hecho siempre?! — pregunta a gritos.

— ¡Eso no te importa mocosos, lárgate de mis tierras si no quieres que mande que te maten a latigazos! — ordeno furioso.

— Me marchó, pero no dejaré a Brianna desamparada, si descubro que ha sufrido algún daño más por tu mano o la de esa zorra, vendré a matarte y me la llevaré.

— ¡¿Me estás, amenazando?! — le grito.

— Es una promesa, adiós Mckenzie —y se va sin mirar atrás.

Lo veo marchar, ¿dónde quedo el niño que me seguía a todas partes con admiración?

Aunque ahora, hay poco que admirar en mí. Me avergüenzo de mi comportamiento, pero los nuevos sentimientos que han llegado a mi vida con la aparición de mi esposa, son algo que me confunde y el no tener el control es lo que me saca de mis casillas, me siento vulnerable.

Voy a buscar a mi esposa, no quiero que los nervios afecten al bebé, al fin y al cabo no soy tan cruel como ella piensa.

La encuentro llorando mirando por la ventana, ¿por, James? ¿Qué siente por él? Eso me enfurece, que llore por su marcha, cuando yo me fui por días no la vi tan afectada.

— No te alteres esposa, James se va a sus tierras, no lo he desterrado — digo serio, dolido.

— ¡Pero lo apartas de su familia! — me acusa furiosa.

— ¿De su familia..., o de ti? — pregunto, porque no entiendo su reacción.

— Lo haces por eso, ¿verdad? No lo soportas, no soportas que alguien me quiera, quieres verme sola, derrotada — me dice acercándose a mí.

— ¡Lo qué no soporto es que un mocoso, me quiera arrebatarme lo que es mío!
— grito.

— ¡No soy tuya! ¡Jamás lo seré! — me grita ella de vuelta.

— Eres mi esposa, ¡me debes respeto! No ir besándote con mi hermano —la acusó.

— ¿Respeto? —pregunta incrédula— El respeto se gana Mackenzie, y tú, no te has ganado el mío, solo mi odio y desprecio. Nunca hubiera hecho nada con tu hermano por una simple razón, pronuncié unos votos ante Dios y los cumpliré, la única razón por la cual sigo en este infierno, es por mi familia no por ti, que no sé te olvide nunca mi Señor — me dice seria.

— Tu familia... —¿por qué no lo pensé?— Temes que el Rey, mate a su familia...

— Sí, si estuviera segura que el Rey no castigará a mi familia, te juro que me marchaba de estas malditas tierras.

— ¡Jamás, nunca te marcharás de mi lado! —le sentencio, solo de imaginármelo me vuelvo loco y no sé la razón.

— ¡Juro que a la primera oportunidad que tenga, abandonaré este infierno!
—me dice con total convicción.

—Llevas en tus entrañas un hijo mío, ¡no creas que te lo vas a llevar lejos de aquí! —le advierto.

— Si yo consigo salir de aquí, mi hijo vendrá conmigo Mckenzie, no pienses que lo dejaré en tus garras para que lo conviertas en un monstruo como tú —escupe ella con rabia.

— ¡Nunca te dejaré marchar y mucho menos con mi hijo, yo cumplo lo que prometo, solo la muerte nos podrá separar...! — respondo muy seguro de que jamás, podrá salir de mis tierras.

Ella solo me mira, me pregunto qué pasará por su mente y cuando por fin habla, lo hace con una frialdad que me hiela la sangre en las venas.

— Entonces, uno de los dos morirá, Alexander Mckenzie... Y no seré yo.

No sé si reírme porque ella cree que tendrá la oportunidad siquiera de hacerme un rasguño, o enfadarme por su amenaza.

— ¡No me amenazas mujer, sobre todo cuando es algo que no podrás lograr!
—digo tranquilo y sin ningún miedo.

— No me subestimes Laird, el odio es un arma muy potente —me contesta.

No sé por qué cada vez que dice odiarme, me causa desazón, me enfurece, ella tiene solo buenos sentimientos para mi hermano pero no para mí que soy su esposo. Soy consciente que me he ganado a pulso su odio y rechazo, pero no pensé jamás que llegaría a afectarme, ¿por qué? ¿Por qué no puedo seguir con el plan que tenía fraguado? Tenerla como esposa, sin sentir nada por ella, y seguir con Isabella como amante, mi vida seguiría tan tranquila como antes. Pero todo se fue al infierno cuando la vi bajar de su carruaje atemorizada, pero orgullosa y decidida a no demostrar su temor. Todo fue a peor cuando Isabella, mandó azotarla sin mi consentimiento y un instinto protector surgió en mí, es tan pequeña, tan frágil pero a la vez, tiene el coraje de una leona...

Nuestra noche de bodas fue un descubrimiento, su reacción a mis caricias me sorprendió, sabía que la deseaba y que la quería en mi cama todas las noches, pero pensé que sería una lucha constante. Si mi maldito temperamento no saliera a la luz con tanta rapidez, no hubiera cometido la atrocidad de violarla, eso es algo que nunca podremos superar, ella no me lo perdonará y yo tampoco me lo perdonaré, es triste que mi hijo sea fruto de tanta rabia y odio por parte de sus padres.

— Brianna, vamos a ser padres, estamos casados, y nos espera una larga vida juntos, ¿no podemos vivir en paz? —intento enterrar el hacha de guerra, intento ganarme su ¿amor? ¿Por qué demonios me viene eso a la mente?—

— ¿Paz? — estalla en carcajadas – Mckenzie, ¿qué demonio sé te metió en el cuerpo? Entre tú y yo, no puede haber paz —responde.

—¿Por qué? — pregunto.

— ¿Por qué? ¡¿Te recuerdo todo lo que me has hecho Alexander?! — pregunta enfadada.

—¡No!, no tienes que recordarme nada, soy muy consciente de mis errores...

— no quiero oír de su boca todo el daño que le he provocado.

— Bien, no deseo hablar más contigo Alexander —sé que está echándome

de su habitación, pero yo no quiero irme.

— Antes, quiero probar una cosa —digo acercándome a ella y viendo su cara de terror al hacerlo, me da náuseas ver lo que he provocado, ninguna mujer debería temer a su esposo...

<<Madre, perdóname>>, pienso avergonzado.

Cuando la tengo a mi alcance, la acerco lentamente a mí, sin querer asustarla, ella no se resiste pero noto como su cuerpo tiembla y no creo que sea debido a que disfruta de mi contacto.

— No voy a hacerte daño Brianna, solo voy a besarte —digo muy cerca de sus labios.

—No... —susurra ella.

— Sí... por favor — digo de vuelta.

Nuestros labios se juntan, los de ella, se reúsan a besarme pero yo, solo quiero volver a probar sus dulces labios.

Deja de luchar contra mí y finalmente mi lengua tiene acceso a su sabor dulce como la miel. Me sorprende cuando siento sus manos en mi cuello, y la abrazo más fuertemente a mi cuerpo, me escucho gemir por el placer que siento, deseo a mi esposa más que nunca.

La recuesto en su cama lentamente, no quiero que se asuste, quiero que entienda que no la estoy forzando nuevamente, quiero que sienta que tiene elección. Está nerviosa, sus ojos nunca me miran y siento una quemazón en mi pecho, necesito ver sus hermosos ojos nublados de pasión.

— Mírame esposa —susurro y ella me obedece al instante, veo miedo, vergüenza y muy en el fondo, pasión y no puedo evitar sonreír.

Le acaricié y beso cada parte de su cuerpo, ella se estremece y hace su mejor esfuerzo por resistir lo que su cuerpo siente, en ningún momento lucha contra mí. Quiero ser por primera vez atento y delicado, no quiero hacerle daño ni a ella, ni al bebé, debo controlar mi temperamento y mi deseo.

Estamos los dos desnudos en la cama, y es mi esposa la que por primera vez me acaricia, siento sus pequeñas manos por mi pecho haciendo que mi piel se encienda con sus caricias. Cuando ya no soporto más tortura, me colocó sobre ella despacio y miro a sus ojos como pidiendo permiso, jamás volveré a

tomarla a la fuerza, no importa lo furioso que este, ella me mira y asiente avergonzada y yo no necesito más para volver a adentrarme en su aterciopelado cuerpo.

Los dos gemimos al unísono, yo me quedo quieto unos instantes para saber si le he hecho daño, la siento más apretada a mi alrededor está a punto de volverme loco, siento como ella mueve sus caderas y es mi perdición. Comienzo a entrar y salir de ella disfrutando y queriendo que este momento dure para siempre, los dos buscamos nuestro placer con más ansias a medida que nuestros orgasmos se acercan. Esta vez, no pienso acabar antes que ella, así que aceleró mis embestidas, la oigo gemir. Siento sus uñas clavarse en mi espalda y sé que está perdida en su éxtasis. Solo así, me dejo ir dentro de ella con un gruñido de satisfacción plena.

Han pasado solo unos minutos y parecen horas, tengo a mi bella esposa dormida al lado mío, creo que la dejé agotada, mi sonrisa de orgullo no puede ser más grande... ¡Ella, me ha permitido volver a tocarla! Pensé que no me lo pondría fácil, pero tenerla así desnuda a mi lado, me produce paz, verla dormir tan relajada después de nuestro encuentro me da felicidad.

¿Por qué no vivir en paz y armonía con mi esposa? ¿Qué importa que sea inglesa? Soy consciente de lo que esos malditos ingleses les han hecho a mis gentes, pero mi esposa es inocente de toda culpa, es algo que nada tiene que ver con nosotros, mi ceguera y orgullo me impidieron darme cuenta antes. Que el Rey me obligará a casarme con una extraña me enfureció porque destruía mis planes de casarme con Isabella, pero puede que lleve años equivocado en mis sentimientos respecto a ella, la amé cuando era un muchacho, ¿pero ahora? Jamás sentí nada parecido al hacer el amor con ella, y con Brianna es..., distinto, ¿por qué? Me lo he preguntado muchas veces.

¿Qué debo hacer? Isabella debe irse a su hogar, nada la retiene ya aquí, siento lastima por ella y por el hijo que hemos perdido pero nada más, me he esforzado por volver a sentir lo que antaño sentía por ella, pero es inútil... Esos sentimientos, murieron hace tiempo.

Nunca olvidaré que mi esposa mató a mi hijo, pero quiero vivir en paz, bastantes batallas me tocan librar por mi clan.

Lo tengo decidido, Isabella deberá partir lo más pronto posible y yo intentaré ganarme poco a poco, la confianza y el afecto de mi esposa, muy pronto

tendré a mi heredero en mis brazos y todo estará en calma. Mi gente, aceptará con el tiempo a mi esposa porque así lo ordenaré, se acabó permitir insultos y humillaciones...

Lo prometo Brianna, a partir de mañana todo va a cambiar, tendrás todo lo que debió ser tuyo desde el momento que pisaste estas tierras.

Ross—Shire, Escocia 1462

(Brianna)

He dormido toda la noche abrazada a mi esposo, el hombre al que se supone que debo odiar por todo lo que me ha hecho pasar desde que llegué a su hogar. Sin embargo, aquí estoy desnuda a su lado, después de haber disfrutado de una noche de placer, sus caricias me han llevado al éxtasis muchas veces. Siento mi cuerpo cansado y adolorido, no es un dolor malo, es un dolor bueno, pienso con una sonrisa que borro enseguida, Alexander jamás debe saber ninguno de mis sentimientos por él... ¿Sentimientos?, pienso horrorizada, pero sí, no es solo odio lo que él puede llegar a provocar en mí.

Él, tiene el poder de hacerme estremecer de placer, sus besos no sé pueden comparar al que me dio James antes de irse, ese beso no provocó en mí reacción ninguna. No, si lo comparo con las mariposas que siento cuando mi esposo lo hace, esa necesidad de apretarlo muy cerca de mí para que ese beso no acabe nunca, para que nada vuelva a interponerse entre nosotros.

Pero siempre algo o alguien se interpondrán, nunca tendremos una oportunidad, no, mientras esa zorra de Isabella siga en este castillo, no mientras ejerza tanto poder sobre Alexander. Ella, tiene el poder de envenenarle la mente contra mí.

La pregunta es, ¿él se merece una oportunidad, después de todo lo que me ha hecho? ¿Puedo perdonar?, mejor dicho, ¿debo hacerlo? Hecho tanto de

menos a mi madre para escuchar sus sabios consejos.

Que mi esposo sabe enloquecerme de placer, lo tengo claro, pero también tiene el poder de humillarme y dañarme como nunca nadie lo ha hecho y eso es lo que me detiene de darle una oportunidad a mi matrimonio.

Todas las preguntas y sentimientos encontrados son olvidados cuando siento que Alex me está besando suavemente la espalda, me tenso porque la piel de esa zona ya no es perfecta como antaño, ahora está surcada por varias marcas de los latigazos que recibí por culpa de Isabella.

— Esto nunca debió pasar — gruñe — Yo no di orden a Isabella para que cometiera semejante acto —dice sin dejar de besar mis marcas y yo me estremezco sin poder evitarlo.

— Tú me has hecho cosas peores Mckenzie —respondo intentando que sus caricias no vuelvan a afectarme, pero no estoy consiguiéndolo en absoluto.

— Lo sé Brianna —suspira y finalmente se aparta de mí y no siento alivio como pensé, me siento vacía, siento frío, lo quiero otra vez a mi lado ¡Soy una maldita estúpida!, me enfado conmigo misma por ser tan débil.

— ¿De qué me sirve que lo sepas Mckenzie, si el daño ya está hecho? — preguntó desesperada.

— De nada me temo —parece derrotado—. Nunca conseguiré que dejes de odiarme, y me lo tengo merecido esposa.

¿Qué demonios le sucede a este hombre qué es un tempano de hielo y odio? Parece verdaderamente arrepentido de sus actos malvados hacia mí, parece otra persona, ¿quién es realmente Alexander Mckenzie?

— ¿Alguna vez te arrepentirás? —pregunto convencida de que su respuesta será negativa, este hombre no tiene corazón.

— ¿¡Arrepentirme?! —casi grita— ¡Mujer, me arrepiento todos los malditos días! —grita como si fuera algo doloroso.

—¿Lo haces? —susurro completamente asombrada, y siento como el enorme peso que sentía desaparece, no puedo olvidar todo el dolor en un momento, pero creo que ahora sí podré perdonarlo algún día.

— Si lo hago esposa, siento cada insulto y golpe que te he dado, pero de lo que más me avergüenzo es de haberte forzado —dice sin poder mirarme, mi

corazón da un salto cuando realmente veo su arrepentimiento y su vergüenza y siento lástima por él, por mí.

Porque el pasado no sé puede borrar, porque cada acción que cometemos es algo que no podemos cambiar y ahora aunque Alexander está arrepentido, yo ya he sufrido el dolor de sus golpes, la vergüenza de sus humillaciones y me he sentido el ser más desdichado de este mundo después de que utilizó mi cuerpo a la fuerza. Sé que es su derecho, pero lo que él no sabe es que mi deseo se despierta por él aún sin yo quererlo, él puede conseguir una respuesta apasionada de mi cuerpo sin necesidad de abusar de mí.

Pero todo eso ya no importa, lo hecho, hecho está, el pasado queda atrás y ahora me pregunto si será posible que algún día podamos vivir juntos en paz. Solo deseo eso, ya no soy la niña ingenua que llegó aquí creyendo en cuentos de hadas, creyendo en un amor como el de mis padres, no todos tenemos esa suerte. Ahora solo aspiro a vivir con mi esposo en paz, criar a nuestro hijo y tener una vida tranquila dónde le brindaré todo mi amor a mi pequeño.

— Alexander, el pasado no sé puede cambiar, tus acciones me han herido profundamente y no puedo prometer que lo olvidaré todo, de un día para otro, pero sé que no quiero pasar mis días en una guerra constante —le digo cansada de toda esta situación.

Él me mira, ¿asombrado? Como si no esperará esa respuesta de mi parte, y puede que esté en lo cierto porque si esto lo hubiéramos hablado días atrás, seguramente lo hubiera mandado al infierno.

— No esperaba algo así de tu parte esposa —dice como si un gran peso sobre sus hombros ya no existiera.

— Solo tengo una exigencia, tu amante debe abandonar este lugar —digo muy segura, esperando una negativa de su parte pero preparada para luchar.

— Sabía que lo pedirías y por primera vez siento qué es lo que debo hacer.

No puedo creer lo que oigo...

—¿Qué? —pregunto para asegurarme de que he oído bien.

— ¡Que cumpliré tu deseo mujer! — gruñe — ¡No me hagas preguntas!

No puedo creerlo, por fin va a echar a Isabella de aquí, creo que no he sido más feliz desde que marché de mi hogar para venir a vivir a Escocia.

Por fin esa arpía desaparecerá de mi vida, ahora sí tengo esperanzas, mi matrimonio va a funcionar.

— ¡Gracias esposo! —le digo sonriendo y sin poder evitarlo, lo beso por primera vez, el parece sorprendido pero no por mucho tiempo.

Cuando nuestro beso termina estoy sin aliento pero más feliz que nunca, Alexander me mira extraño, no sé qué es lo que está pensando ¿le habrá molestado qué lo bese?

— Eres aún más hermosa cuando sonríes — me susurra y yo no puedo evitar sonrojarme.

Mi esposo se levanta desnudo sin ninguna vergüenza, su gran cuerpo moreno es puro musculo, puedo ver algunas heridas de batalla, una gran línea blanca le surca la espalda y me pregunto cómo se la hizo. Veo en su abdomen una gran cicatriz que imagino que está hecha con una espada, no es tan blanca como la de la espalda y eso me dice que es más reciente, ver sus marcas de guerra me hace darme cuenta que es un gran guerrero que no teme a la muerte ni al dolor y no sé por qué, el solo hecho de pensar que un día puede partir para la batalla y no regresar, me dé un miedo horrible.

— Esposa, estás devorándome con la mirada —dice risueño, y verlo así como nunca antes lo había hecho, me hace reír.

— ¡No lo hago Mckenzie, solo miraba tus heridas de guerra! —intento disimular.

— Ya... —dice no muy convencido — Voy a buscar a Isabella, no será una charla agradable, mejor no salgas del dormitorio hasta que se marche, no quiero tener que matarla por molestarte. —dice serio, aunque no creo que llegara al extremo de matar a su amante por mí, después de todo que la eche de aquí, no significa que deje de verla ni de amarla.

— ¿Lo harías? — pregunto.

Él me mira y por un momento creo que no va a responder, se marcha hacia la puerta y cuando está a punto de salir lo escucho decir en voz baja...

— Sé qué he sido un completo desgraciado contigo, pero si, si lo haría, si alguien te amenaza a ti o a mi hijo, mi espada atravesará al culpable sin importar quién sea.

Y tras decir eso se marcha cerrando la puerta despacio y dejándome sin poder creer en todo lo que me ha dicho y todo lo que ha ocurrido en menos de un día.

Y sin ganas de levantarme me acurruco entre las mantas oliendo aún el aroma de mi marido en ellas, y me duermo...

(Alexander Mckenzie)

En menos de un día, parece haber desaparecido un gran peso de mis hombros, saber por boca de mi esposa que puede llegar a perdonar mi comportamiento, me ha liberado de una gran carga. Saber que puede haber futuro al lado de mi pequeña inglesa, me da paz, paz que desaparecerá cuando le pida a Isabella que abandone el castillo, debo reconocer que es algo que he evitado por mucho tiempo. Al principio porque no quería que se fuera, después, porque ella me ayudaba a pensar que todo seguía siendo igual que antes, más tarde por cobardía. Pero eso se acabo, está tan acabado como lo que siento por Isabella, quise creer que aún la amaba como antes pero debo reconocer la verdad y la verdad es que dejé de hacerlo hace mucho tiempo, incluso antes de la llegada de mi esposa.

Ahora es tiempo de dejar marchar esa parte de mi vida a la cual Isabella pertenece e iniciar una nueva al lado Brianna, al lado de mi mujer y madre de mi hijo, y eso es algo que Isabella debe aceptar.

Espero que Isabella esté en sus aposentos y cuando llego allí no me equivoco, al verme se sorprende, pero enseguida me sonrío coqueta sacando conclusiones equivocadas como siempre.

— Querido, ¿has venido buscando mi compañía?, hacia tanto tiempo que no lo hacías —se acerca para abrazarme y yo la aparto suavemente.

—Isabella, no vengo buscando nada, solo vengo a decirte que ya es hora de que marches a tu hogar, ya estás recuperada y tus asuntos te requieren — intento ser lo más amable posible, se el temperamento que tiene mi ex

amante.

—¿Perdón?! — grita estupefacta — Creo que no he escuchado bien Alexander, no puede ser que quieras que me marche después de lo que tu maldita esposa me hizo, ¿y nuestro amor Alex? — ahora vienen las lágrimas.

— Isabella, estar aquí no va a devolverte a tu hijo —no me deja acabar...

— ¡Nuestro hijo Alexander Mckenzie! ¡Nuestro! — grita llorando.

Esto es lo que quería evitar, este ataque de histeria...

—¡Basta! —ordeno gritando, perdiendo la poca paciencia que tengo... —Es mi maldita decisión Isabella, esto ha durado demasiado, no quiero perder tu amistad, pero ahora estoy casado y he faltado a mis votos de muchas maneras.

— ¿¡Es, por ella?! ¡Por esa maldita inglesa! ¡¿Acaso olvidas qué mató a tu hijo?! ¿Olvidas qué por culpa de ella, no hemos podido casarnos? ¡¿Olvidas de dónde viene?! — sigue gritando, exigiendo respuestas y eso me enfurece más.

— ¡Soy el maldito Laird de estas tierras, que no sé te olvide Isabella, aquí mi palabra es ley, no me cuestiones!

— No puedo creer esto Alex — ahora está calmada, sabe que no le conviene hacerme perder los estribos, no sé en qué momentos sus lágrimas dejaron de afectarme.

— Isabella, regresa a tu hogar, busca un hombre que pueda casarse contigo.

—¿Cómo puedes decirme qué me case con otro hombre?— me pregunta incrédula. Yo mismo me sorprendo ya que tiempo atrás cuando ella se casó con otro hombre, enloquecí de celos.

Yo no sé qué contestarle, no quiero herirla, tenemos un pasado juntos...

—¿Ya no me amas? — susurra y yo no sé qué contestar, así que solo guardo silencio.

Ella me mira con sus ojos llenos de lágrimas por derramar y se acerca a mí para darme un beso que no me causa ninguna reacción, y es en este momento, cuando me doy cuenta que lo que sentía por Isabella está muerto, he intentado negarlo pero ya no puedo.

— Se acabó Isabella — la miro por última vez, dejo atrás al muchacho que fui con ella —, le diré a mis hombres que te acompañen a casa.

Salgo de la habitación y puedo escuchar ruidos de objetos al romperse y gritos histéricos de una mujer, que no está acostumbrada a perder, ahora me siento liberado, preparado para un nuevo futuro.

(Brianna)

Han pasado los meses y mi embarazo está casi a punto de terminar, los malestares se han incrementado, los dolores de espalda por el peso del bebe, los pies hinchados que casi no me dejan ni andar y el miedo que crece día a día.

Mi esposo, es alguien completamente nuevo para mí, desde el momento que Isabella salió de aquí todo cambió, por supuesto no sé marchó sin antes decirme unas últimas palabras que se convirtieron en amenazas, es algo que nunca le he dicho a Alexander pero sus palabras todavía me atormentan algunas noches...

— ¡No creas qué has ganado maldita inglesa! — me dice una enfurecida Isabella.

— Desde dónde yo estoy, es la impresión que da milady — digo con ironía, la verdad que estoy disfrutando —. Yo soy la esposa del Laird Mckenzie, Señora de este castillo y futura madre de su hijo, y tú solo eres una zorra desechada cuando ya está demasiado usada.

—¡Maldita! — ella levanta su mano dispuesta a golpearme pero yo soy más rápida y la cojo fuertemente del brazo.

—¡Jamás, volverás a ponerme la mano encima Isabella! — le susurro furiosa, ella se suelta de mi agarre y me mira con un odio indescriptible.

— Puede que creas que me has vencido, pero te equivocas niña, Alexander

volverá a mí, siempre lo ha hecho. Lo hizo después que aborté a su hijo, lo volvió a hacer cuando me casé con otro hombre y aún así, lo tenía comiendo de mi mano, esta vez no será diferente —sonríe confiada y sus palabras crean una desazón en mi.

— Las otras veces no me tenía a mí, así que el pobre se conformó con lo que fácilmente se le ofrecía — veo como tiembla de ira y eso me produce satisfacción.

— El tiempo lo dirá sasenach..., pero te juro una cosa, si él no vuelve a mi por tú culpa, te mataré — lo dice tan seria que me dan escalofríos sé que es capaz de cumplir su amenaza.

Se marcha seguida de una escolta de cuatro de los mejores hombres de los Mckenzie, solo espero no volver a verla jamás.

Recordar aquella última discusión aún me pone los pelos de punta, sé de lo que es capaz esa mujer, es cruel y despiadada pero no le tengo miedo, solo espero que jamás se acerque a mi hijo porque entonces seré yo quien no dudará ni un instante en matarla, es algo que no me pesará en la conciencia.

— Mí Señora ha llegado carta de su madre — me dice una de las criadas, ahora todos me tratan con respeto.

— Gracias Clarise, puedes retirarte — deseo leer a solas las palabras de mi madre, hace un año que no veo a mi familia y es un dolor que me acompaña cada día.

Cuando al fin me quedo sola, me apresuro a abrir la carta y leer la misiva que me ha enviado mi madre.

Inglaterra, 1462.

Mi querida niña, me alegra tanto que al fin tu matrimonio tenga alguna

posibilidad, aunque ello signifique que jamás volverás a casa, solo pido a Dios volver a verte algún día antes de que el Señor me lleve con él.

Sé que serás una buena madre, y que mi nieto o nieta crecerán con tu amor incondicional, solo te pido que le hables de nosotros, cuéntale que sus abuelos lo adoran y sus tías están como locas de contentas y a la vez tristes, por no poder malcriarlo como quisieran.

No quiero preocuparte pero tu padre ha estado delicado de salud, que nos separaran de ti ha sido un golpe muy duro para él, tu eres su princesa y lo sabes, pero no te preocupes no le he contado nada de tus problemas eso hubiera acabado con él.

Cuídate mucho, se fuerte mi niña, espero que en tu próxima carta puedas decirme como es vuestro hijo, no temas al parto, es doloroso pero nos entrega lo mejor del mundo, una persona que amarás y te amará con toda su alma.

Te queremos princesa.

Clare de Clarence.

Al terminar de leer la carta de mi madre no puedo evitar echarme a llorar, mi padre está enfermo y yo no puedo estar a su lado cuidándole, ¿y si nunca más vuelvo a verlo? ¿Y si muere y no puedo estar allí sujetando su mano hasta el final?

Todos estos pensamientos me hacen sollozar sin control y es tal mi dolor, que no escucho entrar a Alexander.

— ¿Brianna qué ocurre? ¿Es el bebé? ¿Te duele algo? ¿Alguien te ha hecho algo? — pregunta muy deprisa entre asustado y furioso, no le gusta que nadie siquiera me mire mal.

— No es eso Alex... — respondo como puedo — mi padre está enfermo —le digo llorando, sus fuertes brazos me abrazan y me siento segura, me siento en casa.

— Lo siento Brianna, prometo que iremos a verlo, se cuanto echas de menos a tu familia — dice acariciando mi pelo, algo que le encanta hacer.

Lo miro anonadada ante tal promesa ¿Mi esposo pisando suelo inglés?

— ¿Tu vendrías a Inglaterra por mí? — el me mira y parece que hasta a el

mismo le sorprende.

— Brianna, iría al mismísimo infierno a buscarte, así que bien puedo acompañarte a Inglaterra, o tu familia puede venir aquí a pasar una temporada — dice como si le agrada más la segunda opción.

— No creo que mi padre pueda viajar — respondo triste.

— Y tú tampoco por el momento mujer — dice mirando mi vientre abultado.

Ninguno de los dos puede hacer un viaje tan largo, y no sé si mi padre aguantará mucho tiempo más, mi marido al ver mi mirada sabe lo que estoy pensando porque intenta tranquilizarme.

— Esposa contesta esa carta a tu madre y pregúntale si tu padre sería capaz de aguantar un viaje en carreta, yo mismo enviaré a mis mejores hombres a por ellos, tu padre no tendrá que hacer nada, así con suerte tu madre estaría aquí para el parto — me dice sonriendo, algo que aún veo extraño en él.

Sus palabras me dan paz, y por primera vez tengo esperanzas de ver a mis padres y hermanas de nuevo, aquí en mi hogar, podrán ver lo hermoso de esta tierra y conocer a Alexander así ya no tendrán que preocuparse más por mí.

— Eso haré Alex — le digo besándolo brevemente — ¡Gracias!

— ¿Eso es un beso de agradecimiento mujer? — pregunta burlón — Puedes hacerlo mejor.

Rio sin poder evitarlo y lo vuelvo a besar profundamente, él me aprieta fuerte contra su pecho desnudo, empiezo a sentir ese calor que me entra por todo el cuerpo y solo deseo perderme entre las sabanas de la cama con él.

— Basta mujer, debo ir a entrenar a los muchachos y me estás distraendo — intenta controlarse lo sé. — Escribe esa carta, luego te llevaré al lago.

— ¿Al lago? — pregunto sin saber a qué se refiere.

— Si, cerca de aquí hay un lago el agua está buena en esta época del año.

— ¿Iremos a caballo? — pregunto ilusionada.

— Por supuesto que no Brianna, estás embarazada, ¿quieres poner en peligro al bebé? — pregunta enfadándose.

— ¡No! Claro que no — respondo.

— Eso suponía, iremos dando un paseo, no está lejos — y dicho esto, se

marcha a entrenar a sus hombres y yo me dispongo a contestar a mi madre para que la carta salga hoy mismo para Inglaterra.

Ross—Shire, Escocia 1462.

Querida madre acabo de recibir tu carta y no he podido evitar preocuparme, ¿cómo no hacerlo?

¿Padre está muy enfermo? ¿Sería capaz de venir a Escocia, a mi casa?

Alexander se ha ofrecido invitaros, ya que no le gusta verme triste, me ha dicho que el mismo enviaría una escolta y una carreta, así no tendríais que cabalgar.

Espero con esperanzas que podáis realizar el viaje, ya que yo en mi estado avanzado de embarazo no puedo. No quiero ni imaginar que no volveré a ver a mi padre con vida... Madre, ruego a Dios poder veros pronto.

Esperaré impaciente vuestra contestación os amo a todos.

Brianna Mckenzie.

Llamó a Marie para que ella misma se encargue de enviar la carta, no confío en nadie más que en ella, ya que ha sido mi amiga desde que llegué a este lugar.

Decido darme un baño y arreglarme para cuando llegue Alexander, he descubierto que me encanta arreglarme para él, me gusta ver el brillo de deseo en sus ojos, ver que me encuentra bella y deseable. Ser capaz de enloquecerlo como lo hago, me hace sentir una mujer poderosa.

Decido ponerme un sencillo vestido de color violeta, es mi preferido ya que me lo diseñó mi hermana Sarah, ella tiene un don, dibuja muy bien y le encanta la moda, así que ella se encarga de casi todo nuestro vestuario, hasta que llegué aquí.

Las hecho tanto de menos..., echo de menos el temperamento de Sarah con su

pelo rojo, su cara llena de pecas y sus ojos del color de la miel, echo de menos a Jane tan rubia como yo pero con los ojos de mi padre, su carácter tranquilo también se lo debe a mi querido padre y por último a la más pequeña de mis hermanas, Clarisse, tan parecida a mi madre con su pelo un poco más oscuro que el mío y ojos marrón oscuros. Esa mirada intensa que siempre parece guardar un secreto, ella es la más seria y aplicada de todas, mientras nosotras estábamos haciendo cualquier travesura, la más pequeña de todas era la que siempre estaba bordando o leyendo, eso siempre sorprendía a mis padres.

Echo de menos mi hogar, más pequeño que este castillo pero provisto de un amor y alegría que llenaba cada estancia de la casa, aún parece que puedo escuchar a Sarah y Jane discutir por cualquier tontería, espero que alguna de ellas, entre por esa puerta pidiendo a gritos que ponga remedio a alguna discusión sin sentido. Todavía recuerdo ver a mi padre en frente de la chimenea fumando su pipa y escuchando a mi madre leyendo alguno de sus libros favoritos, o solo observándola con adoración infinita mientras ella bordaba absorta en su labor, echo de menos salir a cabalgar con él y poder hablar de cualquier cosa, él siempre decía que el hombre que se casara conmigo o Sarah, tendría que tener un carácter fuerte ya que éramos como dos potrillos salvajes.

Yo tengo a ese hombre de carácter fuerte, ¿pero, dejar qué me dome? Eso está por verse, sonrió solo de pensarlo...

— ¿A qué se debe esa sonrisa esposa? — escucho la voz ronca y con ese acento tan escocés de mi marido.

— Alexander, vas a matarme de un susto, no entres con tanto sigilo por favor — le pido ya que me ha asustado un poco.

—Lo siento mujer, aún no me has contestado — insiste el.

— Acabo de recordar algo que me dijo mi padre hace años sobre mi hermana Sarah y sobre mi — explico, esperando que deje el tema.

—¿Y qué es? — pregunta intrigado.

— Bueno, el siempre decía que Sarah y yo necesitaríamos a un hombre con carácter para poder controlarnos — digo a desgana porque ya me imagino su respuesta, está tan pagado de sí mismo...

— Tu padre es un hombre sabio por lo que me cuentas, tu ya me tienes a mí, que Dios ayude a quién se case con tu hermana — dice sonriendo.

Yo no puedo evitar reírme porque le he contado a Alexander que Sarah, es aún más explosiva que yo, esa es la verdad, yo tengo mucho carácter pero soy más pacífica aunque en el pasado no lo haya demostrado, pero mi hermana es la que monta una escena primero y pregunta después.

— Vamos esposa, ya está todo preparado, podemos irnos de excursión — me coge de la mano y salimos de nuestra habitación, si de la nuestra, desde hace meses compartimos el lecho cada noche, ese es otro de los cambios que hemos hecho.

Marie está esperándonos en la entrada dónde entrega a mi esposo una cesta de lo que supongo es nuestra comida, la idea de comer al lado de un hermoso lago me encanta, no tengo muchas oportunidades de salir de las murallas del castillo ya que es peligroso, el Clan Mckenzie tiene enemigos que estarían encantados de secuestrar a la esposa del Laird, y por ello Alexander me tiene prohibido salir sin escolta y yo en este asunto no desobedezco.

Caminamos tranquilamente mientras mi esposo me explica cada cosa del paisaje que tengo ante mí, todo es verde y frondoso a nuestro alrededor, el sol brilla y por primera vez desde que llegué aquí puedo decir que hace calor, ¿o es por el embarazo?, me cansó más fácilmente. Para mi ahora una caminata es un castigo pero no me quejo ya que la vista es hermosa y el detalle de mi esposo me emociona, que el busque tiempo para estar conmigo me alegra, es algo que meses antes jamás habría creído posible.

— Queda poco Brianna, se que el peso de mi hijo te agota — dice pasándome un fuerte brazo por mi cintura.

— Tranquilo esposo, una buena caminata me viene bien — intento tranquilizarlo, aunque siento un dolorcillo leve en la parte baja de la espalda.

Y como siempre Alex, está en lo cierto y frente a mi observo un paisaje bellísimo, un lago ni muy grande ni muy pequeño de agua cristalina que refleja los rayos del sol, rodeado de arboles y flores silvestres que impregnan el aire con su delicioso aroma, ni si quiera en mi patria he podido contemplar un paisaje tan hermoso...

— ¡Alexander es precioso! — exclamo asombrada y maravillada, que este

paraíso esté tan cerca de mi nuevo hogar, me encanta.

— Lo sé esposa, siempre te he dicho que mi patria es hermosa, pero también cruel, no lo olvides — me contesta orgulloso.

No, nunca olvido nada de lo que mi fuerte guerrero me cuenta, durante estos meses he descubierto que no es como pensaba, tiene un carácter terrible sí, pero no lo querría de otro modo, esta tierra hermosa también es tremendamente hostil y su gente debe ser fuerte. Es un Laird justo y bueno con su clan, un guerrero que no teme a la muerte por proteger a su pueblo y me siento orgullosa por ello.

Cuando llegamos a un terreno llano cubierto de hierba, Alexander extiende un tartán de su clan y me pide que me siente, deja la gran cesta a mi lado y yo empiezo a mirar que lleva dentro. Sonrió al ver que está llena de todo, un gran trozo de pan, algo de carne, fruta y un delicioso vino, mi esposo ha pensado en todo.

Ni siquiera deja que sirva yo la comida, lo hace él sirviéndome más a mí que a él y eso me conmueve. Él es dos veces más grande que yo pero sabe que con el embarazo estoy comiendo como un cerdo, hablamos e incluso me hace reír, este día lo recordaré toda mi vida, después de la gran comida me entra mucho sueño y como si Alexander pudiera leer mi mente, guarda todo nuevamente y se tumba a mi lado.

— Duerme un rato mujer, los ojos se te están cerrando — dice abrazándome y dándome un beso en la frente yo me duermo con una sonrisa de felicidad en mi rostro.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando siento a mi marido acariciándome y eso, me saca de mi ensueño, giro para quedar cara a cara y no hacen falta palabras, solo con mirarlo a los ojos puedo ver su deseo por mí y el mío se enciende para corresponder al suyo.

Pronto estamos los dos desnudos y hemos recorrido nuestros cuerpos con besos y caricias, yo no resisto más, necesito que mi guerrero me haga suya...

— Alexander, por favor — suplico temblorosa

El me besa una vez más y se aparta y yo no sé lo que eso significa...

—Súbete encima de mí Brianna, no quiero hacerle daño al niño ni a ti —me pide deseoso, ahora entiendo, aún preso del deseo se preocupa por nosotros,

sonriendo vergonzosa me subo en sus caderas y cojo su dura erección que hace que mi marido gruña como un animal herido y voy bajando despacio para acostumbrarme a su gran tamaño.

Gimo sin poder evitarlo porque en esta postura lo siento más en mi interior, él no deja que sea yo la que mande, me coge por las caderas y empieza a moverse dentro de mí. Se mueve despacio disfrutando del placer, pero cuando ya nuestros cuerpos no pueden más y solo buscan llegar al éxtasis completo, sale y entra fuertemente y eso me encanta, sentirlo tan dentro de mí me enloquece, Grito sin poder ni querer evitarlo, miro su rostro y está cerrando sus ojos y mandíbula fuertemente eso significa que está aguantando por no llenarme ya con su simiente.

— Esposo ya no puedo más — gimo yo pidiéndole que acabe con este dulce tormento.

Se incorpora un poco para quedar sentado y me besa ferozmente sin dejar el ritmo demoledor y nuestro clímax llega a la vez para los dos, yo grito fuerte su nombre y él me aprieta fuertemente gimiendo el mío entre dientes.

Caigo rendida encima de su gran pecho, y nos quedamos así algún tiempo pero todo lo bueno no puede durar para siempre y sé que Alex, debe volver a sus obligaciones, aunque lo entiendo no me gusta, me estoy volviendo una esposa celosa pienso regañándome a mí misma.

— Esposa debemos volver — dice sin muchas ganas acariciando mi espalda desnuda, ya no me molestan mis cicatrices.

— Lo sé Alex — le beso su pecho y me ayuda a levantarme.

Volvemos sin prisa al hogar, no quiero que acabe este día, nuestras sonrisas reflejan nuestros sentimientos. Alex me enamora cada día un poco más y tengo miedo que todo esto no tenga un final feliz, porque aún tengo muy presente la amenaza de Isabella. Tengo pesadillas con ella, en algunas me mata a mí y a mi bebe, en otras, es Alexander el que muere y yo despierto aterrada y sin poder volver a conciliar el sueño. Intento apartar todos esos pensamientos de mi mente, ella ya está fuera de nuestras vidas para siempre y ya no puede hacernos daño.

O eso pensaba hasta que al cruzar el portón, veo a una mujer sobre un caballo

desmontando con agilidad, y no es otra que Lady Isabella. Miro a mi esposo con enojo sin poder evitarlo, él también la ha visto y su semblante es temible, eso me tranquiliza un poco, significa que él no la ha mandado venir. Siento rabia y temor, ¿jamás me libraré de esta maldita mujer? ¿A qué ha venido? Miles de preguntas llenan mi cabeza, y la felicidad que sentía hace unos momentos ya no existe, Alex aprieta mi mano como si supiera mis pensamientos y sé que lo hace para tranquilizarme.

— ¿Qué demonios haces aquí Isabella? — pregunta Alex.

— ¿Pero, qué recibimiento es este Alex? — pregunta ofendida — ¿Así recibes a una vieja amiga? — sonrío.

Yo no digo nada, ¿qué puedo decir? Lo único que deseo es que desaparezca de mi vista para siempre, pero parece que eso es imposible.

— Déjate de tonterías, ¿qué quieres? — vuelve a preguntar, sin seguirle el juego.

— Querido, como no contestas mis cartas me he visto obligada a venir, ¿te olvidas que además de amantes, tú me ayudabas con las cuentas de mi clan? Soy una completa inútil en esos menesteres y lo sabes Alex — dice intentando dar pena, ¿lo está consiguiendo? No puedo leer nada en la expresión de mi esposo.

— Puedo enviarte a Ian, él es también muy bueno con las cuentas — intenta tener el menor contacto con ella y eso hace que me relaje.

— ¿Esta inglesa ni siquiera te deja hacer tus obligaciones como Laird? — pregunta burlona.

— Mi esposa no me prohíbe nada Isabella, y te recuerdo que tu clan nada tiene que ver con el mío — puedo sentir que empieza a enfurecerse, porque aún no ha soltado mi mano y está apretando demasiado fuerte.

Esa respuesta junto con nuestras manos unidas la enfurece, me mira con odio, creo que si tuviera una espada a mano me mataría sin dudar.

— Dices que no desatiendes tus obligaciones para con tu gente, pero no estabas aquí cuando llegué, ¿acaso llevaste a tu mujercita a nuestro lago? — mi cara palidece al oír sus palabras y puedo ver su mirada de triunfo.

Me suelto bruscamente de su mano, lo miro dolida y furiosa a la vez, ¿tiene

que restregarme siempre su amor por ella?, no quiero ni verle ni escuchar sus inútiles disculpas, paso casi corriendo por el lado de ellos y los dejo solos.

— ¡¿Por qué demonios no te callas Isabella?! —grita Alexander — ¡Brianna! —grita mi nombre, pero no voy a pararme, no voy a esperar por él.

Entro y subo las escaleras lo más rápido que me permite mi vientre hinchado, al llegar a mis habitaciones, cierro de golpe la puerta no quiero que nadie me moleste, mis pensamientos se ven interrumpidos por un fuerte dolor que hace que me doble gimiendo. Ahora estoy asustada. ¿Algo, le pasa a mi bebé?...

—¡Marie! —grito desesperada — ¡Marie! —vuelvo a gritar al notar un líquido bajando por mis piernas.

— ¡Mí Señora! —grita al ver mi estado, ella comprende que algo pasa con mi bebé y grita pidiendo ayuda — ¡Laird! ¡Laird!...

Sale corriendo dejándome sola y llorando del dolor y de miedo.

¡Qué no le suceda nada a mi bebe por favor...!

Ross—Shire, Escocia 1462

(Alexander Mckenzie)

Hace años que no siento está tranquilidad y felicidad, ver a mi pequeña esposa con su vientre hinchado por mi simiente me enorgullece, con el paso del tiempo había perdido las esperanzas de ser padre ya que Isabella pensaba que no podría tener hijos y yo me había resignado, pero hasta este momento, no sabía lo que me estaba perdiendo.

Ver a Brianna dormir entre mis brazos me da tanta paz, saber que poco a poco, voy ganando su confianza cuando creí imposible tal cosa me hace tener esperanza, esperanza en que algún día pueda entregarme su corazón, esperanza de ser una gran familia y ver a nuestros hijos y nietos crecer.

Mi cuerpo es traicionero y mi miembro empieza a cobrar vida, aún estando

embarazada me vuelve loco, no puedo evitar hacerla mía una vez más, cuidando de no dañarla a ella ni a mi hijo. Cuando nuestros orgasmos llegan, su cuerpo pequeño y sudoroso cae sobre mí, solo puedo abrazarla a mi pecho y sentir que es aquí a dónde pertenece, que ella nació para ser mi esposa sin importar que nuestros caminos se cruzaran por obligación y que nuestro comienzo fuera horrible y mis faltas siempre vayan a acompañarme.

— Esposa debemos irnos — aunque no deseo hacerlo, mis deberes como Laird no los puedo olvidar.

— Lo sé Alex — me besa el pecho haciendo que mi piel se estremezca.

Nos vestimos y cogidos de la mano emprendemos el camino de vuelta a casa, a nuestro hogar.

No puedo evitar sonreír al ver su hermosa sonrisa y su felicidad, pero lo bueno no dura para siempre y al cruzar el portón reconozco enseguida a mi ex amante desmontando de su caballo, ¿qué demonios hace aquí? Creí que fui muy claro cuando le dije que todo había acabado entre nosotros hace mucho tiempo, que nuestra amistad podía continuar pero que no volviera por mis tierras para no afectar a mi esposa. Parece que cree que puede desobedecerme sin consecuencias, lo que ella no sabe es que por proteger a mi mujer e hijo, soy capaz de cortar todos nuestros lazos sin dudarlo.

—¿Qué demonios haces aquí Isabella? — pregunto sin cortesía.

Puedo ver el dolor en sus ojos, lo que trata de ocultar rápidamente —¿Pero qué recibimiento es este Alex? — intenta sonreír —¿Así recibes a una amiga?

— Déjate de tonterías, ¿a qué has venido? — puedo notar la tensión en el pequeño cuerpo de mi esposa.

— Como no contestas a ninguna de mis cartas, me he visto obligada a venir — pone como excusa a su clan, ¿desde cuándo se preocupa por ellos?

Intento que se marche pero ella tiene otras ideas, puedo verlo en sus ojos, ha venido para obtener una pequeña venganza y sabe que Brianna, es mi punto débil.

Cuando mi esposa escucha sus envenenadas palabras, suelta mi mano de golpe y se marcha lo más rápido posible y aunque la llamo a gritos no sé detiene.

—¿Por qué demonios has dicho eso Isabella?! — grito furioso, aunque sé muy bien por qué lo ha hecho, por celos, por rabia, por maldad.

— No he mentado Alex, si tu mujer es tan sensible... — dice con sorna y yo estoy tentado a retorcerle el pescuezo.

— Quiero que te largues de mis tierras Isabella, no estás respetando tu palabra — le ordeno entre dientes.

— Te dije que no te dejaría escapar Alex, has sido mío por años, no voy a rendirme — me amenaza con rencor en sus ojos.

Escucho gritos que provienen del castillo y me pongo alerta buscando el posible peligro...

—¡Laird! ¡Laird! — veo a Marie salir corriendo a mi encuentro, yo ya he dejado atrás a Isabella y llego al lado de la criada.

— ¿Qué ocurre Marie? ¿Y mi esposa? — exijo saber empezando a sentir miedo.

— La señora está de parto Laird — dice apresurada.

Un estremecimiento me recorre la espalda, ha llegado el momento, mi hijo está en camino, doy ordenes de que traigan enseguida a la partera, me encaminó deprisa al encuentro con Brianna en estos momentos me necesita.

— ¡Márchate Isabella y no vuelvas por aquí! — le digo cuando recuerdo que la tengo detrás.

— Espero que el bastardo de tu hijo y esa maldita inglesa, se mueran — desea siseando y yo ya no me contengo más y la cojo por el cuello apretando en demasía, lo sé porque no puede respirar.

— No vuelvas a desear la muerte a mi familia o la tuya llegará antes de tiempo — la suelto y cae de rodillas tosiendo en busca de aire.

La dejo dónde está y no vuelvo la vista atrás solo quiero llegar al lado de Brianna y saber que todo está bien, subiendo las escaleras puedo escucharla gemir intentando acallar sus gritos, cuando entro en la habitación Marie ya la tiene acostada en la cama y está todo preparado para que la partera empiece a ayudar a mi esposa a traer a mi hijo al mundo, ¿por qué no llega? La mataré si no llega enseguida, estoy a punto de gritar a alguno de mis hombres para que la traigan de los pelos si es necesario cuando entra corriendo, al ver a mi

mujer resoplando y bañada en sudor, sabe que no queda mucho tiempo.

— Traed agua hirviendo, paños, y el mejor whisky que tengáis — ordena mientras se acerca a Brianna.

Mi mujer vuelve a gemir cuando la partera se coloca entre sus piernas y sus manos se pierden entre ellas, parece que quiere, ¿examinarla? No tengo ni idea de que tengo que hacer he visto cuerpos mutilados en el campo de batalla, por mi mano incluso, he visto ríos de sangre, pero no soporto el dolor de ella, no soporto saber que no puedo aliviar su dolor y por primera vez le temo a la muerte. La muerte de Brianna y mi hijo.

Ojalá el bastardo y tu maldita inglesa, se mueran...

Escucho una y otra vez a Isabella deseándoles la muerte, y no soy capaz de reaccionar.

— ¡Alexander! — —grita mi mujer cuando un nuevo dolor la atraviesa, yo corro a su lado y agarro fuerte su mano, como si así pudiera darle parte de mi fuerza, como si así mantuviera a raya a la muerte.

— Se fuerte esposa, ¡resiste! —le intento infundir valor, tiene que superar está prueba.

(Brianna Mckenzie)

¡Resiste!, ¡resiste...!, ¡resiste...!, solo un empujón más...

Eso llevo escuchando por horas, ya no siento mi cuerpo, solo siento dolor, estoy agotada y soy presa del terror más absoluto, no voy a ser capaz de conseguirlo.

— Vamos señora, empuje con fuerza, ¡ya veo su cabeza! — me alienta la partera.

Empujo con la poca fuerza que me queda, siento como si mi cuerpo estuviera partiéndose por la mitad, la presión en mis partes es insoportable, ya dejé de sentir las manos de la mujer que está intentando que mi hijo llegué a este

mundo.

— ¡Ya casi está fuera mí Señora! ¡Un último empujón! —grita.

—¡No puedo más maldita sea! ¡Mckenzie mátame y acaba con está tortura!
— grito ya sin importar que me escuchen hasta en Edimburgo.

— ¡Ahorra esa fuerza para sacar a mi hijo de tu interior Brianna! ¡Vamos, eres una Mckenzie, y las Mckenzie, no sé rinden! —ordena a gritos igual que yo.

Por una vez le obedezco y concentro todo el dolor y la rabia que siento en un último empujón que hace que la cabeza de mi bebé al fin salga y yo grito entre adolorida y aliviada, empujo una vez más y siento como sale de mí quitándome toda la presión y dolor, lo escucho llorar y lloro a la vez, por haber conseguido traerle al mundo sano y salvo.

—¿Qué es? ¿Está bien? — pregunto asustada.

— Es una niña, Laird — dice como disculpándose, y mi felicidad disminuye un poco, sé que he fracasado, he fallado a mi esposo.

La partera la pone en mis brazos y por primera vez puedo ver su rostro, su piel es blanca y su pelo es negro como el de su padre solo quiero ver sus ojitos, saber si son verdes como los míos o azules como los de Alex... Alex...

Lo miro y él está mirando a la pequeña personita que hemos creado juntos, no puedo adivinar lo que siente, no puedo leer nada en sus ojos, no sé si está feliz o enfadado.

— ¿Alexander? —pregunto asustada.

Él no dice nada y a mi ya no me quedan fuerzas, me siento mareada, noto mis piernas temblar y veo como la partera me mira preocupada y asustada, ¿por qué?

— Laird — le llama susurrando.

Mi marido deja de observarnos y se acerca, no puedo escuchar mucho ya que estoy medio inconsciente, noto como me apartan de mi pequeña e intento despejar la niebla que me abruma.

— Valentina, ¿dónde os lleváis a mi hija? — pregunto entre balbuceos.

— Tranquila van a limpiarla, ella está bien — ¿ella? No es capaz de decir el

nombre de su propia hija.

Siento como la vida se me escapa, ¿voy a morir? las lagrimas fluyen al pensar que nunca conoceré a mi hija, que la dejo sola en este mundo con un padre que no siente nada por ella, eso no lo puedo permitir.

— Alex..., lo siento... — el frunce el ceño sin entender — No la odies..., por favor, si no la quieres, envíala con mi familia — ruego con las pocas fuerzas que siento.

Él me mira extraño y no sé a qué se debe, me estoy muriendo, ¿ni siquiera siente un poco de pena?

—¿De qué estás hablando mujer? Mi hija es una Mackenzie y vivirá aquí — sentencia pero eso no me tranquiliza.

— Me estoy muriendo Alexander, y quiero que me jures que mi hija no sufrirá, deseo que se crié con mi familia, no deseo tu odio y el de Isabella destruyéndola — no sé de dónde he sacado aliento para enfrentarlo, supongo que mi amor por mi pequeña está haciéndome fuerte.

— No estás muriéndote Brianna — su voz suena extraña —, solo estás cansada, tú no puedes morirte —ordena.

— Ojalá fuera solo cansancio esposo, pero ya no siento mi cuerpo —digo sin ocultar mi miedo.

— ¡No vas a morir! ¿¡Me escuchas, Brianna?! —grita.

— Yo y todos Alexander, incluso quieres ordenarme cuando debo morir, eres muy mandón — sonrió cerrando los ojos, solo quiero dormir pero tengo miedo de no despertar jamás.

— ¡Laird, no deje que se duerma! — escuchó una voz lejana.

— ¡Brianna! ¡Brianna! — me llama pero yo solo quiero descansar, solo un rato...

(Alexander Mckenzie)

— ¿Cómo qué no sabes si va a despertar? — grito, y la partera se aleja de mi asustada.

— Laird su esposa a perdido mucha sangre, ha sido un parto difícil y ha durando horas, ella es pequeña y frágil, su cuerpo no ha resistido. Ahora lo único que nos queda es rezar, si pasa de esta noche, podré darle más esperanzas — pero noto por su tono de voz que no cree que Brianna vaya a volver con nosotros.

— La niña necesita alimentarse Laird, ya que su madre no puede hacerlo, deberéis buscar leche de vaca.

Mi hija Valentina, como Brianna me ha pedido que la llamemos, sé que mi esposa cree que no la quiero, ya que no es un niño y yo también pensaba que no me interesaría si fuera mujer. Pero al verla, no pude evitar entregarle mi corazón y juro protegerla con mi vida, es mi niña, sangre de mi sangre y aunque Brianna no llegue a despertar seré yo quien la crie.

— Ordena a Marie que traigan la leche que necesite, yo no voy a separarme de mi esposa — digo sin mirarla, solo la observo a ella, esperando que abra sus preciosos ojos otra vez, cuando estoy solo en la habitación siento que puedo ser yo mismo con mi mujer.

—Brianna debes despertar, ¿me escuchas? ¡Maldita sea! No puedes dejarme solo con una niña —digo asustado.

Está pálida, sudorosa y apenas respira, he visto a la muerte muchas veces y sé que la suya está cerca, la rabia y el coraje me hacen reaccionar y actuó, no pienso dejarla morir.

Lo primero que hago es limpiarla y cambiar su camión lleno de sangre, al moverla me doy cuenta que no ha dejado de sangrar y eso me asusta, no puede seguir perdiendo sangre, ¿por qué la maldita partera no hace algo?

La llamo a los gritos y aparece mirando asustada a mi mujer, esperando que su muerte sea la causa de mis gritos.

— ¡Haz algo para que deje de sangrar! —ordeno.

— Ya lo hice mi Señor, pero no ha dado resultado por lo que veo, aunque sí ha disminuido el flujo — se acerca y le toca la frente—, ha empezado la fiebre.

— ¿Qué significa eso? — pregunto, sin querer saber la respuesta.

— Significa mi Señor, que más valdría que ordenarais venir al sacerdote, la señora no pasara de esta noche — dice en voz baja.

No puede ser, no mi Brianna, ella no puede irse...

Es demasiado joven, ¡no lo permitiré!

Hago lo que me pide la partera y espero a su lado...

Espero un milagro... Brianna no me dejes..., no ahora.

—Te amo esposa y no puedes abandonarme — digo en su oído, solo para que ella me escuche

No me dejes por favor...

Ross—Shire, Escocia 1462.

(Alexander Mackenzie)

No me he separado de Brianna en toda la noche, la fiebre la ha hecho delirar durante horas, gritaba de terror, me llamaba a gritos y yo solo podía aferrarme a ella e intentar calmarla. Por unos minutos pensé que su vida había acabado, dejó de moverse, incluso parecía que no volvería a respirar, pero cuando ya estaba llamándola a gritos y abrazando su cuerpo laxo fue como si su alma volviera a ella. Respiró una bocanada de aire, incluso abrió sus ojos y me miró, se tranquilizó y diciendo mi nombre volvió a dormir, ya más calmada y sin fiebre tan alta.

Ahora ya despunta el alba y solo pido a los Dioses que no sé la lleven, no cuando a luchado tanto por permanecer a nuestro lado.

— Brianna, despierta ya ha salido el sol — susurro.

Sigue sin contestar, sin despertar, pero está viva ha pasado la noche y sigue respirando, ¿eso es bueno? La partera dijo que no pasaría la noche y lo ha conseguido, ¿significa eso que no va a morir? Está incertidumbre está acabando conmigo, el enemigo que quiere arrebatarme a mi mujer es algo contra lo que no puedo luchar, mi espada no puede protegerla.

— Mi Señor, la partera quiere ver a la señora — me informa Marie, que tampoco dormido nada está noche, se negaba a abandonar a su Señora, es fiel y leal a ella y se ha ganado mi respeto y su puesto permanente en mi hogar.

— Dile que pase — ordeno, la veo entrar y parece sorprenderse al ver a Brianna aún con vida, ¿está mujer empieza a desesperarme!

— Haz tu trabajo partera, por ahora ha sido bastante deficiente — gruño la

orden.

Ella se acerca y busca signos de sangrado, durante la noche Marie también lo ha hecho y sé que ahora sangra con normalidad, la fiebre ha bajado y ella sigue aquí, para mí eso es lo importante.

—La señora a mejorado, Laird — confirma algo que ya sé — cuando despierte estará débil, debe guardar reposo y tomar estas hierbas, la niña está bien, mi trabajo aquí a terminado, buena suerte Señor — desaparece rápidamente, está mujer nunca me mira a los ojos, ¿por qué? ¿Esconde algún secreto?

Dejo de pensar porque me ha parecido escuchar un suave quejido, miro a mi esposa y parece fruncir el ceño, mi corazón se desboca y me apresuro a su lado.

—¿Brianna? — la llamo —¿Me escuchas mujer? — ella intenta abrir los ojos...

Cuando lo consigue, mi corazón que había estado encogido de temor vuelve a latir normalmente, siento que puedo volver a respirar con tranquilidad sabiendo que mi esposa está fuera de peligro, ha regresado con nosotros.

— ¿Mi hija? — susurra nerviosa — ¿Dónde está mi hija, Alexander?

Intenta incorporarse pero su cuerpo aún no sé a recuperado de la labor del parto, yo la sujeto e intento tranquilizarla.

—Brianna escúchame, Valentina está bien — intento que me escuche y que se calme, pero sé que no lo hará hasta que vea con sus propios ojos que nuestra hija está sana y salva.

—¿Marie! — llamó a la criada que se está ocupando con tanto celo del cuidado de mi hija como siempre ha hecho con mi esposa, a nadie más le confiaría su cuidado.

—Mi Señor, ¿ocurre algo? — entra rauda y asustada, pero al ver a su Señora despierta, empieza a llorar aliviada — ¡Gracias a los Dioses mí Señora está bien! — se acerca al lecho y mi esposa le brinda una bella sonrisa de felicidad al ver el amor que le profesa Marie.

— Si Marie, tu señora ha vuelto de entre los muertos y deseo ver a mi hija — le pide y Marie sale del cuarto para cumplir su deseo.

Nos quedamos solos otra vez y ella me mira intentando descubrir que es lo que siento por nuestra hija, ¿tan despiadado me cree? ¿Cómo no sentir amor por alguien que es sangre de tu sangre?

— Brianna no te odio a ti, ni a nuestra hija — intento tranquilizarla.

— Sé perfectamente que he fallado milord — ni siquiera me mira.

— Para mí, que me des una hermosa y sana hija no es ningún fallo Brianna, te prohíbo que hables así de nuestro bebé — ahora si me estoy enfadando.

Me mira sin poder creer mis palabras, tan distintas de las que esperaba de eso estoy seguro, pero finalmente sonrío y suspira con alivio.

— Gracias Alex — y por primera vez desde que ha despertado, la veo tranquila y con un brillo de felicidad en la mirada, me siento tan aliviado que no me contengo más y la beso apasionadamente, ya que hace demasiado tiempo que mis labios no rozan los suyos.

La puerta se abre y finalmente aparece Marie con nuestra pequeña dormida en sus brazos, y Brianna al verla, rompe a llorar, sé que es de pura dicha, al coger en sus brazos por primera vez a su hija no sabe si reír o llorar.

—Mi niña, mi preciosa Valentina — no para de besarla y acariciarla, asegurándose que tiene todos sus deditos.

— Valentina Mckenzie — añado yo orgulloso.

Los dos sonreímos y pasamos largo rato observando a la pequeña criatura que hemos creado juntos.

Mi esposa aún está débil pero decidida a recuperarse lo más rápido posible por el bien de su hija como dice ella, está llena de orgullo y pretende criarla sin ayuda a lo cual yo me opongo, debe tener una niñera.

Al fin llegamos a un acuerdo, Marie será la niñera de Valentina y será la sirvienta personal de mi esposa, cuando le dimos la noticia, rompió a llorar y no podía parar de agradecernos tal honor. Es una buena escocesa y muy trabajadora, sé que le será leal a mi esposa y a mi hija hasta el día de su muerte.

He conseguido mi propósito y mi mujer está radiante de felicidad, ni durante estos meses la había visto así de contenta y con ese brillo en sus hermosos ojos, la llegada de Valentina ha supuesto un nuevo comienzo en nuestras

vidas, algo me dice que esta señorita dará que hablar toda su vida, y no podía ser menos siendo hija del Laird Mckenzie.

(Brianna Mackenzie)

Siento mi cuerpo dolorido, mis ojos pesan y no consigo abrirlos, escucho murmullos, y la voz grave de mi esposo.

Llevo largo rato escuchándolo como si estuviera lejos de mí, me ordena que despierte, me súplica que no los abandone, ¿a quién se refiere? Estoy confundida, me siento agotada, sólo deseo dormir y mi mente así lo cree pues vuelvo a sumirme en la oscuridad.

Noto mi cuerpo arder en llamas, tengo mucha sed, no sé que me ocurre, estoy aterrada, ¿¿dónde está, Alexander?! ¿¿Dónde está mi hija?!

Lo llamo a gritos y parece que nadie me escucha, necesito a mi esposo, necesito que me diga que me ocurre, ¡quiero tener a mi hija en brazos!

Vuelvo a perderme en el sueño, percibo como alguien sostiene mi mano, siento la frescura del agua en mi piel aliviando el ardor que me quema, oigo a mi esposo susurrar mi nombre, está llamándome y puedo notar sus, ¿lágrimas? en mi mano.

—¡Brianna ya salió el sol, despierta! — esa orden hace que por fin, pueda abrir mis pesados párpados.

A mi lado tengo a mi esposo, parece que viene de la guerra, se le ve cansado, necesita un aseo urgente pero eso me demuestra que no sé ha separado de mi lecho desde que empecé con la labor de parto.

—¿Mi hija? — pregunto nervosa — ¿Dónde está mi hija, Alexander?

Alex me calma asegurándome que nuestra hija está en perfecto estado, y manda a Marie a por ella, yo no sé cómo se lo ha tomado y eso me pone nerviosa, no sé cómo actuar, el Alexander de hace unos meses hubiera sido capaz de cualquier cosa después de que yo fallara a la hora de darle un

heredero. Rezo porque su cambio se demuestre una vez más, en estos momentos.

—No te odio Brianna, ni a nuestra hija — dice seriamente y veo en sus ojos que no me está mintiendo.

—Sé que he fallado milord — aún no estoy muy convencida de sus palabras.

Me ordena que jamás dude, que nuestra hija sea un orgullo para él, y por fin mi corazón se libra de una pesada carga.

Cuando la puerta de la habitación se abre y puedo ver una cosita pequeña en brazos de Marie, mis ojos desbordan otra vez lágrimas. Cuando la tengo en mis brazos y me mira con sus preciosos ojos, siento por primera vez lo que es el verdadero amor, por esta pequeña criatura soy capaz de dar la vida, de pactar con el mismísimo diablo para que ella no sufra ningún mal y sé que la amaré y protegeré hasta mi último aliento.

—Mi niña, mi preciosa Valentina — no puedo parar de besarla y acariciarla.

— Valentina Mckenzie — dice muy orgulloso mi esposo.

He podido negociar con el acerca de que mi pequeña tenga una niñera, y solo confío en que sea Marie, mi dulce y fiel Marie que rompió a llorar cuando le dimos la noticia de que a partir de ahora ella sería mi sirvienta exclusiva y niñera de mi hija, para ella es un gran honor, esas fueron sus palabras.

Alexander me cuenta que he estado a punto de morir, han pasado dos días en los que no despertaba y la fiebre se había hecho presa de mi, la partera dijo que no pasaría de esa misma noche y se equivocó, Dios aún no me ha llamado a su lado y espero que falte muchísimo tiempo, Deseo ver a mi hija crecer y convertirse en una hermosa y valiente mujer, y también quiero tener más hijos a los cuales adorar con toda mi alma.

Aún me siento débil por eso mi esposo a ordenado que me traigan algo de comer, debo reponer fuerzas si quiero poder levantarme de esta cama pronto.

—Alexander, ¿crees qué tu gente está decepcionada por la llegada de Valentina? — ese es otro de mis temores, no quiero que ella viva rodeada de odio y desprecio.

— Brianna, todo hombre desea un heredero, pero no sé de dónde has sacado que en mi patria no deseamos hijas, nadie se atreverá jamás ni siquiera a

hacer que mi hija suelte una lágrima, se le tratará con el debido respeto, ¡es una Mckenzie, mujer! — parece un poco desesperado por hacerme entender.

—Entiendo.... — digo en voz baja, avergonzada por tales pensamientos.

— No te hemos tratado bien, ¿verdad? Yo el primero, ni siquiera he sido capaz de ordenar que se te traten con respeto, pero eso va a cambiar, te lo aseguro — besa mi frente y me ordena que duerma un poco y la verdad es que lo necesito.

Estoy agotada pero mi mente se niega a descansar, recuerdo las duras horas de parto, recuerdo cuando escuche por primera vez el llanto de mi pequeña, y también recuerdo estar al borde de la muerte. Por un momento pensé que no despertaría, ahora sé que tengo mucho por hacer en este mundo.

Lo que más intranquila me tiene es la visita de Isabella, no pude pedirle una explicación a mi esposo porque Valentina decidió que era hora de conocernos, pero no pienso dejar el tema.

Pensaba que el contacto con él era nulo, sin embargo según dijo ella aún se escriben, no me trago el cuento de que necesita a Alex para que le ayude, ella no va a rendirse y no va a desaparecer. Ahora la amenaza que me hizo cobra más fuerza, no tengo miedo por mí, sino por mi hija, esa mujer es el demonio y sé que atacará dónde más me duela, y si algo le pasara a Valentina, yo moriría.

Creo que ha llegado la hora de hablar con mi marido, no dije nada en su momento, pero ahora la vida de mi hija corre grave peligro y eso no lo voy a permitir, si debo matar a Isabella lo haré, y si por ello me condeno al infierno, que así sea...

Nadie va a dañar a la persona que amo más que a la vida misma...

Ross—shire, Escocia 1462.

(Valentina Mckenzie)

Querida madre mi dicha es inmensa, felicidades ya eres abuela.

Valentina McKenzie nació hace una semana, no he podido escribirte antes ya que estaba recuperándome, el parto fue muy duro y estuve dos días inconsciente. Alexander me dijo que estuve a punto de morir madre, pero no os preocupéis por mí, estoy fuera de peligro, me he levantado ya de la cama, aunque me canso con facilidad.

Tu nieta es una niña tranquila, solo duerme y come, aún no puedo decir a quién se parece.

Me gustaría veros pronto y que sostuvieras a mi hija entre tus brazos, espero que mi deseo, se cumpla algún día.

Os quiere...

Brianna McKenzie.

Los días pasan raudos, mi hija ocupa todo mi tiempo, aunque siempre consigo pasar unas horas enseñando a Marie a leer y escribir.

Alexander es un buen padre, no sé ocupa de las trivialidades del cuidado de la pequeña, pero al caer la noche, le encanta sostenerla entre sus fuertes brazos hasta que ella tranquilamente, se duerme y la deja en su cuna.

Sé que al igual que yo, daría su vida por Valentina.

Yo estoy aprendiendo a ser una buena madre, sigo mi instinto y beso y abrazo a mi pequeña todo el tiempo, quiero que crezca rodeada de amor como lo hice yo, quiero que al recordar su infancia no todo sea hombres toscos luchando y mujeres atareadas.

Quiero que sea fuerte y valiente como su padre, refinada e inteligente como yo, que sea justa y leal con su clan, sé que llegará a ser una hermosa mujer y nos hará sentir orgullosos de ella. Pero por sobre todas las cosas, quiero que sea feliz, que encuentre la felicidad sola o acompañada, eso no importa, pero que lo haga.

Que luche siempre por lo que desee y jamás se rinda ni se deje vencer por nadie, deseo que Valentina Mckenzie, logré encontrar el verdadero amor, quiero saberla feliz, amada y a salvo de todo mal. Solo así yo moriría tranquila cuando llegara mi hora.

La llegada de mi esposo me distrae de tan profundos pensamientos, lleva en sus manos algo alargado oculto con una tela ¿Qué será?

—Brianna, te he traído un regalo – dice Alex un poco avergonzado ¿Un regalo? En todo el tiempo que llevamos casados no me había obsequiado con ningún presente.

—¿Qué es esposo? – pregunto intrigada, mientras cojo lo que me ofrece.

Al destapar la tela que lo cubre, descubro un puñal precioso, con piedras preciosas en la empuñadura y una inscripción en gaélico que no logro entender.

—¿Es de tú agrado? Todas las mujeres aquí tienen uno, sabes que esta tierra es bella pero a la vez traicionera – me explica.

—¿Por qué ahora? – pregunto.

— Ese puñal debió ser tuyo hace mucho tiempo, era de mi madre – confiesa con avergonzado.

—Entiendo..., gracias Alexander es un presente muy bello ¿Qué significa el grabado? – me intriga no saber qué dice.

— Él, se queda mirándome durante unos segundos, duda y finalmente me responde...

— A su debido tiempo esposa, a su debido tiempo – y se marcha dejándome en la duda, tendré que investigar por mi cuenta si quiero descubrir lo que pone la inscripción.

Le preguntaré a Marie qué significado tiene, no entiendo por qué tanto misterio, odio no saber el idioma de mi esposo, pero eso va a cambiar, pediré a Marie que me enseñe a hablarlo.

Mi curiosidad es demasiado grande y voy en busca de mi niñera y amiga, la encuentro en el cuarto de Valentina acostándola para su reposo, cuando ambas quedamos tranquilas, salimos sin hacer ruido y ya en el pasillo le pregunto por la misteriosa inscripción.

Ella me mira fascinada y se niega a decirme que es lo que la hace sonreír tanto, dice que no puede defraudar a su Laird y que si el aún no me lo ha dicho, será por un buen motivo.

La veo marchar para seguir con sus labores y ahora más que intrigada estoy enfadada...

Decido salir a dar un corto paseo mientras mi hija duerme plácidamente, así pierdo el poco peso que aún no me ha abandonado.

Algunas mujeres me saludan con respeto, algo nuevo... Desde que di a luz, he notado algún cambio en esta gente, las sirvientas quisieron servirme a lo que me negué, solo lo haría quién me había sido fiel desde el principio, y esa era Marie.

No me alejo mucho de las murallas del castillo, el lago que lo rodea está calmado, con aguas profundas y oscuras, estoy sumida en mis pensamientos así que cuando escucho la voz de esa persona que quisiera no volver a ver jamás, un terrible escalofrío recorre mi cuerpo.

—Así que, no moriste — dice con un profundo odio en su voz.

Me giro y frente a mí está Isabella, pero me sorprende su aspecto, parece más vieja que la última vez que la vi. Su vestido ha visto mejores días y sus ojos, sus ojos son los que me dan miedo, tiene una mirada desquiciada, como quién ha perdido todo por lo que luchaba y no le importa nada más.

—Siento decepcionarte Isabella, pero estoy viva y no tengo pensado dejar de estarlo — quiero enfurecerla.

—¡Tú y tu maldita hija deberían estar muertas! — grita histérica.

— ¡No te atrevas a nombrar a mi hija! — le advierto empezando a enfurecerme.

— ¡Tu hija! — ríe como loca — ¡Ni eso supiste hacer bien! — escupe con asco.

— ¡Eso es algo que no te concierne maldita zorra! — la tensión entre nosotras se puede cortar con un cuchillo.

— Todo lo que tenga que ver con mí Alexander, me concierne — sonrío.

—¿Tu Alexander? — Pregunto yo incrédula — Él te echo de su lado, cuando yo se lo pedí — ahora es mi turno de sonreír.

— ¿De verdad lo crees? – pregunta.

Ahora soy yo la que empieza a desconfiar, ¿puedo estar segura de que mi esposo me ha dicho la verdad?

—Deja tus intrigas para alguien que te crea Isabella, yo sé de lo que eres capaz, eres una embustera – no voy a dejarla ganar.

— Puede que este mintiendo, puede que no, eso no lo puedes saber, ¿verdad? – pregunta burlona.

— ¡Fuera de mis tierras Isabella McLeoud! – ordeno perdiendo la poca paciencia que me queda.

—¡Tú no eres nadie aquí sassench! – Destila odio – Acuérdate de lo que te dije, lárgate o tu hija pagará las consecuencias – ha vuelto a amenazarme, pero esta vez ha cometido un grave error.

—¡Ni siquiera pienses que dejaré que te acerques, antes te mato! ¡Lo juro por Dios! – le grito, presa de la rabia y el miedo a que pueda cumplir su amenaza.

No sé qué demonio se apodera de mí, pero recuerdo la daga que Alex me ha obsequiado hace un rato, la sacó de su escondite y se la muestro, a ella le cambia el semblante, pierde el poco color que tenía y me mira horrorizada.

— ¿De dónde has sacado la daga de la madre de Alex? — pregunta aún sorprendida, yo la verdad no entiendo tanto revuelo.

— Él mismo me la ha regalado hace un rato — respondo orgullosa.

—¡Mientes! — grita y se abalanza sobre mí, grito y me apartó de su camino, pero estoy en guardia.

— ¡Déjate de estupideces Isabella, solo te mostré la daga para advertirte una sola cosa, si osas acercarte a mi hija, no dudaré en matarte con ella, juro que eso no pesará en mi conciencia!

—¿Tú, matarme a mí? — ríe sin parar, y siento las ganas irrefrenables de abofetearla para que se calle.

— Sí, te mataré, porque mi hija es la única persona que amo más que a nada en este mundo, si debo condenarme al fuego eterno por ella, lo haré gustosa.

Ella me mira casi sin pestañear, parece impresionada y no entiendo el por qué.

— En verdad amas a esa mocosa que no sirve para nada — dice como si no pudiera entenderlo.

— Es mi hija, sangre de mi sangre, no amarla sería contra natura Isabella, aunque tú no entiendes nada, claro, eres el mismo demonio echo mujer — escupo yo con asco.

Vuelve a reír, cada vez me convence más que ha perdido la razón.

— Claro que no me importa ningún hijo y menos una hija, recuerda que aborté a mi propio hijo, y no me pesa. — parece orgullosa de ello y yo no puedo más que sentir repulsión.

— ¿Y el bebé qué perdiste al caer por las escaleras? — se la respuesta, pero quiero escucharlo de sus labios.

— Bien sabes que no había ningún mocoso creciendo dentro de mí, estúpida — sonrío como quién no tiene nada que temer.

— ¿No temes qué le cuente a Alexander? — pregunto dudosa.

— ¡No, porque no voy a dejar que vuelvas a la fortaleza! — dice muy segura, y mis sentidos se activan.

Sin darme tiempo a reaccionar, vuelve a abalanzarse sobre mí, esta vez sí me tira al suelo, ella cae sobre mí dejándome sin aire y empieza a estrangularme, intento quitármela de encima, pero tiene una fuerza sobrehumana a mi parecer.

Cuando ya estoy casi a punto de perder la conciencia, busco la daga que tenía entre las manos, rezando porque no cayera muy lejos, Dios me escucha pues la tengo al alcance de mi mano derecha. La cojo y sin saber dónde va a alcanzarle muevo el brazo lo más rápido y fuerte que me permite mi estado.

Escucho un grito y siento que su peso me abandona, intento recuperar el aliento sin poder moverme, cuando lo hago la busco y la encuentro no muy lejos de mí, tapándose la mejilla de dónde mana sangre sin parar. Me asusto, pero lo único que he hecho es defender mi vida, ella estaba dispuesta a matarme.

Cuando ve que me levanto me mira, al apartarse la mano puedo ver bien el motivo de tanta sangre, me horrorizo y no puedo evitar una arcada, mi daga le ha cruzado toda la mejilla. Desde debajo del ojo hasta su barbilla, es una

herida espantosa, y por un momento siento remordimientos, he desfigurado a una mujer hermosa, pero terriblemente malvada ¡Señor, perdóname!

— Pagarás lo que me has hecho maldita inglesa — jura y yo la creo.

— ¡Tú me has atacado primero!

—¿A quién crees que Alex va a creer? — dice sonriendo mientras se levanta despacio.

Estoy tan confusa y asuntada que no veo que ella lleva en sus manos un gran palo, cuando me doy cuenta es demasiado tarde, ella ya me ha golpeado.

Caigo como peso muerto y antes de que la oscuridad me lleve, solo pienso en Valentina, mi pequeña bebé, indefensa ante tal demonio.

<<Alex, no creas nada de lo que está bruja pueda decir... protege a nuestra hija>>

Ross—Shire, Escocia.

(Alexander Mckenzie)

Llevo desde el amanecer entrenando a mis hombres, decido dar por terminado el duro entrenamiento, después de dar varias órdenes a Ian, me dispongo ir al lago a darme un baño, y quitarme el sudor de la lucha.

Desde que estoy casado, me preocupo por tonterías, tales como el baño, maldita mujer, pero no puedo evitar sonreír como un muchacho estúpido.

El agua helada me lava el sudor y la tierra del cuerpo, salgo raudo y me visto con mi tartán solamente, recojo mi daga y mi espada que siempre me acompañan y me dirijo de nuevo a mi fortaleza, tal vez vaya a visitar a mi mujer, me apetece retozar un poco con ella.

—¡Alexander! ¡Alexander! — escucho a una mujer gritar mi nombre, como

si la vida le fuera en ello..., esa mujer parece Isabella.

¿Qué quiere? Creí ser bastante claro cuando le dije que todo había terminado, el día que deseó la muerte a mi hija y mi mujer.

Cuando la veo me quedo inmóvil, está empapada en sangre y no sé de dónde procede, su cara está hinchada, sus ropas ensangrentadas, corro a su encuentro.

—¿Quién se atrevió a herirte?! — grito furioso, ¿quién se atreve a atacar a mujeres en mis tierras?

— ¡Tu loca esposa! — grita llorando y sin dejarme ver el daño que tiene en el rostro.

—¿Qué estás diciendo mujer? — ¿Brianna ha sido capaz de atacar a Isabella?

— ¡A querido matarme! — sigue gritando, no logro calmarla.

— No digas estupideces Isabella, ¿por qué querría atacarte Brianna?

—Porque amenace con contarte su secreto — solloza, quitándose finalmente la mano de su cara herida y dejándome ver el daño.

Tiene una gran cortada que va desde su ojo hasta la barbilla, quedará una horrible cicatriz y eso suponiendo que no pierda el ojo.

—¿De qué demonios hablas? ¿Qué secreto? — no entiendo nada.

— ¡Qué tu maldita mujer te engañaba con tu hermano, Alexander, esa es la verdad que ella ha querido que yo no te contara, eso y que esa niña no es tú hija! —escucharla decir esas palabras me duelen, siento furia, me siento traicionado.

— ¡Eso no es verdad!— digo intentando aparentar una seguridad que no siento.

—¡Esa es la pura verdad Alexander, yo misma te dije que los vi besarse, antes de que echaras a James de la fortaleza!

— ¡Valentina es mi hija Isabella! — me niego a creer que esa personita que se ha ganado mi corazón, no sea sangre de mi sangre.

— ¡Si así eres más feliz, adelante ciégate ante la verdad! — dice tranquila, ¿estará diciendo la verdad?

— Vamos a curarte, ¿dónde está mi mujer? — pregunto.

— En el bosque, lo siento tuve que golpearla para evitar que acabará conmigo — dice aparentando arrepentimiento.

Ordeno a dos de mis hombres para que vayan a buscarla, estoy preocupado por ella aunque no lo parezca, pero necesito saber cuánta verdad hay en las palabras de mi ex amante.

Isabella es celosa y vengativa, no sé tomó bien nuestra ruptura, tanto ella como yo, teníamos muy claro que mi matrimonio no cambiaría nuestra relación pero nos equivocamos.

Yo fui el primero en equivocarme, en creer que no podría sentir algo por mi esposa.

Mientras envío a buscar a la curandera, intento parar la hemorragia, casi a dejado de sangrar para cuando llega Clare, como temía debe coser y eso dejará una cicatriz permanente en su rostro, un rostro hermoso que ahora quedará marcado para siempre.

Mientras la curandera acaba su trabajo, llegan mis hombres con mi esposa, parece que está inconsciente, me apresuro a cogerla en mis brazos y llevarla a nuestra habitación.

La dejo lentamente en nuestro lecho, tiene un golpe en la cabeza que ya ha dejado de sangrar pero no sé el daño que ha podido causarle, he visto a hombres no despertar jamás de un golpe en la cabeza, estoy asustado. Por primera vez en mi vida, temo que mi mujer no despierte, y temo que las palabras de Isabella sean ciertas.

No veo más heridas, pero en su blanco y delicado cuello parece que se están formando varios cardenales, según Isabella, tuvo que luchar por salvar su vida, ¿será cierto? Tengo tantas dudas... Sé que mi hermano está enamorado de Brianna, que ella no me ama, no he hecho nada para ganarme su amor, ¿entonces, que les impedía tener una aventura? ¿Quién soy yo para reclamar nada? Yo que le he sido infiel, que la obligué a convivir con mi amante.

Pero la rabia me ciega la mente, ahora mismo la preocupación por Brianna me distrae de toda esa furia que estoy conteniendo, pero si mi esposa despierta deberá darme muchas explicaciones.

Dejo a Marie a cargo de su cuidado y le ordeno que me avise nada más despierte. Necesito que Isabella me dé su versión, necesito saber si todo es

verdad o una mentira inventada para dañarme, ella mejor que nadie sabe que soy orgulloso y que no podría soportar que mi propio hermano me traicionara con mi esposa.

Sé dónde buscarla, en la antigua habitación que compartimos, la curandera ya ha hecho todo lo que ha podido, solo queda esperar que la herida no se infecte.

—Isabella... —la llamo ya que parece dormida. Al oír mi voz, abre sus ojos y me mira, su mirada está perdida y sé que es a causa de lo que la curandera le ha dado para soportar el dolor de la cura.

— Alex... —susurra — Al fin vienes a verme —parece cansada, y para mí es raro verla así, siempre ha sido una mujer llena de vitalidad, desprende una luz al mirarla, aunque ya hace tiempo que no la percibo.

— Sí, han encontrado a Brianna, está inconsciente —ella me mira extraña —, ¿te importaría decirme que ha pasado? — pregunto, intentando mantener la calma.

— Ya te lo dije, tu maldita mujer ha vuelto a intentar matarme, la primera vez consiguió matar a nuestro hijo, y ahora me ha desfigurado el rostro para siempre —me responde, en sus palabras puedo detectar el odio hacia Brianna.

—¿Pero, por qué? — exijo de nuevo, quiero respuestas.

—¡Porque le dije que yo te diría la verdad! — grita presa de los nervios.

—Tranquilízate Isabella —ordeno, no deseo ninguna escena, solo quiero la verdad.

— ¡¿Tranquilizarme?! ¡Tu esposa me ha destrozado la vida, me ha robado tu amor, ha matado a mi hijo y ahora esto! —solloza sin mirarme.

Los remordimientos hacen mella en mí, yo soy el culpable de que estás dos mujeres sean desdichadas, yo debía haber mantenido a Isabella y Brianna separadas, incluso acabar con mi relación antes de casarme, pero lo único que yo conocía del amor, era a Isabella.

La llegada a mi vida de Brianna fue una conmoción, jamás había visto tanta pureza y belleza en una persona tan frágil y orgullosa.

No supe valorar lo que mi mujer podría llegar a ofrecerme, me cegué en mí

odio hacia los ingleses, ella no es culpable de ninguna de las guerras en las que he luchado, dudo que hubiera nacido en la mayoría de ellas y sin embargo, me negué a darle una oportunidad.

Me he convertido en lo que un día tanto odié, me he convertido en mi padre, un hombre que jamás amó a su esposa, mi madre era un ángel, muy parecida a Brianna en espíritu. Ese espíritu que yo he ido apagando.

—Isabella, quiero saber si puedes acusar con pruebas a mi esposa de adulterio — le hablo firme y serio, quiero que sepa que esto no es un maldito juego.

— ¿Pruebas? ¿Ahora no te basta con mi palabra...? ¡Yo misma te dije que los vi besarse y ellos mismos lo confirmaron!

—Pero eso no es prueba suficiente para decir que fueron amantes, y menos para decir que Valentina no es mi hija — me aferro a pequeñas esperanzas.

— Yo, lo vi con mis propios ojos, cuando tú estuviste fuera varios días a causa del consejo, ellos salían a cabalgar cada mañana y tardaban horas en volver. Un día los seguí, no hace falta que te explique qué fue lo que vieron mis ojos. —lo dice mirándome a los ojos, sin dudar, sin vacilar y eso me indica que no miente.

La furia que intentaba contener estalla, golpeo una y otra vez la puerta de la habitación hasta que mi puño traspasa la madera, Isabella no se inmuta, solo me mira seria.

— No te miento Alexander, tú me diste de lado, me apartaste de tu vida, durante todo este tiempo intenté hablar contigo y te negaste, acepta que esa maldita sassenach te ha engañado.

No digo nada, solo salgo de la habitación dando un fuerte portazo que hace que las paredes tiemblen, más vale que Brianna este despierta porque si no, yo mismo la mando al infierno.

Marie viene en mi dirección cuando ya estoy llegando a mi destino.

—Laird, mí Señora ha despertado, desea hablar con usted.

—¡Ya lo creo que lo va hacer!

Entro a nuestra habitación y la veo recostada en la cama, al verme se levanta y corre hacia mí, me abraza, noto que tiembla, está nerviosa y no sé que me

va a decir.

—Isabella intento matarme Alex, ¡está loca! — me dice mirándome a los ojos, en ellos veo lágrimas y miedo.

— Eso, no es lo que ella dice — respondo.

Al oírme decir eso, se aparta de mí...

—¿Está aquí? — pregunta con temor.

—¿Temes qué ella me haya dicho la verdad? — pregunto burlón.

—¿De qué verdad me estás hablando? — hace muy bien su papel.

— Deja de fingir, Isabella ya me ha contado todo, el motivo por el que has intentado matarla — estoy perdiendo la poca paciencia que me queda.

—¿Qué? — grita, en sus ojos puedo ver su furia — ¡Yo no he intentado matar a esa zorra! ¡Ha sido ella Alexander!

— ¿Qué motivos puede tener ella para querer matarte? — no concibo esa idea, Isabella es celosa y no le gusta perder, pero no es una asesina.

—¡Tú! ¡Tú eres el maldito motivo, ella me dijo cuando la echaste de tu lado, que si no volvías con ella, acabaría conmigo! — me contesta.

—¿Y porque no me lo dijiste entonces? — no tiene sentido, si de verdad Isabella la amenazó, ¿por qué no contármelo?

— Porque en ese momento no le di importancia, creí que eran amenazas de una mujer despechada.

No digo nada, ¿qué puedo decir? Brianna está utilizando excusas, ahora me viene con la historia de las supuestas amenazas, ¿por qué ahora?

— ¿Has sido amante de mi hermano? — pregunto de golpe, quiero pillarla con la guardia baja.

Ella no contesta, solo me mira, sus ojos se han oscurecido, solo distingo furia y dolor, se acerca a mí y me da una fuerte bofetada.

— Ahí tienes tu respuesta Mckenzie. ¡Yo, no soy como tú fulana! — dice con desprecio.

— ¡No vuelvas a golpearme jamás Brianna, o volverás a sentir mis puños! — la amenazo, sabiendo que nunca volveré a golpearla.

— ¡No vuelvas a insultarme, cuestionando mi honor! — ordena orgullosa.

—¿Honor? — río con ganas — Las mujeres no sabéis lo que es el honor.

—¡Puede qué las que tú conozcas no, pero ciertamente yo sí! — contesta.

— ¿Niegas qué Valentina es hija de James? — pregunto ya sin poder contener mi rabia.

No habla, solo me mira fijamente y eso hace que mis sospechas sean cada vez más difíciles de descartar.

—¡Habla maldita sea! ¡Niégalo! — le ordeno zarandeándola, ella sigue sin abrir la boca.

Me alejo de ella temiendo poderle hacer más daño, su silencio me está volviendo loco, cuando creo que ella no va a defenderse, escucho sus palabras, palabras que no me dan ninguna paz.

— En su día, dije quién era el padre de mi hija, jamás voy a intentar defenderme de una acusación que provenga de esa fulana de Isabella.

—¿Entonces, afirmas qué ella es mi hija? — pregunto nuevamente con la esperanza de que ella confirme lo que mi corazón siente.

— Piensa lo que desees Mckenzie, mi hija, es mía.

—¡Niégalo! — grito hasta que mis venas del cuello parecen estallar, pero no consigo nada, y ante todo soy el Laird de estas tierras, el hombre más temido de toda Escocia. Mi palabra es ley, y la ley está para cumplirla.

—¡Marie! — llamo a gritos a la criada — ¡Ian! — reclamo a mi segundo.

En pocos minutos aparecen los dos, Marie parece asustada, seguramente ha escuchado todo, Ian, luce tranquilo a la espera de órdenes.

— Ante testigos, yo Alexander Mckenzie, Laird de mi clan, te destierro a tí Brianna Mckenzie y a tu hija Valentina Mckenzie, por traición — proclamó su destierro con voz baja, trémula, me duele y no entiendo el por qué, ella me ha traicionado, ha hecho que amé a esa pequeña niña y ahora me la arrebató.

—¡Nooo, mi señor! — grita Marie, Ian, solo le lanza una mirada seria y ella calla con temor.

— Prepara el equipaje de tu señora Marie, Ian, prepara a tres de los mejores hombres, acompañarán a Brianna hasta la frontera de Inglaterra —doy las

ordenes y veo como raudos me obedecen.

Brianna no ha vuelto a hablar, solo me mira fijamente y puedo ver el odio que siente por mí, pero lo que más me duele es ver que sus ojos están húmedos, estoy haciéndole daño, estoy echándola de mi lado cuando prometí no hacerlo nunca.

— No me has dejado otra opción — susurro sin querer ver como contiene sus lágrimas con esfuerzo.

— Siempre tenemos opción, podías haber confiado en mí, fuera de mi habitación milord, voy a vestirme para partir —se limpia algunas lágrimas traicioneras mientras me saca de la habitación.

Yo salgo dejándola en compañía de Marie, su única fiel aliada.

Me dirijo al patio de armas esperando a mis hombres, aquellos que acompañarán a Brianna y Valentina de nuevo a Inglaterra, me hiere profundamente pensar que ese hermoso bebé no es mi hija, me duele desterrar a mi esposa. Yo que pensé, que esa muchacha no despertaría en mí más que odio y desprecio, se ha colado en mi negro corazón, y dejarla partir, está partiéndome el alma en dos.

—Ian, las cuidarás y respetarás, asegúrate que las dejas en Inglaterra, en lugar seguro.

— Sí, Laird —no dice nada más, no pregunta mis motivos, solo obedece.

Al cabo de un rato, veo salir a mi esposa junto a Marie que lleva al bebé en brazos, mis hombres cargan los tres baúles en la carreta que he ordenado prepararan, no quiero que pasen frío.

— Marie, desea venir conmigo, así que si tienes algo que objetar, dilo — me habla tan fríamente, que se me hiela la sangre.

—¿Por qué deseas partir Marie? — pregunto extrañado — No importa, puedes acompañar a Brianna, después vuelves con los hombres.

— No me has entendido milord, Marie, no desea seguir en tu maldito clan, eres un Laird lamentable — escupe furiosa.

—¡Silencio! —gruño, no deseo humillarla más.

Ella solo alza la barbilla orgullosa y guarda silencio, Marie no me mira y quiero llegar al fondo del asunto.

—¿Marie por qué quieres dejar a tu familia y a tu gente? — le vuelvo a preguntar.

— Yo puedo contestarte, ella no desea volver a su casa, dónde su padrastro intenta abusar de ella cada vez que tiene oportunidad — es mi mujer quién me da la explicación que he pedido a Marie.

— ¿Es eso cierto Marie? ¿Por qué no me lo dijiste? Yo habría hecho algo — le digo, furioso con el padrastro de esta pobre chica.

— Mi señor, déjeme marchar, se lo suplico... — me súplica — Amo a Valentina como si fuera mi hija, y mi Señora, es alguien muy importante para mí, no me separe de ellas — está a punto de romper a llorar, y yo no deseo hacer sufrir a nadie más.

—No temas Marie, puedes irte, pero recuerda, este es tu clan, siempre podrás volver a tu hogar — quiero que entienda, que siempre seremos su gente.

— Este clan dejo de ser mi hogar, cuando mi padre murió Laird — Marie no dice nada más, sube a la carreta con el bebé, y solo quedamos Brianna y yo.

—Mis hombres os acompañarán hasta Inglaterra —no sé que más decirle, he tomado una decisión loco de furia pero, ¿por qué siento qué no es lo correcto?

—Ordénales que me acompañen dónde yo desee — me exige —. Es lo menos que puedes hacer.

No discuto su orden e informo a mis hombres, está todo listo para que se marche y no volver. Nunca más, volveré a ver su hermoso rostro, no volveré a escuchar las risas de Valentina, no tendré motivos para desear volver a la fortaleza después de una batalla.

— Brianna yo... — no sabrá nunca que iba a decir, ya que ella me interrumpe.

— Espero llegar a ver el día en que maldigas la hora en que conociste a Isabella McLeoud. Espero que te arrepientas cada minuto que te quede de vida por haber tomado esta decisión, hasta nunca Alexander Mckenzie...

Yo me quedo quieto en las mismas escaleras dónde hace un año esperaba a la que iba a ser mi mujer, dispuesto a hacerle pagar algo de lo que ella no era culpable, y ahora la veo partir sintiendo que estoy cometiendo la misma

injusticia, pero su silencio la condena, ¿por qué no defenderse si Isabella miente?

Son tantas dudas, desgraciadamente soy el Laird de mi clan, no puedo permitir que una traición hacia mí quede impune, aún así sea mi esposa la culpable.

Ya no diviso al carruaje, todo ha terminado, olvidaré a Brianna y continuaré mi vida.

Ross—Shire, Escocia 1462.

(Brianna Mckenzie)

Me duele la cabeza, me cuesta recordar dónde me encuentro y por qué estoy tirada en medio del bosque, no puedo levantarme y siento frío, me siento muy asustada y confusa.

Pero no me cuesta mucho recordar todo lo sucedido, se me hiela la sangre del terror que me produce lo que pueda hacer Isabella. No sé cuánto tiempo he estado inconsciente, ni dónde ha ido ella, rezo para que mi hija este bien, pero mi deseo de salvarla es más fuerte que el dolor y me levanto con mucha dificultad. Me siento mareada, pero conforme voy caminando, me noto más fuerte y puedo olvidar el dolor palpitante de mi cabeza.

Cuando solo he caminado unos pocos minutos, oigo caballos y pido a Dios que sea Alexander, sé que estoy en tierras del clan así que no creo que sean forasteros, pero siempre hay peligros fuera de las murallas como tantas veces me lo ha repetido mi esposo.

Vuelvo a respirar tranquila cuando veo que se trata de Ian y Duncan, ellos cabalgan hacia mí y cuando llegan hasta mi, desmontan.

—Mí Señora, ¿está bien? —preguntan serio Ian — ¡Está sangrando! Se apresura a llegar a mi lado y me sostiene antes de que caiga al suelo, todo me

sigue dando vueltas, me pesan los ojos, y sabiéndome segura en brazos del segundo al mando de Alex, vuelvo a desmayarme.

Cuando vuelvo en mí de nuevo, estoy recostada en mi cama, en mi habitación y puedo ver a mi fiel Marie a mi lado vigilando mi estado, busco a mi marido, pero no está cerca y eso me duele y me preocupa al mismo tiempo.

—¿Dónde está mi esposo Marie? — pregunto bajito, me duele incluso hasta oír mi voz.

— ¡Mí Señora! ¡Despertó! — grita feliz, hago un gesto de dolor, y me toco la cabeza — Lo siento, no sé toque mí Señora.

—¿Dónde está Alexander, Marie? — me empiezo a asustar.

—Tranquila mí Señora, iré a buscarle — dicho esto, sale de prisa a buscarlo.

¿Por qué no estaba a mi lado? ¿Por qué me duele? Soy una estúpida, Alexander no me ama, ¿por qué debería importarle? El solo el pensamiento de su indiferencia me produce ganas de llorar. Desde hace un tiempo, siento la necesidad de que él me demuestre afecto, de conocerlo, de saber más de él, saber lo que se oculta en él.

Solo tarda en llegar unos minutos pero para mí parecen siglos, quiero saber si mi hija está bien, quiero contarle lo que Isabella me ha hecho y lo que se propone, cometí un fallo al no contarle la amenaza hace meses, no le di mucha importancia y ese fue mi error.

Cuando veo su rostro serio, sé que he llegado tarde, otra vez...

Solo rezo para que no vuelva a ocurrir todo de nuevo, que esta vez sí me escuche y confíe en mí, en mi palabra.

Me levanto como puedo de la cama y voy hacia él, buscando protección y consuelo, esperando que no todo esté perdido.

— Isabella intentó matarme Alex — lloro por lo que ha pasado y por lo que pueda llegar a ocurrir a partir de ahora.

—Eso, no es lo que ella dice — responde frío, no me abraza y yo me separo de él, asustada y ofendida.

—¿Ella está aquí? — pregunto asustada, no sé me había pasado por la cabeza que mi marido le volviera a dar asilo.

— ¿Temes qué ella me haya contado la verdad? — pregunta burlón.

—¿De qué verdad me estás hablando? — no sé de lo que habla, ¿qué demonios le ha dicho está vez esa mujer?

—Deja de fingir, Isabella ya me ha contado todo, el motivo de por qué intentaste matarla — se que está conteniéndose.

—¿Que!?! — no puedo evitar gritar, al escuchar tal mentira — Yo no he intentado matar a esa zorra, ¡ha sido ella! — me siento impotente, porque tengo la certeza de que esta batalla, la tengo perdida.

—¿Qué motivos tiene ella para querer matarte? — pregunta como si eso no fuera posible.

—¡Tú! ¡Tú eres el maldito motivo! Ella ya me amenazo cuando la echaste de la fortaleza, me dijo que si tu no volvías con ella, acabaría conmigo — le cuento lo que debí contarle hace tiempo.

—¿Por qué no me lo contaste entonces? — pregunta, aunque sé que no cree nada de lo que le digo.

—Porque no le di importancia, pensé que eran amenazas de una mujer desechada — intento explicarle mis razones, de por qué no hablé cuando debí hacerlo.

Él, se queda en silencio, se que está pensando en mis palabras, está dudando, por lo menos está vez duda, y no da por sentado que Isabella es la que dice la verdad.

—¿Has sido amante de mi hermano? — pregunta de golpe, y así lo siento, un golpe a mi corazón, un golpe directo a mis esperanzas.

Me duele, ¡Dios como duele!, ¿por qué pensé que esta vez sería diferente? Ya sé que ha utilizado Isabella para separarme de una vez de Alexander.

Me acerco a él y hago lo que jamás pensé que haría, le doy una fuerte bofetada, me quedo esperando el golpe de vuelta pero no llega.

— Ahí tienes la respuesta Mckenzie. ¡Yo, no soy como tu fulana! — espeto furiosa, intentando ocultar el dolor que me producen sus sospechas.

— ¡No vuelvas a golpearme jamás Brianna...! — me amenaza, sé que he traspasado las barreras.

—¡No vuelvas a insultarme al cuestionar mi honor! — le respondo sin miedo.

—¿Honor? — ríe con ganas — Las mujeres no sabéis nada del honor.

— Tal vez no las mujeres con las que acostumbras a tratar — sé que no estoy consiguiendo nada, y aunque jamás se lo demostraré esto me está matando.

—¿Niegas que Valentina es hija de James? — pregunta ya, sin poder contener su rabia.

No hablo, solo lo miro, no me defiendo, no lloro ni grito intentando que me crea.

—¡Habla maldita sea! ¡Niégalo! — me ordena zarandeándome, yo sigo sin abrir la boca.

Se aleja de mí, se que se está conteniendo, que no quiere volver a pegarme, en eso ha cambiado y no temo.

Es hora de aclarar mi postura...

— En su día dije quién era el padre de mi hija, jamás voy a intentar defenderme de una acusación que provenga de esa fulana de Isabella.

—¿Entonces afirmas qué ella es mi hija? — pregunta nuevamente.

— Piensa lo que desees Mckenzie, mi hija, es mía.

—¡Niégalo! — grita hasta que las venas del cuello parecen estallar, pero no consigue nada, ya he dicho todo lo que debía decir, sé que mi silencio me condena, pero él no debería siquiera haber prestado oídos a la loca de Isabella.

—¡Marie! — llama a los gritos a la criada —¡Ian! — llama su segundo.

En pocos minutos aparecen los dos, Marie parece asustada, seguramente ha escuchado todo, Ian, luce tranquilo a la espera de órdenes.

— Ante testigos, yo Alexander Mckenzie, Laird de mi clan, te destierro a ti Brianna Mckenzie y a tu hija Valentina Mckenzie, por traición — proclama su destierro con voz baja, trémula.

Al oír su decisión. Juro que mi corazón acaba de partirse en mil pedazos, le he perdonado lo imperdonable pero esto, jamás lo perdonaré.

—¡Nooo, mi señor! — grita Marie, Ian, solo le lanza una mirada seria y ella calla con temor.

— Prepara el equipaje de tu señora Marie, Ian prepara a tres de los mejores hombres, acompañarán a Brianna hasta la frontera de Inglaterra — da las órdenes y veo como raudos le obedecen.

Lo miro intentando no derramar las lágrimas que amenazan con brotar de mis ojos, lo miro sin comprender como me puede hacer esto a mí y a nuestra hija, ¿tanto me odia?

— No me has dejado otra opción — susurra con esfuerzo.

— Siempre tenemos opción, podías haber confiado en mí, fuera de mi habitación milord, voy a vestirme para partir — me limpio algunas lágrimas traicioneras mientras veo como él da media vuelta y sale de nuestra habitación.

Una vez sola con Marie dejo de fingir, dejo de contenerme...

Doy un grito desgarrador, un grito que brota de mi alma destrozada, he intentado ser fuerte. He aguantado lo inaguantable, por mi familia y por qué pensé que podría tener una posibilidad con Alexander. El único hombre que ha conocido mi cuerpo, el único que me ha hecho llorar de dolor, de humillación, pero que también me ha hecho reír y lo más importante, me ha dado a mi pequeño tesoro.

Me dejo caer de rodillas al suelo, dónde dejo salir todo el llanto contenido, la presión de mi pecho me ahoga, y entre tanto sufrimiento, me doy cuenta que Marie está a mi lado abrazándome fuerte, como si temiera que al soltarme pudiera partirme en pedazos.

— Tranquila mí Señora, mi Laird es testarudo, orgulloso pero no estúpido, volverá a por usted — dice intentando consolarme, aunque sus palabras producen el efecto contrario.

Me deshago de su abrazo, me levanto y hago un juramento que pienso cumplir hasta el día de mi muerte.

—¡Jamás! ¿Me oyes? Jamás volveré a poner un pie en estás malditas tierras, ni yo ni mi hija, aunque Alexander me suplique de rodillas, nada sobre la faz de la Tierra me hará volver aquí ¡Lo juro! —lo digo, completamente convencida de mis palabras.

Ella me mira asustada, nunca me había visto así de furiosa y tan convencida de algo.

—Pero mí Señora, usted está casada con el Laird — susurra temerosa.

— No me importa, un día no muy lejano todo esto, solo será un mal recuerdo.

Ordenó a Marie que guarde todo, mientras yo me cambio el vestido ensangrentado, en poco tiempo estoy lista para partir, debo despedirme de Marie, y es más difícil de lo que pensé.

—Querida Marie, este infierno ha llegado a su fin, siento tener que dejarte, has sido una amiga fiel y jamás, te olvidaré. — vuelvo a llorar al verla a ella romper en llanto.

—¡Por favor mí Señora, no me deje aquí! — grita echándose a mis pies, llorando histérica.

—¿Qué ocurre Marie? — pregunto preocupada.

—Mí Señora, no quiero volver a mi casa, desde que murió mi padre mi madre no volvió a ser la misma, hace poco volvió a casarse y ese hombre me da miedo, ¡intenta tocarme por las noches! — siento su dolor y su miedo.

Lo que me cuenta, me horroriza y me enfurece a partes iguales, ya no necesito pensar nada, me llevo a Marie a casa, a mi verdadero hogar.

—Tranquila Marie, tú te vienes conmigo — digo convencida. — Ve a tu casa y recoge lo que desees llevarte.

— No tengo nada mí Señora, no deseo volver allí — tiembla y no seré yo quien la obligue a volver dónde pueda correr peligro ¡Dios santo, es una niña!

— De acuerdo una vez en Inglaterra te conseguiré más ropa.

Preparo a mi hija que está dormida tranquilamente ajena a todo, a toda la maldad de este mundo, y me duele saber que cuando sea mayor, ella se preguntará porque su padre no la quiso lo suficiente.

Yo y mi familia, la colmaremos de amor, si algo saco bueno de todo esto es que vuelvo por fin a casa, aunque la traición y el dolor de la desconfianza de mi propio marido, empañen esa felicidad.

Ordeno a Marie que coja a la niña y vaya bajando, y yo como una estúpida, miro a mi alrededor, entre estás cuatro paredes he vivido en el infierno pero también he tocado el cielo. He llorado y reído, he dado luz a mi hija, aquí dejo mucho de mí y no puedo evitar volver a llorar, no me entiendo ni yo misma. Decido que ya está bien de regodearse en la pena y bajo de prisa las

escaleras para reunirme con mi hija y mi criada, no quiero dejarlas solas mucho tiempo.

Al llegar a la entrada veo a bastante gente reunida en el patio, por supuesto mi destierro habrá corrido como la pólvora y vienen como águilas carroñeras a oler la sangre y eso solo me hace sacar mi orgullo y mi fortaleza, dar mi mejor cara, no van a verme derrotada y humillada saliendo de aquí con la cabeza agachada, porque no he hecho nada malo.

Mi marido me mira, no sé qué reacción espera de mí pero no obtendrá nada más que desprecio y frialdad por mi parte.

Alexander mira a su segundo y le da instrucciones...

—Ian, las cuidarás y respetarás, asegúrate que las dejas en Inglaterra, en lugar seguro.

— Sí, Laird —no dice nada mas, solo obedece.

Ahora, me toca darlas a mí...

— Marie desea venir conmigo, así que si tienes algo que objetar, dilo.

—¿Por qué deseas partir Marie? — pregunta extrañado — No importa, puedes acompañar a Brianna, después vuelves con los hombres.

— No me has entendido milord, Marie, no desea seguir en tu maldito clan, eres un Laird lamentable — escupo furiosa.

—¡Silencio! — gruñe furioso.

Yo solo le miro con todo el odio que siento por él ahora mismo.

—¿Marie por qué quieres dejar a tu familia y a tu gente? — le vuelve a preguntar.

— Yo puedo contestarte, ella no desea volver a su casa, dónde su padrastro intenta abusar de ella cada vez que tiene oportunidad — soy yo la que respondo, porque Marie está aterrada.

— ¿Es eso cierto Marie? ¿Por qué no me lo dijiste? Yo habría hecho algo — siento su furia, pero ahora eso llega tarde.

— Mi señor, déjeme marchar, por favor... — súplica — Amo a Valentina como si fuera mi hija, y mi Señora es alguien muy importante para mí, no me separe de ellas — está a punto de romper a llorar, y yo no soporto verla así.

—No temas Marie, puedes irte, pero recuerda este es tu clan, siempre podrás volver a tu hogar.

— Este clan dejó de ser mi hogar, cuando mi padre murió Laird — Marie no dice nada más, sube a la carreta con mi hija, solo quedamos Alexander y yo, y ahora lo siento más lejos de mi que nunca.

—Mis hombres os acompañarán hasta Inglaterra — me informa, sin saber que ese no es mi plan.

—Ordénales que me acompañen dónde yo desee —le exijo —, es lo menos que puedes hacer.

No discute mi orden y da nuevas instrucciones a sus hombres, está todo listo para que pueda marcharme para no volver nunca más, lo que no me esperaba era ser echada, ser desterrada por una traición que no he cometido.

— Brianna yo... — no sabré nunca que iba a decir, pues que no le dejo acabar.

— Espero llegar a ver el día en que maldigas la hora en que conociste a Isabella McLeoud, espero que te arrepientas cada minuto que te quede de vida por haber tomado esta decisión. Hasta nunca Alexander Mckenzie — eso es lo último que le digo al hombre que ha compartido mi vida este último año, el hombre que me ha dado una hija, y me ha hecho pasar los mejores y peores momentos de mi vida.

Subo a la carreta y veo a Alexander sin ninguna emoción aparente en el rostro, pero lo que me mata es ver a Isabella asomada a la ventana de la que era mi habitación moviendo la mano, despidiéndose de mí.

Tiene una sonrisa en la cara, puedo ver que le he dejado una fea herida que hará que me recuerde el resto de su vida, y aunque no soy una persona vengativa, me alegro.

Ella, finalmente me ha vencido, ha ganado está guerra que juré que sería yo la vencedora... me equivoqué, la subestimé y ahora lo estoy pagando.

— Ian, llévanos a las tierras de James Mckenzie —ordeno y él me mira extrañado pero como fiel soldado, no dice nada, solo cumple mi orden

— Mí Señora, eso empeorará la situación — me dice Marie.

— Nada puede empeorarla más Marie, fui desterrada y mi hija repudiada,

necesitamos ayuda, no pienso atravesar toda Inglaterra sola, James nos ayudará —de eso estoy convencida.

Mi fiel criada no dice nada más, mi hija sigue dormida, y yo cada vez estoy más lejos de Alex y eso me duele, no comprendo la mezcla de sentimientos que despierta en mí ese hombre frío y cruel.

—Mí Señora, deje de llorar, se va a enfermar de pena — intenta consolarme.

— No puedo Marie, está traición de Alex, me ha destrozado el corazón.

— ¿No sé pregunta mí Señora porque le duele tanto alejarse de mi Laird? — pregunta queriendo ocultar una pequeña sonrisa.

— No, ¿por qué? — pregunto yo.

— Porque en algún momento, pese al comportamiento de mi Laird, usted supo ver lo que él esconde y se enamoró de él... — responde tan tranquila.

—¡¿Estás loca!?! — grito sin poder dar crédito a semejante disparate.

—No mí Señora, usted ha visto lo que el señor esconde, y eso ha hecho que pueda amarlo de verdad, no como la señora Isabella lo hace.

Yo no digo nada más, sus palabras me han hecho pensar, replantearme si de verdad puede ser que haya cometido la locura de enamorarme de un hombre que le pertenece a otra, de un hombre que jamás, me amará.

Recuerdo cuando me cuidó después de los latigazos de Isabella, recuerdo cuando estuvo a mi lado durante mi fiebre, cuando estuve a punto de morir en el parto, recuerdo nuestra excursión al lago y los momentos junto a nuestra hija.

Cuando me doy cuenta, estoy llorando se nuevo y ahora entiendo mejor mis celos por Isabella, no solo me dolía mi orgullo de mujer. Ahora entiendo por qué mi cuerpo correspondía a sus caricias, ahora entiendo porque perdoné lo que muchas mujeres no perdonarían, porque no pude corresponder a James.

En algún momento, entregué mi corazón a Alexander Mckenzie y él, me lo ha destrozado de mil maneras distintas, he sido demasiado estúpida y he caído a sus pies, algo que prometí no hacerlo nunca.

Yo, Brianna Mckenzie, amo a mi esposo...

Te amo Alexander, y tú me has roto el corazón, ¿por qué no podías amarme a

mí?

Tierras de los Mckenzie, Escocia 1462.

(Brianna Mckenzie)

Marie lleva todo el camino intentando hacerme entender que mi decisión de ir en busca de James, solo le dará fuerza a la mentira de Isabella, yo, en mi intento por encontrar la protección que necesito para mi hija no lo pensé de ese modo, pero ahora con la mente más despejada veo su punto de vista.

Ian informará a mi marido de dónde nos ha dejado y eso solo convencerá a Alexander, de que soy amante de su hermano. No quiero causar problemas entre ellos, al menos, no más de los que ya causó la confesión de James a Alex, así que decido cambiar mis planes de forma que no sé pueda considerar que yo finalmente voy al encuentro de mi amante y supuesto padre de mi hija.

—Ian — llamo y aparece enseguida montado a su caballo negro.

—¿Sí, mi Señora? — pregunta sin mostrar nada, este hombre es un completo tempano de hielo, peor incluso que mi esposo.

— Como no quiero malos entendidos, es mi deseo que uno de vosotros vaya hasta el hogar de James, y le deis un mensaje de mi parte —explico mi postura ante el segundo de Alex y mejor amigo.

— Sí, mi Señora — asiente — ¿Malcom? — llama al pelirrojo con mirada asesina — Estamos a unas cinco horas de las tierras de James, búscalos y dile que Lady Brianna lo espera, tráelos hasta aquí —ordena y Malcom, obedece sin preguntar, así son estos guerreros.

— Bien Ian, descansaremos aquí a la espera de James, quiero que comprendas que lo necesitamos para llegar hasta mi hogar —quiero que él me entienda.

— Mí Señora, permítame recordarle que su esposo nos encomendó esa misión — es su respuesta.

— Os dijo que me acompañarais hasta la frontera de Inglaterra, ¿no es así? — pregunto.

— Así es, señora — afirma sin entender dónde quiero llegar.

— Déjame decirte Ian, que el hogar de mis padres está en Yorkshire, está a un par de días de distancia, comprenderás que dos mujeres y un bebé son presa fácil.

— Mí Señora, os aseguro que mi Laird no ha pensado en eso, por eso sus ordenes fueron algo confusas — intenta defender a su amigo.

— ¡Ian basta!, mi esposo demostró que mi bienestar y el de mi hija, le es indiferente — aún me siento herida en carne viva.

Él, no dice nada más, cuando ya se va a marchar para preparar nuestro lugar para descansar, se gira hacia mí con una pregunta que me sorprende enormemente.

— Mí Señora, usted dijo dos mujeres..., ¿acaso Marie la acompaña hasta su hogar? — pregunta intentando ocultar su interés.

— No Ian, Marie ha decidido que en vuestras tierras no le queda nada, además, huye de un padrastro canalla que ha intentado violarla en varias ocasiones — explico y aún me desconcierta más su reacción, su rostro es la máscara de la más pura furia y lanza un fuerte rugido que me estremece.

— ¡Marie Mckenzie! — grita y yo no sé cómo reaccionar.

— ¿Qué demonios quieres Ian? — jamás he oído a Marie hablar así.

— ¿Es eso cierto? — pregunta.

— ¿El qué? — pregunta sorprendida.

— ¿Tu padrastro intento abusar de ti? ¡¿Por qué demonios no me dijiste nada?! — sigue gritando está rojo de furia y da tanto miedo como Alexander, aunque Marie no demuestra temerle.

— Creo recordar que te di mi versión de la historia, cuando tú decidiste creer a Fiona y a mi padrastro...

— Ella me dijo que tú te insinuabas a su padre, ella dijo...

—¡Mintió! — grita perdiendo la compostura — ¡Mintieron los dos!, ¿crees que esto me lo he hecho yo misma? — dice enseñando un trozo de su espalda dónde se pueden ver latigazos recientes y marcas de golpes antiguos.

Yo solo puedo gritar horrorizada, solo es una niña y ha pasado un infierno incluso peor que el mío.

—Marie, ¿qué te han hecho? — pregunto casi sin poder hablar.

— ¡Me han apartado de mi madre, me han maltratado y humillado, me han robado a mi prometido y finalmente, me han hecho abandonar el único hogar que he conocido! — dice mirando a Ian, lo mira con dolor, con rabia, con pena... Sin más, se gira y vuelve a la carreta junto a Valentina.

— ¿Quién era su prometido? — pregunto más para mí misma.

— Yo — escucho la voz ronca de Ian y me giro a mirarlo incrédula.

—¿Tú? — susurro sin poder creérmelo — ¿En el momento que más te necesitaba, le diste la espalda? — pregunto horrorizada.

— Fiona me contó que Marie se insinuaba a su padre y yo no sabía que creer — sabe que no tiene excusa.

— Podías confiar en tu prometida por ejemplo, parece que tú y mi esposo tenéis mucho en común, los dos solo os fiáis de arpías — respondo con asco.

Él no dice nada, puedo ver dolor en sus ojos, y con vergüenza baja la mirada y sigue con sus tareas.

Yo no puedo creer lo que acabo de descubrir, no puedo comprender qué tipo de persona puede dañar a Marie, ella es una chica dulce, trabajadora y siempre dispuesta a ayudar a los demás, ella no sé merecía algo así.

Entro en la carreta para ver cómo está después del enfrentamiento con Ian, está llorando, pero al verme intenta ocultarlo.

— No debes ocultar tus lágrimas Marie, no voy a enfadarme por sacar tu dolor.

— Estoy cansada de llorar por él — susurra.

— No sabía que habías estado comprometida con él..., supongo que rompiste el compromiso con, después de que él no te creyera.

— No, fue él — responde volviendo a llorar.

—¿Él? ¿Por qué demonios haría eso? — me enfada saber que fue él quien dejó a Marie sin razón alguna.

— Creyó las mentiras de Fiona. Ella, es la hija de mi padrastro, ella siempre ha estado enamorada de Ian, así que decidió arrebatarme también al hombre que amaba — sigue llorando y sé que le cuesta recordar lo ocurrido.

—¿Qué, amabas? — pregunto, está claro que aún lo ama —¿Por qué te vas de tu clan si lo amas?

— No puedo ver como se casa con Fiona, después de romper nuestro compromiso, no tardó en comprometerse con ella, van a casarse dentro de poco.

— ¡Dios mío...!, ¡eso es horrible! — no puedo creer que tal cosa pasara ante mis ojos y yo no me diera cuenta.

— Quiero irme lo más lejos posible, y no volver a verlos jamás.

— Eso no va a curar las heridas, la distancia no va hacerte olvidar a Ian.

— Lo sé, moriré amándolo, pero mi corazón ya no soporta verlos juntos.

— Entiendo Marie, el tiempo aliviará tu dolor — intento animarla, sin saber si mis palabras se cumplirán algún día.

— Ian está encendiendo un fuego, pronto se hará de noche, no creo que Malcom y James vuelvan hasta el amanecer, comamos algo y acostémonos pronto.

— Puede por favor, ¿traer aquí la cena? No quiero que se dé cuenta que he llorado — me súplica y yo asiento y salgo para ver cómo están preparando todo para pasar la noche.

Ian al verme salir, busca con la mirada a Marie, al no verla, algo en su mirada cambia. Y sin poder evitarlo, mi opinión sobre él ha cambiado, quiero a Marie como una hermana y siento su dolor como el mío propio.

— La cena estará lista en poco tiempo señora — me informa Jonás, otro de los hombres que nos acompañan.

— Gracias Jonás — respondo con una sonrisa.

— Mí Señora, ¿Marie no va a cenar? — pregunta Ian, y siento unas enormes ganas de decirle cuatro verdades, pero me contengo.

— No Ian, Marie está cuidando de Valentina, yo misma le llevaré algo de comer — informo aún cuando él no debería saber nada.

— No sé moleste, puedo llevársela yo — se ofrece.

— ¡Ni hablar Ian Mckenzie!, no voy a dejar que te acerques a Marie, ya le has hecho bastante daño...

— Le ha contado todo ¿verdad? — pregunta sin mirarme.

— Lo suficiente para decirte que eres igual de estúpido que tu Laird, y deseo lo mismo para ti, espero que maldigas el día que cambiaste a Marie por esa arpía de Fiona.

— Créame mí Señora que ya lo hago, no sabe lo difícil que es ver a Marie todos los días sabiendo que nunca será mía — confiesa avergonzado.

—¿Y de quién es la maldita culpa?! — le grito ya furiosa.

— Mía solo mía, me deje enredar por Fiona y su padre y ahora estoy pagando mi estupidez.

—¿La amas? A Fiona... —temo su respuesta.

—No, Fiona es una mujer hermosa que atrae la atención de los hombres, pero por dentro es un cascarón vacío, en cambio Marie es un ángel, es lo mejor que tenía y que nunca volveré a tener.

—¿Por qué? Si no amas a Fiona, déjala y reconquista a Marie — no entiendo porque deben sufrir sin motivo.

— No puedo — no me mira, parece que desea que la tierra se lo trague.

—No entiendo por qué Ian — sigo sin comprender...

— Fiona está embarazada —esa es su rápida respuesta, y yo solo contengo el aliento.

— Dice que es mío, por eso no puedo romper el compromiso.

—¿Y es tuyo? — por favor que diga que no... Pienso esperanzada.

— Cabe la posibilidad —está rojo de vergüenza.

Un odio desmedido hacia este hombre y esa maldita ramera hacen estremecerme, intento no perder el control y volver a la carreta tranquila, si Marie no sabe los motivos del compromiso mejor que siga siendo así.

— Cuando la cena este hecha, que Jonás la traiga a la carreta, cenaré con Marie, ya que si lo hago en tu compañía se me indigestará seguro. No se te ocurra acercarte a la carreta o te atravesare con tu propia espada Ian — lo amenazo, y pido a Dios que no sé lo tome a broma.

Cuando me estoy acercando dónde está la carreta veo una sombra menuda, me asustó pero al escuchar sollozos comprendo que es Marie...Dios mío que no haya escuchado mi conversación con Ian.

—Marie ¿qué ocurre? ¿Valentina está bien? — me preocupa mi hija.

— Sí señora, acabo de cambiarla y está dormida otra vez — responde sin mirarme.

—¿Entonces? — ella no me contesta, entonces lo entiendo— Has escuchado a Ian, ¿verdad? — me apena que se haya enterado, ahora su dolor es mayor.

— Si, ahora entiendo algunas cosas, no sé preocupe señora, sobreviviré — entra a la carreta y yo me quedo en la oscuridad de la noche, rezando porque James llegue pronto y tanto Marie como yo, podamos empezar una nueva vida en Inglaterra, lejos de los hombres que no confiaron en nosotras y nos traicionaron con unas mujeres malvadas que solo buscaban deshacerse de sus rivales y lo consiguieron.

Ninguna de las dos come mucho, nos acostamos temprano, yo me duermo escuchando los murmullos de Ian y Jonás, ellos pasarán la noche en vela protegiéndonos.

Cuando despunta el alba y mi pequeña reclama su desayuno, me despierto y me dispongo a amamantar a mi bebé, ya oigo a los hombres trabajar fuera, disponiéndolo todo para partir. Espero que James no tarde en llegar, quiero salir de Escocia lo antes posible, alejarme de toda la maldad que he sufrido durante este último año.

Marie sigue dormida, no quiero despertarla, sus ojos se ven hinchados, la veo pálida y me preocupa. Salgo de la carreta con mi hija en brazos casi dormida otra vez después de su comida y veo que el Sol brilla en todo su esplendor.

— Buenos días señora — me saludan los dos hombres.

—Buenos días — respondo a los dos, aunque evito mirar a Ian.

— Estamos listos para cuando llegue James y Malcom — explica Jonás.

—Ruego a Dios que sea pronto, deseo salir de estas malditas tierras.

Nada más decir esas palabras, escucho a lo lejos el galopar de varios caballos, los hombres desenvainan sus grandes espadas.

—Mí Señora, métase en la carreta con Marie — me ordena Ian, obedezco porque no quiero poner en peligro a mi hija.

Puedo ver por una rendija que han montado sus caballos y se interponen entre los desconocidos y nuestra carreta, dispuestos a dar su vida por nosotras.

Mi corazón vuelve a latir con normalidad cuando distingo el caballo blanco y negro de James, salgo deprisa de mi escondite, y ellos ya están desmontando, puedo ver que mi cuñado me busca y al encontrarme corre hacia mí y me abraza, yo no puedo evitar corresponderle, él ha sido mi único amigo.

— Gracias por venir James, no sabía qué hacer... —le digo en un susurro.

—Te juré que siempre podrías contar conmigo, ¿por qué demonios no has venido a la casa? — pregunta entre enfadado y sin comprender nada.

— Ese era mi plan inicial, pero me di cuenta que sería peor, Alexander se convencería aun más de que Isabella no mentía al afirmar que tu y yo, fuimos amantes y que Valentina es tu hija.

—¿Que blasfemia es esa?! —grita al escuchar mis palabras.

— Es la última mentira de Isabella, Alexander creyó sus palabras, mi hija y yo, hemos sido desterradas —me avergüenza recordarlo.

—¿Ha sido capaz de desterrarte? — no puede creerlo — ¿Qué locura se ha apoderado de mi hermano?

— Isabella McLeoud, esa es su mayor mal — suspiro cansada.

— ¡Voy ahora mismo a molerlo a golpes por imbécil! —se dispone a marchar y me asusto.

—¡No! —grito — Por favor James, no te he llamado para que hables con Alexander — intento que entienda que no deseo volver a Eilean Donan.

—¿Entonces, cómo puedo ayudarte? — pregunta sin entender.

— Necesito que tú y tus hombres me acompañéis hasta Yorkshire, el hogar de mis padres, Ian y los demás solo tienen orden de acompañarnos hasta la frontera, pero no vamos a arriesgarnos a atravesar media Inglaterra solas.

— Entiendo, ¿en qué demonios pensaba Alex? — James sigue sin poder creer todo lo que le he contado.

— No pensaba James —ahora es Ian el que habla, saliendo en defensa de mi marido.

—Eso es obvio Ian, mi hermano no piensa las cosas cuando se trata de la zorra de Isabella —gruñe—. De acuerdo, preparad todo, en una hora partimos, aún queda casi un día de viaje hasta la frontera.

—¿Quieres conocer a tu pequeña sobrina? — pregunto intentando que James se relaje, de nada sirve enfurecerse.

—Por supuesto...

— ¡Marie! — llamo a mi criada, y está sale con mi hija en brazos, aún puedo ver el miedo en sus ojos, al pensar que James y sus hombres podían ser forajidos.

—¿A ti también te desterró, Marie? — pregunta sorprendido.

— No mi señor, yo decidí irme del clan, allí ya no tengo nada que me importe — dice alto y claro y al ver a Ian cerca y como sus hombros se tensan me doy cuenta que ha escuchado sus palabras.

—¿Pretendes acaso casarte con algún inglés? — pregunta burlón, ¿a qué viene esa pregunta?

—¿Por qué no? Seguramente son más inteligentes y con más honor, que algunos escoceses — responde

Escucho un gran estruendo y al mirar de dónde proviene el ruido veo varios trastos tirados en tierra y a Ian marcharse raudo.

— Lo has hecho sabiendo que Ian escuchaba, James — reprendo.

— Si, solo quería que se cociera en su propio jugo por ser tan estúpido.

— De nada serviría mi señor, Fiona está embarazada y se casarán muy pronto, ahora soy yo la que no quiere saber nada de ese hombre. — responde orgullosa Marie.

— Pero Marie... — intento hablar con ella pero se niega.

—¡No! Mi Señora, ya no deseo nada con Ian Mckenzie, no quiero las sobras de Fiona — y se marcha corriendo.

— Déjala Brianna, Ian cometió el mismo error que Alex y ahora está pagándolo, Fiona es como la prostituta del clan, si él ha caído en su trampa, nadie más que él puede salir.

Decido cabalgar junto a James y ponernos al día, él quiere muchas explicaciones y yo deseo saber qué tal le va la vida lejos del clan que lo vio nacer, quiero saber si es feliz.

Cabalgamos durante horas, solo hacemos pequeños descansos para que Valentina coma, no queremos demorar mucho en llegar a nuestro destino, debemos atravesar tierras de varios clanes que son enemigos de los Mckenzie.

Le cuento todo lo que ha ocurrido desde que su hermano lo echó de la fortaleza, de los magníficos meses después que Isabella desapareciera, le conté sobre mi parto y lo cerca que estuve de morir, le conté lo buen padre que era Alexander. Finalmente le conté toda la tela de araña que Isabella había tejido para separarme para siempre de mi marido.

Él, al escucharme, no puede creer tanta estupidez por parte de su hermano, me asegura que siempre ha sido un hombre lógico que reflexiona todo antes de tomar decisiones, pero yo opino todo lo contrario.

Casi al anochecer, llegamos a la frontera entre mi patria y Escocia, decidimos dormir en la posada, los hombres de Alex partirán al amanecer.

Marie, Valentina y yo, compartimos una habitación, James pide otra, pero los demás hombres se niegan y dicen que pasarán la noche fuera, ¡hombres...!

Yo necesito un buen baño, después de casi cuatro días de viaje me siento sucia, Marie se encarga de todo como siempre, declina mi invitación para cenar James y conmigo, ella decide cenar en el cuarto y quedarse al cuidado de mi hija.

— Bueno querida cuñada, ahora estamos solos, puedes dejar de intentar engañarme — me dice James con una sonrisa.

— No sé a qué te refieres James — ya le conté todo lo que necesitaba saber, mis verdaderos sentimientos son solo cosa mía.

— ¿Por qué no te defendiste de esa estúpida acusación? ¿Por qué no me mandaste llamar para que yo, hablara con mi hermano? — pregunta.

Tardo en contestar porque no sé siquiera si él podrá entenderme, si ni yo misma lo puedo hacer...

—Orgullo — susurro avergonzada, el orgullo es mi peor pecado.

—¿Orgullo? ¿Estás diciéndome qué por tu maldito orgullo estás atravesando media Escocia y media Inglaterra? — pregunta enfadado.

—No sólo por mi orgullo James, el estúpido de tú hermano solo ve por los ojos de esa serpiente venenosa de Isabella, es algo contra lo que he luchado mucho, pero ya me cansé — sueno derrotada, porque así es como me siento.

— Eso es lo que no entiendo, ¡maldita sea! Está alejando a su propia hija, mi madre se avergonzaría de él, mi hermano siempre juro que no sería como mi padre, pero veo que cada vez se parece más a él.

— Alex nunca me ha hablando de tu padre — le digo.

— Era un hombre cruel, nunca quiso a mi madre, la maltrato durante años, y ella finalmente murió — lo dice con dolor, se nota que echa de menos a su madre.

—Lo siento tanto James... — no sé lo que yo haría sin mi madre.

— Alexander la protegía, desde que fue lo bastante fuerte para plantarle cara a nuestro padre, no sé en qué momento se convirtió en el monstruo que es hoy — dice con pesar y vergüenza.

—Tu no tienes la culpa — intento que comprenda que yo no le culpo por ser hermano de mi marido, solo puedo estar agradecida con él—. Cuéntame de ti, ¿qué tal ser el Señor de tus propias tierras? — pregunto intentando cambiar de tema, hablar de Alex me duele...

— Voy a casarme — suelta esa importante noticia de golpe y me deja sin habla—. Se llama Helen y me enamoré en el mismo instante que la vi, comprendí que lo que sentía por ti, era una ilusión por el afán de protegerte y del cariño que me inspiraste cuando te conocí — explica tranquilo.

Me siento aliviada de que ya no sufra por un supuesto amor que yo no podía corresponder, sonrió sin poder evitarlo, y me apena no poder estar el día de su boda.

— Me alegro tanto James, ¿cómo es ella? — pregunto contesta.

— Es hermosa, tiene un pelo castaño largo y rizado, ojos marrones que

brillan al mirarte, es menuda, dulce y cariñosa — al hablar de ella se le iluminan los ojos, es en este instante, cuando me confirma que la ama de verdad.

— Te deseo toda la felicidad del mundo, James Mckenzie —y soy sincera.

— Gracias mi dulce Brianna — los dos sonreímos felices y tranquilos.

— Bueno querido cuñado, yo voy a dormir estoy agotada — me levanto dispuesta a dormir en una mullida cama.

—Buenas noches cuñadita, al amanecer partiremos hacia tu hogar.

Me dirijo a mi habitación y encuentro a Marie y mi hija tranquilamente dormidas, sin hacer ruido me desvisto y me meto en la cama, los nervios me impiden dormirme enseguida, pero mi cuerpo cansado gana la batalla y finalmente caigo en un profundo sueño.

Es Marie quién me despierta, ha sido la primera en levantarse, nos alistamos antes de despertar a mi pequeña para el desayuno, cuando acabo, las tres bajamos y vemos que James está hablando acaloradamente con Ian. Marie no puede ocultar su preocupación, de milagro no llegan a las manos.

Al salir nos reciben intentando disimular, James se dirige a sus hombres para darle órdenes, y sé que ha llegado la hora de partir y dejar todo atrás.

—Mí Señora, nuestra obligación acaba aquí — dice Ian, pero no me mira a mí, mira a Marie quién tiene a Valentina en sus brazos.

—Sí Ian, nuestros caminos acaban aquí — me mira e inclina la cabeza en señal de respeto.

— Marie, puedes volver con nosotros a casa.

— Yo no tengo casa Ian, ni familia, ahora mi familia son mí Señora y la niña Valentina —dice fría.

Él, solo la mira y puedo ver un gran dolor, una batalla interna en este gran hombre.

— Marie, Inglaterra es diferente a Escocia — intenta argumentar sin sentido.

— Adiós Ian Mckenzie, se feliz junto a tu mujer y tu hijo — le dice y puedo ver como Ian palidece y no puede aguantarle la mirada a Marie.

— Adiós Marie — susurra —, adiós señora —ahora se despide de mi.

— Adiós guerrero, que encuentres la paz y felicidad — le deseo de corazón.

Ninguno dice nada más, monta en su caballo y mira por última vez a mi fiel amiga, y me asombro de ver como intenta contener las lágrimas, este guerrero llora por el amor que dejó perder. Emprenden el galope y en poco tiempo solo son una estela de polvo, mi fiel Marie ya no contiene el llanto.

—Adiós, mi amor — susurra mientras le abrazo.

—Brianna — me llama James—, está todo listo para partir.

— Pues vámonos —digo—. Vamos fiel amiga, quiero enseñarte mi patria.

Vuelvo al hogar, a ver a mi familia...

Tierras inglesas 1462.

(Brianna Mckenzie)

Una vez pasamos la frontera de Inglaterra sentí muy en el fondo de mi corazón que en Escocia, había dejado una parte de mi misma, pero volver a mi patria me alegraba sobremanera. Pensé que jamás volvería a ver sus verdes prados, sus casas grandes, los campos que me vieron nacer.

Pensar que en poco tiempo podré abrazar a mis padres y hermanas me emociona. Mis nervios parecen que van a estallar, pero tengo miedo, no sé cómo se tomará el Rey mi vuelta al hogar, aunque yo no soy la culpable, yo cumplí mi parte del trato.

Me casé con un completo desconocido, he dado a luz una hija fruto del matrimonio. Fue él quien me echó de su lado, es él quien debe pagar por incumplir lo que nos ordenaron, no yo, y mucho menos, mi familia.

James y sus hombres son cuidadosos, el viaje está empezando a pasarnos factura tanto a mi pequeña como a Marie y a mí misma, suerte que estamos en el tramo final y sé que en compañía de mis padres y hermanas, mi hija y yo, gozaremos de un amor incondicional.

Lo que más temo es que el tiempo no cure el dolor que me ha provocado Alexander con su desconfianza, también temo el día en que Valentina pregunte por su padre, ¿qué le diré?

Sumida en mis pensamientos, intento que el movimiento de la carreta me ayude a dormir, puedo escuchar a Marie sollozar. Cada milla que recorremos y que la aleja de Ian, de su patria, más dolor y congoja le produce. He intentado hablar con ella para que entienda que si no va a ser feliz en mi hogar, puede regresar con James a Eilean Donan, pero se niega en rotundo. Puede que le duela alejarse de los suyos, pero para ella sería más devastador ver al hombre que ama junto a su mujer e hijo.

Hacemos un alto para que los caballos descansen, no le veo sentido seguir el viaje cuando está anocheciendo, pasaremos la noche aquí y mañana al fin podré abrazar a los míos.

—¿Estás bien?, ¿la niña está bien? — vuelve a preguntar James, por enésima vez.

—James estamos bien, tranquilo... — le he dicho que estamos perfectamente, la niña un poco más intranquila que de costumbre pero es normal, llevamos ya, varios días de viaje.

— Conmigo no tienes porque fingir Brianna, sé que mi hermano está vez te ha herido de una manera más atroz que cualquier otra.

— No quiero hablar de tu hermano James, para mi dejo de existir en el momento que me desterró junto con nuestra hija — cada día que pasa me siento más furiosa con ese hombre.

— No ha dejado de ser tú marido — me recuerda, algo que no puedo olvidar.

— Nada más pueda, iré a la Corte para hablar con mi Rey, el no puede castigarme, ni a mi familia por algo de lo que yo, no tengo culpa — ese es mi mayor temor.

— Nuestros Reyes están muy interesados en alianzas, no estés tan segura de que tu Rey será tan benévolo para contigo y tu familia — y esas palabras me llenan de temor.

— Haré lo que tenga que hacer por mantener a salvo a mi familia — y con ese convencimiento, me despido para intentar dormir unas horas antes de continuar nuestro viaje.

Mi sueño es intranquilo, tengo pesadillas con Alexander e Isabella, con mi Rey ordenando la ejecución de mi familia por traición y yo, no puedo evitar despertarme bañada en sudor y temblando de miedo.

Cargo a mi hija en mis brazos cantándole una nana en voz muy baja para no molestar a Marie, sostenerla en mis brazos me tranquiliza, es tan hermosa, no sé bien a quién se parece, pero sé que su pelo será oscuro como el de su padre y no rubio como el mío. Sea como fuere, para mí, es mi tesoro más preciado, y con mi hija dormida plácidamente en mi regazo contempló la salida del Sol. Un nuevo día despunta y un nuevo inicio de vida se aproxima para todos nosotros.

Dejo a Valentina en su canasto y salgo al escuchar el ruido de los hombres que están preparándolo todo, los soldados de James no sé parecen en nada a los de Alexander, son más cercanos y respetuosos. He podido charlar durante el viaje con todos ellos y son buenos hombres, todos están ya casados y con hijos y aún así, accedieron a hacer un largo viaje para escoltar a una forastera, eso dice mucho de ellos.

—Buenos días Brianna, madrugaste mucho hoy — sonrío mi cuñado.

— Hoy por fin vuelvo a mi hogar, ¿cómo no voy a estar ansiosa? — respondo yo.

— Pues no perdamos más tiempo, comamos algo y nos pondremos en camino.

— Eres un buen hombre, James Mckenzie — le agradezco.

— Intento redimirme cuñadita, he cometido muchos errores que debo enmendar — responde serio.

— Tu Helen, estará muy orgullosa del hombre en el que te has convertido.

— Gracias a ti, si tú no hubieras llegado a Eilean Donan, yo seguiría dispuesto a ser lo opuesto a mi hermano mayor, saltando de cama en cama, pero tú me abriste los ojos... Y el corazón — sonrío avergonzado.

— Me alegro de haberte ayudado, y siento si en algún momento te hice daño de algún modo — eso es algo que no me gusta recordar.

— Dicen que nadie muere de amor — río y yo lo hago con él.

—Voy a llevarle esto a Marie, lleva unos días comiendo muy poco y me

preocupa bastante, creo que ella, si va a enfermar por amor.

— El desgraciado de Ian, es igual que Alexander, estúpidos los dos — dice enfadado.

— Sean estúpidos o no, dejan vidas destrozadas a su paso, como si de un campo de batalla se tratara — respondo y me dirijo de nuevo a la carreta.

— Arreglamos los caballos y partimos cuñadita — dice y yo asiento.

Despierto a Marie feliz como hace tiempo que no me sentía, podré volver a abrazar a mis padres y hermanas, volveré a cabalgar con mi amado padre, nos sentaremos todos junto al fuego por las noches a contar estúpidas historias o a escuchar a mi madre leer. Podré disfrutar de todo aquello otra vez, es como volver de una pesadilla, y sentir el alivio por saber que todo ha terminado.

— Marie despierta, vamos a continuar el viaje, hoy antes del anocheecer estaremos en Yorkshire — digo con entusiasmo.

— ¡Que felicidad mí Señora! — responde mientras se levanta y empieza con sus obligaciones.

Decido que quiero cabalgar, volver a ver las verdes montañas, los vastos valles y campos, sentir que vuelvo al hogar.

— James estoy impaciente por qué conozcas a mi familia — río de emoción.

— Y yo, me has hablado tan bien de ellos, que me parece conocerlos... — se burla de mi.

—¿Volverás enseguida a tu hogar? — pregunto.

— Pasaremos la noche en las tierras de tu familia, y al amanecer emprenderemos el viaje de vuelta, pero creo que haré una paradita en Eilean Donan — gruñe.

—¡No! — levanto la voz y mi caballo se asusta — No debes hacerlo, yo ya te he molestado bastante, vuelve a tu hogar, con Helen, se feliz — le ruego, no quiero que pelee con Alexander por mi causa.

— No temas Brianna, no voy a desafiar a mi hermano, solo quiero ver por mis propios ojos en lo que se ha convertido, y decirle que él y yo ya no tenemos nada que decirnos. Yo haré mi vida en mis tierras y él en las suyas, no quiero un ser como él, al lado de Helen — respondo.

— Lo siento tanto... — siento ganas de llorar por lo que he propiciado...

— Nada es tu culpa, ¿me oyes? — intenta que entienda, pero no encuentro esa paz que él quiere darme.

No volvemos a hablar, cada uno está inmerso en sus recuerdos y pensamientos, yo no quería distanciar mas a James de Alex, solo quería volver a casa sana y salva.

Las horas pasan, las millas son recorridas y cada vez me acerco mas a mi ansiado destino, le voy contando a Marie cosas de su nuevo hogar. Le cuento que Leslie es el ama de llaves, nana y cocinera de mi casa desde que nací, seguro que acoge a Marie bajo su protección. Leslie nunca se casó y no tiene hijos, así que estoy convencida que ella cuidará muy bien de Marie.

Mi corazón se desboca cuando a lo lejos veo la parte más alta del hogar de mi infancia, así que espoleó a mi caballo y salgo al trote, escucho a James llamarme pero ya nada me importa, solo llegar a mi destino.

Cuando entro por el sendero principal, puedo ver a mi madre en el jardín arreglando sus flores. Se vuelve cuando escucha los cascos del caballo, puedo ver su rostro y en él, el momento que me reconoce, sus ojos se agrandan de la sorpresa. Después parece que ha visto un fantasma, y yo solo puedo bajar rápidamente de mi montura y dirigirme veloz hacia ella.

—¿Brianna? — pregunta aún sin poder creerlo —¿Eres tú, hija mía? ¿Estoy soñando?

Llego a su lado y nos abrazamos sollozando...

—Soy yo madre, por fin he vuelto a casa — le digo apretando fuertemente su cuerpo contra el mío.

Escucho a los demás llegar, pero yo solo quiero quedarme en los brazos de la mujer que me dio la vida, volver a oler su perfume a jazmín y escuchar su suave voz.

— Creímos que jamás volveríamos a verte hija mía — dice mirándome a la cara, buscando a la muchacha que se fue de aquí tiempo atrás y rompe a llorar fuertemente al ver que ya no queda nada de aquella que fui.

Oigo a mis hermanas preguntar que está sucediendo, y al verme, corren gritando mi nombre una y otra vez hasta que todas a la vez caemos en el

suelo, abrazadas, llorando de felicidad.

—¡George! — grita mi madre —¡George! — está llamando a mi amado padre que seguro está en su despacho, ocupado con los asuntos de la casa.

— ¿Qué es todo este escándalo Clare? — pregunta con la vista fija aún en varios papeles que lleva entre sus manos.

Yo me separo de mis hermanas y me acerco hasta él, que aún no sé ha dado cuenta de mi presencia, lo veo más envejecido y eso me oprime el corazón.

— Hola padre — digo sonriendo.

Él al oír mi voz, levanta la vista rápidamente, su cara es un poema, varios sentimientos pasan a través de sus ojos.

—¿Brianna? — pregunta con voz rota.

— Sí padre, regreso al hogar — le digo contenta, y no puedo hablar más, ya que me atrae a sus fuertes brazos, dónde tantas veces busqué refugio.

—¡Gracias a Dios! — dice intentando contener el llanto.

Parece que pasan horas en las que estoy en brazos de mi padre, pero sé que debo presentar a James y Marie, y contarles tantas cosas, y no estoy segura de querer contarles todo mi calvario. Mi padre parece que aún no sé recupera de su enfermedad y mis hermanas son demasiado jóvenes para cargarlas con mis desgracias.

Me separo de mi progenitor y pido a James y Marie que se acerquen, lo que me sorprende es ver a Sarah tan cerca de James, al pobre se le ve un poco agobiado, así que parece que llegué para rescatarlo, me hace gracia que mi hermanita sea capaz de inquietar a mi cuñado.

— Padre, madre, este es James Mckenzie —explico—, y está, Marie mi fiel criada y amiga — digo sonriéndole.

—¿James Mckenzie? ¿Y tú esposo Brianna? — pregunta mi padre que no es conocedor de todos mis problemas con Alexander.

— Padre, mi llegada aquí no es ninguna visita, vengo para quedarme — intento que entienda — James me ha acompañado todo el trayecto hasta casa.

— ¡No entiendo nada Brianna! — mi padre está empezando a enfadarse, no saber lo que ocurre le inquieta.

— Marie, trae a Valentina por favor — le pido.

Ella hace lo que le pido y enseguida se acerca a nosotros con mi pequeño bebé en brazos, puedo escuchar a mi madre llorar y a mi padre contener la respiración, mis hermanas sonrían felices de tenerme a su lado nuevamente.

— Está es Valentina, mi hija — mi madre la coge entre sus brazos y sonrío a su nieta. Valentina está despierta y sus grandes ojos observan todo a su alrededor, mis hermanas están todas gritando diciendo que se parece a mí, cosa que yo no tengo tan claro, mi padre solo la mira con una sonrisa en los labios.

— Soy abuelo — me dice feliz y yo no puedo evitar reír, extrañaba tanto todo esto.

— Sí, eres abuelo — respondo —, y vosotras seguro seréis las mejores tías del mundo — les digo a mis queridas hermanas que están peleando para ver quién coge en brazos a mi hija.

Sarah finalmente, se apodera de ella y mi madre nos hace entrar a todos en casa, da órdenes para que los soldados puedan comer y descansar, James entra conmigo por orden de mi padre, se que él no entiende nada y quiere explicaciones.

— Marie ve a la cocina para que conozcas a Leslie — le digo.

— Sí, señora — se marcha en compañía de mi hermana Jane quién le indica el camino.

— Ahora sí, quiero saber qué demonios ocurre Brianna — espeta mi padre.

—George tranquilízate — pide mi madre preocupada.

—¿Tranquilizarme? — exclama — Mi hija ha atravesado media Escocia y media Inglaterra prácticamente sola con mi nieta, y quiero saber por qué — exige.

— Padre voy a explicártelo todo, pero tranquilízate — le ruego.

— Adelante, te escucho hija...

—Bueno no sé por dónde empezar... — no quiero darle detalles, solo contarle el motivo del por qué de mi presencia aquí.

— Por el principio hija mía — dice mi madre, dándome ánimos, James está a

mi lado, como preparándose para recoger mis pedazos.

— Cuando llegue a Escocia conocí a Alexander, quién iba a ser mi esposo, nos casamos y tuvimos a Valentina, no fue fácil.

Por medio estaba Isabella, su amante de muchos años, conseguimos una tregua, que duró hasta que ella envenenó la cabeza de mi esposo con sus intrigas. Finalmente, consiguió que Alex me desterrara a mí y a Valentina — intento resumir, y no ahondar en detalles dolorosos, no hace falta hacer sufrir más a mi familia.

—¡Esto es vergonzoso! — grita mi padre — Ese hombre no es un caballero, ¿cómo se atreve a semejante comportamiento? — está anonadado y ni siquiera sabe todo por lo que tuve que pasar.

—¡Basta George! ¡Pareciera que no estás feliz de tener a Brianna en casa junto con nuestra nieta!— exclama mi madre.

—¡Tonterías mujer! Claro que estoy feliz de que mi hija y nieta estén bajo mi techo, lo que me mata es ver que está no es la hija que vi partir de aquí hace poco más de un año.

— Padre no voy a mentir, he sufrido mucho..., pero no quiero pensar en ello, mi matrimonio ha acabado. Alexander me ha dado el regalo más grande que se le puede dar a una mujer, mi hija, lo demás, queda en el pasado. Yo he cumplido la parte del trato, y así se lo explicaré al Rey Enrique, no te preocupes — intento darle paz.

— Enrique no me preocupa, lo haces tú — se acerca y vuelve a abrazarme.

— Estoy bien papa — susurro..., o al menos lo estaré pienso.

— Basta de llorar, debemos celebrar tu regreso Brianna —se levanta decidida mi madre—. Por supuesto usted James, está invitado a la cena de esta noche, se que ha sido un gran apoyo para mi hija — le dice abrazando al gran hombre que parece no estar acostumbrado a tales muestras de afecto.

— No debe agradecerme nada Lady Clarence — contesta incomodo.

— Clare, me llamo Clare — mi madre no lleva muy bien eso del protocolo.

Se marcha para ordenar la cena y prepararlo todo, yo acompaño a James a su habitación y después me dirijo a mi antigua recámara, está tal cual la dejé y se me llenan los ojos de lágrimas al recordar la muchacha que fui y que fue

despojada de todo lo bueno que tenía.

—¡Brianna! —grita mi hermana Sarah— Debes contarme más cosas de James —me pide cuando cierra la puerta de mi habitación.

—¿De James? — pregunto asustada ¡Dios mío! James no, por favor...

— Sí, es tan guapo, tan alto y fuerte, ¿tu marido se parece a él? — sigue con su parloteo

— Sí, se parecen bastante, aunque Alex es mayor que él — le contesto.

— Me he enamorado hermana — dice sonriendo soñadora.

Y a mí se me para el corazón, ¡oh hermanita! Esto va a doler, pero debo impedir un mal mayor.

— Sarah cariño, James está comprometido — susurro.

Ella me mira espantada, puedo ver el dolor en sus ojos, la desilusión, pero todo pasará igual de rápido como llegó. James se marcha mañana y Sarah nunca volverá a verlo, con el tiempo, solo será un bonito recuerdo.

— ¿Comprometido? — pregunta en voz baja — ¿Por amor? — pregunta esperanzada.

— Por amor, está locamente enamorado de Helen — le digo la verdad, no quiero herirla, pero es necesario.

—Helen... — pronuncia el nombre con dolor, se marcha llorando y se me parte el corazón, la llamo pero no me hace caso.

Pues empezamos bien mi regreso, ya he hecho sufrir a Sarah, pienso con tristeza.

Marie me prepara el baño y cuelga mis vestidos en el gran armario que hasta el momento estaba vacío, está fascinada por lo diferente que son aquí las cosas, pero esperó sea feliz.

La cena será temprano para que James, pueda descansar antes de partir, me apena no volver a verlo nunca más, pero espero que tanto él como su esposa vengan a visitarme algún día. Siento curiosidad por conocer a la mujer que ha podido domar a James Mckenzie.

Me siento extraña de nuevo en mi antigua habitación, pero yo, tan distinta a la Brianna que durmió aquí toda su vida, he madurado. He aprendido que el

amor llega de la forma más extraña posible, que puede nacer del odio más profundo. Que una persona puede llevarte al infierno o al cielo con sus acciones y sus palabras, y ahora una personita depende completamente de mí, es sangre de mi sangre, es la persona por la cual daría mi vida a cambio de la suya. Y aún no logro comprender como Alexander, ha podido darle la espalda de este modo.

Negándome a seguir dañándome con malos recuerdos, decido bajar al salón dónde estará ya toda mi familia reunida, y también temo dejar a James solo, porque Sarah, es tímida pero impulsiva y no sé de lo que puede ser capaz.

Como me temía Sarah, está pegada a James como una lapa, y puedo notar que está colmando su paciencia, en eso si se parece a su hermano, me acerco a ellos dispuesta a rescatarlo.

— James ven siéntate a mi lado, y así puedes contarle a mi padre que nuestro viaje ha transcurrido sin incidentes — lo aparto de Sarah que me mira furiosa.

Nos sentamos todos en la mesa y gracias a James, mis padres no están haciéndome muchas preguntas sobre mi estadía en Escocia, cosa que agradezco porque necesito recuperar fuerzas, me siento completamente hundida aunque intente disimularlo. Que la persona que se supone que debe confiar en ti, no lo haga, cuando yo nunca le di ningún motivo para no hacerlo, es horrible. Él, fue el infiel, tuve que soportar mil horrores a su lado, y aún así, como una estúpida me enamoré de él.

Cuando la cena termina, mis hermanas más pequeñas se van a dormir y solo quedamos mis padres, James y yo. Sarah se ha resistido pero cuando mi padre se ha puesto firme ella le ha obedecido sin pensarlo, ella no es mala solo que James sin pretenderlo, la ha enloquecido.

Después de un rato frente al fuego decidimos que ya es hora de un merecido descanso y James, me acompaña hasta la puerta de mi habitación, la tristeza me embarga al saber que él se marcha y no lo volveré a ver al menos en muchísimo tiempo.

—James voy a echarte mucho de menos — digo intentando contener las lágrimas.

— Tranquila Brianna, vendré a verte con Helen, quiero que la conozcas — dice tocándome suavemente la mejilla.

— Descansa mañana te espera un largo viaje — le aconsejo.

—¿Con quién crees que estás hablando cuñadita? — pregunta ofendido y yo solo puedo reír sigue siendo un niño.

— Cuídate mucho Brianna, cuida a mi sobrina — se ha puesto serio de repente.

— Sabes que lo haré — sonrió y entro en mi cuarto, lo que él no sabe es que planeo despedirme nuevamente mañana.

Dormir en mi antigua cama es como estar en una nube y duermo sin pesadillas por primera vez en varios días, Valentina y Marie tienen su cuarto al lado del mío, de modo que si llora puedo escucharla sin ningún problema.

El alba llega para mi demasiado pronto, pero recuerdo que James se marcha y rezo por qué no lo haya hecho ya, me visto con un sencillo vestido azul oscuro y dejo mi cabello sin recoger. No tengo tiempo, salgo corriendo al patio y puedo ver a varios hombres ya montados sobre sus caballos, pero no veo a James, pregunto a Edward y me dice que aún está en las caballerizas. Sin entender nada me dirijo hacia allí, y cuando descubro el motivo de su retraso un sudor frío me invade.

— Sarah aún eres una niña — intenta apartarse mi cuñado.

— No lo soy, estoy enamorada de usted James — suplica mi pobre hermana.

— ¡Basta Sarah! Debo partir a mi patria, allí me espera mi prometida, una mujer a la que amo con todo mi corazón — exclama ya cansado de tanto acoso.

Antes de que todo se salga de control intervengo...

— Sarah de Clarence, ¡basta! — digo mientras me acerco a ellos, los dos parecen asustados.

— No te metas Brianna — me pide ella, yo miro a James que me devuelve una sonrisa agradecida.

— Ya te dije ayer que James está enamorado, y no has dejado de perseguirlo hermana, estás cometiendo una estupidez — intento calmarla, pero ella solo lo mira a él.

— James, por favor — súplica al punto de las lágrimas.

— Sarah te lo he repetido mil veces, no puedo amarte ni hoy ni mañana, porque ya entregué mi corazón.

Mi hermana rompe a llorar y se marcha corriendo, yo intento salir detrás de ella pero mi cuñado me coge la mano y niega con la cabeza.

— Se le pasará en unos días Brianna, dentro de nada solo seré un vergonzoso recuerdo — me dice serio, parece que hay algo más de detrás de todo esto, pero lo dejo pasar.

El sale con su caballo hasta el patio y antes de montar me abraza fuertemente, yo cierro los ojos porque su partida me duele más de lo que pude imaginar.

— Esto no es una despedida, yo no dejaré a mi familia atrás — me dice sonriendo, sube a su caballo—. Adiós Brianna Mckenzie.

— Adiós James Mckenzie, que Dios te bendiga — respondo, el asiente con la cabeza, da orden a sus hombres y veo como uno a uno van saliendo de mi propiedad, el último es James, vuelve su vista hacia mí y sonrío por última vez.

Así es como quiero recordarlo, como el eterno niño, como mi amigo y protector...

Adiós James, se feliz por mí...

Cuando ya no puedo verlo a lo lejos entro con pasos lentos a la casa, voy a ver a mi pequeña, con ella entre mis brazos todo el dolor desaparece.

Tierras Altas de Escocia.

Castillo Eilean Donan, Ross—Shire 1462.

(Alexander Mckenzie)

Hace varios días que Brianna se marchó junto con Valentina, espero que mis hombres vuelvan pronto, está espera me tiene los nervios destrozados, no sé

tarda tanto en ir a la frontera y temo que les haya pasado algo, aunque mis hombres son los mejores guerreros de toda Escocia.

Si mañana al salir el sol no han vuelto organizaré una partida de búsqueda, se que tomé una decisión precipitada que me está carcomiendo por dentro poco a poco, pero si por mi culpa les pasará algo a Brianna o a mi hija, no podría perdonármelo jamás.

Sí, aún pienso en Valentina como mi hija, mi corazón así me lo dice, las palabras de Isabella retumban en mis oídos, pero ya no tienen la fuerza de herirme como cuando las escuche por primera vez. Ella se ha negado a irse y yo no he sentido ganas de seguir pelando con ella, cree que mi decisión de desterrar a Brianna ha sido para poder estar juntos de nuevo, pero yo ya no siento nada por ella, lo que me obsesionó durante años ya no existe.

El trote de caballos llama mi atención inmediatamente, y cuando veo llegar a Ian en cabeza junto con los demás hombres siento alivio, la preocupación desaparece al saber que Brianna está a salvo en su hogar.

—¡Por qué demonios habéis tardado tanto! — le grito acercándome.

— Tu esposa nos desvió del camino a seguir Alex — explica tranquilo Ian.

—¿Brianna? ¿Dónde demonios os llevó? —pregunto sin entender nada.

— Quería que la lleváramos a las tierras de tu hermano — responde.

Se me hiela la sangre, Brianna ha acudido a James, me siento como un completo imbécil, por dudar de Isabella, mi esposa acaba de condenarse más de lo que ya estaba al acudir en busca de su amante.

Me siento tan furioso, tan traicionado, que no quiero preguntar nada más, me giro para marcharme hacia el castillo cuando Ian, me llama de nuevo.

— No cometas la estupidez de pensar lo que no es Alexander — dice acercándose a mí.

— ¡¿Acaso me ves cara de estúpido?! — le grito — Ella ha acudido a su amante, ¡mi propio hermano! — sigo gritando enfurecido.

— Ella no llevo siquiera a pisar sus tierras — explica y yo me quedo totalmente confundido. — Ella misma me explicó la situación, el por qué necesitaba a James, ordené a los hombres que fueran a buscarlo, ellos nunca estuvieron solos, no son amantes Alex — escuchar esas palabras son como un

jarro de agua helada.

—¿Qué motivos tenía para ir en busca de James? — pregunto sin lograr comprender.

— Tu negligencia — Ian me mira disgustado, ¿por qué?

—¿Negligencia? ¿De qué diablos hablas? — espeto.

— Tú, solo nos ordenaste acompañarla hasta la frontera, ¿cierto? — pregunta.

— Exacto, sé muy bien que órdenes di — ¿se ha vuelto loco Ian?

—¿Sabes dónde viven los padres de tu esposa? — ¿por qué me preguntará semejante tontería?

— En Inglaterra — respondo obviamente.

— Sí, más concretamente en Yorkshire, a millas de distancia de la frontera, ¿cómo querías que tu esposa se expusiera a ser atacada?! — pregunta furioso.

Cierro los ojos avergonzado por mi estupidez, ¿por qué nunca le pregunté cosas sobre su amada familia? Nunca me preocupé de ello, porque jamás pensé que me haría falta saber dónde vivían.

Ella tuvo que buscar apoyo en James, ni siquiera quiso eso de mí, ahora entiendo su petición de que mis hombres la llevaran dónde ella dijera, estaba velando por su seguridad y la de mi hija.

— Hay más, escuché varias conversaciones entre ellos, y mis sospechas se confirmaron. Ellos solo son amigos, tu esposa ve en James a un hermano, un protector, alguien que la ha aceptado desde el principio. Alguien, que confió en ella cuando su esposo no lo hizo nunca — sus palabras son el golpe mortal que abren una herida en mi.

Me doy cuenta que poco a poco, me he transformado en quien juré, jamás sería, en mi padre..., un hombre frío, cruel y despiadado hasta con su propia esposa. Siento vergüenza de mí mismo, incluso he apartado a mi hermano, la única persona de mi familia que aún vive.

¿Y todo por qué? Por una mujer que me ha obsesionado durante años, fui su amante cuando se casó con un hombre mayor que ella porque podía darle lo que en ese tiempo yo no podía, la perdoné cuando mató a nuestro hijo. La

perdoné después de que hirió a mi futura esposa, no solo eso, seguí acostándome con ella, le he creído todo lo que ella ha querido contarme, pero todo eso se acabó.

No voy a enfrentarla todavía, voy a buscar pruebas y cuando las tenga la echaré de mi vida para siempre, sin contemplaciones, pero luego, ¿qué haré?

Vienen a mi cabeza las palabras de Brianna...

Espero ver el día que maldigas haber conocido a Isabella McLeoud...

Creo que ya ha llegado ese día, y no sé cómo empezar a arreglar todo lo que he destrozado por creer en quién no debía.

—¿Como está Brianna? ¿Y mi hija? — pregunto.

— Estaban bien cuando las dejamos en la frontera, ya deben haber llegado a su destino — me informa, puedo ver lástima en su mirada.

Asiento y me alejé de allí, quiero paz, deseo estar solo y sin darme cuenta, acabo en el lago dónde estuve con mi esposa la última vez.

Si cierro los ojos aún puedo verla riendo en el agua, con su enorme panza, puedo escuchar su risa que tan poco escuché, porque solo le di motivos para llorar. La avergoncé de mil formas, la dañe de mil maneras y es algo que jamás me perdonaré.

Recuerdo la primera vez que la vi, tan joven y frágil pero tan valiente, con esa luz que desprendían sus ojos y que yo me encargué de apagar, ella me ha enseñado tanto sin darse cuenta. Ella se entregó a los demás aún con su abierto desprecio, enseñó a muchas mujeres a leer y escribir, a los niños también aunque no le dio suficiente tiempo, me enseñó que ella nunca se rendiría, No importa que le hiciera, ella siempre estaba allí, ¿por qué? ¿Cómo pudo soportarlo?

Le he pegado, forzado incluso. La encerré en la mazmorra, cegado por el odio a los ingleses, que tantos hombres de mi clan han matado, cegado por las palabras de Isabella, soy un maldito monstruo. Mi hermano James, tenía razón...

Decido empezar a descubrir la verdad, ahora que la venda ha caído de mis ojos, no pienso parar hasta descubrirlo todo, y sé por dónde empezar... La curandera.

Entro sin llamar a su pequeña choza y se asusta al verme...

—Laird — dice aterrada — ¿En qué puedo ayudarle? — pregunta.

—Puedes empezar por decirme de una vez la verdad — le ordeno, sé que ella es cómplice de Isabella, ya sea por miedo o por lealtad.

— No sé de qué habla mi Señor — no me mira a los ojos, está aterrada, y eso me confirma que miente.

— ¡Sí lo sabes!, dime ahora mismo todo lo que sabes de Isabella, o te destierro, sabes que las curanderas no estáis muy bien vistas — amenaza.

Ella pierde más el color si eso es posible, y de repente rompe a llorar desconsolada, me mira y asiente, y yo espero que empiece a contarme todo lo que sabe.

— Mentí al decirle que Isabella había perdido al niño, porque no había ningún niño — susurra — Y su esposa no fue quién empujó a Isabella — dice mirándome.

—¿Quién fue? — pregunto, temiendo la respuesta.

Ella tarda una eternidad en contestar, pero cuando lo hace debo apoyar todo mi peso sobre la pared para no caerme.

— Nadie, fue ella la que se tiró por las escaleras — y sé que no miente.

Brianna me lo dijo una y otra vez, y yo no la creí, dejé que todo el mundo la condenará y yo tratándola con superioridad creyendo que era muy benevolente por no haberla mandado matar, y yo era el imbécil que había caído en la trampa de una arpía embustera.

— Su esposa me suplicó que dijera la verdad, pero Isabella me tiene amenazada con acusarme de brujería, ¡me quemarían en la hoguera en la plaza de Edimburgo! — grita aterrada.

Ahora entiendo su silencio, si Isabella la tenía amenazada con acusarla de brujería, la iglesia no dudaría en enviarla a la hoguera sin un juicio justo, lo entiendo pero no por ello perdonó su proceder.

—¿Qué más? — pregunto cansado.

— Ella me pidió que intentará matar a su esposa en el parto, yo me negué, no soy una asesina mi Señor, cuando su mujer enfermó ella creyó que yo le había obedecido pero no fue así — me súplica con la mirada que la crea.

— No hiciste mucho por ayudarla a recuperarse curandera — gruño ahora entendiendo su actitud en aquellos momentos.

— No, no lo hice — lloriquea.

— ¿Sabes algo más? — se que oculta algo todavía más importante.

— Yo estaba en el bosque recogiendo hierbas, el día que Isabella atacó a su mujer.

— ¿Ella atacó primero? ¿Estás segura? — quiero estar completamente seguro para poder acusarla.

— Sí, ella le dijo que si usted no volvía a su lado, Brianna tenía que morir, se abalanzó sobre ella y le rodeó el cuello con sus manos para ahogarla. Su esposa solo se defendió, amenazo incluso con matar a su hija, su esposa le dijo que usted confiaría en ella, Isabella solo se rio y la golpeo en la cabeza dejándola inconsciente. Cuando se fue corrí a su lado y no me fui hasta que escuché a sus hombres venir por ella.

— Durante todo este tiempo tú sabías las mentiras e intrigas de Isabella y no dijiste, ¡nada! — le grito sin poder contener mi cólera

Ella está temblando y llorando pidiendo mil veces perdón...

Perdón una palabra gigantesca, ¿cómo va Brianna a perdonarme a mí? Ella confiaba en mí, estaba segura que yo pondría la mano en el fuego por ella y sin embargo la traicione una vez más.

— Se lo suplico Laird tenga piedad de mí, yo quería ayudar a su Señora, pero temía por mi vida — se arrodilla ante mí, pidiendo clemencia, ¿cuántas veces no escuché a mi mujer pidiendo lo mismo?

— No voy a matarte, Isabella no intentará nada contra ti, mis hombres vendrán dentro de un rato y te llevarán a una de las cabañas que están dentro de la muralla, a partir de hoy eres una Mckenzie. Gracias por no cumplir con el deseo de Isabella de matar a mi esposa, solo por eso te perdonó la vida y te protejo de ese monstruo — salgo sin decir nada más, solo escucho el llanto de alivio de la curandera, es hora de empezar a enmendar todo lo malo que he hecho durante este tiempo.

Me dirijo hacia el castillo, siento ganas de matar a Isabella, pero por una vez seré más inteligente que ella, voy a jugar astutamente mis cartas. Ella no es

consciente de que sé toda la verdad, y seguirá siendo así, hasta que esté seguro de poder acusarla de todos sus crímenes

Para mi desgracia no puedo evitar toparme con ella y al verla ya no veo ni siento lo que antaño me volvía loco, no es solo su traición lo que no puedo perdonar, si no que haya dañado a Brianna y amenazado con hacerlo a mi hija, juro que si algo le hubiera sucedido a ella no hay Dios ni poder sobre la Tierra, que la hubieran salvado de mi espada.

—Querido tenemos que hablar — dice acercándose a mí, intentando tocarme, me aparto ya que me repugna su toque.

— ¿De qué Isabella? Ya te dije que tu presencia en Eilean Donan no serviría para nada — digo intentando alejarme antes de explotar y gritarle todo a la cara.

—¡Sigues pensando en esa maldita inglesa! — grita histérica —¿Qué más tengo que hacer? — pregunta siguiéndome, y creo que sus palabras son el detonante para que no pueda aguantar más.

Me giro bruscamente y con mi gran mano, la cojo del cuello y la estampo contra la pared, ella tiene una sonrisa retorcida en sus labios, está tan loca que la violencia la excita.

— ¡Eres una maldita loca! —gruño — Te inventaste que Brianna te había empujado por las escaleras para matar un hijo que no existía— ella abre mucho los ojos y veo en ellos la verdad, está asustada de que yo sepa todos sus sucios secretos.

— Alex..., querido..., estás ahogándome — habla con dificultad.

— ¡Tendría que arrebatarte tu miserable vida! ¡Intentaste matar a mi esposa! ¡Amenazaste a mi hija! — le grito.

—¡No es tú hija! — grita revolviéndose.

— ¡No mientas! — grito apretando más mi agarre — ¡Has mentido todo el tiempo, pero se acabó Isabella McLeoud!

Ella no puede hablar, estoy casi acabando con ella, pero la dejo caer al suelo de golpe.

— ¡Lárgate de Eilean Donan y no vuelvas jamás! — le digo sin mirarla.

— ¡Te arrepentirás de esto Alexander Mckenzie! — me amenaza mientras se

toca el cuello magullado.

— Créeme que lamento el día que te cruzaste en mi camino, pero ahora soy yo quién te advierte una cosa, si vuelves a intentar dañar a Brianna o a mi hija, olvidaré lo que hemos vivido y te mataré — ella sabe que yo no amenazo en vano.

Se marcha asustada, pero sé que no es mujer de dejarse vencer, y lamentablemente tendré que acabar con ella tarde o temprano, pero si amenaza la vida de mi familia, no me pesará su muerte.

Pasan varios días en los que intento continuar con mi vida, entreno con mis hombres casi todo el día para poder caer rendido en la cama que todavía me parece que huele a mi hermosa mujer, sé que el Rey no tardará en enterarse de esta separación y pedirá explicaciones, otra de las razones que no vi en el momento de desterrar a Brianna. He puesto a su familia y a ella misma en la mira del Rey Enrique y no sé le conoce por ser un Rey benévolo.

— ¡Alexander! — grita Ian — Llega tu hermano con varios hombres, son los que acompañaron a tu esposa hasta su destino — explica.

Espero que crucen el puente y el portón y desmonte su caballo, ¿habrá ocurrido algo con Brianna? ¿Por qué otro motivo vendría James hasta Eilean Donan?

— Yo, James Mckenzie te desafío a ti Laird del clan Mckenzie — dice serio mientras desenvaina su espada, escucho exclamaciones de asombro y murmullos, veo a mis hombres prepararse para atacar...

— ¡No! — les digo — ¿Qué haces James? — pregunto asombrado.

— Te dije que si algún día volvías a dañar a Brianna, vendría a por ti, hermano o no... — contesta, preparándose para combate.

— Déjate de tonterías James, sabes que yo soy mejor en el combate.

— ¿Además de un ser cruel y sin escrúpulos, te volviste cobarde? — pregunta burlándose.

— Se acabó hermano, lucharemos si así lo quieres — pido a Ian que me dé una espada y así lo hace.

— ¿Preparado? — pregunta mi hermano menor, al que no reconozco.

Él es el primero en atacar, esquivo su ataque, es fácil a él lo guía la furia y yo

tengo la mente despejada. Si en el combate te dejas llevar por los sentimientos, estás perdido, debes tener la mente fría y poder anticiparte a tu adversario, este combate es para mí el más difícil, estoy luchando contra mi hermano pequeño y no quiero herirlo.

— ¡Atácame Alexander! — grita — Sé, que no estás haciendo más que esquivar mis golpes.

— ¡Basta James! — grito evitando otro de sus ataques — No quiero hacerte daño, entiendo tus razones, ¿de acuerdo? Vamos a hablar las cosas — intento razonar con él.

— ¿Como tú hablaste con Brianna? — ríe — Creo que no hermano...

Está vez mi intento de evitar su ataque sin yo atacarlo a su vez no funciona, su espada me alcanza y siento un fuerte dolor a lo largo del hombro y brazo, noto salir la sangre y veo como James, se detiene con el susto reflejado en su rostro.

Miro la herida y es más larga y profunda de lo que pensé ¡Demonios! Voy a necesitar suturar ¡maldito James! Él y sus estúpidos juegos.

— ¡Traed a la curandera! — escucho que ordena Ian, yo ya me dirijo hacia el salón para sentarme y que procedan a echar licor en la herida para evitar la infección.

Escucho a James e Ian detrás de mí, me siento y ordeno a Ian que eche alcohol sin vacilar, el obedece y inmediatamente observo la herida en carne viva pero no emito sonido alguno.

— Alexander yo no quería herirte realmente... — puedo escuchar su arrepentimiento.

— Jamás, te disculpes con tu adversario — respondo.

— ¡Maldita sea! Eres mi hermano no mi adversario, pero me enfureces sobremanera — gruñe frustrado.

— Entiendo, ¿cómo está Brianna? ¿Y mi hija? — pregunto intentando sonar despreocupado.

— ¿Tu hija, o la mía? — pregunta mordaz.

— No sigas por ese camino... — le amenazo — dime como está mi esposa e hija — le ordeno perdiendo la paciencia.

— Están bien, las dejé con su familia, por cierto, tienes una familia política encantadora.

—No creo que conmigo fueran tan encantadores — eso me afecta.

—¿Acaso te sorprendería? — pregunta — No les has dado motivos para quererte, y a tu esposa mucho menos.

No digo nada, se que tiene razón, dejo que la curandera me suture la herida casi sin sentir dolor alguno, cosa que agradezco

—¿Dónde tienes a tu amada Isabella? — pregunta burlón.

— Hace días que la eche de aquí, casi la mato — respondo.

—¿Eso significa que ya ha caído la venda? — pregunta esperanzado.

— Si, se todos sus trapos sucios, le juré que la mataría si se volvía a acercarse por aquí.

— No creo que sepas todos sus secretos, ¿sabes que fue la fulana de mucho de nuestros Lores? — pregunta — Incluso se me insinuó varias veces.

— Nada de ella me sorprende a estas alturas — respondo, el saber que ella me fue infiel, no me produce ningún sentimiento.

Los dos nos quedamos finalmente solos, sin hablar...

—Voy a casarme — suelta de pronto y yo lo miro incrédulo

—¿Con quién? ¿Has dejado a alguna preñada? — pregunto sin entender.

— No, solo me he enamorado, Helen es la mujer de mi vida.

No respondo, ¿qué puedo decir? No sé nada del amor, creí durante muchos años estar enamorado de una malvada mujer, y ahora sé que solo fue una malsana obsesión.

—¿Qué vas a hacer ahora? — pregunta y sé a qué se refiere.

—¿Qué puedo hacer? — pregunto perdido — ¿No crees que se merece un poco de paz? — aunque el pensamiento de no verla nunca más me hiere.

—¿Te rindes tan fácilmente? — pregunta mientras se levanta — Pregúntate por qué no puedes dejarla ir — y se marcha dejándome con más preguntas que respuestas.

No duermo nada en toda la noche recordando cada momento a su lado, bueno

y malo, cada cosa que dije e hice sin importar sus sentimientos, y preguntándome por qué todo eso aún me importa, me ha costado muchas horas analizarlo, pero finalmente entiendo lo que me ha costado tanto asimilar.

Estoy enamorado de mi esposa, no sé cómo ni cuándo ha pasado, pero el amor que siento por ella es un hecho, el dolor de su marcha no sé disipa, el remordimiento por mis actos no desaparece. Saberla a salvo es mi único consuelo, pero ahora, por delante tengo la batalla más dura e importante de toda mi vida.

Necesito recuperar a mi esposa, se que va a ser casi imposible hacerla volver y aún más difícil conseguir su corazón, pero un guerrero no sé rinde jamás y yo lucharé por ganarme el perdón de Brianna y su amor, ese amor que tanto necesito.

Brianna Mckenzie, prepárate porque voy a por ti... no puedo vivir sin ganarme tu amor.

Amada mía, perdóname...

Castillo Eilean Donan, Ross—Shire, Escocia.

(Alexander Mckenzie)

Han pasado semanas, semanas de soledad y remordimientos, no puedo si quiera pensar en que Brianna me otorgue su perdón y me entregue algún día su corazón.

Mi hermano sé marchó hace días también ya que su prometida estaba esperándole para casarse, no me invitó a su boda y entiendo sus motivos, no sé si algún día podremos recuperar la relación que teníamos antes de que todo se desmoronara.

Él, es el hombre que yo también debería haber sido, pero la influencia de mi padre aún me acompaña, aunque mi madre intentó por todos los medios que no me transformará en el monstruo que era Donald Mckenzie, mi padre. Un hombre despiadado en la batalla y en su hogar, solo fue leal a su Rey, nunca a su clan o su familia, desde que era un niño fui entrenado por él. Tanto en el arte de la guerra o en cualquier otro aspecto, consiguió que me alejará de mi madre y hermano, y eso, todavía me atormenta casi veinte años después de la muerte de la mujer que me dio la vida. James no lo sabe y nunca se lo diré, pero estoy casi convencido que mi madre se quitó la vida porque no soportaba más el maltrato de mi padre. Su último castigo fue apartarme de ella, yo era su hijo mayor, su protector y le fallé igual que he vuelto a hacer con mi esposa.

Son tantos los demonios que me acompañan y atormentan durante las noches solitarias, que siento que acabaré por perder la razón, ya no escucho risas en Eilean Donan, todo vuelve a ser austero y gris en mi hogar, como si Brianna se hubiera llevado algo más que mi corazón con ella.

Con el paso de los días, me convengo más de que necesito traerla de vuelta, pero no logro encontrar el valor para hacerlo, ¿qué puedo hacer para que ella acceda a volver a mi hogar, dónde solo ha conocido el sufrimiento? No sé me ocurre nada más que ir hasta Inglaterra y suplicar su perdón, será la primera vez que suplique a alguien en muchos años, la última vez que lo hice fue a mi madre cuando la encontré muerta, le supliqué una y otra vez que abriera los ojos pero ella, ya se había ido para siempre.

Espero tener mejor suerte esta vez y que Brianna, acceda a volver a Eilean Donan, dónde poco a poco, puedes ganarte su perdón y demostrarle al verdadero Alexander, ese que se esconde en lo más profundo de mi. Ese, que hace años está encerrado y no he permitido salir, ese que se volvió frío como un iceberg el día que perdió a la mujer que más había querido en su corta vida.

Me ha costado varios días dejar todo arreglado para ausentarme durante el viaje a Inglaterra, no pretendo que sea fácil, sé que la familia de mi esposa no me recibirá con los brazos abiertos y con buenas razones. Rezo para que me permitan hablar con ella y que mi viaje no sea en vano, sin embargo, si ella no desea venir por propia voluntad conmigo, me he jurado dejarla en paz para

que pueda tener la vida que se merece, yo seré quién pagué por todo ante mi Rey y el suyo. Es lo menos que puedo hacer por ella...

No voy a llevar a mis hombres conmigo, no quiero llegar como si estuviera preparado para el combate al hogar de mis suegros, quiero que ellos entiendan que no voy con la intención de seguir dañando a su hija ni a ellos, solo quiero tener la última oportunidad de recuperar a la mujer que sin yo esperarlo y sin ella pretenderlo, me ha robado el corazón, un corazón que no sabía que poseía.

La mañana llega y con ella la hora de partir, me dirijo al establo y preparo mi caballo, cuando veo aparecer a Ian no me sorprendo...

— ¿Crees qué vas a cruzar toda Inglaterra tu solo? — pregunta dirigiéndose hacia su montura.

— Suponía que no lo ibas a permitir — respondo.

— En efecto mi señor, juré protegerte hasta la muerte y lo cumpliré.

— ¿Que Marie este allí, no tiene nada que ver? — pregunto sabiendo de sobra la respuesta.

Él no dice nada más, desde que Marie se fue Ian no ha vuelto a ser el mismo, mi mejor amigo ha cometido los mismos errores y está pagando el mismo castigo que yo, y es, tener a la mujer que amas a millas de distancia y la certeza de que la has perdido...

— Tengo un mal presentimiento eso es todo, no confío en el silencio de Isabella — me confiesa.

— No temo a los McLeoud, ellos no son buenos guerreros — digo con confianza, sé de lo que hablo, durante años intenté hacer de ellos un clan poderoso pero no lo logré.

— No son guerreros, pero algunos son más astutos que las ratas, ellos no atacarán con honor, lo harán por la espalda como Isabella.

Y esa afirmación es cierta, los hombres McLeoud no tienen aliados, están aislados de los demás clanes, por su poca lealtad, no son de fiar, y teniendo a Isabella como señora, no es una influencia beneficiosa.

— De acuerdo Ian, partiremos juntos, roguemos a los Dioses que consigamos traerlas de vuelta.

Salimos cabalgando en nuestros caballos tranquilamente, mientras estemos en tierras de los Mckenzie no hay nada que temer, al pasar la frontera eso será un problema, en peores batallas he combatido y he vivido para contarlo.

No hablamos mucho, creo que cada uno está pensando que hacer y qué decir para conseguir recuperar lo que perdimos por no saber darle su valor.

Tengo la sensación de que nos siguen desde hace varias millas, no quiero dar la impresión de que me he dado cuenta, sean quienes sean, no llevan tartán y no son buenos escondiéndose. Eso, solo puede significar una cosa, no son guerreros, ahora queda confirmada la sospecha de Ian. Hombres del los McLeoud nos siguen, y estoy seguro que no atacarán de frente.

¿Tengo miedo? No, soy un guerrero desde que tuve edad suficiente para blandir una espada, mis hombres son los mejor de toda Escocia, pero los McLeoud, nos superan en número y son rastrosos. Sé que atacarán cuando menos lo esperemos, Ian me mira para hacerme saber que él, también se ha dado cuenta de que están siguiéndonos. Estamos en guardia, pero por primera vez en años tengo un mal presentimiento, no porque tema a la muerte, al ser guerrero asumí a la muerte como parte de mi vida y ella me acompaña cada vez que voy al frente a luchar por mi gente; si no porque por primera vez me importa vivir, tengo algo por lo que luchar. Tengo una hija a la que quiero ver crecer y una esposa que recuperar, dejarme matar ahora, no es una opción.

— Son McLeoud — me dice en voz baja, yo solo asiento para hacerle saber que lo he escuchado.

Debo pensar un plan, en campo abierto pueden atacar desde cualquier flanco, somos dos contra casi una docena, desgraciadamente no me da tiempo para idear un plan cuando una flecha me atraviesa el hombro izquierdo y me hace caer del caballo. Ian inmediatamente, desmonta y empuña sus dos espadas, yo no dejo que el dolor me detenga y me pongo de pie rápidamente empuñando también mi espada incluso con el hombro ardiendo como el infierno.

Son doce hombres, Ian acaba con cuatro de ellos y yo con tres más, quedan cinco y parecen tener el plan muy bien trazado, ya que tres me atacan directamente a mí y dos intentan reducir a Ian, mi amigo está herido, el costado le sangra en abundancia pero se mantiene firme. Yo puedo herir a uno de ellos pero cuando me dispongo a acabar con él, veo con horror como

Ian es brutalmente golpeado en la cabeza y cae inmóvil al suelo, es en ese momento, cuando mis agresores toman ventaja y dos de ellos se abalanzan sobre mí. Me resisto pero logran atarme las manos y levantarme entre ellos, yo solo puedo ver el cuerpo de mi mejor amigo tirado en el suelo...

—¡Ian! — grito para que se levante sin conseguir nada —¡Ian! — vuelvo a gritar mientras los malditos tiran de mi, alejándome de allí.

— Vamos Laird Mckenzie, la hospitalidad de alguien muy especial, os está esperando — dice uno de ellos riéndose a carcajadas.

—¡Ian! — hago el último intento y el cuerpo de mi mejor amigo es lo último que veo en mucho tiempo, cuando uno de ellos me golpea la sien dejándome inconsciente, sumiéndome en una oscuridad que no me suelta hasta mucho tiempo después.

Me duele la cabeza como si hubiera bebido varios barriles de cerveza, no sé dónde demonios estoy, abro los ojos y es cuando me doy cuenta que no estoy en Eilean Donan, y los recuerdos me llegan de golpe. El viaje, el ataque, Ian...

Rezo porque esté bien, le he visto combatir y ser herido miles de veces, pero nunca caído en batalla, eso es lo que me preocupa.

— Vaya, vaya, el Laird despertó — se burla el que golpeó a Ian y yo solo deseo soltarme de estás ataduras y romperle el cuello con mis propias manos.

— Si no estuviera atado, no estarías riendo bastardo — escupo con asco y odio.

Él al ver en mí mirada la ira y el odio más profundo, se echa hacia atrás, incluso atado me temen y eso me enorgullece.

— Haces bien en temerme McLeoud — le amenazo y puedo ver como traga fuertemente.

— ¡Cállate Mckenzie, aquí no das tú las ordenes! — ordena otro hombre más mayor y que parece ser el líder.

—¿Dónde demonios estoy? ¿Quién os ha pagado para hacer esto? — intento entender, aunque sé que es Isabella quién está detrás de todo.

— Querido pensé que eras más inteligente — esa voz... siento asco cuando

aparece ante mí.

Isabella... es una sombra de la mujer que durante años compartió mi cama, está más delgada y parece que ha envejecido de golpe, grandes ojeras surcan su rostro crispado, pero lo que impresionan son sus ojos oscuros que antaño brillaban al verme, ahora lo hacen pero con una chispa de locura. Nunca se debe subestimar a una mujer despechada, e Isabella McLeoud no es la excepción.

— Isabella... ¿A qué estás jugando? — gruño enfadado.

— Ha esto me has obligado Alexander, ¿creías que permitiría que trajeras de vuelta a esa maldita inglesa? — pregunta gritando.

— Te has vuelto completamente loca — le digo con asco—, ¿cómo demonios has sabido de mi viaje? — pregunto desconcertado.

— Tengo espías en todos lados Alex, no lo olvides — dice acercándose y acariciando mi cara con adoración, intento apartarme, pero ella me coge fuerte clavándome sus uñas, provocando un gruñido de mi parte, ella solo sonríe.

— ¡Vas a soltarme inmediatamente, y a rezar a todos tus Dioses para que Ian esté bien, porque si no, yo mismo te rebanaré el cuello! — la amenazo esperando que se asuste, pero solo me suelta bruscamente y ríe a carcajadas.

— Querido, debes aprender que ahora la que da las órdenes, soy yo.

— ¡Tu no vas a ordenarme una maldita cosa mujer! — le digo perdiendo la paciencia, intentando sin éxito librarme de las ataduras.

— ¡Enseñadle quién manda aquí chicos! — les dice sonriendo.

Dos de ellos se acercan alegremente y el más bajo de los dos, es el primero en golpearme, escupo sangre y empiezo a reír como si hubiera perdido la razón.

— ¿Esto es todo lo que puedes hacer estúpida? — le pregunto burlón — ¿Olvidas quién soy maldita? — gruño cuando vuelven a golpearme en el estómago.

— Chicos enseñadle modales a nuestro invitado, voy a darme un baño, así tal vez cuando vuelva a verme, recuerde por qué nunca debió darme la espalda.

Se marcha dejándome con cinco hombres relamiéndose los labios, empiezan a golpearme por todos lados, cuando ya he perdido la cuenta no solo usan los

puños, usan palos que dejan mis huesos hechos trizas, sin olvidar la flecha de mi hombro que en algún momento me han arrancado sin ningún miramiento.

Pasan lo que parecen horas, ya no siento dolor, tengo un ojo completamente cerrado y el otro no está mucho mejor, noto en mí boca el sabor metálico de la sangre. En algún momento me han cambiado de la silla en la que estaba atado, a un gancho colgado del techo, así que mis hombros adoloridos se resienten más en esta horrible posición. Sé todo tipo de torturas, yo mismo las he infligido y sé lo que me espera, solo quiero salir de aquí con vida para matar a todos los que se han atrevido a tocarme un solo pelo.

Mis agresores están sentados bebiendo tranquilamente y riendo como cerdos degollados, solo quiero ver entrar a Isabella por la puerta para decirle todo lo que quiero, quiero hacerle daño. Por primera vez desde que nos conocemos esto no sé lo voy a perdonar, no lo voy a olvidar y sin saberlo ha firmado su sentencia de muerte. Debí matarla cuando me enteré de la verdad, pero quise dejar de ser ese hombre que actúa y después piensa y se arrepiente, así que la dejé vivir para desgracia de todos.

Al fin entra con ropa limpia y parece más la Isabella de antaño, me mira y por un instante veo arrepentimiento en sus ojos, pero cuando se da cuenta de que la estoy mirando como si fuera un maldito gusano que quiero aplastar con mi pie, cambia su expresión a una de total indiferencia.

— Bien Alex, ¿has pensado mejor, lo que te conviene? — pregunta sin acercarse mucho a mi.

— Sí, lo que me conviene es retorcerte el cuello — le escupo mi sangre y ella se aparta—, ¿ahora me tienes asco querida? Recuerdo que has tragado mucho más de mi — le sonrió y ella enrojece.

—¡Cállate! — grita y me abofetea — ¡Nunca me hablaste así Alexander!

— ¡Porque nunca me mostraste a la verdadera Isabella, eres un maldito monstruo!

—¿Ahora soy un monstruo? ¿Por qué? ¿Porque, intenté matar a la maldita inglesa? ¡Me ha quitado tu amor! — vuelve a gritar.

— ¡Ella no te ha quitado nada mujer estúpida, no puede quitarte nada que yo no te he dado nunca! — intento dañarla, romperla completamente.

—¡No mientas! ¡Me quieres a mí! Solo que ella te ha embrujado — dice

paseándose delante de mí.

— Lo que tú y yo teníamos era sexo Isabella, sentíamos lujuria, y yo estúpido de mi pensé que eso era amor, pero el amor es otra cosa. El amor es perdonar lo imperdonable, es querer dar a luz a mis hijos, es darme una y otra vez oportunidades que no merecía y todo eso me lo dio Brianna, no tú — ella está mirándome como si no entendiera ni una palabra de lo que le digo.

— ¡Estás completamente loco Alexander! ¿Dónde están las promesas que me hiciste? Tú mismo me juraste que nada cambiaría, que yo seguiría a tu lado, ¡siendo la mujer del Laird Mckenzie! —grita roja de furia.

— ¿Entonces, es eso? Solo te importaba ser la mujer del Laird Mckenzie... Pues siento desilusionarte, mi esposa es Brianna y así seguirá siendo hasta el día de mi muerte — y ese es un juramento que no pienso romper.

— ¿Por qué? ¿Qué cambió? — pregunta derrotada.

Tardo en responder porque quiero hacerlo con la verdad...

— Yo, yo cambié, me di cuenta que con mis acciones estaba convirtiéndome en mi padre, no quiero eso. Soy un guerrero, sí, pero ante todo soy hermano, soy esposo y soy Laird de mi clan.

No he sido un buen hermano para James, no he sido hasta ahora un Laird justo, y mucho menos he sido un buen marido, y eso es lo que voy cambiar...

Ella está llorando, por primera vez desde que comenzó toda esta locura veo a la Isabella que una vez despertó sentimientos en mí.

— La amas, ¿por qué Alexander? ¿Por qué ella? Yo te lo di todo, ella no puede ser tan buena como yo en la cama.

— Esa es la diferencia entre tú y ella. Brianna, no sé esfuerza en retenerme a su lado con trucos de seducción, no me quiere por el sexo, jamás me ha pedido cosa alguna. Sin embargo, ella me ha dado el regalo más hermoso del mundo, algo que tú me arrebataste hace años.

Con ella me he sentido libre, con ella, he tenido una conexión más allá del placer sexual, la he extrañado al tenerla lejos, y he sentido verdadero terror al pensar que podría morir. Eso lamentablemente, jamás lo sentí por ti —se que le hago daño, pero está insensatez no puede continuar.

— Ella jamás te perdonará — sonrío encantada con la idea.

— Puede que no lo haga hoy, ni mañana, ni dentro de un año, pero aunque tenga que esperar la vida entera, suplicaré su perdón hasta el último aliento.

— ¡No voy a dejar que ella te tenga Alexander, tú volverás a amarme!

— No lo haré, Isabella.

— Ya lo veremos... —sonríe con malicia y sé que tiene algo en mente.

Se aleja de mi y va hacia una mesa que no había visto y coge algo entre sus manos, cuando veo lo que es mi furia vuelve a despertar.

— ¡No te atrevas Isabella! — la amenazo.

Solo ríe como desquiciada y se posiciona detrás de mí. El primer latigazo llega sin esperármelo, duele como el infierno pero no pronuncio sonido alguno.

— ¿Vas a amarme? — pregunta después del segundo latigazo.

— ¡No! — digo alto y claro.

Recibo un total de veinte latigazos, solo escucho el estallido del látigo y la respiración intensa de Isabella.

— ¿Va a amarme? — vuelve a preguntar.

— ¡Jamás! — le digo con voz rota.

— Me obligas a esto Alex — dice y vuelve a la carga con sus azotes.

He perdido la cuenta, dejé de contar hace mucho, mi espalda se siente como fuego, noto la sangre correr por ella. Isabella no sé detiene, y yo, no voy a darle lo que ella pide.

Finalmente se detiene, yo tengo la cabeza caída hacia delante, no siento más que dolor, estoy cansado y sediento.

— Ahora tú, y tu mujerzuela tenéis algo más en común, unas cicatrices que siempre os recordaran quién es, Isabella McLeoud.

— Juro por todos los Dioses que te mataré Isabella... — la miro con furia, con rencor, con desprecio.

— ¿Crees qué saldrás de aquí con vida? — sonríe — Tus hombres vendrán por ti, y tengo la esperanza de que la mosquita muerta de tu esposa también lo haga, entonces la mataré delante de ti, y luego tú, la seguirás —lo dice

completamente segura, tiene un plan ideado y no dudará en llevarlo a cabo.

— Tu plan fallará, Brianna no vendrá por mí —de eso estoy seguro.

—¿Aún no te diste cuenta verdad? —pregunta como si fuera el ser más tonto de la Tierra —Ella, te ama a pesar de todo lo que le has hecho, te entregó su corazón. Por eso tu destierro la hirió no solo en su orgullo, sino en lo más profundo de su ser, pues el hombre que amaba, confiaba más en su amante que en ella, ¿qué pena verdad? —pregunta burlándose.

Al escuchar eso, no puedo creer que sea verdad ¿Brianna, me ama? No puede ser, no le he dado ningún motivo para amarme, pero la esperanza a prendido dentro de mí, y eso me da fuerzas para seguir resistiendo.

— Voy a darte un día para que pienses que es lo que te conviene, recuerda que si no eres mío, no serás de nadie —me dice, mira a sus hombres y les ordena que me suelten del gancho que me mantiene atado al techo.

Me sueltan bruscamente y caigo al suelo, es un alivio aunque no me desatan ni las manos ni los pies, saben que sería sellar su sentencia de muerte, porque aún débil puedo romperles el cuello a todos estos miserables.

Los veo salir y cerrar la puerta, me han dejado solo, malherido y sediento, mi única esperanza es que Ian esté vivo y llegue a Eilean Donan por refuerzos. Ellos sabrán dónde buscarme, la tierra de los McLeoud, es pequeña.

Isabella me ha pedido que piense en lo que me conviene, se cree muy segura, no me teme y ese es su gran error. Ahora que tengo la esperanza de que Brianna me ama, nada sobre la faz de la Tierra me detendrá de llegar a Inglaterra y traerla a su hogar, junto a nuestra hija, mi adorada niña, tan pequeña y tan hermosa.

El sueño me vence aunque intento resistir, y antes de que Morfeo me atrape entre sus brazos, solo deseo que Ian, esté bien y pueda rescatarme a tiempo...

(James Mckenzie)

Han pasado semanas desde que vi a mi hermano y pude vislumbrar un atisbo del hombre que había sido tiempo atrás.

Yo estoy feliz, llevó poco tiempo casado con Helen pero ha sido increíble, somos felices, lo único que empaña un poco esa felicidad es saber a Brianna y mi sobrina lejos de mi hermano, que la arpía de Isabella consiguió su propósito.

El día que marché de Eilean Donan dejé a mi hermano desalentado, creo que conseguí convencerlo para que luchara por Brianna y Valentina, y no pierdo la esperanza de verlos de nuevo juntos, formando la familia que siempre debieron ser.

—¡James! — grita mi esposa — Se acerca un hombre, parece que está herido. Salgo corriendo de la casa y ya varios de mis hombres, están cogiendo las riendas del nervioso caballo, cuando reconozco al jinete, se me hiela la sangre... Es Ian, el segundo al mando de los Mckenzie, y mejor amigo de mi hermano...

— ¡Ian! — grito acercándome, cogiéndolo y cargándolo en mi espalda— ¡Mujer, llama a Isolda, necesitamos ayuda!

—¿Dónde vas a llevarlo? —pregunta Helen.

—A una de las habitaciones, aún no están listas, pero es mejor que nada, necesito que despierte y saber qué demonios a pasado, en estos momentos no sé si Eilean Donan, ha sido atacado.

Ella me mira preocupada, sabe que mi hermano es importante para mi aunque estemos distanciados, y que si la fortaleza ha sido atacada, nosotros también estamos en peligro.

Cuando Isolda llega para curar a Ian, sé por su gesto que las heridas son de gravedad, no sé qué haré si él no sobrevive. Yo, también he crecido junto a él, y sé que si Alex está vivo, la muerte de su mejor amigo seria un duro golpe, ¡Dios!, el solo pensamiento de mi hermano muerto, me remueve las entrañas...

—El guerrero tiene varias heridas, pero la de su hombro, me preocupa — dice mientras sigue curándolo.

—¿Por qué? — pregunto.

— Porque la espada prácticamente, le ha arrancado el brazo, será un milagro si no tengo que amputar — dice con voz segura.

Cierro los ojos espantado, ¿cómo continuará luchando Ian?

— Haz lo que tengas que hacer para salvarle la vida —solo espero que lo consiga.

Helen está conmigo en todo momento, Ian no despierta y eso me tiene muy nervioso.

— He hecho todo lo que he podido mi señor, seguramente tendrá fiebre, si eso llega a pasar, creo que no lo resistirá.

—¿Por qué no despierta? —sé que estoy siendo impaciente, sé que estoy siendo egoísta, pero el no saber qué ha ocurrido, está matándome.

— Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza, no puedo asegurar que vaya a despertar, pero es buena señal que recobrara el conocimiento y llegará hasta aquí —dice con temor.

—¡Pero lo tiene que hacer maldita sea! —grito impotente.

— Cálmate James, Isolda no tiene la culpa —Helen intenta calmarme.

—Llámeme si sube la fiebre, si ocurre será por la infección en el brazo, haré todo lo posible para no amputar, sé que es un guerrero. Eso para un Mckenzie, sería peor que la muerte.

Solo asiento, no sé qué demonios hacer, le pido a Helen que me deje a solas con él, necesito pensar, y esperar un milagro...

Me siento al lado de la cama, Ian tiene gestos de dolor, no me gusta verlo en esta situación. Jamás lo vi así y es lo que más me preocupa, nadie ha sido capaz de atacar la fortaleza en años, cuentan mis familiares que el mismísimo Robert de Bruce la utilizó como refugio.

Después de varias horas esperando que despierte, empieza a quejarse, a moverse inquieto y al tocarlo, puedo darme cuenta que la fiebre ha hecho su aparición.

— Helen, llama a Isolda, la fiebre ha empezado —digo apesadumbrado.

— No, déjame a mi intentarlo, Isolda es mayor, solo conoce los remedios antiguos. Yo puedo salvarle el brazo James, te lo ruego... —súplica, sé que

tiene buenas intenciones, mi mujer es un corazón puro y bondadoso.

— Haz lo que puedas, la muerte no puede ser peor para él, que perder el brazo.

Acompaño a mi esposa hasta la habitación dónde Ian se revuelve en sudor y dolor en la cama, Helen lo primero que hace es limpiar nuevamente la herida, retirando todo lo que Isolda había utilizado.

— ¡Marie...! ¡Marie! —susurra Ian, una y otra vez.

—¿Quién es Marie? — pregunta Helen sin mirarme, concentrada en su trabajo.

— La mujer que ama y que ha perdido — respondo.

Mi esposa suspira y mueve la cabeza, se lo que está pensando, que estúpidos sois los hombres, y no le falta razón.

— Esto ya está limpio, la fiebre debe bajar en unas horas, es normal en su estado, pero cuando vi lo que Isolda hacía, sabía que la fiebre aparecería con más fuerza — me explica, es tan inteligente, me siento orgulloso de ella.

— Gracias, mi amor —la beso y ella sonríe, vuelve a dejarme a solas con el único que puede decirme dónde está mi hermano.

Ya mandé a algunos de mis hombres a Eilean Donan, está todo bien, nadie sabe que Alexander está desaparecido, eso complicaría mucho las cosas. Lo único que pudieron averiguar es que, Ian y mi hermano, se dirigían a Inglaterra. Por fin, mi hermano iba a hacer lo correcto, y al saber esto tengo una sospecha rondándome la cabeza, puede que Isabella esté detrás de todo.

Ian llama durante horas a Marie, siento lastima por él, llamar a la mujer que amas y no tenerla a tu lado es horrible, pero mi corazón da un vuelco cuando finalmente abre sus ojos vidriosos por la fiebre y las hierbas.

—Ian, ¿puedes oírme? ¿Sabes quién soy? —pregunto nervioso.

—¡Demonios! Parece que me han abierto la cabeza —se queja.

— Casi aciertas amigo, ¿qué demonios ha ocurrido? ¿Dónde está Alexander?
— pregunto, sé que se encuentra fatal, pero ya lleva casi dos días desaparecido.

—McLeoud —susurra — Isabella McLeoud —al escuchar que mis

sospechas se confirman, mi rabia aumenta.

— ¡Maldita zorra! — grito.

— Eran hombres McLeoud, matamos a varios, pero sabes como son, Alex fue herido con una flecha y a mí me dieron por muerto —dice.

—¿Por dónde empezamos a buscar? ¿Qué debo hacer? —son tantas preguntas sin respuesta.

— Isabella no lo matará, pero no te aseguro que su estancia con ellos, sea agradable.

Dioses... ¿Qué vamos a hacer? No sé cómo organizarnos, el clan no puede quedar sin mando..., ahora mismo, todos estamos en peligro.

¡Alexander, hermano dónde estás...!

(James Mckenzie)

Ian, mejora visiblemente con los días, envíe a varios de mis hombres a Eilean Donan y a otros tantos, a recorrer las tierras de los McLeoud, para ver si encontraban alguna pista de dónde tienen escondido a Alexander.

Sé que Isabella es astuta, inteligente, no lo habrá llevado a la casa principal, debe tener algún escondite, ¿pero dónde?

A mis preocupaciones se le suma la carta que llegó incluso antes de saber que Alexander estaba secuestrado. Es de Brianna, dónde me expresa su desilusión porque mi hermano no ha ido a por ellas, en medio del dolor y la confusión, está más decidida que nunca a hablar con su Rey para que el matrimonio sé dé por finalizado, me dice que ella asumirá su castigo si el Rey Enrique, considera que su deuda no está saldada.

Ahora me debato entre contarle lo que ocurre o no, se que ella sería capaz de volver a Escocia para ayudar en la búsqueda de mi hermano, no es lo más inteligente, pero algo me dice que cuando encontremos a Alex, el va a necesitar a su esposa e hija a su lado.

—¿Qué debo hacer Helen? — le pregunto desesperado.

—¿Qué decía su carta? — me pregunta acariciando mi pelo, eso me relaja, toda ella me da paz.

— Espera y te la leo, está por aquí... —rebusco en mi escritorio y la encuentro, reconozco la letra refinada de Brianna.

Querido James, hace semanas que me despedí de ti. Espero, llegaras sin ningún problema a tu hogar y a los brazos de tu amada Helen.

Deseo, ya estés casado, porque sé que esa muchacha te hace feliz, hazla a ella inmensamente feliz, amala y cuídala toda la vida, pues el amor es el sentimiento más bello del mundo si tienes la gran suerte de que te sea correspondido.

Espero algún día llegar a conocerla, mientras tanto, el tiempo pasa rápido y Valentina crece cada día sana y fuerte, cada vez se parece más a Alexander. Teniéndola a ella, tengo una parte de él.

No sabes cómo me duele su silencio e indiferencia, no solo para conmigo, ya que no puedo obligarlo a amarme como yo lo amo a él, si no para su hija, sangre de su sangre ¿No siente una pizca de amor en su corazón por ella?

Estoy dispuesta a enfrentar yo sola la ira del Rey, pero quiero la libertad James, quiero dejar de ser la esposa de Alexander Mckenzie.

Esperaré tú respuesta para dirigirme a Londres y hacer lo que deba, para volver a ser libre, no porque no ame a tu hermano, lo amo demasiado y me duele estar atada a él, sin ningún sentimiento por su parte.

Brianna Mckenzie.

—Esto es lo que me dice su carta, llegó el mismo día que Alex desapareció y ya no tuve cabeza para contestar.

— En estos momento no sirve una carta, debes ir por ella —me sorprende su comentario.

—¿Ir por ella? ¿Sabes en el lio en el que estamos metidos? — pregunto sin poder aún comprender su idea.

— Ella volverá contigo, tu hermano la necesitará cerca, llévate algunos hombres para que acompañen a Marie y la niña, mientras tú y Brianna volvéis a galope — lo dice tan segura que hasta parece fácil.

Y tras mucho pensarlo decido hacer caso a mi mujer, la dejo a ella a cargo de todo. Ian ya marchó para Eilean Donan, el dirigirá todo allí, yo solo me llevo cuatro hombres conmigo, debo llegar a Inglaterra en dos días. Va a ser un viaje largo y duro, pero debemos cabalgar sin tregua, solo lo necesario para que los caballos descansen.

Me despido de mi amada esposa, desde que nos casamos estamos poco tiempo juntos con todo lo que está pasando, pero cuando vuelva, cuando Alex este a salvo junto a su familia, nunca más me separaré de la mía.

Mis hombres y yo galopamos durante horas, cruzamos las tierras Mckenzie, ese mismo día antes del anochecer, inevitablemente debemos hacer un alto para que los caballos descansen de la cabalgada que se han visto obligados a hacer. Decido que nosotros también debemos descansar algunas horas, al amanecer cruzaremos la frontera, y espero llegar en menos de un día hasta Yorkshire, explicarle todo a Brianna, que ella acceda a venir conmigo y pueda ayudarnos a recuperar a mi hermano.

(Brianna Mckenzie)

Hace algunos días que envíe una carta a James buscando algunas respuestas, no pierdo la esperanza y pienso que algo ha impedido que Alex se comunique conmigo. Tal vez su Rey lo llamó a la Corte al enterarse de mi partida, sé que estoy siendo ilusa, buscando excusas para su comportamiento, cuando la única razón es, que no nos quiere y que le importa más Isabella que nosotras.

No puedo evitar que algunas lágrimas traicioneras broten de mis ojos, pero sé que aunque estoy siendo una estúpida, algo en el fondo de mi corazón me dice que no me rinda, que algo impide que Alex se ponga en contacto conmigo. Tal vez por el sueño que tuve hace unas noches, en el Alexander me llamaba, estaba herido, sufría y yo me desperté sudando y aterrada.

Estuve rezando todo lo que quedó de noche porque él, estuviera bien y que no hubiera sido atacado Eilean Donan.

Tanto mis hermanas como mi madre, intentaron calmarme, más no lo lograron, ya que también Marie estaba inquieta y cuando le pregunte la razón me confesó algo que me heló la sangre. Ella también había soñado con Ian, y aunque pudieran tomarnos por locas, eso me convenció de que algo le había ocurrido a mi marido, me siento intranquila y me siento una completa inútil por no saber nada, por no poder hacer nada.

Ojalá que la misiva de James pueda darme algo de paz, los días se me hacen eternos esperando su contestación, mientras tanto Valentina, ocupa todo mi tiempo. Paso con ella todas las horas que puedo, no quiero perderme nada, Marie es de gran ayuda y parece que se ha adaptado a su nuevo hogar, aunque el brillo de sus ojos se apagó, el día que vio partir a Ian hacia Escocia.

— ¡Mí Señora! — grita Marie — ¡Lord James, está aquí! — dice con expresión preocupada.

—¿Cómo dices? — pregunto anonadada — ¿James, está aquí?

— ¡Sí, mi Señora, quiere veros enseguida, lo deje con Lady Sarah! — me explica.

—¿Con Sarah? — grito con horror — ¡Dios mío! — salgo corriendo de mi habitación.

Recorro el largo pasillo y bajo las escaleras para dirigirme a la sala de visitas, y es ahí donde paró en seco al ver a James con grandes ojeras, expresión preocupada, ansioso y mi pesada hermana con sus tonterías. Me hace enfadar, pues siento que algo terrible ha ocurrido, no estamos ahora para sus estúpidas obsesiones.

—¡Sarah de Clarence, deja en paz a James! — ordeno, ella está a punto de contestarme, pero algo en mi mirada le dice que es muy mala idea, se retira enfurruñada.

—Brianna —sonríe mi cuñado, yo le abrazo porque siento alivio de verlo después de este tiempo separados.

—James, ¿qué ocurre? — pregunto preocupada.

—¿Por qué crees que ocurre algo? — pregunta sin mirarme a la cara.

— No recorrerías tantas millas sin motivo alguno.

— Es cierto, Brianna no sé cómo decirte esto... — él me mira y veo verdadera preocupación, me asusta...

—¿Le ha ocurrido algo a Alexander?— pregunto asustada por la respuesta.

— Brianna, Alexander lleva una semana desaparecido — me espeta de golpe.

—¿Qué?! —no puedo creer lo que dice.

— Hace cinco días partieron Ian y él desde Eilean Donan, venían a por vosotras Brianna, mi hermano jamás te abandonó, fueron atacados por los McLeoud —escucho horrorizada.

—¿McLeoud? — susurro— ¡Isabella! —grito furiosa.

—Sí, Isabella está detrás de todo esto, mi hermano descubrió toda su maldad y la echó de la fortaleza, jurando que si algún día volvía a hacer daño a su familia, la mataría.

Me sorprenden tanto sus palabras, no solo Alex quiso volver a por mí, sino que por fin echó de su lado a esa fulana maliciosa.

— Debemos volver a Eilean Donan, James —estoy decidida a traer de vuelta a mi esposo.

— Sabía que dirías eso, vengo con varios hombres, ellos quedaran detrás con Marie y Valentina, tú y yo partiremos a galope. Debemos llegar lo antes posible, el viaje va a ser duro Brianna.

— No me importa, voy a disponerlo todo, diré a la cocinera que os prepare algo para comer, dentro de una hora partimos.

Corro hacia mis habitaciones, Marie está nerviosa, intuye que algo va mal y desgraciadamente no sé equivoca.

—Disponlo todo para partir en una hora Marie, volvemos a Eilean Donan — ordeno, mientras me preparo para cambiarme.

—¿A ocurrido algo, mí Señora? — pregunta mientras empieza a recoger todo.

— Alexander ha sido secuestrado por los McLeoud —no le digo que Ian ha sido herido.

— ¡Ian! — grita —¿Mí Señora, como está mí Ian? — pregunta llorando.

—¿Cómo sabes que Ian está herido? — pregunto sorprendida.

— Él, jamás dejaría a mi Laird, solo herido o muerto, permitiría algo así —lo afirma, segura del honor y valor de Ian.

— Ian está bien, pero estuvo muy grave, no puedo mentirte Marie, no a ti. Según James, estuvo a punto de perder el brazo, no saben si podrá volver al campo de batalla — le digo triste por darle tan malas noticias.

Marie llora pero aún así, sigue mis órdenes, así es ella, siempre trabajado aunque el mundo se le caiga encima. Es una muchacha fuerte, estoy muy orgullosa de ella.

Antes de lo previsto estamos listas, Marie está al tanto de que ella quedará atrás, no me gusta dejar a mi hija, pero debemos llegar lo más pronto posible y encontrar a Alex antes de que sea demasiado tarde.

—¡Aún no entiendo porque debes ir a ayudar a ese bárbaro! — exclama mi padre.

—Padre debo ir, es mi esposo, lo amo.

—¿Cómo puedes amar a ese monstruo?! — pregunta furioso.

— Lo siento padre, no puedo evitarlo, espero algún día podáis perdonarme — sollozo, despidiéndome de todos.

—Que Dios te proteja hija mía — me besa mi madre llorando —, espero algún día volver a verte.

— Juro que nos volveremos a ver madre — le hago una promesa que pienso cumplir.

Me despido con mucho dolor de mis hermanas, Sarah es la que parece más afectada, pero sé que no sólo llora por mi partida, si no por James, ella ya sabe que está casado y al fin parece que entiende que su amor es imposible.

Mi padre aunque enfadado se despide de mi, incluso se ofrece a acompañarnos, a lo que me niego, él ya no está tan fuerte como antes y no puede arriesgar su vida.

Me despido de mi hija con sollozos desgarradores, desde que nació no me he separado de ella, aunque Marie la cuidará como si fuera suya.

—Brianna, debemos irnos — me apremia James, y entiendo su impaciencia.

— Nos veremos en las tierras de James — le digo como despedida a Marie, ella solo asiente.

Monto en mi caballo y le hago saber a James que estoy preparada, no vuelvo la vista atrás, si lo hago nunca saldré de Inglaterra, pese a mi amor por Alexander, mi amor por mi hija es grandioso.

Cabalgamos sin descanso hasta el anochecer, los caballos están cansados igual que yo, James se apiada de nosotros y como ya cruzamos la frontera, mañana llegaremos a sus tierras. Siento la imperiosa necesidad de llegar, con la esperanza de que Alex ya esté esperando allí y así se lo hago saber a James.

— No creo que tus esperanzas se conviertan en realidad, Brianna — responde serio.

—¿Crees qué no sé que esa mujer está loca? Intentó matarme, y tengo cicatrices en mi espalda que me recuerdan constantemente quién es Isabella McLeoud — respondo igual de seria.

— Discúlpame Brianna, estoy cansado, preocupado y sintiéndome un completo inútil, estoy seguro que Alex, ya me hubiera rescatado — dice avergonzado.

— No te mortifiques, lo encontraremos — le intento dar una tranquilidad que ni yo misma siento.

Dormimos porque sabemos que vamos a necesitarlo, aunque puedo darme cuenta que él está alerta, solo somos el y yo, y si somos atacados estaremos en serios problemas. Aunque estamos cerca de las tierras Mckenzie, ni eso ya nos puede dar seguridad.

El alba llega y con ella nuestro galope prosigue, antes del medio día, ya estamos en tierras de James, cuando veo su hogar siento alivio. Estoy más cerca de Alexander...

A nuestra llegada, varios de sus hombres llegan a nuestro encuentro gritando, en un principio no entiendo nada, hablan muy rápido y yo aún no entiendo muy bien el gaélico, pero si entiendo el nombre de mi esposo y eso me pone en alerta.

—¿Qué ocurre con mi marido?! — pregunto histérica, James me mira y la noticia que tiene para darme me produce sentimientos encontrados.

—¡Sabemos dónde está Alexander! — dice sin más. — ¡Muchachos preparaos! — grita a sus hombres.

Veo que una menuda mujer se acerca a él y lo besa, deduzco que es Helen y puedo ver el amor que sienten el uno por el otro, me hace inmensamente feliz, por ambos.

— Brianna, está es Helen, mi amada esposa — me presenta, puedo ver que ella es tímida, pero sus ojos reflejan paz.

— Encantada de conocerte Brianna, lamento sea en estas circunstancias — me abraza sinceramente.

— Igualmente Helen, deseaba conocerte — sonrió feliz.

— Helen, enséñale a Brianna su habitación, y que le preparen un baño — ella asiente y espera que la siga, pero yo no me muevo.

— Yo voy contigo, James — digo convencida.

—¿Estás loca?! — me grita por primera vez— ¡Vamos a luchar Brianna, no a dar un paseo, a saber que nos encontraremos allí!

— ¡Sea lo que sea a lo que os enfrentéis, yo lo haré con vosotros, sea como sea que esté Alex, yo lo traeré de vuelta a su hogar! — le digo enfurecida.

—Déjala ir James — pide Helen.

— ¡Mi hermano me cortará el cuello si algo te sucede Brianna! — dice dudando.

— Si no voy contigo, os seguiré e iré sola, sea como sea, traeré a mi esposo de vuelta. Tú eliges James... —no voy a dar mi brazo a torcer.

— De acuerdo, no te separes de mi Brianna, júramelo por tu hija —me pide.

— Juro que no me moveré de tu lado, juro que no tendrás por qué preocuparte.

— ¡Sea pues! —besa con pasión a su mujer— ¡Partimos! —grita.

Salimos al galope siguiendo a sus hombres que son los que saben dónde tienen prisionero a mi esposo, tengo miedo de lo que pueda encontrar, tengo miedo de hallarlo muerto, pero juro que si esa desquiciada lo ha matado, acabaré con ella y no me importa arder en los fuegos del infierno.

Algo me dice que no está muerto, pero si muy grave, solo quiero llegar hasta

él, rescatarlo y que podamos volver a Eilean Donan juntos.
¡Aguanta un poco más Alexander, voy por ti amor mío...!

Tierras McLeoud, Escocia.

(Alexander Mackenzie)

He perdido la cuenta de los días que llevo aquí encerrado, me dan agua y algo de pan para que no muera de hambre, pero eso no es suficiente para mí, me mantienen en constante hambruna y parece que en cualquier momento, voy a desfallecer para no despertar jamás.

Sé que si Ian no ha sobrevivido, nadie notará mi ausencia hasta que sea demasiado tarde, por eso estoy haciendo tiempo, tiempo para que lleguen por mí.

Ahora cuando Isabella viene a visitarme, no hablo, no le digo que la detesto, que se ha sentenciado a muerte ella misma. Solo digo lo que quiere escuchar en cada momento y así ella está tranquila, de lo contrario mandará matarme, estoy seguro.

Estoy convencido que ha perdido la razón o tal vez siempre estuvo loca, siente un odio desmedido por Brianna y por mi hija, durante estos días a dicho barbaridades y he tenido que soportar oírla sin siquiera parpadear, para hacerle ver que ellas no me importan. Pero la verdad es otra, ellas son mi vida, ellas son mi razón para sobrevivir y dejarlo todo atrás.

— Querido, llevamos días aquí juntos, ¿no estás feliz? — pregunta contenta.

— Estaría más feliz si me soltaras y me dieras de comer — respondo.

— Pero Alex, si hago eso, querrás marcharte y eso no lo puedo permitir — dice con un gesto de tristeza.

— ¡Isabella estoy molido a palos, mi espalda está hecha trizas, estoy hambriento, ni siquiera puedo moverme mujer! — gruño ya desesperado.

— ¡No me hables así Alexander! — me ordena enfadada.

Yo intento refrenar mi lengua y solo los Dioses, saben lo que me cuesta...

Sé que debo ser paciente, seguirle la corriente y sobrevivir, pero es un esfuerzo constante, cada día debo escuchar sus locuras. Debo aguantar que me toque, incluso me cura las heridas que ella misma me ha infligido, se que cada día querrá más y yo no estoy dispuesto a dárselo. Ese día será mi fin, solo espero que James y mis hombres, lleguen a tiempo.

— Isabella tengo hambre, ¿puedes darme algo más que agua y pan rancio? — intento hablarle con dulzura.

—¿Qué me darás a cambio? —dice acariciando mi pecho— Te echo de menos Alexander, mi cama está vacía sin ti —quiere besarme y yo no puedo impedirselo, estoy atado de pies y manos.

Me besa y aunque yo intento apartar la cabeza, me besa desesperada, hambrienta, pero en mí, solo produce repulsión.

—¡¿Me tienes asco?! — grita colérica — ¡¿Es por esta maldita cicatriz que me hizo la malnacida de tu esposa?! ¡Esa a la que amas tanto! — grita loca de furia y celos.

— Me das asco porque estás loca, porque todo lo bueno que una vez sentí, lo has matado con tu traición, con tus celos y tu odio hacia, ¡mi esposa! —le grito de vuelta, ya sin poder contener mi furia, la cual he estado controlando todos estos días.

— Está historia no va a tener un final feliz, ¿lo sabes verdad? — pregunta mientras veo como prepara algo al fuego...

— Sé que tú, acabarás muerta, para mí eso es un final más que feliz... — respondo mordaz.

Ella solo se ríe como si no creyera mis palabras, como si ya no recordara quién soy y lo que soy capaz de hacer.

Veo que lo que estaba haciendo delante del fuego, no era nada para comer, sino calentando un hierro al rojo vivo. Por primera vez siento miedo de ella, no a la muerte, no al dolor, solo a ella.

— ¿Ves esto, querido? — pregunta acercándose a mí — ¿Crees qué tu querida Brianna te seguiría amando, sin tu hermoso rostro? — sonrío.

—Has perdido completamente la razón Isabella — escupo con asco.

— Tal vez, ¿de quién es la maldita culpa? — grita— Durante años te entregué todo, ¿sabes las palizas que recibía de mi asqueroso marido, cada vez que se enteraba de que me había acostado contigo? — pregunta furiosa.

— Yo no te buscaba, lo hacías tú, tú eras la mujer casada —respondo—. Tú decidiste que McLeoud podía darte lo que yo aún no podía.

—¡Claro que no! Aún eras un insignificante muchacho, tu maldito padre no había muerto — escupe, no contesto, es cierto mi maldito padre tardo demasiado en morir.

— ¡Fue tú decisión, tú ambición siempre ha sido tú perdición!

— Sí, pero siempre volvía a ti, y ahora me das la espalda —no deja de gritar barbaridades.

— No te di la espalda, solamente ocurrió lo que jamás llegué a imaginar, Isabella — respondo cansado —. Me enamoré de mi esposa.

—¡Es una maldita inglesa! ¡Odias a todos los ingleses! —responde.

— Mi esposa es inglesa, pero nunca ha matado a nadie, nunca ha estado en el campo de batalla, no tengo nada de lo que culparla.

—¡Eres un maldito estúpido! — me abofetea y sin esperármelo, siento el hierro al rojo vivo en mi espalda.

Grito, grito de puro dolor, ella sigue repitiendo el proceso una y otra vez, mi espalda ya estaba hecha jirones por los latigazos, esto es más de lo que puedo soportar.

— ¿Crees que así Brianna gozará al acariciarte? — pregunta riendo.

Estoy en una especie de limbo, solo siento dolor, siento que me quemo en los fuegos del infierno, tal vez este es mi castigo. Lo más gracioso es que quién me lo infringe no es mi esposa.

Por fin detiene su tortura pero el dolor no cesa, el olor a carne quemada me revuelve el estómago, ella se aleja y arroja el hierro de nuevo al fuego, sé que esto no ha acabado. Sé que no sé detendrá hasta que yo le diga lo que quiere escuchar. Y prefiero morir, a inclinarme ante sus deseos de loca desquiciada.

Lo único que siento es morir sin haberle dicho a Brianna mis sentimientos, moriré y ella quedará creyendo que nunca la amé, que nunca me arrepentí lo suficiente de todo lo que hice, moriré sin poder ver a mi hija por última vez, y moriré a manos de una ex amante loca y no en el campo de batalla como siempre pensé que sucedería.

—¡Vas a pagar muy caro tu traición Alexander, tu no vas a dejarme de lado como a un trasto viejo, juro que haré que me supliques de rodillas que vuelva a ser tu amante! Juro que haré que te olvides de esa maldita inglesa, que llegó aquí a arrebatarme por todo lo que luché desde que era una muchacha estúpida.

No sé a qué se refiere, ya no sé siquiera si estoy más muerto que vivo, y sé que la tortura solo acaba de empezar, solo rezo para que termine pronto.

Tierra de los McLeoud.

(Brianna Mckenzie)

Llevamos lo que parece siglos galopando a toda velocidad, sin descanso, y a mi está carrera se me hace eterna, temo no llegar a tiempo, y encontrar a Alexander muerto.

Los hombres se detienen por fin en una colina, no veo ninguna choza ni lugar dónde pueda estar Alex y sus captores, James me pide que guarde silencio y todos los hombres se preparan con espadas en mano. Supongo que nos hemos detenido un poco antes de nuestro destino, para no alertar a Isabella y sus hombres, debemos atacar por sorpresa, esta es nuestra única oportunidad.

Cuando llegamos a la cima de la colina, veo a lo lejos una cabaña, mi corazón se desboca. Sé que allí tienen a Alex secuestrado, sufriendo todo lo que esa malvada mujer quiera hacerle, mi deseo es correr hacia allí sin importar lo que ocurra, pero James parece leerme la mente pues me sujeta fuerte por el brazo y niega con la cabeza. Entiendo lo que quiere decirme, ellos entrarán

primero, y cuando no haya peligro, entraré yo, rezo a Dios poder soportar la espera.

Cuando ya estamos al lado de la cabaña, los hombres mediante señas idean un plan de ataque, no sé cómo pueden estar tan tranquilos.

El silencio es roto por un bramido ensordecedor, un grito de agonía, se me hiela la sangre y pierdo el color, ¡es Alex! Es mi marido el que grita en medio de un gran tormento.

Miro a James que al escuchar el grito de su hermano, también palidece y ordena a sus hombres entrar sin más espera, derriban la puerta y entre gritos y el chocar de espadas pasan los minutos, no distingo la voz de Alex, no sé si es bueno o malo. ¿Y, si ya está muerto?

Pero lo que me hace reaccionar, es la voz de Isabella, su risa...

—¿Dónde está tu preciosa Brianna, Alexander? ¡No te ama! — grita riendo, esa es la confirmación de que mi marido sigue vivo, y yo voy a demostrarle a esa bruja que sí, he cruzado otra vez media Inglaterra para salvarlo.

Desenvaino mi daga, la que me regalo Alex y entro rauda a la choza, un olor a carne quemada me azota, y no puedo evitar estremecerme ante las barbaridades que habrá tenido que sufrir mi esposo.

Veo a los pocos hombres que Isabella tenía muertos en medio de charcos de sangre, Isabella está en un rincón alejada de James y los suyos.

Pero solo me preocupa encontrar a Alexander, cuando mis ojos ya han recorrido cada rincón sin lograr verlo, me doy cuenta que James, está desatándolo, y veo por fin a mi esposo, después de semanas su imagen me impacta, me deja sin aliento.

Está delgado, demacrado, sucio, golpeado. Pero lo que más me horroriza es su espalda, está hecha girones y con quemaduras enormes, han sido hechas hace poco, por eso gritaba. ¡Está maldita estaba quemándolo! Una inmensa ira me recorre el cuerpo, solo siento ganas de matarla.

— ¿¡Qué le has hecho a mi esposo, perra!?! — le grito acercándome, pero uno de los hombres de James, me lo impide.

Alexander, levanta de golpe la cabeza al escucharme y puedo ver un brillo en sus ojos, yo solo le sonrió haciéndole ver que todo estará bien.

—¿No te gusta querida? ¿Te causa repulsión? — pregunta riendo.

— ¡Nada de él me causa repulsión, maldita estúpida! — respondo — ¡Tú, sí qué me das asco!

— ¡Maldita zorra! — grita — ¡Él es mío! — intenta abalanzarse sobre mí, pero James es más rápido y le da un fuerte puñetazo dejándola inconsciente.

Yo corro hacia Alexander que está arrodillado en el suelo, le cuesta ponerse en pie, como si no tuviera fuerzas para moverse, verlo así me está matando. Él, que es un hombre fuerte y poderoso, ni siquiera puede levantar la mirada del suelo.

— ¿Alex? — no quiero tocarle por miedo a hacerle daño.

Él me mira sorprendido, no puede creer que yo esté aquí, ante él, a su lado.

— ¡Viniste...! — susurra y me acaricia el rostro, su mano tiembla.

— No debiste dudar ni por un segundo que vendría por ti — le respondo.

— No lo merezco — agacha la cabeza, avergonzado, jamás lo había visto así.

—¿Qué te han hecho? — pregunto horrorizada.

— Tal vez, menos de lo que merecía — dice con voz queda.

No sé a qué se refiere, no sé siquiera si está delirando, solo sé que debemos sacarlo de aquí rápido y llegar a casa de James, lo más pronto posible para curar todas sus heridas. Con un buen descanso y buena comida sé recuperará pronto.

— James, ayúdame a levantarlo — le pido, pues aunque este más delgado, sigue siendo enorme.

Veo un movimiento detrás de mí pero no hago caso, solo intento levantar del suelo a mi marido, pero de golpe él, levanta la vista y veo el horror en sus ojos. Sin darme tiempo a reaccionar, veo que coge algo del suelo y con un empujón me aparta lejos gritando.

—¡Noooo! — grita, yo caigo al suelo sin entender su comportamiento.

Escuchó un grito agónico y cuando veo la escena delante de mí, me quedo sin palabras, Alexander ha atravesado con una espada a Isabella, ella ha sido la que ha gritado. Él, solo la mira serio, impasible, mientras a ella, se le escapa la vida.

Isabella cae al suelo, de su cuerpo sale sangre a raudales, en pocos segundos está blanca con los ojos abiertos, sigue mirando a Alex. Cuando yo dirijo mi mirada hacia él, se me paraliza el cuerpo...

—¡Nooooo! ¡Alexander! —grito mientras corro hacia él, que vuelve a caer de rodillas, en su estómago tiene clavada una gran daga.

Llego a su lado y lo sujeto, hasta apoyar medio cuerpo en mis rodillas, la sangre fluye entre mis manos, James está histérico dando órdenes a sus hombres, hay que traer los caballos hasta aquí, ahora más que nunca es urgente llegar a nuestro destino.

— ¿Por qué lo has hecho? — pregunto llorando.

— No podía dejar que te..., matara — habla con dificultad.

—¿Por qué Alex, por qué? — sigo preguntándole sin entender.

— Porque te amo, Brianna — lo dice alto y claro.

—Pero tú..., me desterraste — susurro incrédula.

— Me equivoqué, como en muchas otras cosas — aprieta fuerte mi mano — Espero sepas..., perdonarme — cada vez se le hace más difícil hablar.

—Shhhh, guarda tus fuerzas Alex, más tarde tendremos tiempo para hablar — le pido —¡James, trae los malditos caballos! —grito presa del pánico.

Escucho a Alexander respirar con esfuerzo, está sudoroso, desangrándose entre mis brazos, y yo no puedo evitar llorar al pensar que pueda morir. Que haya entregado su vida por mí.

— Necesito decirte al...algo — se entrecortan sus palabras, y la sangre mancha sus labios — Te amo y creo que siempre lo he hecho, suplico tu perdón para morir en paz... — me súplica y un sollozo me desgarró la garganta.

—¡Por Dios Alexander, no digas eso! — le pido yo, acariciando su frío rostro

—¡Por favor...! —susurra angustiado.

— Te perdono Alex, te perdoné hace tiempo — y lo digo de corazón.

— Háblale a Valentina de mi — dice intentando sonreír.

— Se parece tanto a ti — le digo intentando retenerlo, darle ánimos y fuerzas para resistir.

Solo sonrío y cierra los ojos, veo como su rostro se contrae en agonía y cuando vuelve a mirarme, creo que ya no me ve, aprieta fuerte mi mano y solo dice dos hermosas palabras.

— Te...amo — noto como afloja su agarre y por más que lo llamo a gritos no despierta...

—¡Alex! — grito zarandeándolo —¡Alex! ¡James!

Mi cuñado entra corriendo y al ver la escena, su rostro se desencaja, cae de rodillas al lado del cuerpo inerte de su hermano y rompe a llorar, por primera vez veo a James roto de dolor y yo solo puedo abrazar el cuerpo de mi esposo entre mis brazos meciéndome; esperando que abra sus bellos ojos azules y me diga que todo estará bien, pero no lo hace...

—¡Alexandeeer! — grito en la más absoluta agonía.

Y allí, en medio de la nada, rodeada de sangre, siento que he perdido la mitad de mi alma. De este último golpe que Isabella me ha asestado, nunca me recuperaré, me ha arrebatado lo que más amaba en este mundo.

Tierras de los Mckenzie, al norte de Eilean Donan.

Me siento en paz, no siento dolor ni rabia, ni pesar..., solo paz.

Siento felicidad, solo se escucha un silencio que produce tranquilidad.

Mi cuerpo ya no duele, mi alma ya no está atormentada. Lo único que siento es no volver a ver a las personas que quiero, a mi hermano James, a mi hija, la cual no veré crecer, y a mi amada Brianna. Espero que encuentre el hombre que la trate como se merece, que la valore y la cuide, como yo no supe hacer...

Eso es lo único que me entristece, por lo demás, no me importa haber dado mi vida por la persona que amo, más que a mí mismo. No pensé en las consecuencias cuando vi a Isabella dispuesta a matar a Brianna, lo volvería a hacer.

—Alexander — escucho una voz que hacía años no escuchaba...

—¿Madre? — pregunto a la nada, ya que no la veo.

—Sí, hijo mío, soy yo —es entonces cuando aparece frente a mí, igual que la última vez que la vi.

— Madre, ¿dónde estamos? — no entiendo nada...

— Estamos muertos, diste tu vida por tu esposa —sonríe orgullosa.

— Sí, la amo madre, y quise enmendar todos mis errores —digo avergonzado.

— Por un momento pensé que serías como tu padre, me afligía ver como hacías sufrir a esa muchacha y a ti mismo — me reprende.

— Te echo de menos madre — le digo emocionado.

— Y yo a vosotros — sonrío aunque una lágrima fluye de su ojo — Pero aún, no es tu hora — afirma.

—¿Qué quieres decir? — no entiendo nada.

— He venido a decirte que aún no voy a llevarte conmigo, algún día volveremos a estar juntos, pero no será hoy.

— Pero estoy muerto madre, Isabella me mató —solo de pensar en esa zorra me enfurezco.

— No estás muerto mi niño y es hora de que regreses, tu esposa te está esperando, y por tu culpa, va a enfermar si sigue así — dice seria.

— Madre... — no me deja volver a hablar, solo se acerca y me besa en la frente como tantas veces hizo cuando era niño.

— Se feliz, cuida de James, lo necesitará —y con una última sonrisa desaparece.

No entiendo nada, ahora estoy asustado, ¿si no estoy muerto, dónde estoy?

De repente, siento mi cuerpo adolorido, vuelvo a escuchar los sonidos y voces, vuelvo a sentir, vuelvo a vivir.

Todo está silencioso, solo escucho, ¿sollozos? ¿Quién está llorando?

— ¿Por qué no despierta? Han pasado días desde que la fiebre desapareció —esa voz...

—¿Han pasado días desde el rescate? A mí solo me han parecido minutos.

— Brianna, tu esposo está aún muy mal herido. Ha sido un milagro que esté vivo, no solo por su herida en el estomago, si no por todo lo demás que produjo la fiebre, además estaba casi muerto de hambre y sed —no reconozco esa voz, no sé quién es.

— Lo sé Helen —Helen..., la esposa de mi hermano.

—Siento haber conocido a Alexander en estas condiciones, según me contó James, es un hombre fuerte e invencible.

—Si, lo es... —suspira Brianna— Es un hombre orgulloso, terco, impaciente, con un temperamento del demonio —enumera todos mis defectos...

— Vaya, creía que James exageraba, cuando me contó todo lo que tú esposo te hizo.

—¿Te contó todo? —pregunta mi esposa.

— Creo que sí, lo siento, no quería incomodarte, creo que eres una mujer increíble. No muchas perdonarían lo que tú estás dispuesta a perdonar —mi corazón se detiene esperando la respuesta de Brianna.

— Hace tiempo perdoné su infidelidad con Isabella, pues ni él me amaba a mí, ni yo a él. Solo sufrió mi orgullo, hace tiempo también perdoné los latigazos que sufrí por culpa de Isabella, se que él no tuvo nada que ver, también le perdono por forzarme esa vez que discutimos. No me sentí asqueada de su contacto, solo me sentí mal. Porque después de la noche que pasamos juntos y que fue tan especial para mí, que el arruinará ese recuerdo haciéndome el amor a forma de castigo me dolió, nunca me he sentido violada por mi esposo. Lo único que aún me es difícil perdonar y olvidar, es su orden de destierro, no por mí, sino por Valentina, ella es un ser inocente y es su hija.

— Te entiendo, pero a pesar de todo, lo amas. — afirma Helen.

— Si, no sé cuándo pasó, pero entregué mi corazón a Alexander —responde, y al escucharla, después de oírle decir que ha perdonado todas mis atrocidades hacia ella, no puedo evitar derramar lágrimas de mis ojos cerrados. Ellas no sé dan cuenta pues están inmersas en su charla.

— Esperó que tengáis el final feliz que os merecéis —desea la esposa de mi

hermano.

— Solo pido a Dios que el vuelva a mí, no importa si no me ama, pero que sobreviva.

— Pero él ya te confesó su amor, se interpuso entre esa loca y tú — exclama la otra mujer.

— Lo sé, pero no quiero ilusionarme, no otra vez...

Silencio, no vuelven a hablar en un largo rato y yo solo puedo pensar en las mil formas que quiero demostrarle cuanto le amo.

— Voy a decirle a James que aún no hay ningún cambio, ¿quieres que envíe a Marie y descansas? — pregunta la misma voz de antes.

— No, me quedo un poco más, luego iré a estar un rato con Valentina — responde mi esposa.

Escucho el ruido de la puerta cerrarse y puedo sentir como Brianna se acerca a mí, y me acaricia el rostro, siento su pequeña y suave mano acariciarme.

—Voy a lavarte y curarte — dice como si creyera que puedo escucharla.

Un alivio me invade cuando siento el agua fresca lavarme el cuerpo, sus hábiles manos recorren mi piel, por extraño que parezca no me produce dolor alguno la cura de mis múltiples heridas, Brianna acaba el proceso rápidamente, como si llevará días haciéndolo.

— Valentina echa de menos a su padre Alexander, nunca fuiste un padre irresponsable, así que es hora de que despiertes, y dejes de ser tan holgazán —me reprende.

¿Nunca fui irresponsable con mi hija? Parece que se le olvida que las desterré a ambas, exponiéndolas a innumerables peligros.

—Y yo, necesito escuchar todo lo que deseas decirme —suspira.

Yo quiero contestarle, deseo abrir los ojos y ver su hermoso rostro, pero aún me siento demasiado débil, solo deseo dormir. Sin poder conseguir escapar de esa necesidad, me duermo arrullado por las palabras de mi esposa, por esa angelical voz.

No sé cuanto he dormido cuando por fin puedo abrir mis ojos, la habitación está casi en penumbras, pero por lo poco que veo, puedo darme cuenta que no

estoy en Eilean Donan. Seguramente este en el hogar de mi hermano James.

Intento levantarme pero me es imposible, gruño de dolor y me dejo caer otra vez sobre la almohada, noto un movimiento y alguien se acerca deprisa hacia mí.

—¡Hermano despertaste! —dice James contento.

— Sí, regresé de entre los muertos —y nadie sabe hasta qué punto es cierto eso— ¿Dónde está Brianna? —pregunto impaciente, asustado, ¿acaso soñé qué estaba aquí?— ¿Dónde está mi esposa?

(Brianna Mckenzie)

En todo el trayecto Alexander no ha vuelto a despertar, y yo temo que jamás lo vuelva a hacer. Cuando finalmente llegamos, Helen ya nos espera impaciente en la puerta, al ver el estado en el que se encuentra mi esposo, corre horrorizada pidiendo que la sigamos. Según me dijo James, ella es una buena curandera, solo espero que pueda salvar a Alex.

—¡Por todos los Dioses! ¿Qué le han hecho? —exclama horrorizada al ver la espalda y pecho, que está cubierto de llagas por las quemaduras del hierro candente.

— ¡Sálvalo Helen! —ordena nervioso James.

—No sé si pueda, James, tu hermano está casi muerto —dice con pesar al examinar la herida sangrante del estomago.

Yo al escucharla rompo a llorar sin consuelo...

—Por favor... —suplico, ella me mira con lastima, pero veo resolución en sus ojos, asiente y empieza a dar órdenes.

Veo durante horas como cura la gran herida, finalmente la cose y aplica un unguento antes de vendarla, después procede con la espalda y las demás heridas, cuando acaba, está exhausta. Todos lo estamos, Alex no ha reaccionado y eso nos indica lo grave que está.

La fiebre aparece esa misma noche, el delira durante horas, escuchar como clama mi nombre me hace palpar mi corazón.

—¡Brianna...! ¡Brianna! —dice una y otra vez, revolviéndose entre sudor y espasmos.

Me duele verlo así, Helen hace todo lo que puede, pero parece que Alexander, está más allá de nosotros.

Cinco días y cuatro noches lleva luchando contra la fiebre que amenaza con acabar con la poca vida que le queda, pero como todo un guerrero, lucha y gana la batalla, hoy al amanecer del quinto día, la fiebre ha desaparecido aunque el aún no ha despertado. Aquí me encuentro en compañía de mi cuñada.

Yo le explico mis sentimientos respecto a Alexander, no le odio, hubo un tiempo que si lo odié igual que el a mí, pero ahora solo quiero verlo sano y salvo. No importa si no me quiere a su lado, Él se interpuso entre Isabella y yo y le debo la vida, jamás podré pagarle, y yo seguiré amándole hasta mi último aliento.

Helen me deja sola para que lo bañe y cure como llevo haciéndolo todos estos días, le sigo hablando como siempre hago, James dice que estoy loca que él no me escucha, pero yo no pierdo las esperanzas. Cuando termino mi labor muy a mi pesar debo dejar que James lo cuide durante un rato ya que debo ir a darle de mamar a Valentina, mi querida niña. Estos días la he descuidado un poco, pero el temor de perder a Alexander, me tenía aterrorizada.

— Brianna ve con Valentina, y descansa — me ordena James.

— Si notas cualquier cambio manda llamarme — le pido.

— Tranquilízate, voy a cuidar de él, ¡es mi hermano! — dice ofendido.

— Se que lo harás, perdóname — le digo, dispuesta a irme.

— Él, va a salir de está, no va a volver a dejarnos — dice cuando yo estoy ya casi fuera de la habitación.

No le respondo, ¿qué puedo decir? Le he rezado día y noche a mi Dios, para que no lo aparte de mi lado una vez más.

Valentina ya tiene casi tres meses, es hermosa y muy buena, no quiero que

crezca sin Alexander, en estos días que estuvo tan grave llegue a plantearme que es lo que debería hacer si Alex muriera. El clan necesitaría un nuevo Laird y ese sería James, pero mi hija es parte de esta gente, ¿volvería a Inglaterra? La verdad no lo sé, solo espero no tener que decidir sobre estas cuestiones.

Le doy de comer, la baño y se duerme tranquilamente, la dejo en su cunita, me encanta verla dormir, descansa con tanta paz...

—¡Brianna! ¡Pregunta por ti! —entra corriendo James, sonriente.

—¿Alexander? —pregunto ya saliendo de la habitación— ¡Despertó!

Corro por el largo pasillo que conduce a la alcoba de mi esposo, me siento eufórica y a la vez asustada, no sé cómo reaccionará él al verme. Sé que tenemos mucho de lo que hablar, mucho que decidir, pues es el futuro de nuestras vidas el que está en juego.

Abro la puerta sin llamar, y al fin lo veo con sus hermosos ojos azules mirándome, aún sin creer que yo estoy delante de él.

— Alexander, despertaste... — digo un poco cohibida, no sé cómo comportarme, ahora que el miedo ha desaparecido.

—Brianna, desperté y no estabas, creí que todo había sido una pesadilla — dice desesperado.

— Solo fui a bañar y dar de mamar a Valentina — le explico, mientras le sirvo un poco de agua.

—¿Cómo está, nuestra hija? —pregunta, y mi mano tiembla al escucharle decir nuestra.

—Está perfecta, crece cada día, y se parece mucho a ti — sonrió al ver su mirada de orgullo.

—¿Puedo verla? —pregunta dudoso.

—¡Claro! ¿Quieres qué vaya a por ella? — él solo asiente y yo me dispongo a hacer lo que él me pide.

Entro despacio a la habitación porque mi hija sigue durmiendo, la cojo en brazos y vuelvo a la alcoba de Alex.

Al entrar lo veo nervioso, cuando ve a Valentina después de tanto tiempo,

puedo ver el esfuerzo que hace por no llorar, eso me entenece.

—¿Quieres cogerla? ¿O te sientes aún muy dolorido? —pregunto.

— Claro que deseo cogerla, si me ayudas me incorporaré un poco en la cama. Hago lo que me pide y con muecas de dolor queda sentado en la gran cama, le acomodo las almohadas y ya está listo para sostener a Valentina.

Con cuidado de no despertarla se la entrego, ver a padre e hija juntos después de tanto tiempo y tanto dolor me hacen llorar, pero no de pena si no de alegría.

Él, la mira embelesado, acaricia su rostro con cuidado para no despertarla, la mira como si no pudiera creer que la tenga otra vez entre sus brazos. Finalmente me mira...

—Gracias — dice emocionado.

—¿Por qué? — pregunto sin comprender.

— Por traerla de vuelta..., por todo —responde sin poder mirarme, sé que no quiere que lo vea a punto de llorar.

— Déjame llevarla a su cuna, tu y yo hablaremos, ¿te parece? — pregunto mientras la acuno entre mis brazos, el solo asiente agotado.

— Descansa, ahora vuelvo – reanudo el trayecto que hace rato hice emocionada por poder reunir a mis dos personas preferidas.

Valentina se ha despertado un poco, consigo calmarla y la dejo al cuidado de Marie, que desde que volvimos a Escocia, está más callada que de costumbre, debo hablar con ella para saber qué es lo que le aflige.

Camino de regreso pensando en todo lo que tenemos por decir, por confesar, estoy nerviosa, y reconozco que no me apresuro a llegar a mi destino. Temo todo lo que podamos decir o hacer. Pero llegó la hora de la verdad, respiro hondo y abro la puerta, me quedo anonadada por lo que veo...

Alexander está de pie, cogido al poste de la cama, ni siquiera puede mantenerse erguido a causa del dolor, ¡Dios santo! Puede abrirse la herida, corro a su encuentro, horrorizada.

—¿Qué demonios haces Alexander Mckenzie? —grito presa del pánico.

— Tranquila, estoy bien, apártate un poco por favor —me pide en voz

queda, está aguantando el dolor.

Yo hago lo que me pide sin entender, pero cuando se deja caer de rodillas ante mí me asusta y tengo la intención de volver a ayudarlo pero me detiene con un gesto de su mano, ¡no entiendo nada! Estoy asustada...

— Brianna — dice mirándome a los ojos, está sudando, se que está sufriendo pero no me permite ayudarlo, esto me está matando— Te pido de rodillas que me perdones por todas las atrocidades que he cometido contra ti y contra mi hija.

—¿Estás haciendo todo esto, para pedirme perdón? ¿La fiebre te volvió loco Alexander? — pregunto acercándome a él.

— ¡No! Por favor, déjame acabar —me súplica y ver en sus ojos el tormento me detiene de mi propósito—, Nunca pude odiarte como hubiera querido, cuando llegaste a Eilean Donan y te vi por primera vez, me pareciste un ángel, Isabella se dio cuenta por eso te odió con tanta pasión desde el primer instante. Te suplico tu perdón por haberte golpeado, por humillarte, por abusar de ti, por confiar más en Isabella que en tu palabra. Pero no fue mi confianza en Isabella lo que me hizo desterrarte, fue el dolor de pensar que amaras a mi hermano y no a mí, que la hija que tanto amo no fuera mía. Te ruego que me des una oportunidad de demostrarte que te amo, que soy capaz de cuidarte hasta el fin de mis días —dice ya sin avergonzarse de que yo lo vea llorando, arrodilladlo ante mí.

Yo ya no puedo soportarlo más y me dejo caer de rodillas ante él, cojo su cara entre mis pequeñas manos, me es raro tocarlo después de tanto tiempo separados, pero mi cuerpo reconoce al suyo.

— Tampoco yo te odié como hubiera querido, tu también me pareciste un hombre apuesto aunque algo gruñón —digo intentando sonreír—. Heriste mi orgullo y mataste mis ilusiones al tener a Isabella bajo el mismo techo que yo, se que nunca volverás a golpearme, se que Isabella tenía mala influencia sobre ti, jamás me sentí abusada y nunca me has repugnado. Solo me dolía que en medio de tu furia quisieras castigarme de ese modo, olvidando lo bonito que vivimos en nuestra noche de bodas. Y creo que lo que más me dolió fue tu destierro pero ahora que sé tus razones, creo que podemos superarlo, con el tiempo...

—Tiempo... — dice el acariciando mi mejilla — Eres tan hermosa...

— Levántate Alexander —ordeno—. No debes arrodillarte ante nadie.

— Por ti hago lo que haga falta Brianna, quiero que creas en mi arrepentimiento, ya que por desgracia, no puedo echar el tiempo atrás — me explica.

— Me da igual, deja que te ayude a levantarte, voy a acostarte en la cama.

— Solo, si tú te quedas conmigo — me pide asustado.

— Siempre — le juro.

— Siempre — dice el sonriendo

Le ayudo a subir a la cama y yo me tiendo junto a él, se me hace extraño, estar los dos juntos, abrazados. Sin ningún problema más a la vista, sin malos entendidos, aún nos queda mucho por superar, pero ahora sé que tenemos esperanza. Al fin todo lo que soñé, está al alcance de mi mano, y no pienso soltarlo, no ahora que Alexander me pertenece.

— Te amo desde que no te dejaste amedrentar por mi — susurra acariciando mi pelo.

— Te amo desde que te vi la primera vez acunar a Valentina, creo que incluso antes de eso — confieso.

— He sido un completo imbécil, dejé que Isabella jugará conmigo, la costumbre y el miedo a lo que sentía por ti, me hizo refugiarme en ella — me confiesa avergonzado.

— Ella jugó con todos — no me gusta recordar a esa malvada mujer.

— Hagamos una cosa, dejemos todo eso atrás, que hoy sea el principio de una nueva vida juntos, dónde nada ni nadie vuelva a separarnos — me aprieta fuerte contra él.

— Hoy es el primero de muchos días juntos, con el tiempo todo esto, solo será un mal recuerdo — le digo para tranquilizarlo, aunque yo necesitaré tiempo para olvidar y sanar.

Pasan los días y Alexander va recuperándose, cuando ya puede andar por sí solo con algo de dificultad se empeña en regresar a Eilean Donan, a nuestro

hogar y yo no puedo negarlo, también deseo volver a casa.

Nos despedimos de James y Helen, voy a echar de menos a este par de tortolos pero ahora que Alex y James han recuperado su buena relación de hermanos, espero que nos visiten pronto.

— Antes de que os marchéis queremos que seáis los primeros en saber que Helen está encinta — dice James orgulloso, Helen parece algo avergonzada.

Les deseamos todo tipo de suertes, y juramos venir para el nacimiento del nuevo miembro del Clan Mckenzie.

El viaje de unas cuantas horas resulta agotador para todos, pero cuando veo a lo lejos el puente de la fortaleza sonrió, hace meses salí de allí humillada y completamente segura de que jamás volvería, pero el destino tenía algo reservado para nosotros, y era el volver a unirnos.

Cuando Marie ve a Ian por primera vez intenta fingir indiferencia, y tal parece que lo hace bien, porque el dolor en el semblante de Ian es visible, tanto, que siento verdadera lástima por él.

— Alexander pensé que no volvería a verte —dice Ian mientras abraza a su Laird.

— Ni yo a ti, gracias por avisar a James, si no fuera por ti, estaría muerto. ¿Qué tal tu brazo? — pregunta preocupado.

— Estoy entrenando duro, pero mucho me temo que deberé enseñarme a pelear con el brazo bueno, aunque Helen me salvo el brazo, no tiene la fuerza se antaño — confiesa apenado, Marie intenta no mirarlo.

— Me alegra verte Marie — dice inseguro.

— Yo no puedo decir lo mismo de ti Ian — responde seca.

— Ya no voy a casarme con Fiona — le cuenta esperanzado.

—¿Debo darte la enhorabuena o mis condolencias? — pregunta sarcástica.

— Marie... —reprende Alexander.

— Lo siento milord, si me disculpan, voy a cambiar a Valentina —responde sin darle una mirada a Ian.

— Nunca va a perdonarme —suspira derrotado.

— ¿Fue Fiona quién rompió el compromiso? —pregunto yo desconfiada.

— No mí Señora, el mismo día que partí con Alex a por ustedes a Inglaterra, le dije lo arpía y embustera que era. No solo me mintió sobre Marie, sino que yo ni siquiera me había acostado con ella, la noche dónde aseguró que yo la dejé embarazada, yo estaba demasiado borracho después de que humille a Marie y rompí mi compromiso con ella. Fiona se aprovechó de ello para decir que nos habíamos acostado — me explica y ahora lo entiendo todo.

— Dale tiempo, la has herido mucho —le pido, dejo a los dos hombres solos.

Los días pasan, Alexander se recupera, aunque las cicatrices de las quemaduras y los latigazos no desaparecen, Isabella se encargó de marcarnos a ambos antes de morir. No es que me importen sus cicatrices, pero sé que para él, son un recordatorio del calvario que vivió esos días a manos de la mujer que fue su amante durante años.

Nos encanta venir al lago cuando el atardecer se refleja en sus aguas tranquilas, Alexander tiene en brazos a Valentina y a mí me abraza fuerte contra él.

— Prometo que cada día que me quede de vida, te demostraré lo arrepentido que estoy, y lo mucho que te amo —me dice besándome.

Yo solo puedo sonreír, porque aunque él no lo sepa, día a día me lo demuestra, sin grandes cosas, solo que sea él. Siendo el mejor padre para mi hija, no necesito grandes demostraciones, solo que el siga siendo como es.

— Te amo Alexander Mckenzie, y estoy orgullosa del hombre en el que te has convertido — digo, y ahora es mi turno de besarle.

— Gracias, gracias por regresar a mí.

Y así, viendo el hermoso atardecer de una tarde de verano, junto a la familia que hemos formado, comienza una nueva oportunidad, para vivir con el amor de mi vida, como siempre soñé.

Fue un comienzo difícil, ambos vivimos un infierno, pero a pesar de todo el amor triunfó dónde el mal quiso ganar, ahora tenemos toda una vida por delante para disfrutar y aprender a perdonar y olvidar lo vivido.

Todo empezó como un castigo, y acabó siendo lo más importante de mi vida.

Varios meses después...

Castillo Eilean Donan, Escocia 1463.

(Brianna Mackenzie)

Han pasado varios meses, Alexander está completamente repuesto, las cicatrices perdurarán pero no es algo que nos importe.

Lleva varios días extraño, ha enviado a varios de sus mejores hombres a una misión y no quiere decirme de que se trata, tanto misterio me pone un poco nerviosa, no sé si está planeando vengarse de los McLeoud aunque me juró que todo había acabado con la muerte de Isabella y sus secuaces.

El tiempo nos ha ayudado a conocernos, perdonarnos y olvidar, hace poco más de un año que llegué aquí llena de temor y odio hacia esta gente, ahora son mi familia. Todos me aceptan ya, como la mujer de su Laird, ya nadie me mira con odio y desconfianza, y yo, me siento una auténtica Mckenzie.

De mi esposo he descubierto que es un magnífico estratega, pasamos muchas noches jugando al ajedrez y aún no he conseguido ganarle, es atento tanto con nuestra hija como conmigo, dormimos todas las noches juntos y amanecemos abrazados. Es un magnífico Laird, es el hombre que siempre debió ser.

Ahora soy feliz, no puedo decir que mi felicidad es completa porque tengo a mi familia lejos, pero aquí he llegado a sentirme en casa, a salvo y querida y eso es lo importante.

Tengo lo que siempre soñé, el amor de mi esposo, una hija sana y preciosa, una nueva familia. Es suficiente para mí.

Cuando todo se calmó y Alex estuvo lo bastante recuperado, envié una carta a mi madre, explicando todo lo que había pasado. Le conté que Alex me había declarado su amor y que me quedaba a su lado porque yo también lo

amaba, y ahora que Isabella ya no está, nada nos puede separar, luchamos hasta con la misma muerte y vencimos.

No he querido confirmarle nada a mi esposo pero creo que vuelvo a estar encinta, tengo los mismos síntomas que cuando quede en estado de Valentina, ella ya camina y me encanta cuando balbucea, dentro de poco será nuestro aniversario y quiero darle la gran noticia que estoy segura le alegrará sobremanera. Espero que esta vez sea un niño, un fuerte guerrero al que enseñar a ser un Laird de honor.

—Mí Señora no ha llegado carta de su familia — me informa Marie.

Eso me tiene preocupada, hace ya bastante tiempo que les envié la misiva y debería haber llegado respuesta, a no ser, que estén enfadados conmigo, solo de pensarlo me duele el corazón.

— No sé ponga mal, mí Señora, puede que la carta se haya extraviado — intenta consolarme.

— Tal vez... —respondo no muy convencida, la alegría que me embargaba hace unos momentos ha desaparecido.

Veo a mi buena amiga preocupada y eso me alerta...

—¿Qué ocurre Marie? — me preocupa que algo sobre su familia este molestándola.

— Nada señora, solo es Ian — suspira cansada.

—¿Acaso está molestándote? — sé que ese hombre, no sé va a rendir.

— No para de insistir mí Señora — responde agobiada.

—¿Y tú por qué no te das por vencida? — quiero entender...

— Porque yo mí Señora, no soy el segundo plato de nadie —responde enfadada—. ¿Puede usted hablar con él? Dígale que me deje en paz —y se marcha a seguir con sus labores.

Sí, decididamente, hablaré con Ian, pero solo para saber sus intenciones y poder ayudar a este par de locos enamorados. No sé quién de los dos, es más testarudo.

Estoy cansada, mañana es el aniversario y he preparado un pequeño picnic secreto para Alex dónde le diré la buena nueva.

Me dirijo hacia nuestras habitaciones, y mi esposo está en la bañera dándose un baño y yo no puedo dejar de admirar su hermoso cuerpo, aún dañado por las batallas y por Isabella, sigue siendo digno de admirarse.

—¿Dónde estabas mujer? — pregunta sin mirarme, cogiendo una toalla y colocándola en su cintura, sale de la tina y me mira finalmente.

— Hablando con Marie, aún no llega carta de mi madre — no puedo evitar que mi voz refleje la pena que siento.

Alexander se acerca a mí y me abraza, empieza a desabrochar uno por uno los botones de mi vestido gris perla, yo aprovecho para acariciarle su fuerte abdomen y jugar con su vello oscuro.

— Te prohíbo, que estés triste mujer —ordena cariñoso—. No tienes por qué preocuparte.

No discuto con él, me calma con su seguridad y dejo que me conduzca hasta nuestro lecho, dónde entre besos, caricias y susurros de amor pasamos la noche. Caemos rendidos casi al alba.

Cuando despierto, mi esposo no está a mi lado, no me sorprende él no necesita dormir mucho, pero yo últimamente necesito pasar casi todo el día en cama pues me siento perezosa.

Pero hoy no es día para pasar en cama, es un día importante para mí y espero que también para mi marido, aunque él no ha hecho mención alguna de que recuerde que fecha es hoy. Entiendo que no sé le puede pedir mucho a un hombre en estas cuestiones, pero no puedo evitar apenarme un poco.

Decido levantarme y pedirle a Marie que me traiga el desayuno a mi recámara, todavía no tengo ganas de bajar al salón y enfrentarme a las tareas del día a día.

—¿Marie, dónde está mi esposo? — pregunto mientras bebo mi té, ya que me ayuda a calmar mi estómago.

— Señora, mi Laird salió temprano junto con varios hombres —al escucharla, mi desánimo es mayor.

— Comprendo... — digo intentando contener el llanto.

— Mí Señora no sé aflija, estoy segura de que mi Señor no ha olvidado que fecha es hoy —lo dice tan convencida, me alegra que mi esposo tenga a

gente tan fiel a su lado.

— Seguro que así será Marie, dile a las demás mujeres que bajaré enseguida para darles las instrucciones pertinentes —solo asiente y se marcha dejándome sola.

Me visto sencilla, pues el día es largo y las labores arduas, soy de las que piensa que no por el hecho de ser la Señora del castillo no debo ayudar, claramente no me paso el día quitando el polvo pero si ayudo bastante en la cocina y el huerto. Mi madre nos enseñó bien lo que es el trabajo duro, y el manejo de una casa.

Al bajar al salón no puedo dejar de advertir que está todo ordenado y lleno de, ¿flores? No es que no me guste, solo que me extraña, ya que no fui yo la que ordenó tal cosa...

Me dirijo a la cocina y veo a las cocineras atareadas preparando varias cosas a la vez, ¿acaso tenemos invitados? Alexander no me dijo nada

—¿Tenemos invitados Agnes? —pregunto a la mujer mayor encargada de la cocina.

—¡Mí Señora! — grita espantada — ¡Usted no debe estar hoy aquí!

—¿Como qué no debo estar aquí? —pregunto extrañada — ¿Dónde voy a estar sino en mi casa, Agnes?

— Señora no quise decir que se fuera de la casa..., sino — ella calla al entrar Marie apresurada.

—¡Señora! Valentina está llorando y no consigo calmarla —dice nerviosa, yo la miro como si estuviera loca, Valentina jamás llora con ella, pues la cuida desde el momento en que nació.

— Estáis todas muy raras está mañana, cuando consiga calmar a mi hija, ¡vamos a hablar! —me enfada, todo este secretismo.

Mi hija efectivamente está llorando, la cojo entre mis brazos y le canto la nana que mi querida madre me cantaba a mí y a mis hermanas, en poco tiempo ella cierra sus ojitos y se duerme tranquila, la dejo en su cuna y espero otro rato por si vuelve a despertarse. Gracias a Dios, no es así y puedo irme.

Cuando bajo de nuevo no encuentro nadie dentro del castillo, ni siquiera a las cocineras, ya harta de todo esto, salgo furiosa en busca de alguien que pueda

explicarme este despropósito. Hoy no es un buen día para que me colmen la paciencia, creo que he sido demasiado permisiva con la servidumbre pero que no crean que soy estúpida.

Al salir al patio me detengo bruscamente porque montado sobre su caballo negro está mi esposo, tan apuesto, tan fuerte.

Él, me llama con un gesto de su mano, que no me hace la menor gracia, pero como no sé de qué demonios va el asunto, decido ir a su encuentro.

—Alexander, ¿dónde demonios está hoy todo el mundo? — exijo saber.

Él sin dirigirme la palabra, me alza rápido sobre el caballo y me sienta entre sus piernas, no me da tiempo ni a gritar del susto.

—¡Bájame ahora mismo Alex! —grito — ¿Dónde me llevas?

— ¡Cállate mujer...! — él me aprieta más contra sí y sigue a galope.

Galopa hasta el lago dónde tantas tardes hermosas hemos pasado, y es cuando me doy cuenta que todo el clan está allí sonriendo y esperando nuestra llegada.

Veo dos carretas, varias mesas, todo está hermosamente decorado, y no puedo evitar emocionarme.

—¿Alex todo esto, lo has hecho por mí? — pregunto evitando el llanto.

—¿Creías que no recordaría, el día que vi un ángel por primera vez? — me pregunta ayudándome a bajar del caballo.

—¿Y esas carretas? —pregunto.

— Hay varias personas que quieren saludarte, Brianna — me contesta, y acto seguido me gira sobre mis pies.

Cuando mis ojos enfocan lo que tengo delante no puedo evitar gritar de la emoción y perder la batalla contra las lágrimas, pues enfrente de mí, no solo tengo a mi clan, si no que están mi madre, mi padre y todas mis hermanas. Corro hacia ellos presa de una felicidad absoluta.

—¡Madre! — la abrazo y mis hermanas se unen a nosotras, mi padre está a nuestro lado intentando aparentar ser el más normal de la familia.

Me acerco a él, que está mucho mejor que la última vez que lo vi, aunque sigue necesitando un bastón, nos miramos y yo soy la que se rinde y lo

abraza, porque a pesar que él no entendió mi necesidad de regresar a estas tierras para salvar a mi esposo, es mi padre y lo amo.

— ¡Has venido! — le digo susurrando contra su cuello.

— Los hombres de tu marido casi me traen secuestrado — reconoce.

— ¿Aún estás enfadado conmigo? — pregunto triste.

— ¿Cómo podría estar enfadado contigo? Eres mi hija, mi tesoro máspreciado, ahora estoy mucho más tranquilo, después de haber tenido unas palabras con tu esposo — confiesa serio.

— ¿Lo has perdonado? — necesito saber que es así, porque debo saber que los dos hombres más importantes de mi vida, pueden llegar a tolerarse.

— ¿Lo harías tú, si le hicieran lo mismo a tu hija? — me pregunta desconcertándome.

No respondo rápidamente porque no sé qué decir, ¿lo haría? ¿O mataría al miserable que se atreviera a dañar a mi niña?

— Seguramente no padre, pero yo, ya lo perdoné, no todos los comienzos son fáciles — intento que el comprenda.

— Entonces no me queda más que aceptar tu decisión como ya hice en el pasado — contesta — Por ahora, no me pidas más — ordena.

Sé que es el momento de dejar el tema, ya es un logro que este aquí.

Me acerco a mis hermanas las tres tan bellas y crecidas, ya no parecen las niñas que dejé meses atrás, y mi madre está feliz.

— Querida, después de tantos años vuelvo a Escocia — dice riendo y aspirando fuerte el aroma que nos rodea.

— Debes venir a la carreta Brianna — —dice Sarah cogiéndome del brazo.

— ¿Por qué? — deajo que me guie, ya que todas nos siguen.

Al entrar veo un hermoso vestido de color beige con hermosos bordados—. ¿Pero qué es esto? — estoy asombrada.

— Cuando Alexander nos mando carta hace meses contándonos lo que quería hacer, empezamos a confeccionar tu vestido de novia.

— ¿Vestido de novia?— no entiendo nada

—¡Vamos a vestirte! El sacerdote ya está ahí fuera, esperando. — apremia Jane.

Entre todas me ayudan y me arreglan el cabello, utilizando flores blancas y amarillas.

—Está hermosa hija mía — dice emocionada mi madre.

— ¡Vamos! Tu marido está de los nervios — otra vez la impaciente Jane.

Salimos todas y mi padre está esperándome para llevarme con Alex, está es la boda que siempre soñé tener.

Recorro el camino hasta dónde está el hombre que amo, y mi padre me entrega a él, quedamos frente a frente y tengo tantas cosas que preguntarle, tanto por lo que agradecerle que no sé por dónde empezar.

— Estamos aquí reunidos para volver a unir a Alexander Mckenzie y Brianna Mckenzie — empieza el sacerdote—. Se aman tanto, que desean una segunda oportunidad de demostrar ante Dios y sus seres queridos, que el amor es el arma más poderosa y ni las espadas ni los puños, lograrán vencer el sentimiento más poderoso de la Tierra, el amor — nos sonríe y nos pide que digamos nuestros votos.

— Yo Alexander Mckenzie, juro que te he amado incluso antes de que me lo reconociera a mí mismo, que te amo y que te amaré hasta el final de mis días — me besa la mano—. Prometo protegerte, serte fiel, adorarte y hacerte feliz todos los días de mi vida. Tú me has devuelto la luz y la esperanza, me has dado una hija a la que amo con todo mi corazón, y me has perdonado cuando no lo merecía, por eso te entrego todo lo que tengo y todo lo que soy. Mi corazón, mi cuerpo y mi alma son tuyos.

Yo estoy llorando pero de felicidad, debo decir mis votos y ni siquiera sé por dónde empezar para expresar todo lo que siento por este fiero escocés.

— Yo Brianna Mckenzie, juro que te amé desde mucho antes de lo que me gustaría reconocer — lo digo riendo, y escuchando varias sonrisas—. Que te amo más que a mí misma, y te amaré hasta mi último aliento. Prometo serte fiel, respetarte y adorarte toda mi vida. Tú me salvaste de la misma muerte, arriesgando tu propia vida, me has dado una hija, me has enseñado el verdadero significado de perdonar y olvidar; porque las segundas oportunidades existen. Soy tuya y siempre lo seré —no puedo continuar mi

discurso porque Alex me besa y la gente rompe en vítores y aplausos, finalmente el sacerdote nos da su bendición por segunda vez.

Y después de una ceremonia tan hermosa, disfrutamos de una magnífica comida, música y baile.

Marie está hermosa y Ian no le quita los ojos de encima, incluso le ha pedido bailar, pero ella se niega con la excusa que debe cuidar de Valentina, que está hermosa con un vestidito del mismo color que el mío.

No puedo evitar separarme un rato de Alex, ya que mi hermana Sarah, me tiene preocupada. No veo su luz y alegría que la caracteriza, y el ver a James con Helen no ayuda, he podido darme cuenta de el dolor que refleja su mirada, y de lo incomodo que se siente mi cuñado.

— Sarah, quiero hablar contigo un momento — le digo y ella me sigue cabizbaja ¿Qué te ocurre? — pregunto preocupada.

— Duele hermana —susurra—. Duele no poder olvidarme de James, ahora sé que, ¡jamás!, podrá amarme, he visto como mira a Helen.

— Ya te advertí Sarah, esto no es nuevo para ti — me duele verla sufrir, pero debe entender que James no es el hombre para ella.

— Una cosa es saberlo, otra verlo — me dice secándose las lagrimas.

— Sarah, esto pasará, tal vez no hoy, ni dentro de un mes, pero con el paso del tiempo, este dolor será un recuerdo.

— No estoy tan segura, y como no soy tan fuerte como tú, he decido aceptar la oferta de matrimonio que me ofrece Donald MacFerson — me confiesa decidida.

—¿MacFerson? —pregunto atónita— ¡Ese hombre, es por lo menos veinte años mayor que tú! — grito espantada.

—¿Eso qué importa? No lo amo, jamás lo amaré, ¿qué importa con quién me case? — pregunta

—Sarah por favor, estás a punto de cumplir solo dieciséis años, eres muy joven, espera un par de años al menos — suplico intentando que entre en razón.

— No, papá y mamá están de acuerdo, en verano me casaré con Donald, deberías estar feliz, estaremos más cerca — sonrío.

—Por favor, no lo hagas — le ruego llorando, se que si mi hermana se casa con ese hombre, nunca será feliz.

— No llores hermana, se feliz con tu familia, déjame hallar mi camino — me abraza y yo a ella, con dolor.

—¿Brianna? —una voz nos sobresalta, ¡James!— Alex te está buscando, ¿está todo bien? — pregunta cuando ve que he llorado.

— Sí, está todo bien..., mi hermana se ha emocionado al darle la noticia de mi boda — contesta serena mi hermana.

—¿Tu boda? Eres muy joven... — frunce el ceño James.

— Soy lo bastante mayor para recibir propuestas de matrimonio y aceptarlas milord, si me disculpáis — se marcha y quedamos solo James y yo.

— Brianna, esto es una locura, es una niña... — dice desconcertado.

—¿Crees qué no lo sé? ¿Crees qué no le he rogado que espere? — le pregunto — Mejor vamos a buscar a Alex.

No debo buscar mucho ya que el viene a mi encuentro...

—Esposa — dice besándome — ¿dónde estabas? — pregunta preocupado.

— Hablando con mi hermana Sarah, va a casarse Alex — le digo sin poder ocultar mi preocupación.

— Estás preocupada, ¿qué te aflige?

— Ella no ama al hombre que será su esposo.

— Tu tampoco me amabas a mí, el amor puede llegar más tarde —intenta tranquilizarme.

— Tu no entiendes mi amor — quiero explicarle, pero no ahora—. Mañana hablamos, hoy es para nosotros — sonrió.

—¿Te ha gustado mi sorpresa? — sonrío y se ve tan guapo.

— Por supuesto, no te he dado las gracias por traer a mi familia — lo beso y pierdo la noción del tiempo, dejo de escuchar la música y los gritos de la gente.

Solo estamos él y yo... Nos separamos por falta de aire, nos miramos a los ojos, dejando ver el uno al otro el amor que sentimos.

— Te amo, Brianna Mckenzie — dice.

— Te amo, Alexander Mckenzie — le contesto.

Y así rodeados de nuestra familia, de la gente a la que amamos comienza una nueva etapa, una etapa de felicidad, paz y amor.

Dónde todos unidos recorreremos el camino de la vida, porque no sabemos que nos depara el futuro pero si tengo a Alexander a mi lado, podré con todo.

Solo deseo que las personas a las que quiero, encuentren lo que yo encontré, el amor más puro y duradero del mundo.

Encontré al príncipe azul que tanto soñaba de niña...

Encontré a Alexander Mckenzie.

FIN

Epílogo

Eilean Donan, Escocia 1463.

Después de la magnífica sorpresa que ayer me dio mi amado esposo y de haber pasado la noche entre sus poderosos brazos, he decidido que es hora de que yo, le de la buena noticia.

Estoy segura que vuelvo a estar encinta, y deseo compartir la felicidad con Alexander, mi primer embarazo fue una sorpresa y lo viví con temor, pues no sabía cómo se lo tomaría Alexander y además vivía con el miedo de que Isabella me hiciera algo para dañar a mi bebe.

Ahora todo es completamente distinto, ahora no hay nadie que nos amenace, nadie que quiera dañarnos, y nos amamos con locura. Valentina fue una sorpresa, pero este hijo es un milagro, llegará en el momento exacto, el es resultado de nuestro nuevo comienzo.

— Esposa mandaste a Marie a llamarme, ¿acaso no te encuentras bien? ¿Te hice daño anoche? — pregunta preocupado.

— Nada de eso Alex, ven acércate — le pido, el me obedece y se sienta en la cama, a mi lado.

— Alexander Mckenzie ayer me diste una maravillosa sorpresa, y hoy es mi turno para darte un magnífico regalo — le digo sonriendo feliz.

— No necesito nada mas esposa, te tengo a ti y a Valentina — me da un beso que evito profundizar.

— Puede que no necesites nada más, pero ciertamente dentro de unos meses seremos uno más en la familia. — le respondo.

—¿Uno más? ¿Acaso alguna de tus hermanas desea quedarse aquí? — pregunta con su entrecejo fruncido.

—¡No! — exclamo riendo, él me mira como ofendido — Mi amor, tu patria es hermosa, pero ellas pertenecen a Inglaterra.

— Entonces no sé a qué demonios te... — calla de repente, como si la solución le hubiera llegado de golpe, me mira con los ojos muy abiertos, luego mira mi estómago plano aún, vuelve a alzar la vista hacia mis ojos y puedo ver los suyos empañados.

—¡Ohh Alex! — lo abrazo y lo siento temblar — Quería que te alegraras, no que te diera un ataque.

Él solo me abraza fuerte, respira el aroma de mi cabello que llevo suelto y revuelto porque ni siquiera me levanté para peinarme.

— ¡Te amo Brianna! — se aparta y me besa mil veces por toda la cara — ¡Otro hijo! — grita riendo como un niño.

— Sí, otro hijo, aunque no te ilusiones puede que sea otra niña — intento que comprenda que el destino es el que decide.

—¿Y qué? Amo a Valentina, ¡por mí podría tener diez hijas! — exclama.

Yo río feliz, me levanto y me acerco a él, ya que de la emoción lleva varios minutos paseándose por la habitación.

— Alexander Mckenzie, eres un buen hombre — le digo orgullosa por su respuesta, no todos los hombres dirían algo así.

Sin saberlo a repetido las mismas palabras que mi padre dijo años atrás cuando nació mi hermana Jane.

Mi familia va a quedarse unos cuantos días así que planeo darles la buena noticia en el desayuno, con Valentina solo pude contárselo por carta, ahora será distinto.

Después de pasar algún rato solos, hablando de cómo será nuestro futuro, decidimos que ya es hora de bajar a desayunar y dar la buena nueva, toda mi familia está reunida. Mis tres hermanas sentadas junto a mis padres, James y Sarah, ya que mi deseo es compartir con todas las personas que aprecio mando llamar a Ian y Marie y les pido por favor que ese día se unan nosotros para desayunar, me agradecen el gran honor que les dispensó y yo solo

asiento avergonzada.

—Bueno quería reunirnos a todos, porque después del día de ayer, yo también tengo algo bueno que compartir — empiezo sonriendo—. Estoy encinta otra vez — digo feliz.

Todos gritan de alegría y desean llegar a mí para felicitarme, la primera como no es mi amada madre.

—Mi amada hija, otro nieto que felicidad — dice riendo y llorando a la vez.

— Felicidades mí Señora — me felicita Ian, pero mira a Marie con un ansia que hasta a mi me duele.

— Mí Señora para mí no es ninguna sorpresa, recuerde que soy yo quién está a su lado, y ya hace bastante tiempo note que no le llegó su menstruación — explica sonriendo.

Todos se ríen incluso Alex que me abraza y besa suavemente mi cabello.

Mis hermanas son más alocadas, no paran de preguntar cosas, ¿qué nombre le pondrás? ¿Cuándo va a nacer? Y yo gustosa respondo a todas ellas, mientras todos devoramos la comida.

Viendo que Ian y Marie no son capaces de solucionar sus problemas pido permiso a mi esposo para hablar con Ian. Me lo concede pero él estará presente, no tengo ningún problema en ello, y cuando todos se retiran a cambiarse para salir a cabalgar, como yo no puedo hacerlo, decido que es mi turno.

—Ian — llamo cuando veo que él está dispuesto a marcharse.

— ¿Desea ordenarme algo señora? — pregunta solicito.

— Sí, que dejes en paz a Marie, ella me ha pedido que hable contigo — al escuchar mi confesión, veo el dolor en sus ojos.

—¡Brianna! — exclama Alex — Ten un poco de tacto, mujer — pide y yo solo puedo mirarlo con mi ceja alzada.

— Mí Señora con todo respeto, no puedo hacer lo que usted me pide — dice sin mirarme a los ojos.

— Lo sé Ian, ni yo lo deseo en realidad — respondo y veo como él levanta su cabeza, sin comprender.

—¡Por el amor de Dios! ¿Entonces por qué le pides tal disparate, mujer? — pregunta mi esposo, perdiendo la paciencia.

— Marie me lo pidió y yo debía hacerlo, eso no significa que yo esté de acuerdo, caballeros — respondo seria.

— Mí Señora, Marie ya me ha dicho en varias ocasiones que la deje en paz, pero le juro que lo he intentando, pero mi corazón es suyo y deseo volver a su lado. Me duele verla y tenerla tan lejos — responde avergonzado.

—¿Eres consciente del daño que le causaste? — pregunto ya no como su Señora, sino como amiga de Marie—. En Inglaterra lloraba todas las noches, ella no ha podido olvidarte, pero el dolor y el miedo son más fuertes que el amor que siente por ti — explico la verdad.

— Se que fui un necio, y que no merezco su perdón, pero soy un cabezota y no me rendiré, ¡nunca! — exclama él con fervor.

— Excelente, eso es lo que quería escuchar, ahora dale un poco de tiempo para que te extrañe, no la agobies — le aconsejo.

— Gracias mí Señora, así lo haré — se inclina y se marcha presuroso.

— Lo lograrán Brianna, encontrarán el camino para volver a unirse — me intenta tranquilizar mi esposo.

— Eso espero Alex, eso espero — no estoy muy convencida de ello.

Extra

Ocho meses después.

Eilean Donan, Escocia 1463.

Son las doce de la noche de un día de verano, hace un calor infernal, el castillo está sumido en silencio que solo es interrumpido por los gritos y gruñidos de dolor de Lady Brianna, Señora del Clan Mckenzie.

—¡Alexander Mckenzie, voy a matarte! — grita presa del dolor por una nueva contracción.

— Querida ya no falta mucho — intenta calmarme mi marido, al que yo en estos momentos deseo ensartar en mi daga.

— Llevas diciendo eso, ¡horas, maldito mentiroso! — grito furiosa.

— Mí Señora cálmese, ya veo la cabeza, necesito que gaste sus fuerzas en pujar, no en intentar asesinar a nuestro Laird — me reprende la partera.

Una nueva contracción me desgarrar de dolor y empujo con todas mis fuerzas, empujo como la partera y Alex me piden.

Estoy agotada, pero cuando otra y otra y otra contracción llegan muy seguidas, empujo sin cesar, deseando que todo este dolor acabe y sostener en mis brazos a mí bebe.

En el último empujón que doy puedo sentir como el bebé sale de mi, escucho su fuerte llanto y veo a Alex sonreír de felicidad.

—¡Es un niño! — exclaman ambos a la vez, yo intento mirar pero, un nuevo

dolor me hace gritar, la partera le pasa al niño a Marie. Mira preocupada, su cara se transforma de sorpresa.

— ¡Viene otro! — exclama sorprendida — Empuje Señora, empuje.

¿Otro? Qué locura es esto..., no puedo pensar más, mi cuerpo toma el mando y empiezo a empujar de nuevo, gracias a Dios este bebé sale enseguida y su llanto me dice que está bien.

— ¡Otro niño mi Laird! — grita la partera.

Yo finalmente puedo dejarme caer en la cama, agotada, deseando dormir por días enteros, Alex me besa y se dirige a ver a sus dos hijos, ¡dos niños!

— Son hermosos mi amor — dice acercándose con ellos en sus brazos.

Son tan pequeños, ambos iguales, tienen una mata de pelo negra igual que Alexander, pero cuando los dos abren los ojos veo, en ellos mi reflejo, ambos tienen los ojos verdes como yo.

— Dos hijos Alexander. —digo feliz — ¿Cómo les llamaremos?

— Keylan y Aydan Mckenzie — dice orgulloso mi amado esposo.

—Keylan y Aydan... — susurro — Me gustan.

Y así juntos los cinco, ya que mandé que trajeran a Valentina, vemos salir el Sol, el primer amanecer de muchos...

Porque juntos hemos creado a nuestros tres hermosos ángeles.

Valentina, Keylan y Aydan Mckenzie, el orgullo de sus padres.